



Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos. Primera época (1942-1985). México. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>*

Datos de la revista:

Año XXIV, Vol. CXLIII, Núm. 6 (noviembre-diciembre de 1965).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 1987 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

6

CUADERNOS AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACION BIMESTRAL

Avenida Coysacón No. 1035
Apartado Postal 985
Teléfono 23-24-08

DIRECTOR-GERENTE
JESUS SILVA HERZOG

EDICIÓN AL CUIDADO DE
PORFIRIO LOERA Y CHAVEZ

IMPRESO POR LA
EDITORIAL CVLTVRA, T. G., S. A.
Av. Rep. de Guatemala 96

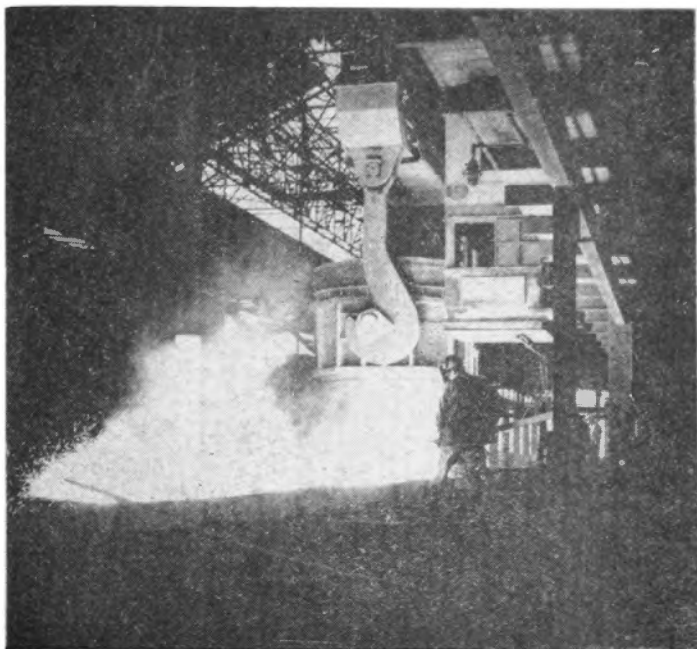
AÑO XXIV

6

NOVIEMBRE-DICIEMBRE
1965

INDICE

Pág. 3



acero

El empleo de ACERO MONTERREY que se fabrica con la maquinaria más moderna y el respaldo de 65 años de experiencia en la producción de acero en México, es una garantía para la fabricación, cada vez de mejores productos metálicos.

Productores de: Perfiles estructurales, planchas, lámina en caliente y en frío, varillas corrugadas, perfiles comerciales, alambre y alambón, rieles y accesorios.

COMPañIA FUNDIDORA DE FIERRO Y ACERO DE MONTERREY, S A



NACIONAL FINANCIERA, S.A.

OFRECE AL PUBLICO INVERSIONISTA
UNA NUEVA EMISION DE

TITULOS FINANCIEROS, MONEDA NACIONAL SERIE "SS"

Con las siguientes características principales:

EMISION: 31 de julio de 1965.

MONTO:

\$1,000,000,000.00, en denominaciones de \$100, \$1,000, \$10,000 y \$100,000.

RENDIMIENTO:

2.25% trimestral o sea **9% anual** pagadero por trimestres vencidos el día último de los meses de enero, abril, julio y octubre, a partir del 31 de octubre de 1965 y hasta el 31 de julio de 1970.

AMORTIZACION:

En efectivo, en un sólo pago, el 31 de julio de 1970 (plazo de cinco años).

GARANTIA:

Acciones y obligaciones de empresas industriales de primer orden, en la proporción de 100% del valor nominal de los Títulos.

PRECIO DE VENTA: A la par (100%).

LOS TITULOS FINANCIEROS SON VALORES DE ALTA BURSATILIDAD Y FACILMENTE NEGOCIABLES

ESTOS VALORES ESTAN RESPALDADOS CON LA GARANTIA INDICADA Y ADEMAS, CON LA TOTALIDAD DE LOS RECURSOS Y EXPERIENCIA DE NACIONAL FINANCIERA. INSTITUCION NACIONAL DE CREDITO DEDICADA AL FOMENTO INDUSTRIAL - ACTIVOS TOTALES \$14,647,913,366.38.

DE VENTA EN NACIONAL FINANCIERA, S. A.

V. Carranza No. 25, México 1, D. F.

y en la Bolsa de Valores de México
Uruguay No. 68, México 1, D. F.

o con su Agente de Bolsa

DICCIONARIO LITERARIO

González Porto-Bompiani

LA OBRA MAS AMBICIOSA Y ORIGINAL DEL SIGLO XX

Doce volúmenes de 14.5 x 24 cm., encuadernados en tela estampada en oro. Impresos en fino papel, con caracteres perfectamente legibles. Once mil páginas de texto... 276 láminas a todo color... más de 10,000 ilustraciones.



Esta monumental obra constituye el más completo y rico repertorio bibliográfico realizado hasta ahora con orientación unitaria y criterio moderno de gusto y de crítica. Representa un insustituible instrumento de información, de estudio y de trabajo.

FRUTO
DEL ESFUERZO
DE SEISCIENTOS CO-
LABORADORES, SELEC-
CIONADOS ENTRE LOS
MAS EMINENTES ES-
PECIALISTAS, INVESTI-
GADORES Y CRITICOS
DEL MUNDO.

Editada por
MONTANER Y SIMON, S. A.
Barcelona

LA **UNESCO** ASUMIO BAJO SU PATROCINIO EL DICCIONARIO LITERARIO DE LAS OBRAS Y DE LOS PERSONAJES COMO "OBRA DE IMPORTANCIA Y DE INTERES MUNDIAL".

De venta en las principales librerías o en:

EDITORIAL GONZALEZ PORTO, S. A.

MEXICO, D. F.: Av. Independencia No. 10 Tels. 12-55-88 y 13-26-30

GUADALAJARA, JAL.: Madero 229-A Tel. 4-63-27

MONTERREY, N. L.: Matamoros Ote. 514 Tel. 2-41-66

PIDA CATALOGO ILUSTRADO A COLORES ¡COMPLETAMENTE GRATIS!

SUR

ha publicado en estos años

ARGENTINA 1930-1960 por dieciséis especialistas
 FRANCISCO AYALA: El As de Bastos
 FRANCISCO AYALA: El Escritor en la Sociedad de Masas
 JORGE LUIS BORGES y ADOLFO BIOY CASARES: El Libro
 del Cielo y del Infierno
 JORGE LUIS BORGES y ADOLFO BIOY CASARES (H. BUSTOS
 DOMEQ): Seis Problemas para don Isidro Parodi
 ARTURO BAREA: Unamuno
 JORGE CAPELLO: La Hermosa Vida
 ANA GANDARA: La Semilla Muerta
 ALBERTO GIRRI: Línea de la Vida
 ALBERTO GIRRI: Examen de Nuestra Causa
 ALBERTO GIRRI: La Penitencia y el Mérito
 ALBERTO GIRRI: Propiedades de la Magia
 JUAN GOYTISOLO: Para Vivir Aquí
 EDUARDO MALLEA: La Vida Blanca
 EDUARDO MALLEA: La Guerra Interior
 RICARDO E. MOLINARI: Un día, el tiempo, las nubes...
 H. A. MURENA: El Centro del Infierno
 H. A. MURENA: El Demonio de la Armonía
 H. A. MURENA: El Círculo de los Paraísos
 H. A. MURENA: Homo Atomicus
 H. A. MURENA: La Fatalidad de los Cuerpos
 H. A. MURENA: Las Leyes de la Noche
 SILVINA OCAMPO: La Furia
 VICTORIA OCAMPO: De Francesa a Beatrice
 VICTORIA OCAMPO: Juan Sebastián Bach (el hombre)
 VICTORIA OCAMPO: Habla el Algarrobo
 VICTORIA OCAMPO: La Belle y sus Enamorados
 VICTORIA OCAMPO: Tagore en las Barrancas de San Isidro
 VICTORIA OCAMPO: Testimonios (6a. serie)
 VICTORIA OCAMPO: 338171 T.E.
 VICTORIA OCAMPO: Virginia Woolf en su Diario
 JUAN CARLOS ONETTI: Los Adioses
 ALEJANDRA PIZARNIK: Arbol de Diana
 HORACIO QUIROGA: Anaconda - El Salvaje - Pasado Amor
 ALBERTO SALAS: Relación Parcial de Buenos Aires
 JORGE VOCOS LESCANO: Y Dios Dirá Después
 ALBERTO DE ZAVALA: El Octavo día

Viamonte 494, 8° piso

Buenos Aires

República Argentina

BANCO NACIONAL DE COMERCIO EXTERIOR

INSTITUCION DE DEPOSITO Y FIDUCIARIA
FUNDADA EL 2 DE JULIO DE 1937

•

CAPITAL Y RESERVAS: \$ 530.963.985.47

•

ATIENDE AL DESARROLLO DEL COMERCIO
DE IMPORTACION Y EXPORTACION.

ORGANIZA LA PRODUCCION DE ARTICULOS
EXPORTABLES Y DE LAS EMPRESAS, DEDICA-
DAS AL MANEJO DE DICHS PRODUCTOS

FINANCIA LAS IMPORTACIONES ESENCIALES
PARA LA ECONOMIA DEL PAIS. - ESTUDIA E
INFORMA SOBRE LOS PROBLEMAS DEL
COMERCIO INTERNACIONAL

•

VENUSTIANO CARRANZA No. 32

MEXICO 1, D. F.

(Publicación autorizada por la H. Comisión Nacional Bancaria en
Oficio No. 601-11-15572).

ÚLTIMAS NOVEDADES

	<i>Pesos</i>	<i>Dlls.</i>
EL PROBLEMA FUNDAMENTAL DE LA AGRICULTURA MEXICANA, por el Ing. Jorge L. Tamayo, autor de la Geografía General de México. Esta obra es algo así como un grito de alarma sobre el futuro del campo mexicano.	20.00	2.00
DIALOGOS CON AMÉRICA, por Mauricio de la Selva. El autor entrevistó a diez escritores destacados de diez naciones americanas	15.00	1.50
GUATEMALA, PRÓLOGO Y EPÍLOGO DE UNA REVOLUCIÓN, por Fedro Guillén. El autor fue testigo de los sucesos que relata desde la llegada al poder de Arévalo hasta la caída de Arbenz, la gloriosa victoria de Mr. Foster Dulles.	8.00	0.80
LA ECONOMÍA HAITIANA Y SU VÍA DE DESARROLLO, por Gerard Pierre Charles	25.00	2.50
INQUIETUD SIN TREGUA, Ensayos y artículos escogidos, por Jesús Silva Herzog	40.00	4.00
BIBLIOGRAFÍA DE LA HISTORIA DE MÉXICO, por Roberto Ramos	100.00	10.00

●

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035

Apartado 965

Tel.: 23-34-68

México 12, D. F.

DIALOGOS

Revista de Letras y Arte

Ofrece en su sexto número:

Epígrafe

Poemas de: Octavio Paz, Carlos Barral.

Ensayos de: Manuel Durán, José Luis Cano y Luis Villoro.

Fragmentos del diario íntimo de Emilio Prados.

Un cuento de Severo Sarduy.

Lecturas, artes.

El eterno retorno: Séneca, Tácito.

Redacción:

ENRIQUE P. LÓPEZ — RAMÓN XIRAU — HOMERO ARIDJIS

Suscripción Anual:

México \$ 25.00

Otros Países Dls. 3.00

Precio del Ejemplar del Año Corriente:

México \$ 5.00

Otros Países Dls. 0.50

Correspondencia, Suscripciones y Canje:

AV. INSURGENTES SUR N° 504-302

MEXICO 12, D. F.

(Registro en trámite)

INSTITUTO MEXICANO DE
INVESTIGACIONES ECONOMICAS



COLECCION DE FOLLETOS PARA LA HISTORIA DE LA
REVOLUCION MEXICANA, DIRIGIDA POR
JESUS SILVA HERZOG

Se han publicado 4 volúmenes de más de 300 páginas cada uno sobre "La Cuestión de la Tierra". De 1910 a 1917. Los próximos volúmenes se referirán a la Cuestión Obrera y a la Cuestión Política.

De venta en las principales librerías.

Precio del ejemplar:

	Pesos	Dlls.
México	20.00	
América y España		2.00

EN PRENSA:

Bibliografía de la Historia de México, por Roberto Ramos	100.00	10.00
--	--------	-------



Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

Tel.: 23-34-68

México 1, D. F.

OTRAS NOVEDADES DE
CUADERNOS AMERICANOS

El pueblo y su tierra

MITO Y REALIDAD DE LA REFORMA
 AGRARIA EN MEXICO

POR

MOISÉS T. DE LA PEÑA

Puede afirmarse que el licenciado Moisés T. de la Peña, es el economista mexicano que más ha estudiado los problemas del campo tanto de México como del extranjero. Su tesis profesional en 1936 se tituló "Problemas Agrícolas de México", un libro extenso, bien documentado y con investigaciones de primera mano. Desde entonces De la Peña no ha cesado de interesarse por los problemas de la distribución de la tierra y de todos aquellos relacionados con las condiciones de vida de la población rural.

Pocos años después de haber obtenido el título profesional, que no ha sido para él patente de corso para explotar al semejante, sino honda responsabilidad social y punto de partida de superación, se dedicó a recorrer palmo a palmo varios Estados de la República para conocer sus posibilidades de desarrollo y sugerir a los gobernantes las medidas más apropiadas y urgentes. Fruto de estos trabajos fueron la publicación de *Campeche Económico*, en 1941; *Zacatecas Económico*, en 1943; *Chihuahua Económico*, en 1944; *Veracruz Económico* en 1945; *Guerrero Económico*, en 1948 y *Chiapas Económico*, en 1949. Estos libros, algunos de ellos publicados en 2 volúmenes, son de consulta necesaria y útil para todo estudioso de la realidad económico-social de esos Estados de la República.

Ahora bien, de diciembre de 1952 a noviembre de 1958, el Lic. de la Peña ocupó el puesto de gerente del Banco Nacional de Crédito Agrícola, en cuyo desempeño adquirió, indudablemente, nuevos conocimientos y experiencias nuevas. En los últimos años visitó varios países de América, de Europa y de Asia, con el fin de conocer de modo directo todo lo concerniente a la explotación de la tierra en esos países. De regreso a México se dedicó a visitar numerosos ejidos, conversando con los campesinos sobre su pobreza, su hambre endémica, sus innúmeras carencias, y en general acerca de sus problemas más apremiantes.

Y resultado de todo lo anterior, de una larga vida consagrada en buena parte a servir al labriego mexicano, es este libro apasionado y apasionante; libro polémico, sincero, valiente y honrado. *El pueblo y su tierra, mito y realidad de la reforma agraria en México*", es una aportación valiosa para el estudio de nuestro problema fundamental, independientemente de que se esté o no de acuerdo con el autor.

De venta en las principales librerías

AV. COYOACAN 1035

Apartado Postal 965

Teléfono 23-34-68

México 12, D. F.

MANEJE
AUTO
NUEVO EN
EUROPA

**ES MAS BARATO QUE
RENTARLO PORQUE
USTED PAGA SOLO LA
DEPRECIACION Y GASTOS
- ESTRENE EL SUYO -
- VISITENOS -**

Le entregamos su **RENAULT** nuevo
donde lo desee.

AUTOS FRANCIA
SERAPIO RENDON 117
TEL. 35-56-74

ó consulte a su Agente de Viajes

AF-572

INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES ECONOMICAS



GEOGRAFIA GENERAL DE MEXICO

por

JORGE L. TAMAYO

Cuatro volúmenes encuadrados en percalina, de más de 2,500 páginas en total, lujosamente editados, y un Atlas con cartas físicas, biológicas, demográficas, sociales, económicas y cartogramas.

De venta en las principales librerías.

Precio:

	Pesos	Dlls.
México	500.00	
Extranjero		50.00

Del mismo autor:

"El problema fundamental de la agricultura mexicana"	20.00	2.00
--	-------	------



Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

AV. COYOACAN 1035 Apartado Postal 965
México 12, D. F. Tel. 23-34-68 México 1, D. F.

C E R V E Z A

LA BEBIDA POR EXCELENCIA



SANA

PURA

NUTRITIVA

LOS PUEBLOS MAS CIVILIZADOS CONSUMEN
PREFERENTEMENTE CERVEZA

MEXICO PRODUCE LA MEJOR CERVEZA
DEL MUNDO



ASOCIACION NACIONAL DE
FABRICANTES DE CERVEZA

MEXICO, D. F.

Documentos para
**LA HISTORIA DEL MEXICO
 COLONIAL**

publicados por

FRANCE V. SCHOLES

y

ELEANOR B. ADAMS

Vol. VI

MODERACION DE DOCTRINAS DE LA REAL CORONA
 ADMINISTRADAS POR LAS ORDENES
 MENDICANTES, 1623

Edición de 225 ejemplares numerados, impresos en papel Corsican,
 80 pp., rústica. \$100.00.

Vol. VII

CARTAS DEL LICENCIADO JERONIMO VALDERRAMA
 Y OTROS DOCUMENTOS SOBRE SU VISITA AL
 GOBIERNO DE NUEVA ESPAÑA, 1563-1565

Edición de 225 ejemplares numerados, impresos en papel Corsican,
 420 pp., rústica. \$400.00.

•

ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO

ESQ. ARGENTINA Y GUATEMALA
 APARTADO POSTAL 8856

TELEFONOS: 12-12-85 y 22-20-85

MEXICO 1, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

SERVIMOS SUSCRIPCIONES DIRECTAMENTE DENTRO Y FUERA DEL PAIS

A las personas que se interesen por completar su colección les ofrecemos ejemplares de números atrasados de la revista, según detalle que aparece a continuación, con sus respectivos precios:

Año	Ejemplares disponibles	Precios por ejemplar	
		Pesos	Dólares
1943	Número 6	30.00	3.00
1944	Números 2 al 6	30.00	3.00
1945	Números 1, 4 y 6	25.00	2.50
1946	Números 3, 5 y 6	25.00	2.50
1947	Números 1, 2, 3, 5 y 6	25.00	2.50
1948	(Agotados)	25.00	2.50
1949	25.00	2.50
1950	20.00	2.00
1951	Números 2, 4 y 5	20.00	2.00
1952	.. 3 al 5	20.00	2.00
1953	.. 3 al 6	20.00	2.00
1954	.. 3 y 6	20.00	2.00
1955	.. 1, 5 y 6	20.00	2.00
1956	Números 2, 3, 4, 5 y 6	17.00	1.50
1957	Los seis Números	17.00	1.50
1958	17.00	1.50
1959	17.00	1.50
1960	Números 1 2 y 6	17.00	1.50
1961	Números 4, 5 y 6	17.00	1.50
1962	Los seis Números	23.00	2.30
1963	23.00	2.30
1964	23.00	2.30

SUSCRIPCION ANUAL (6 volúmenes)

México	\$ 100.00
Otros países de América y España Dls.	9.00
Europa y otros Continentes	„ 11.00
Precio del ejemplar del año corriente:	
México	\$ 20.00
Otros países de América y España Dls.	1.80
Europa y otros Continentes	„ 2.15

Los pedidos pueden hacerse a:

Av. Coyoacán 1035 Apartado Postal 965
o por teléfono al 23-34-68

Véase en la solapa posterior los precios de nuestras publicaciones extraordinarias.

COMPRAMOS EJEMPLARES DE LOS AÑOS DE 1942 y 1943

PETROLEOS MEXICANOS

AL

SERVICIO DE MEXICO

AV. JUAREZ No. 92-94

MEXICO, D. F.



IMPORTANTES OBRAS APARECIDAS RECIENTEMENTE

Reformas agrarias en la América Latina. Procesos y perspectivas,
OSCAR DELGADO y OTROS AUTORES
("Economía". 762 pp. Emp.)

Problemas de economía política del socialismo, O. LANGE y OTROS AUTORES
("Economía". 352 pp.)

Sociología de la comunidad urbana. Una perspectiva mundial, N. ANDERSON
("Sociología". 626 pp. Emp.)

Breviarios

El totemismo en la actualidad, C. LEVI-STRAUSS (No. 185. pp. Emp.) -
El pensamiento de Avicena, S. F. AFNAN (No. 184. pp. Emp.) - **Cibernética
sin matemáticas,** H. GRENIEWSKI (No. 186. 224 pp. Emp.)

Colección Popular

¿Hacia el automatismo social?, P. NAVILLE (No. 68. 296 pp.) - **La física
atómica contemporánea,** O. R. FRISCH (No. 89. 256 pp.) - **Por la revolución
africana,** F. FANON (No. 70. 224 pp.) - **Abundancia ¿para qué?,** D. RIESMAN
(No. 71. 400 pp.) - **La China contemporánea,** E. SNOW (No. 72. 2 vols.
1,000 pp.)

Y la

Revista de psicoanálisis, psiquiatría y psicología
Dirigida por el Dr. Erich Fromm y el Dr. R. de la Fuente
(Aparece cuatrimestralmente. No. I, septiembre, 1965. 144 pp.)

En todas las librerías y en Av. de la Universidad, 975, México 12, D. F.

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO XXIV

VOL. CXLIII

6

NOVIEMBRE-DICIEMBRE

1 9 6 5

MÉXICO, D. F., 1º DE NOVIEMBRE DE 1965

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.,
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Rubén BONIFAZ NUÑO
Pedro BOSCH-GIMPERA
Alfonso CASO
León FELIPE
José GAOS
Pablo GONZÁLEZ CASANOVA
Manuel MARTÍNEZ BÁEZ
José MIRANDA
Arnaldo ORFILA REYNAL
Jesús REYES HEROLES
Javier RONDERO
Manuel SANDOVAL VALLARTA
Jesús SILVA HERZOG
Ramón XIRAU
Agustín YÁÑEZ

Director-Gerente
JESÚS SILVA HERZOG

Edición al cuidado de
PORFIRIO LOERA Y CHÁVEZ

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia.

CUADERNOS AMERICANOS

No. 6 Noviembre-Diciembre de 1965 Vol. CXLIII

Í N D I C E

NUESTRO TIEMPO

	<i>Pág.</i>
ROBERT S. HARTMAN. La esencia de Rusia	7
JUAN CASTELLÁ GASSOL. Fascismo y falangismo	41
ISAAC GANÓN. El movimiento estudiantil en Uruguay	51
JUAN ROCAMORA. Homenaje catalán a Alfredo L. Palacios	64
La declaración de la Cámara de Representantes de los E. U. A., por J. S. H.	80

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

FRANCISCO FERNÁNDEZ-SANTOS. Marxismo como filo- sofía	85
ROBERT G. MEAD. La literatura iberoamericana en los Estados Unidos: tergiversación de una polémica	128

PRESENCIA DEL PASADO

ALFONSO CASO. Semejanzas de diseño que no indican contactos culturales	147
S. PIGGOTT. La época de las tribulaciones y el fin de las ciudades	153
JESÚS SILVA HERZOG. Una semblanza de Benito Juárez	168
JOSÉ ORTEGA Y GASSET. Los problemas nacionales y la juventud	189

DIMENSIÓN IMAGINARIA

NORMAN LITZ. Las relaciones personales y la crítica mu- tua entre Darío y Unamuno	205
FEDRO GUILLÉN. Thomas Mann y otros recuerdos	218

	<i>Pág.</i>
LOLÓ DE LA TORRIENTE. Algunas apreciaciones sobre arte en Cuba	229
BERNARDO VERBITSKY. Clamor hacia el otro lado del muro invisible	247
Lo histórico en un libro de Walter Muschg, por ROBERTO VENEGAS	265

LIBROS Y REVISTAS

MAURICIO DE LA SELVA. Libros y revistas	271
---	-----



ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

	<i>Frente a la pág.</i>
Fig. 1	152
Fig. 2 a. Petroglifos del sur de Escandinavia	"
Fig. 2 b. El Volador prehispánico. Códice Fernández Leal, Fol. 4,5	"
Fig. 2 c. El Volador prehispánico según Clavijero	"
Fig. 2 d. El Volador actual entre los indígenas totonacos	"
Fig. 2 e. El Volador actual	"
Fig. 3.	"
Fig. 4. Ehecatl con incrustaciones en los ojos. Soc. de Arte Moderno, <i>Máscaras Mexicanas</i> , pág. 58	"
Fig. 5. Anillos de oro. a) Minoano antiguo. Higgins, Lám. 2 c. b) Monte Albán, Oaxaca, Tumba 7, anillo 227. Higgins, R. A. <i>Greek and Roman Jewellery</i> . London, 1961	"
Fig. 6. a) Incrustación de marfil, Micenas. b) Rayo solar, Museo Nacional. c) Calendario de Oaxaca	"
Fig. 7 a	"
Fig. 7 b	"
Fig. 8. Balsa de tule. Laguna de Tuxpan (Iguala, Gro.). Foto Maurilio Muñoz, 1965	153
El barroco colonial influyó en el arte cubano	240
La niña de las cañas. Oleo	"
Víctor Manuel inició	"
Gallito enano. Oleo	"
Figura. Oleo	"
Wilfredo Lam en su casa-estudio en La Habana	"
Lo real e imaginario, lo comunicable	"
Un mundo petrificado. Dibujo. Mario Carreño	"
Collage. José Mijares	"
Carrusel. Oleo. Angel Acosta León	"
Oleo. Agustín Fernández	"
El Final. Pop-Art. Raúl Martínez	241

Nuestro Tiempo

LA ESENCIA DE RUSIA

Por *Robert S. HARTMAN*

IMMANUEL Kant establece una distinción famosa entre lo bello y lo sublime. Sublime, dice, es lo simplemente grande. Es aquello en comparación con lo cual todo lo demás resulta pequeño. Es incommensurable y está más allá de todos los conceptos posibles. El sentimiento de lo sublime va acompañado a veces de terror, a veces de melancolía y a veces de un sentimiento de armonía, de la belleza de un plan sublime. A esta sublimidad la llama Kant magnífica. Mientras que lo bello puede ser decorado y adornado, lo sublime es sencillo, pero somete las potencias del alma a mayor tensión que lo bello. Nos inspira respeto por nuestro destino, nos eleva más allá de nuestro propio ser y nos hace conscientes de la superioridad de nuestra razón sobre nuestros sentidos. Tiene una doble naturaleza. Al apartarnos de nuestros sentidos, lo sublime nos repele; al despertarnos a la razón, nos atrae con tanto mayor fuerza. Entorpece nuestras potencias vitales, pero sólo para descargarlas después más vigorosamente. Lo sublime parece, pues, contradictorio: por una parte viola y por otra parte vigoriza nuestras potencias de reacción. A la vista del mar en tempestad sentimos horror, pero, al mismo tiempo, una elevación y un ensanchamiento del alma. Sublimes son los acantilados imponentes, los volcanes en erupción, las tempestades rugientes. El espectáculo que nos ofrecen eleva las potencias del alma más allá de su medida acostumbrada y despierta en nosotros una capacidad para resistir, para medirnos con la aparente omnipotencia de la naturaleza. Lo sublime eleva nuestra impotencia física a omnipotencia racional.

Entre estas fuerzas de la naturaleza se encuentra Rusia. Esta afecta al visitante sensible de la misma manera que lo sublime afecta, según Kant, al observador sensible. El individuo sensible a la emoción de lo sublime requiere, dice Kant, cierta capacidad anímica de recepción de las ideas morales, cierta formación del sentimiento moral. Rusia, al igual que una fuerza natural, supera nuestra capacidad de comprensión. Nos repele sólo para atraernos más vigorosamente. Nada de lo que pueda leerse acerca de Rusia es capaz de darnos lo que el conocimiento directo de Rusia nos

revela con cristalina claridad: que Rusia es ante todo naturaleza. La naturaleza estética de la tierra mágica que en su indómita inmensidad va más allá de lo bello para entrar en lo moral; y la índole moral de su pueblo que, en su belleza de carácter, parece estético. Es la combinación de la inmensa naturaleza rusa, *shirokaya natura*, con la inmensa alma rusa. Para mí, éstas no son consignas propagandísticas, aunque las haya leído con frecuencia, sino experiencia profunda. Y esa experiencia la tuve el primer día de mi llegada a Rusia, en Leningrado.

En el otoño de 1963 se celebró en México el Congreso Internacional de Filosofía. Participaron en él filósofos de todo el mundo, entre ellos una numerosa delegación de rusos. Cada una de las sesiones plenarias tuvo un presidente extranjero y un secretario del país anfitrión. Cuando los rusos ocuparon la presidencia de la asamblea académica, yo fui el secretario. Invité a comer a algunos de aquellos caballeros y, por mi parte, fui invitado a visitar Rusia y dictar allí algunas conferencias. Hice esto último en la Academia de Ciencias de Moscú, en la Universidad de Moscú y en el Instituto Tecnológico de Irkutsk, en Siberia. En virtud de la invitación obtuve un visado especial, y mi esposa y yo fuimos recibidos de la manera más cordial; pero los gastos de viaje nos los pagamos nosotros mismos, aunque disfrutamos muchas veces de la abrumadora hospitalidad de nuestros afectuosos anfitriones en mesas muy bien provistas que se combaban bajo el vodka, el caviar y los exquisitos manjares rusos. Fuimos de México a Suecia, de Suecia a Finlandia, donde nos unimos a una excursión, en autobús, con el objeto de pasar los primeros doce días en Rusia con expertos occidentales como guías. En un día fuimos de Helsingfors a Leningrado, después de Leningrado a Novgorod y Kalinin —la antigua Tver— y a Moscú, donde permanecemos una semana para ver los lugares interesantes. Después nos separamos de la excursión y viajamos por el Ferrocarril Transiberiano, en cuatro días y cinco noches, a Irkutsk, junto al Lago Baikal, donde nos quedamos otra semana. Desde allí volvimos a Moscú, en otros cuatro días y cinco noches en tren; pasamos un día en Moscú y después partimos hacia el sur, a Volgogrado, antes Stalingrado; desde allí, en vapores de ruedas, navegamos por el Volga y el Don, pasando por el Canal Volga-Don, hasta Rostov y después regresamos nuevamente a Moscú, donde nos quedamos otras dos semanas. Como pasamos mucho tiempo en trenes y barcos, tuvimos ocasión de conocer a muchas personas y hablar con ellas.

La primera impresión de Rusia fue Leningrado, y fue abrumadora, es decir, abrumadora en el sentido literal de la palabra. Sen-

tíamos que pesaba sobre nosotros una fuerza gigantesca, una fuerza que no era humana, sino de la tierra. Llegamos a Leningrado una noche de verano: suburbios típicos de una gran ciudad europea, calles interminables con casas de vecindad a ambos lados, rieles de tranvías y adoquines en el centro, multitud de personas que regresaban a casa del trabajo, todas ellas un tanto agobiadas. Como europea, uno ve todo eso sin sorpresa, como cosa natural. De pronto un puente, el Puente Kirov, y a la derecha, hasta donde puede alcanzar la vista, la gran extensión del río, el Neva, un panorama veneciano. A lo lejos la isla de Vasilyevsky que se interna en el río, partiéndolo en dos, para no dejarlo unirse de nuevo antes de que desemboque en el Golfo de Finlandia, detrás de la isla. Grandes palacios en las dos orillas del río, la Fortaleza de Pedro y Pablo a la derecha, con la cúpula dorada de la iglesia, el Palacio de Invierno y el Ermitage, el palacio de los zares, a la izquierda; y, pasado el puente, un palacio tras otro, una plaza tras otra, en una abrumadora riqueza de piedra en tonos de pintura al pastel, grandes espacios verdes, formas armoniosas, de modo que el asombro del espectador crece por momentos. Esta primera impresión fue abrumadora por las proporciones enormes, la fantástica amplitud de la concepción de esta ciudad, que Pedro el Grande levantó sobre las ciénagas de la desembocadura del Neva. Comprendí de repente la grandeza de aquel hombre que en realidad debería llamarse Pedro el Sobrehumano. Lo vi como el gigante que fue, no sólo físicamente —medía 6 pies y 6 pulgadas, o sea 2 m. 4 cms., y las botas que él mismo se hizo y que se conservan en el Kremlin miden casi 1.20 m. de altura—, sino como encarnación de la naturaleza elemental del ruso.

En el Hotel Europeiski, construido al comenzar nuestro siglo, cada habitación es como un antiguo salón de baile. La nuestra medía doce metros de largo y cinco de altura, con un cuarto de baño de casi las mismas dimensiones, y las paredes exteriores tenían un espesor de metro y medio. Anchas escaleras de mármol, por las que casi cree uno ver bajar y subir a los grandes duques. Después de comer y bailar entre jóvenes rusos aficionados al *twist*, salimos a pasear hasta el Neva, mientras desde lo alto caía una fina llovizna y desde abajo ascendía un húmedo vapor; pasando junto a los gigantescos palacios, atravesando kilómetros de plazas, una de las cuales tardamos veinte minutos en cruzar, parques donde, bajo la lluvia brumosa, una pareja acá y otra allá trataban de encontrar un poco de intimidad; cada uno de nosotros aislado de los demás por la niebla espesa y la tenue llovizna, mientras en la lejanía apenas se alcanzaban a ver las fachadas de los palacios. Y de pronto sentí el poder de esta tierra, que todavía está, por decirlo así, en

su estado natural, sólo en parte conquistada por el hombre, y no organizada aún del todo. Fue la primera vez en mi vida que sentí casi físicamente el poder sobrehumano de una tierra. Me pareció casi como si esta tierra fuese una fuerza natural elemental que arrastra irresistiblemente al pueblo, al gobierno, a todo, hacia su destino.

Cuando se llega a Rusia es preciso dejar atrás todos los viejos conceptos y formarse otros nuevos. No debemos juzgar a Rusia de acuerdo con nuestros conceptos. El mundo occidental está en muchas de sus partes, tan bien organizado en todos los detalles, que la gente puede vivir en él con bastante comodidad y relativamente poco esfuerzo físico, mental y espiritual. Esto, en general, no es posible en Rusia. El país es todavía tan nuevo y está tan relativamente desorganizado, el clima es tan terrible —como dice Kant del océano agitado por la tempestad—, que cada persona tiene que entregarse por completo sólo para hacer posible la vida. Desde el punto de vista ruso, nuestra vida es lo que ellos llaman decadente: vivimos tan cómoda y elegantemente con sólo levantar un dedo, por decirlo así. No tenemos que ser heroicos. En Rusia la vida es heroica. Por algo hay héroes del trabajo, ciudades-héroes, como Leningrado. Lo enorme, la tierra misma, no admite el término medio. Sólo hay dos actitudes posibles frente a ella: el pavor o el heroísmo. El pavor conduce a los excesos de los gobernantes vesánicos, desde Iván el Terrible y las pequeñas recámaras de los zares en el Kremlin, hasta la paranoia de Stalin y su terror, que todavía avergüenzan a la vieja generación: "Nuestros padres están enfermos", dicen los jóvenes. Nada hay en esto de sublime, porque el temor del gobernante, como el del gobernado, no es vencido por la grandeza intelectual y espiritual. Por otra parte, el heroísmo conduce a los triunfos del ruso sobre la enorme naturaleza de su tierra y el tremendo destino que esa naturaleza exige. Del mismo modo que una montaña pide ser escalada porque existe, así la naturaleza rusa pide ser conquistada porque existe. Europa fue colonizada por los romanos, sus bosques, roturados por el arado, construidos sus caminos y sus pueblos civilizados. París nació el año 50 a. C. como sede de una guarnición romana contra los galos. Moscú fue fundada en 1150 d. C., 1,200 años después que París, como una empalizada de madera contra los tártaros. Mientras en Europa la cultura de la alta Edad Media y el despertar del Renacimiento propiciaban el florecimiento del hombre y la naturaleza, el desarrollo del comercio y la técnica y la prosperidad del arte, en Rusia no había más que una lucha salvaje por la conquista de la naturaleza y contra los invasores extranjeros que aquella naturaleza atraía como la luz a las

mariposas. Mientras los europeos inclinados al peligro y la aventura pudieron encontrarlos en los océanos, al ruso no se le dio a escoger, no se le preguntó si le gustaban el peligro y la aventura. Su tierra, más extrema y más salvaje que los océanos, se los impuso. Tuvo que triunfar o perecer. Los invasores rompían contra él como olas; los turcos por el sur, los teutones y los suecos por el norte, los tártaros y los mongoles por el este, los lituanos, los polacos, y después los franceses y los alemanes, por el oeste. La sola dominación tártara duró 250 años. El ruso, sólo para vivir, tuvo que ser heroico.

Los rusos de nuestra generación tuvieron que vivir heroicamente sólo para sobrevivir. Primera Guerra Mundial, Revolución, Guerra Civil, Hambres, Stalin, Segunda Guerra Mundial: sólo hoy pueden empezar a respirar más libremente. Sus hijos ya están acostumbrados a tiempos mejores y sólo conocen de oídas las tribulaciones de sus mayores. Tuvimos un joven guía del Intourist que nos contó, como la cosa más natural del mundo, que su abuelo paterno había sido ahorcado por los blancos por comunista y su abuelo materno por los rojos por ser *kulak*.

Rusia es, por decirlo así, víctima de su propia historia; y es víctima de su propia historia simplemente porque existe, desafiando con todo su enorme tamaño, la medida humana y retando hasta sus últimos límites la resistencia humana. Es, en definitiva, víctima de su naturaleza. Es, como dice Kant de lo sublime, simplemente grande; en comparación con ella, todo es pequeño. Y así, en virtud de su mera existencia, desafía a todos a medirse con ella. Y todos han fracasado. Rusia es sólo para los rusos. Trasciende todos *nuestros* conceptos. Eso fue lo que sentí, y me abrumó, aquella noche en Leningrado.

En una palabra, Rusia no es un país, no es un continente, es un mundo; y para el ruso es El Mundo. Yo, que no soy ruso, sentí un ligero pesar de no poder participar en ese mundo. Es un mundo completo en sí mismo: física, mental y espiritualmente. Es autóctono y autárquico. Ser ruso significa ser cierto tipo de ser humano. No significa pertenecer a cierta nación dentro de la Humanidad. El nacionalismo ruso no es el tipo usual de nacionalismo. Abarca a todos los demás, al mundo entero. "Mundo" y "paz" son la misma palabra en ruso: *Mir*, que originalmente significó serenidad, sosiego. El otro, en ruso, no es, como en latín el extraño, el *alienus*; es el *drugoi*, el amigo. El ruso, en cuanto ruso, se considera a sí mismo, serena y sosegadamente, como representante de todos los hombres de todo el mundo. Su nacionalismo lo abarca todo. En cuanto ruso, vive en sí mismo a toda la Humanidad. En consecuencia, para él Rusia es El Mundo. Uno no puede sentirse, desde luego, naciona-

lista respecto del mundo; uno sólo puede, por el hecho de haber nacido en él, pertenecer a él. Nacionalismo significa aquí una especie de universalismo; y de ahí la actitud eternamente mesiánica de Rusia, como Tercera Roma, como patria comunista, como adelantada del cosmos. Pero este universalismo es ruso, es la entrega al mundo ruso, todavía en gran parte virgen e indomado, para cultivarlo y formarlo, para hacerlo digno de la historia humana y a la historia humana digna de él. Sentí esta tremenda exigencia del mundo ruso a su pueblo; y mi ligero pesar fue el de no poder cumplirla, y mi ligera alegría, la de no tener que hacerlo.

En ese mundo ruso la cantidad se convierte en calidad. No puede decirse que en Rusia todo es como entre nosotros, sólo que mayor. Es precisamente esa grandeza lo que eleva a uno a dimensiones enteramente nuevas. Sentí eso de golpe en aquel paseo nocturno por Leningrado. Sentí la misma Rusia gigantesca, con sus masas atareadas y rutinariamente heroicas, que, como en una balsa sobre un mar furioso, son arrastradas irresistiblemente hacia el futuro por la naturaleza de su oceánico país.

Esa primera impresión fue haciéndose más intensa cada día. Se hizo completamente abrumadora durante el viaje de Moscú a Irkutsk, unos 5,600 kilómetros a través de bosques de abedules, que se prolongan otros 5,600 kilómetros ininterrumpidamente hasta el Océano Pacífico; sobre ríos gigantescos y extensos campos donde los bosques de abedules se yerguen como islas bajo el cielo cuyo azul acentúan las nubes blancas; en el Ural, un paisaje como el del Rin, con Lorelei, Drachenfels y todo, día tras día, noche tras noche; y cuando finalmente, en la mañana del quinto día, se llega a Irkutsk, no se ha atravesado más que la mitad del país. En la mañana del segundo día se llega a Kirov, en la mañana del tercero a Omsk, en la mañana del cuarto a Krasnoyarsk, y por fin, en la mañana del quinto día, a Irkutsk. La diferencia de hora entre Irkutsk y Moscú es de cinco horas, es decir, la distancia es la misma que hay entre Nueva York y Londres. La distancia entre Moscú e Irkutsk es igual a la que hay entre Moscú y el Sudán, pero también es igual a la que media entre Irkutsk y Kamchatka, hacia el este, o entre Irkutsk y la Tierra de Francisco José, en el norte ruso. La tierra rusa llega desde Kaliningrado, antes Königsberg —ciudad muy hermosa sin un solo alemán, según se me dijo— hasta Alaska. Desde Kaliningrado hasta el Cabo Uelen, en el Estrecho de Bering, hay la misma distancia que desde Kaliningrado hasta la ciudad de México. Si se le da vuelta a Rusia alrededor de Kaliningrado hacia el oeste, se extiende sobre Europa, el Océano Atlántico, los Estados Unidos

y el Canadá, y llega a Alaska. Si se le da vuelta alrededor de Odesa hacia el sur, llega al África del Sur.

Es esa inmensa extensión la que influye en todo lo ruso. Hasta una ciudad rusa relativamente pequeña, como Irkutsk, o Novgorod, o Kalinin, tiene sus calles anchas, más anchas que la Quinta Avenida de Nueva York; y las principales avenidas de Moscú son dos, tres y cuatro veces más anchas. Esta magnitud extraordinaria, en verdad excesiva, explica todo lo ruso. Todo lo demás resulta pequeño en comparación con ella. ¿Y el comunismo? Uno apenas lo echa de ver cuando está en Rusia. Rusia es mucho más rusa que comunista. Hay que poseer la inmensurabilidad, la exorbitancia de la misma Rusia, para ejercer algún efecto sobre Rusia, como lo ejercieron Iván el Terrible, Pedro el Grande o Stalin; pero Stalin como persona, como una monstruosidad, no como comunista. El comunismo en sí mismo es un sistema, una ideología, y un método mesurados y racionales. Flota sobre Rusia como el aceite sobre el agua. La renuncia al culto de la personalidad, esto es, a lo irracional, a lo monstruoso, es al mismo tiempo la renuncia a lo inmensurable en la influencia sobre Rusia y el anuncio de una reacción mesurada al reto de la tierra y a la necesidad de su pueblo. Significa el programa de lo racional en la enorme, la sublime suprarracionalidad, por no decir irracionalidad, de la tierra rusa; su domesticación mediante el plan, lo que Kant llama lo magnífico. El plan ya ha producido cosas magníficas, como el Canal Volga-Don con sus espléndidas esclusas, las plantas de energía eléctrica del Volga, del Don, del Angara, los ferrocarriles subterráneos de Leningrado y Moscú; y los comunistas están entusiasmados por la belleza del plan extendido a la tierra inmensa.

La magnitud de la tierra tiene tres efectos que pueden llamarse el espiritual-humano, el social-cultural y el histórico-político.

Espiritualmente, el gigantesco país es ora estimulante, ora deprimente, según que uno se rinda a lo enorme o trate de oponerle resistencia; o según que uno se rinda más a lo que infunde temor que a lo que supera al temor en lo sublime. Mi esposa se sintió deprimida de vez en cuando, pero ahora recuerda la experiencia con fascinación cada vez mayor. Yo viví, casi desde el primer momento hasta el último, en una especie de euforia. Sentí que si no puede uno estar en el universo —como después fue un ruso el primero que estuvo— puede estar por lo menos en la ilimitada amplitud de Rusia. La entrega que el país exige es una especie de catarsis moral. Nos hace modestos y nos revela, por decirlo así, la sublime pequeñez de nuestra propia vida. Vemos nuestra vida, no como dice Spinoza, *sub specie aeternitatis*, sino *sub specie Russiae*.

Comparamos nuestra vida occidental con la vida heroica de los rusos. Por una parte nos sentimos privilegiados por no tener que ser héroes, aun cuando seamos capaces de serlo por nuestra libre elección, y así nos hacemos conscientes de nuestra individualidad y de que construimos nuestras vidas. Por otra parte, nos sentimos, como antes dije, excluidos de esa comunidad heroica. La vida en ella tiene una especie de vasta sencillez, que Kant atribuye también a lo sublime. El hombre como parte de lo sublime tiene ante sí un duro camino hacia la grandeza. Primero tiene que borrarse a sí mismo, entregarse por completo y llegar a ser él mismo, si ello es posible, como partícula del todo. En Rusia el hombre es parte del todo colectivo. Se le considera una partícula y un producto de la sociedad, ni siquiera de la tierra; y es bueno el que se adapta. Hay formas ingeniosas en que el colectivo al que uno pertenece —todo el mundo pertenece a un colectivo de compañeros— se cuida de que uno no rebasa los límites del colectivo. Hasta Jruschov tuvo que aprender esto en su colectivo, el Comité Central del Partido Comunista. El colectivo somete públicamente a todo el que se atreve a mostrar demasiada individualidad. En consecuencia, las reuniones periódicas del colectivo son esperadas con una mezcla de temor y excitación por cada uno de sus miembros; de temor, porque ninguno de ellos sabe si esa noche le tocará ser examinado públicamente por sus "amigos"; de excitación, por prever el drama de la caída de algún otro miembro. El colectivo puede censurar e incluso destituir a uno de sus miembros por cualquier clase de falta a la disciplina colectiva, por hablar demasiado, o demasiado alto, o dándose demasiada importancia, por no sumarse, o no sumarse de buen grado, a un proyecto del colectivo, o por errores y transgresiones notorios. He aquí dos ejemplos del castigo a una transgresión impuesto por el colectivo. (El primero está tomado de un artículo, "Cartas desde la fábrica", de la revista rusa URSS del 1º de enero de 1965; el segundo, de *A Room in Moscow (Una habitación en Moscú)*, de Sally Belfrage. Ambos ejemplos dan una idea del papel maternal y paternal del colectivo en la vida del individuo que vive en él como en su propia familia. El colectivo, como una madre, vela por sus intereses, amortigua los golpes de la vida y lo acuna. Al mismo tiempo, como un padre, gobierna con suprema autoridad al individuo y está dispuesto a premiarlo o castigarlo.

"Imagínese una gran familia unida, donde todos viven pacífica y felizmente. El respeto mutuo, la pureza en las relaciones y la ayuda de unos a otros, son cosas absolutamente naturales; construyen conjuntamente su casa y se preocupan por el presupuesto familiar, para que todo salga bien. Esta impresión produce la vida de

cuatro mil obreros de la fábrica de confecciones de Tiraspol, en Moldavia. Algunas nociones de la vida de esta fábrica les darán las cartas de la diseñadora Liudmila Stapova. Publicamos varias de éstas con permiso de su autora . . . 16 de febrero. En las secciones nos sentimos muy bien, como en nuestra propia casa . . . Sucede que todas las muchachas ayudan a sus amigas, a las novatas, por ejemplo, o si algunas de las costureras necesitan irse antes de la fábrica. Si la brigada decide que alguna obrera tiene motivo para salir antes, ésta puede hacerlo tranquilamente y su trabajo lo cumplirán las compañeras. En cierta ocasión observé el siguiente caso en la quinta sección. Una costurera tenía problemas en casa y estaba llorando. La jefe de brigada se le acercó y conversó con ella. Las muchachas propusieron cumplir la operación que hacía aquella costurera, y ella se fue a su casa . . . Cuando comencé a trabajar en la fábrica, ocurrió un caso desagradable: una muchacha se iba a casa por la tarde todos los días un poco antes. Las compañeras querían ayudarla y ella las engañó. Dijo que su madre estaba enferma. Y cuando las amigas decidieron turnarse y hacer guardia para cuidar a la enferma, fueron a su casa y resultó que la señora estaba perfectamente bien y la propia Valia no aparecía por casa. Al día siguiente toda la sección se reunió y a Valia la juzgó el tribunal de sus compañeras. Mamá, fue algo terrible cuando comenzaron a hablar las muchachas. Nadie alzó la voz, pero su tono era aterrador. No queremos trabajar con ella, decían. No le creeremos más. Al final decidieron perdonarla por última vez y ella se alegró muchísimo".

Sally Belfrage trabajaba en la Editorial en Lenguas Extranjeras, de Moscú. "No era precisamente un negocio, sino una organización muy grande que se ocupaba de la mayor parte de los aspectos de las vidas de sus empleados . . . Hoy iba a haber una reunión importante . . . Todo el mundo estaba tan excitado que tardé un rato en averiguar de qué se trataba. Un joven ruso, que había sido redactor y después ascendió a traductor, había ganado 7,000 rublos por una nueva traducción de *Las almas muertas* de Gogol. Sobre la base de esa inesperada ganancia, se había casado, se había comprado ropas nuevas y estaba viviendo muy desahogadamente. Todo le había ido bien hasta que un director de control, al revisar su trabajo advirtió que su inglés contenía demasiados modismo para ser obra suya y no tardó en descubrir que había copiado una vieja traducción casi palabra por palabra. Todo el mundo vociferaba acerca de lo sucia que era aquella treta, y lo condenaba. Alguien me lo señaló. Estaba como un proscrito en el fondo de la sala, y parecía absolutamente desdichado y miserable con su nuevo abrigo de piel.

“La reunión estaba a punto de comenzar. Todo el mundo se sentía afectado, incluso las personas que yo estaba esperando, de suerte que bajé las escaleras y entré también en la sala de asambleas. El reo se sentó solo, a un lado; los testigos lo dejaron rodeado de sillas vacías, como si padeciera una enfermedad contagiosa. Detrás de la mesa, el jefe del departamento empezó a leer con entonación monótona un informe sobre el incidente. El individuo se echaba hacia adelante en su silla, retorciendo un boleto del guardarropa y tirándose del pelo a medida que cada transgresión era enunciada y el griterío general aumentaba. El auditorio se mostraba cada vez más emotivo. Algunos, que antes eran los que más gritaban, casi parecían compadecerse, a la manera del padre que golpea despiadadamente al hijo, pero diciéndole: “Esto me duele más a mí que a tí”. Otros se mostraban menos complicadamente furiosos. Al fin, el veredicto: el acusado fue despedido y se le concedió un plazo de dos semanas para devolver todo el dinero. Eso era justo, salvo que él ya había gastado el dinero; y perder el trabajo de un modo tan vergonzoso significaba que el hecho figuraría en su expediente personal y le impediría conseguir otro empleo. Pero no se le requirió a que se defendiera.

“Al subir otra vez la escalera, el grupo todavía estaba excitado y discutía. Yo dije que lo único que me parecía censurable en el acusado era la estupidez de no haber hecho bien la trampa, si tenía que hacerla. Miradas condenatorias. Tenían razón, desde luego. Después sugerí que si se le rehabilitaba seguramente no volvería a hacerlo, y que aquello le arruinaría la vida para siempre. Algunos estuvieron de acuerdo, pero ya no había nada que hacer. El individuo salió del edificio arrastrando los pies, impulsado casi físicamente por la condenación que fulminaban veintenas de pares de ojos clavados en él”.

El colectivo representa a Rusia, a toda la tierra gigantesca y al único propósito de su todopoderoso Partido, custodio de la “moral comunista”: domar la naturaleza salvaje, fuera y dentro del hombre, civilizar, es decir hacer civiles en todas las acepciones del vocablo, a la tierra y la gente, llevar cultura a lo incultivado. La cultura tiene su aspecto estético y su aspecto moral, sus modales y su conducta y el colectivo impone ambos aspectos. El individuo no puede hacer otra cosa que entregarse y al entregarse, se entrega a Rusia, a la gran Realidad, que está detrás del colectivo y del Partido. De ahí que en la entrega no haya ningún sentimiento personal de odio ni de resentimiento, sino de resignación a un destino probablemente merecido. Y, convencido, votará a favor de su propio castigo, como lo hizo Jruschov.

Así, pues, el primer efecto espiritual de la tierra es que el individuo tiene que entregarse a ella. Tiene que hacerse consciente, con humildad, de sus limitaciones. Esto tiene su aspecto negativo en cuanto que puede provocar abusos por parte de los demás y la enajenación del propio Yo —y esto niega la esencia misma del ideal comunista de Marx—, pero también tiene su aspecto positivo en la conciencia de la humildad, virtud cristiana; y María, una de nuestras guías, nos dijo que el comunismo contenía muchos rasgos del cristianismo. Este sentimiento de humildad se apodera aun del visitante, ya sea en forma de depresión o de exaltación.

El segundo efecto espiritual de la tierra es la influencia de la naturaleza sobre el espíritu. El visitante, lo mismo que el ruso, es completamente sojuzgado por la magia de la tierra, por la infinitud de las formas que asume la naturaleza, ya sea por sí misma o por la acción del hombre. Hay, por ejemplo, lagos formados por presas, que no se ven en los mapas, lagos como el Mar del Volga, al norte de Volgogrado, de unos 400 kilómetros de largo y otro al norte de Kuybishev, de cerca de 700 kilómetros de largo y 65 de ancho; el Mar del Don, que de repente, después que el barco de ruedas pasa por debajo de un pequeño puente, se ensancha hasta formar un mar, el Zimlianskoye Morye, de 160 kilómetros de largo y hasta 50 de ancho, por el cual navegamos doce horas sin ver tierra por muchas horas, 30 metros por encima de bosques y de 1,600 aldeas sumergidas. Después, los ríos parecen de nuevo completamente intactos, como el apacible Don cuando salimos del Zimlianskoye Morye, con su puro y fresco aire marino, deslizándose por un paisaje mágico como el de Holanda, una "naturaleza muerta", cada vez más ancho, hasta que desemboca en el Mar de Azov. Apacible, verdaderamente tranquilo, *tiji*, sin fábricas ni ciudades, sólo un viejo monasterio acá y allá, praderas, bosques frondosos, caballos y vacas bañándose en el río, el aire lleno de pájaros, el agua hirviendo de peces. Así debió verse el Mississippi en tiempos de Mark Twain. El Volga, ancho, bordeado de fábricas; el Angara, salvaje en otro tiempo, que sale precipitadamente del Lago Baikal, domado ahora en una serie de lagos por los cuales navega la lancha de retropropulsión a 70 kilómetros por hora, una hora tras otra. Desde el Lago Baikal hasta Irkutsk y de aquí a Bratsk, la planta de energía eléctrica más grande del mundo, con su lago de unos 120 kilómetros de largo, en medio de la taiga, salvaje y sin embargo extrañamente suave, como la misma Rusia, a través de bosques primitivos y una pequeña aldea acá y allá. El Lago Baikal mismo, rodeado de aldeas alpinas, colinas por un lado, glaciares por otro. Lo visitamos varias veces desde Irkutsk, contemplando desde lo alto el poderoso Anga-

ra, atravesando aldeas de cabañas de troncos de árboles, como Bolshaya Rietka, el "Gran Río Pequeño", hasta que, de repente, se divisa a lo lejos la desembocadura del Angara cuando se precipita fuera del Lago, espectáculo inolvidable. El lago se extiende hacia el norte, unos 600 kilómetros más allá del horizonte, con una profundidad de 1,600 metros que lo hace el lago más hondo del mundo. Abunda en focas y un pez peculiar como la *Bolshaya golomyanka*, que se funde al sol cuando se le saca del agua y sólo queda el esqueleto, y que pare tres mil quinientas crías vivas. Alrededor del lago, un paraíso de animales, martas, pájaros de todas clases, todo lo cual puede verse en el Museo Limológico, en la aldea alpina de Lystryanka, hasta donde llega la lancha de retropropulsión y los vapores salen para el norte. El camino termina un poco más allá de la aldea; todavía puede uno pasear un poco por el bosque y después escarpados farallones se precipitan en el lago. Al otro lado del lago, a unos 50 kilómetros de distancia, se ven las montañas con glaciares de la cordillera de los Sayani, que se extiende hacia la frontera con Mongolia. Durante el viaje de regreso vimos el hermoso lago y las montañas cubiertas de nieve alejarse lentamente al otro lado de la desembocadura del Angara, sintiéndonos tristes por tener que abandonar esta naturaleza, pero alegres por haberla conocido.

Este es, pues, el segundo efecto espiritual de la tierra gigantesca: el encantamiento del hombre por la naturaleza. El visitante comprende que la expresión Madre Rusia no es una frase hueca. El mismo se convierte, por decirlo así, en uno de sus hijos adoptivos. Estábamos tan dentro en Rusia, que creíamos que nunca saldríamos de ella, no por razones políticas —nadie está más seguro en Rusia que el turista—, sino porque aquella experiencia nos colmaba por completo. Sentía yo que de haber nacido allí y de haberme criado como un ruso, nunca dejaría aquella tierra, ocurriera lo que ocurriera, porque su desafío para mí sería tan grande, que eludirla, o escapar de ella, sería como huir de mí mismo. Comprendí por qué regresan tantos emigrados, como Prokofieff; o por qué, cuando no regresan, los consume la nostalgia. Comprendí al bailarín Nureyeb: "Nunca volveré a mi país. Y nunca seré feliz entre vosotros". Cuando le entregué un medallón lleno de tierra rusa a mi antigua maestra de ruso, mujer que había salido de Rusia hacia cuarenta años y es hoy una juvenil octogenaria, ella, anticomunista furibunda, rompió a llorar y casi se desmayó. El visitante sensible se entrega a la Madre Rusia, a esa maternidad de la tierra rusa que todo lo abarca y encierra. Siente profundamente dentro de sí que, con toda su fiereza, es *buen*a, sencilla, sincera y protectora cuando uno se

le ha entregado. Y como todo aquello con que uno entra en contacto está al cuidado de mujeres—hoteles, ferrocarriles, automóviles, restaurantes, museos, tiendas—, se siente acunado en toda Rusia por los brazos de mujeres amables. Ellas procurarán que no le falte nada, que se le encuentre cuando se extravía. En una ocasión las mujeres encargadas de nuestro coche de ferrocarril hicieron que el tren aguardara en el andén durante media hora —y la puntualidad es un fetiche en los ferrocarriles rusos: un retraso de cinco minutos en un recorrido de 4,000 kilómetros es motivo de queja— hasta que estuvieron seguras de que quedaríamos al cuidado del guía de Intourist, que suele ser otra mujer. En ninguna parte del mundo reciben las personas enfermas asistencia más solícita que la que reciben los pacientes rusos de sus médicos y enfermeras, todas mujeres. Esta maternidad que rodea al visitante por todas partes le hace sentirse cada vez más un hijo de la tierra; y cuando la anciana rusa encargada de nuestro vagón me dijo al acercarnos a Moscú después de tres semanas: "Moskvá skoro" —"Moscú dentro de poco"—, casi me sentí como un viejo moscovita.

El tercer efecto de la ancha naturaleza rusa es la amplitud del alma rusa. En una de las enormes comidas que se dieron en nuestro honor y en las que las olas de la hospitalidad rusa pasaban sobre nosotros como las olas del Océano Pacífico, en que no puede uno sino ahogarse, o más bien beber hasta morir, uno de mis colegas —quien profesionalmente me dijo que yo no tenía que hacer más esfuerzos filosóficos, que el marxismo había resuelto todos los problemas y era la verdad científica objetiva— pronunció un discurso en el que declaró: "Nuestro corazón es tan grande como nuestra tierra y late por vosotros. Esta mesa se extiende por toda la tierra rusa, se extiende sobre el océano, se extiende como un lazo de amor entre vosotros y nosotros". La grandeza de la tierra se refleja en el corazón ruso, los extremos de la tierra en los extremos de los rusos. La exaltación viva y la depresión mortal se siguen una a otra sin transición. Espontáneos como niños, dejan ver sus sentimientos. Cuando algo va mal es el fin del mundo. En una ocasión, nuestro chofer perdió el camino y fue una catástrofe. Se agarró la cabeza con las manos y empezó a sollozar, aunque todo se resolvió en pocos minutos. Una vez le pedí a la encantadora joven encargada de nuestro piso en el hotel que me diese dos cobertores. Al día siguiente le pregunté dónde estaban los cobertores y ella se cogió la cabeza con las manos, me miró con expresión de extrema desesperación en sus grandes ojos azules y dijo con voz sepulcral, como si el mundo fuera a acabarse: "Mí doncella, se olvidó". En un viaje, nuestro vagón estaba sucio, pero no tuvimos el valor de quejarnos

a las dos muchachas encargadas, porque no hubiéramos podido resistir su desesperación y aflicción. Es casi imposible admirar nada en una casa. Si uno lo hace, es imposible, al igual que en México, rechazarlo dando las gracias. No, nosotros tuvimos que aceptarlo todo hasta que aprendimos a reprimirnos, y trajimos un baúl lleno de regalos. Discutí con varios rusos esta desmesura del carácter ruso, su universal efusión, su insondable inmersión en sí mismo, esa oscilación horizontal —vertical, por decirlo así—, y me dijeron que este entregarse a sus propias emociones es la principal diferencia entre el ruso y el hombre de Occidente. Cuando el ruso es feliz, es inconmensurablemente feliz, cuando está triste, está inconmensurablemente triste. En Rusia la mayoría de la gente vive como Dios la hizo, absolutamente sin neurosis, aunque arda en su interior, aunque hierva como un absceso, *naryf*. Su alma es como un volcán agitado en el interior, tranquilo en la superficie, pero ¡cuidado, cuando entra en erupción!

No está, por lo tanto, en la naturaleza del ruso, como sí está en la del hombre occidental, entregar su alma a un sistema. De un modo u otro, su alma se abrirá paso a través del sistema, o trata especial, el propio sistema se abrirá paso a través de sí mismo. Hasta ahora, el sistema no ha estado nunca al servicio de la racionalidad serena. Stalin usó el sistema para abrirle paso a través de él a un exceso de terror. Jruschov se abrió paso en pura espontaneidad exuberante y magnífica, por lo cual se le reprochó después una "improvisación espeluznante". Parece que con Kosyguin y Brezhnev el sistema se usa por primera vez racionalmente y, en consecuencia, por fin, con mayor libertad para el individuo. Pero el que Rusia esté madura para este sobrio culto de la impersonalidad es harina de otro costal.

Un camino por el que el ruso puede abrirse paso a través del sistema y dar salida a su individualidad, es, cosa extraña, el turista extranjero. En cierto modo, éste le parece al ruso una abertura, una fisura en el sistema, al cual no pertenece el turista que no tardará en desaparecer de nuevo, que no está sometido a sus leyes y en quien puede confiar. En lugar de muchas experiencias, citaré una sola. En una ocasión, estuvimos con algunos soldados el tiempo suficiente para que al fin se atrevieran a hablarnos y uno vino hacia mí y me metió una carta en el bolsillo. Había estado seis años en Alemania, tenía 24 años y me escribió en alemán. La carta empezaba así: "*Sie sind gute Menschen. Es lebe die America und Sobetische freundschaft. Ich wil bekandschaft zu machen mit sie. Ich wil schreiben fiel und oft, nun schade, Hier ferbotten*". (Son ustedes buena gente. Viva la Estados Unidos y Soviet amistad. Quiero conocimien-

to hacer a ustedes. Quiero escribir mucho y con frecuencia, bueno, lástima. Aquí prohibido).

Otros muchos se desahogaban acerca del sistema: la gente en los teatros, los parques, los trenes, los barcos. Todos eran buenos comunistas, pero odiaban la fuerza relacionada con el sistema, fuerza que en mi opinión está a punto de desaparecer. Esto también tiene un efecto económico. A causa de la enorme vitalidad y espontaneidad del ruso, la economía individual es desproporcionadamente más productiva que la colectiva. Un día, en el barco de ruedas del Don, en Krasnoyarskaya, vimos una lancha llena de campesinos, hombres y mujeres, con sus sacos llenos de trigo para pan, muy alegres. Lo que llevaban al mercado no era la parte que le correspondía al gobierno, sino sus excedentes. La lancha parecía una fiesta pública, una escena breugheliana. A causa de esta naturalidad y de este odio al sistema, el sistema más terrible del hombre, el de la guerra, es odioso para el ruso. Probablemente no hay pueblo que sea tan apasionadamente pacífico como el ruso. Como me dijo uno de ellos: "Nosotros queremos la paz como vosotros en Occidente queréis el dinero". Quería decir, con la pasión interior más profunda. Las guerras de los últimos cuarenta años, la Primera Guerra Mundial, la guerra civil, la guerra de Hitler, que por sí sola costó la vida a 20 millones de rusos —se me dijo que la cifra no oficial era de 40 millones— y devastó la tierra como si los Estados Unidos lo hubieran perdido todo al este de Chicago, las aldeas sin hombres y en las que sólo había mujeres, las muchas mujeres que trabajaban porque sus hombres murieron en la guerra, todo esto le inculcó al ruso un odio apasionado a la guerra. Todo el país está lleno de propaganda por la paz. Por todas partes se lee *Mir y Druzbbba* (*Paz y Amistad*) y *Miru Mir* (*Paz para el Mundo*). Este amor profundo e íntimo a la paz, que se refleja, como ya dije, en su idioma, es otra razón de la gran amistad que se le profesa al extranjero. En una muchedumbre rusa, uno es como un elegido y en realidad está siendo elegido. En Peterhof, por ejemplo, una muchacha que iba detrás de mí me empujaba cada vez más arriba, por las escaleras, para que pudiera ver el espectáculo de las fuentes, a la vez que con los codos apartaba a la gente que la seguía. Una vez que fotografié una cabaña en una aldea, salió de ella una campesina y quiso invitarnos a todos. "Aquí los extranjeros son bienvenidos", dijo. "Nuestra aldea fue destruida dos veces en la guerra y no queremos verla destruida otra vez". La desconfianza hacia el extranjero en Rusia no es del ruso, sino del sistema, del aparato institucional. Pero influye menos en el ruso que el sistema occidental en los occidentales. En consecuencia, casi parece que la sociedad rusa se apoya en fundamentos

más racionales que la sociedad occidental. La sociedad rusa no conoce todavía lo que Freud llamó el disgusto por la civilización. La civilización es allí algo que el individuo desea, y ser *niekulturnyi* es de mal gusto. El ruso no tiene todavía el íntimo deseo de conformidad que tenemos en Occidente. Nosotros hacemos voluntariamente lo que el ruso hace obligado por el sistema: conformarse. El ruso es él por encima de todo. Se apoya ante todo en sí mismo y en el mundo, el *mir*, en el sosiego. Se siente seguro cósmica, existencialmente. Cuando tiene que amoldarse al sistema, y no se entrega a éste por convicción íntima, se pone una máscara. En una ocasión tuve una experiencia típica con esa doblez, que no es, empero, falsedad, porque en esa mascarada el ruso no pierde nunca su propio yo. En la Biblioteca Lenin conversé con una amable joven que se mostró encantadora y vivaz conmigo. Pero cuando regresé inmediatamente para hacerle otra pregunta, me miró con pétreo y boquiabierto estupor. Había vuelto a ponerse su máscara y no había tenido tiempo de quitársela. La máscara se quita y se pone de acuerdo con la situación. Vi a personas que estaban en la actitud más jovial ponérsela y adoptar un aire de rígida solemnidad al acercarse un desconocido o un funcionario del régimen y quitársela y volver a su anterior estado de ánimo tan pronto éste se iba. Todo esto se produce casi automáticamente, no como si hubiera un acuerdo mutuo ni una conspiración entre los participantes, sino como cosa natural; la vida es así. Quizá también el robo, frecuente en Rusia, sea una especie de reacción inconsciente contra el sistema. Una muchedumbre rusa no es tan impersonal como una muchedumbre de un país occidental y por occidental entiendo todos los países situados al oeste de Rusia, sean comunistas o no. El comunismo de Polonia o de Checoslovaquia es algo completamente diferente del comunismo de Rusia. La diferencia no reside en el comunismo, sino en los países a los cuales se amolda el comunismo. En los países comunistas occidentales existe el disgusto por la civilización. Los rusos incluyen a esos países en sus juicios sobre la decadencia de Occidente. Esos países, a su vez, están orgullosos de su herencia occidental y consideran toscos y bárbaros a los rusos. Una muchedumbre rusa no es impersonal, cada individuo de ella está por completo *allí*. Hay una gran presencia corporal. Una estación de ferrocarril o un aeropuerto ruso están llenos de gente que duerme, que come, que bebe, cuerpos tumbados en bancos, en mesas, por el suelo, una *masa* enorme de gente; pero no en el sentido de Le Bon y su sociología, sino en el sentido de la criatura que Dios envuelve en su amor: hijos de la tierra rusa. Y la maternidad de la mujer rusa casi tiene algo de *madonna*; ofrece protección contra la inmensidad

del país, que se refleja profundamente en el alma de la mujer rusa. A veces las mujeres parecen haber salido directamente de iconos, como la campesina que vi acurrucada en el puente inferior del vapor del Volga y que parecía exactamente la Virgen de Vladimir, con su pequeña nariz encorvada. A veces se ven hombres que parecen personajes de Tolstoi, como uno en la iglesia de Irkutsk, con su barba muy larga y muy rala, altas botas de cuero, un nudoso garrote y arrodillado mientras rezaba. En comparación con esa gente profundamente rusa, los hombres del sistema son incoloros, secos y duros. Se abren paso a través del sistema en la medida en que son rusos. A Jruschov lo recibían con cariño dondequiera que iba. Como dijo uno de mis distinguidos colegas, un académico: "Jruschov dice lo que el pueblo ruso siente". Tenía en sí el gran amor al pueblo, que éste le correspondía. Pero su misma "terrenidad", su rusismo, disgustaba a los hombres del sistema. Y tenían razón. Porque si Rusia ha de avanzar alguna vez hacia la libertad del individuo, había que purgar al sistema de arbitrariedad y el aparato gubernamental deberá ser dirigido por tecnócratas y no por políticos, por hombres de corte occidental, no ruso.

Al mismo tiempo, la mayor libertad que esto concederá al ruso lo hará desarrollar más aún su rusismo. Y así, en la medida en que el sistema se haga menos ruso, Rusia será más rusa. A la vez, el proceso de civilización y educación será continuo y aparecerán nuevas obras maestras de arte y literatura rusas. El Renacimiento que acaba de empezar allí alcanzará su pleno florecimiento. Dado el aseguramiento de la paz, Rusia conocerá siglos que podrán compararse con los grandes siglos de Europa, los siglos XVI, XVII, y XVIII, que echaron los cimientos de nuestra civilización. Al mismo tiempo, esos siglos convirtieron lo sublime en lo bello, lo admirable en lo agradable y el propósito colectivo en propósito individual.

Rusia todavía es sublime y no bella, admirable y no agradable y aún predomina en ella el propósito colectivo. Pero el individuo se está moviendo en todos los campos, en la economía, en el arte, en la música, en el gobierno. Rusia es cada vez más, un país occidental, sin perder su propio carácter. El occidental se siente como en su casa tras una breve estancia allí. Va sintiendo gradualmente lo que el ruso tiene de amable. Cuando oye en las noches de Moscú, hasta hora muy avanzada, la ruidosa música de jazz que sale por las ventanas de los vecinos detrás de la calle Gorki, o ve por las ventanas a la gente entregada a sus tareas domésticas, en la cocina, comiendo con sus invitados, se siente a sus anchas en el mundo al que todos pertenecemos, se siente en paz, *mir*; y, sin embargo, no olvida que esta parte del mundo es el mundo de Rusia, el mundo de Tolstói

y Dostoyevski, y el mundo de Mayakovsky y de Lenin. Pero la política y en consecuencia lo que separa a los hombres, desempeña en Rusia un papel notablemente pequeño. El ruso corriente parece políticamente desinteresado. Bien pudiera ser que el comunismo sea su religión; y en ese caso Marx, Engels y Lenin desempeñan en *su* vida diaria más o menos el mismo papel que la Santísima Trinidad desempeña en *nuestra* vida diaria. También hay, naturalmente, teólogos profesionales en todas las fases, desde el sabio hasta el fanático, desde el teórico hasta el administrador, como los hay entre nosotros. Pero las raíces de estos hombres de organización están menos hundidas en la tierra rusa que, por una parte, en la burocracia soberana de los zares y, por otra parte, en las disertaciones de Hegel y de Marx, es decir, en la filosofía occidental.

El carácter contradictorio de la espontaneidad rusa, en el que la exaltación celestial alterna con la tristeza mortal, puede combinarse con el carácter contradictorio del burócrata, en el que el fanatismo alterna con la indiferencia, en todas las formas posibles, desde los extremos del fervor humanitario y la crueldad —o de ambos, como en Iván el Terrible y Pedro el Grande y aun en Stalin— hasta los de la autolaceración y la apatía. El visitante encuentra ejemplos de crueldad en la historia horriblemente sangrienta de Rusia. En el monasterio de San Jorge, en Novgorod, una de las ciudades más antiguas y sagradas de Rusia, por ejemplo, escuchamos la historia de la condesa Orlova, hija del conde Orlov, favorito de Catalina la Grande. La condesa dio a ese monasterio, a cuyo abad amaba, tierra y tesoros. Cuando murió el abad y ella quiso dejar el monasterio, porque no amaba al nuevo abad, tomó la comunión de despedida, pero el vino estaba envenenado y fue sepultada allí. Pero no había muerto. En 1935 se abrió el ataúd: se había arañado todo el cuerpo, tenía trozos de piel en las uñas y cabellos en las manos. Otra figura femenina trágica fue la princesa Tarakanova, que vivió en Italia y era hija supuesta de la emperatriz Isabel y, por lo tanto, un peligro para Catalina. Catalina la hizo secuestrar y llevar a Rusia, la encerró en la fortaleza de Pedro y Pablo, donde murió miserablemente en una inundación probablemente preparada por Catalina. En la Galería Tretiakov, de Moscú, hay un cuadro que reproduce su muerte: las aguas se precipitan por la ventana rota y ella está de pie sobre la cama, con los ojos llenos de desesperación. Puede verse el lugar del río Volchod, en Novgorod, donde Iván el Terrible mató y ahogó a miles de habitantes de la ciudad, hombres, mujeres y niños, con cuya sangre se tiñó de rojo el río. En Irkutsk se ven figuras de individuos condenados a trabajos forzados en Siberia, con los brazos y los pies

soldados a sus carretillas. En Ostankino, cerca de Moscú, hay cuadros que representan siervos con una B grabada a fuego en la frente, inicial de *byezhati*, fugitivos. Se ven las cadenas de hierro para los pies, los collares de hierro con grandes púas para el cuello, que el monstruoso feudalismo ruso empleaba quinientos años después de haber desaparecido en Europa. Se ven las celdas de la Fortaleza de Pedro y Pablo donde se encerraba a los prisioneros veinte años o más. Se ven los cuadros de Repkin, uno de los grandes pintores de todos los tiempos, con los boteros del Volga amarrados de por vida a los barcos; de la zarina Sofía en su celda en la prisión del convento de Novodyevitchi, con expresión de furioso desafío, mientras el cadáver de un *strelitz*, miembro de la guardia de corps de Pedro que ella había inducido a rebelarse, cuelga delante de la ventana con el memorial que le había dirigido a ella en la mano. Puede verse el famoso cuadro *Nye zhdali*, "El inesperado", el regreso de un desterrado en Siberia; a Iván el Terrible, que acaba de matar a su hijo y heredero cuidadosamente educado, abrazando loco de desesperación y arrepentimiento el cuerpo ensangrentado; y, en el monasterio de Zagrosk, el Vaticano ruso, el sótano donde los monjes rezaron por el alma de Iván, el asesino, pero no por la del asesinado y el grueso volumen que registra minuciosamente, como un catastro, los nombres de todos los asesinados por Iván; y en Pere-delkino, no lejos de la tumba de Pasternak, la bella iglesia azul y dorada en que Iván mató al boyardo del lugar con toda su familia y al metropolitano Alexei. Puede verse, asimismo, el cuadro de Gye que representa a Pedro el Grande con su hijo Alexis poco antes de que Pedro ayudase personalmente a matarlo a golpes (como también personalmente decapitó a ochenta y cuatro *strelitzes*); el cuadro de Surikov con la ejecución de los *strelitzes*, las familias llorando, las horcas entre San Basilio y el Kremlin y por todo Moscú, en que 2,000 cadáveres congelados habrían de mecerse al viento durante todo aquel invierno; la tumba de Boris Godunov, el asesinato del zarevich Dimitri atormentado por el remordimiento y de su familia; y en último término, pero no por ello menos importante, detrás del mausoleo de Lenin, la tumba sin adornos de Stalin, que todavía es lugar de peregrinación para la muchedumbre que busca sensaciones. De labios de los vivos, escucha uno relatos de la revolución, la guerra y el terror, como las dos matronas, viejas afiliadas al Partido, en el tren de Rostov, una de las cuales se empeñó en enseñarnos una gran cicatriz en el estómago, por donde la habían abierto; o nuestra joven guía del Intourist, con el relato de sus dos abuelos ahorcados. Así, uno está rodeado constantemente por la crueldad de la historia y del hombre rusos, pero, al mismo tiem-

po, por su insolencia y su apatía, que son contrarrestadas por la severísima disciplina del Partido. Por ejemplo en una ocasión nuestro chofer de Intourist llegó con media hora de retraso. Nos imploró que no dijésemos nada, que le habían dado la dirección equivocada. En sus ojos se leía el terror. Hay, por una parte, la apatía innata, como la de Oblomov en la gran novela de Goncharov sobre un personaje que se pasa el tiempo en un sofá y tarda sesenta páginas en levantarse; y hay la apatía de aquellos a quienes les resulta insoportable su dura vida, como una de nuestras mujeres choferes, que, cansada y amargada por su destino, vegetaba como un autómata. ¿"Cree usted —dijo— que yo estaría conduciendo este coche si tuviera un hombre? Mi hombre murió en la guerra. Yo tenía tres hijos pequeños. Llevo veinte años trabajando de chofer. En el verano no es tan malo, pero en invierno es insoportable". Sólo conocimos a una mujer que no trabajaba y estaba orgullosa de no tener que hacerlo, porque su marido ganaba un buen sueldo y ella podía dedicarse por entero a su familia. Ser madre y esposa y dedicarse a la familia es, después de la paz, el mayor anhelo de la mujer rusa casada. Sus hijos están con *babushka* y ella tiene que trabajar. "Es malo, pero ¿*cbto dialati?* (qué se va a hacer?)". Dondequiera que uno llega, víctimas de la guerra, víctimas de Stalin, víctimas de la vida dura, víctimas, en último término, de la dura e inconmensurable naturaleza rusa. Y, sin embargo, rara vez endurecimiento de la gente; pero sí la huida profunda y a veces trágica, como la de la esposa del rector del Instituto Tecnológico de Irkutsk, que se quedó sorda cuando recibió la noticia de que su hijo de dieciséis años había muerto en el frente hacía veinte años. Sólo pudimos hablarle con los ojos.

Hasta aquí los efectos espirituales de la naturaleza rusa. A continuación combinaré lo cultural, tanto artístico como intelectual, con lo político. Tuve la buena suerte, gracias a mis conferencias en las universidades, de conocer a muchos jóvenes que hablaban muy libremente. En una palabra, creían ser mejores comunistas que sus padres y que los miembros del sistema en general. Me citaron una y otra vez a Yevtushenko, quien en forma poética y con poderosa personalidad —a sus últimos recitales, antes de que fueran prohibidos, asistieron hasta 15.000 personas, la mayor parte jóvenes— expresaba lo que ellos sentían. Yo había leído mucho de Yevtushenko y tenía una carta de presentación para él, pero me dijeron que le habían prohibido recibir a extranjeros y que, de todos modos, no estaba en Moscú en aquel momento, sino en el Mar Negro "con diez muchachas a quienes recitaba sus versos, entre ellas su mujer". Yevtushenko es un comunista puro; uno se siente tentado de decir

que es un comunista cristiano. Toma en serio las enseñanzas del comunismo, como en su tiempo lo hizo Tolstoi con las del cristianismo. Y así como Tolstoi fue, a causa de ello, excomulgado por la iglesia, Yevtushenko no fue durante algún tiempo persona precisamente grata para el régimen. (Actualmente goza en cierto modo del favor oficial y ya le han permitido volver a viajar fuera de Rusia). La casa y la tumba de Tolstoi son hoy santuarios nacionales. Creo que si a Yevtushenko, que sólo tiene 32 años, se le permite desarrollar y vivir plenamente su gran talento y sus enormes energías, tendrá un lugar semejante en la Rusia del futuro. Posee la misma profunda sensibilidad moral, el mismo carácter de granito y la misma robusta salud de campesino que Tolstoi; y aunque no tiene el mismo estilo épico, tiene una facilidad de talento poético que penetra como un estilete en el corazón mismo del problema ético, punzando el forúnculo, el *naryf*, del mal, y saneando el alma rusa. En los tiempos de Lenin el poeta era un extraño en la sociedad, en los de Stalin la sociedad lo persiguió. Yessenin se abrió las venas y escribió su último poema con su propia sangre. "Adios, amigos, no me estrechéis la mano, no digáis nada. No os entristezcáis, y no arruguéis el ceño en el dolor. En esta vida morir no es nada nuevo. Pero, naturalmente, tampoco hay nada nuevo en vivir". Mayakovsky se suicidó. Muchos fueron deportados a Siberia y perecieron. Muchos otros simplemente desaparecieron. Hoy el poeta ya no está en peligro; él es el peligroso, pero sólo para los impuros, para los arribistas, para los hombres de organización, de sangre y corazón fríos.

A todos los que se agitan
 en las asambleas y alborotan
 soltando un chaparrón de mentiras,
 no les importa
 que el poder sea
 soviético.

Todo lo que les importa
 es que sea poder.

Yevtushenko protesta en nombre del humanismo del comunismo contra la deterioración moral, la corrupción, los crímenes que se cometieron en su nombre. "¿Puede equipararse —pregunta—, la esencia de la religión cristiana con los estafadores que solían hacer grandes ganancias vendiendo indulgencias, con los inquisidores, con los sacerdotes que se enriquecían a expensas de sus feligreses, o con los feligreses que rezan piadosamente en la iglesia y fuera de

ella mienten y engañan? Tampoco puedo yo, comunista creyente, equiparar la esencia de mi religión con los fulleros que trepan por su partido, con sus inquisidores, sus taimados y codiciosos sacerdotes, o sus feligreses llenos de doblez y deslealtad". "Para mí —dice— no es comunista el que pertenece a la organización y paga su cuota. Un comunista es el que pone los intereses del pueblo por encima de los suyos, pero que al mismo tiempo no derrochará nunca desenfrenadamente vidas humanas en nombre de esos intereses". Su poema *Los caballeros* dice: "Se han hecho inmutables como cosas, incapaces de una nueva inspiración... No tienen prisa por comprender, no quieren comprender, adornados aún con el oropel idiota de armaduras anticuadas, su antiguo éxito... Los poderosos caballos se han convertido en guiñapos. Los caballeros no son los mozos de otros tiempos; víctimas de una grave enfermedad: el miedo a la honradez, el miedo al combate". Y *Babi Yar*, su resonante reto al antisemitismo: "Oh pueblo mío ruso, te conozco. Tu naturaleza es internacional. Manos sucias baten ruidosamente tu limpio nombre. Conozco la bondad de mi país. ¡Qué horrible es ese título que los antisemitas se dan tranquilamente: 'Unión del Pueblo Ruso'! Ninguna parte de mí puede olvidarlo nunca. Cuando sea enterrado para siempre el último antisemita sobre la tierra, que resuene la Internacional. No corre por mis venas sangre judía, pero todos los antisemitas me odian tan acerba y duramente como si fuese judío. Por eso soy ruso". Su poema *Hablillas* comienza así: "Me dicen que eres un valiente. Yo no lo soy. Nunca fue el valor mi cualidad. Sólo que juzgué indigno degradarme por el miedo tanto como lo hicieron otros". Y termina: "Cuánto se avergonzarán nuestros hijos al vengarse, al fin, de estos horrores, al recordar que en un tiempo tan extraño la simple integridad podía parecer valor".

Suenan ahora en Rusia las trompetas de una rebelión moral, de una reforma, en el campo artístico como en todos los demás, no contra el comunismo, sino en nombre del verdadero comunismo. Así como en la Reforma, Lutero volvió a las fuentes puras del Evangelio y tronó contra quienes lo envenenaban con el crimen, como los inquisidores, contra quienes lo enturbiaban con sofisterías, como los falsos teólogos, contra quienes lo explotaban en provecho propio, como los mercachifles de indulgencias, así los abanderados de la Reforma rusa de hoy vuelven a las claras fuentes de su credo, a su humanismo y su solidaridad y truenan, con creciente audacia, contra su corrupción. "El mayor de los crímenes de Stalin —dice Yevtushenko— fue la corrupción del espíritu humano... Quienes hablan en nombre del comunismo pero en realidad pervierten su significado, figuran entre sus enemigos más peligrosos, quizás más

peligrosos aún que sus enemigos de Occidente". Comprendió muy a tiempo que "una lucha nos aguarda, la lucha a muerte con quienes predicán el comunismo en teoría y lo desprestigian en la práctica". "Vigilancia revolucionaria; éste ha llegado a ser mi lema espiritual". Ante su mente y las de sus compañeros está el ideal de un país purificado. "Todavía está entre nosotros ese maldito Stalin", le dijo en una ocasión un editor. Y hay que exorcizarlo. Hay que rectificar su demoníaca perversión de todos los valores. Los jóvenes rusos saben lo que es bueno y lo que es malo, lo que es verdadero y lo que es falso, no porque hayan aprendido la ideología, sino porque aprendieron de los grandes clásicos rusos: Pushkin, Tolstoi, Dostoyevski. "No es casualidad —dice Yevtushenko hablando de Pushkin— que los tiranos de Rusia considerasen a los poetas rusos como sus enemigos más peligrosos. . . Sus poetas ayudaron a Rusia a pensar". Hoy los poetas están examinando a fondo el problema moral. Ser moral es ser *veraz*, veraz consigo mismo. Cuando uno es veraz consigo mismo es veraz con todos los hombres. Esos muchachos y esas muchachas no saben nada del imperativo categórico de Kant, éste está allí, claramente enunciado y audazmente vivido. La naturaleza moral del pueblo ruso se está abriendo paso a través de las trabas de los malos tiempos pasados. De su hondura espiritual proviene la acogida que le dispensa a Yevtushenko. "Escribe sólo la verdad, hijo, sólo la verdad", le dijo una anciana después de un recital en una fábrica. "Busca la verdad en ti mismo y llévala al pueblo. Busca la verdad en el pueblo y guárdala en ti mismo". Vive la Humanidad en ti, dijo Kant. "Yo estaba tocando la enorme fuerza espiritual inherente al pueblo ruso que empezaba a recobrar lentamente su libertad". Y en ese pueblo encontró Yevtushenko la Humanidad. Su "nacionalismo" es "universalismo", como dijimos al principio. "Mi país —empezó a comprender Yevtushenko— no era un concepto geográfico ni literario. Se refería a gente viva. Yo desprecio el nacionalismo. Para mí el mundo no contiene más que dos naciones: la nación de los buenos y la nación de los malos. Yo soy nacionalista de la nación de los buenos. Pero al amor a la Humanidad sólo puede llegarse mediante el amor al propio país de uno". Cuanto más profundamente sondeaba el espíritu ruso, más se encontraba a sí mismo y a la Humanidad. "El mundo debería ser mi hogar. . . Ahora me siento responsable ante el mundo entero".

Las fronteras se interponen en mi ruta,
 es triste
 no conocer Buenos Aires
 ni Nueva York.

Quiero vagar

por Londres todo lo que me haga falta,

quiero hablar con todo el mundo

aunque sea en inglés chapurrado,

quiero viajar en los autobuses atestados como un muchacho,

por el París matinal.

¿Qué tiene que ver todo esto con el marxismo? Nada... y todo. El marxismo dogmático es una perversión stalinista de La Verdad. "El verdadero marxismo se está formando sin cesar". El dogmatismo es odioso porque "sirve para ocultar intereses creados y egoístas". E igualmente ocioso es el cinismo que se burla de la revolución, revuelve sin distinción lo bueno y lo malo, "esquepe sobre todo" y es absolutamente incapaz de realizar esfuerzos constructivos. "Tanto los cínicos como los dogmáticos no sólo son traidores a la Revolución, sino también a su propio pueblo". ¿Qué es, pues, Yevtushenko y cómo se llaman a sí mismos los más despiertos de su generación? No se avergüenzan de ser idealistas, emplean esta palabra, tan fea para los materialistas, como un martillo. Y denuncian la confusa lógica materialista de Carlos Marx. He aquí cómo corrige Yevtushenko a Marx: "El hombre es idealista por naturaleza y sólo los grandes sufrimientos dan lugar a grandes ideales. ¿Por qué se equivocó Marx cuando predijo que la Revolución se produciría primero en el país de desarrollo industrial más avanzado? ¿Por qué ocurrió que a pesar de sus profecías, el primer país que tomó el camino revolucionario del socialismo fue Rusia, tan atrasada industrialmente? La respuesta consiste en que este país, tan retrasado en cuanto a desarrollo industrial, era quizá el más adelantado en cuanto a dolores y lágrimas de su pueblo". No es la economía del hombre, sino su estado espiritual, lo que hace la historia. Estos jóvenes consideran que el espíritu del hombre es más importante que su función social. Están avergonzados de los tiempos en que "toda la vida espiritual del hombre estaba reducida a los problemas de la línea de montaje". Ven toda la gama de los valores y comprenden que el valor económico no es más que una pequeña fracción de ella. Así, pues, consideran falso el marxismo dogmático porque éste hace caso omiso de los valores *humanos* en nombre de los cuales Lenin concibió y realizó el comunismo. "Stalin deformó las ideas de Lenin, porque para Lenin —y éste fue todo el significado de su obra— comunismo era servir al hombre, mientras que bajo Stalin pareció que era el hombre el que debía servir al comunismo".

Lo que está ocurriendo hoy en Rusia es *el descubrimiento de la persona humana* —un renacimiento como el italiano, con quinientos años de retraso como toda la historia rusa— en el cual el ruso, como en otro tiempo el hombre de Occidente, descubre su Humanidad. Para estos jóvenes, el hombre no es un producto de la sociedad, un elemento de la masa, es *él mismo*, en su singularidad, en su íntima soledad. Al poema *Gente*, de Yevtushenko, pertenecen estas palabras: "Nada en los hombres carece de interés. Su destino es como la crónica de los planetas. Todo en ellos es único y ningún planeta se parece a otro planeta . . . Para cada uno su mundo es único. Y en ese mundo un minuto excelente. Y en ese mundo un minuto trágico. Son minutos únicos. En cada hombre que muere, muere su primera nieve, su primer beso y su primer combate. Se van con él . . . No mueren hombres, sino mundos . . . Perecen. No pueden ser restituidos. Los mundos secretos no se regeneran. Y constantemente clamo contra lo irrecuperable". El hombre es único, creado para vivir la infinidad de todas sus potencialidades, todos los altos y bajos de la existencia y de la existencia rusa en particular. Asfixiarlo con un sistema es mortal y sólo los muertos son ensalzados por él. Cuando murió Mayakovski el gobierno le erigió en Moscú un gran monumento desde cuyo pedestal Yevtushenko, ante miles de personas, ofreció sus recitales más apasionados. En su poema *Amabilidad* se lee: "Esto no puede seguir: Esta injusticia de una especie totalmente peculiar . . . Indiferencia deliberada hacia la vida, cultivo deliberado de la muerte . . . En el crematorio los oradores dicen palabras amables para la historia. ¿Qué fue lo que le arrebató la vida a Mayakovski? ¿Qué fue lo que puso la pistola en su mano? Si con aquella fuerte voz suya, con aquella apariencia monumental, siquiera le hubiesen ofrecido en vida unos migajas de amabilidad . . . Los hombres viven. Los hombres crean problemas. La amabilidad es un honor póstumo". Y esto, dice Yevtushenko, no puede continuar. Los problemas que los hombres crean deben resolverse entre los vivos.

Esto, según creo, se está haciendo hoy. Hay una inquietud creadora que no quiere destruir el sistema, sino, por el contrario, rejuvenecerlo desde sus mismas raíces humanistas o, como se dice, leninistas. Esa inquietud se encuentra en la juventud intelectual tanto como en la artística. Tuve el honor de dar conferencias en tres instituciones de alta cultura, el Instituto Tecnológico de Irkutsk, la Universidad de Moscú y la Academia de Ciencias de Moscú. En Siberia llenaron la gran sala unos seiscientos jóvenes. Mi tema fue más general y, en consecuencia, también la discusión, durante cuatro horas completas, abarcó asuntos más generales que en Moscú, donde

fue más técnica y en la Academia de Ciencias, donde fue técnica de un modo especial. La primera cuestión que se me planteó en la prolongada discusión fue si yo creía en Dios. Esta cuestión es muy importante para los jóvenes rusos, ya que para su "educación moral", según se me dijo, además de las clases de historia del Partido Comunista y de marxismo-leninismo, llevan también un curso obligatorio de "ateísmo científico". Ese curso considera a Dios como una ficción de la imaginación y la fe o la creencia en Dios como una superstición. El curso tiene a veces el efecto contrario del que se desea. Hablé con un estudiante católico de Asia, a quien conocí en el Lago Baikal y que había estudiado en Rusia durante cinco años sin obligación de seguir los cursos ideológicos. Pero siguió el curso sobre ateísmo y me dijo que sólo después del curso había comprendido verdaderamente su fe. Lo mismo me dijo un joven sacerdote a quien le pregunté cómo él, producto de la sociedad soviética, de las escuelas soviéticas y del curso de ateísmo científico, pudo hacerse sacerdote de la Iglesia Ortodoxa Griega. El ateísmo oficial, dijo, había fortalecido la fe que aprendió en casa de sus padres. Sabía que la fe era más fuerte que el poder y que los rusos eran hoy hijos pródigos como el de la parábola de Cristo. La valentía frente al poder es un rasgo importante en la formación de la joven generación rusa. Los jóvenes consideran el miedo como una enfermedad de sus padres y saben que ellos están "razonablemente a salvo". A los hombres fuertes, dice Yevtushenko, no hay por qué temerlos, todos tienen su talón de Aquiles. Alienta en estos jóvenes algo de la fe que hace a los mártires. Hay ocasiones en que esta fe se abre paso, como en la primera noche de la Fiesta de Acción de Gracias de la Recolección Judía, *succoth*, en que miles de jóvenes que a veces tienen una mínima parte de sangre judía —y que, por lo demás, "pasan" por rusos, y en su pasaporte interno figuran como "rusos", no "judíos", ya que los hijos de matrimonios mixtos pueden elegir su "nacionalidad" interna—, en que miles de esos jóvenes, 15,000 cuando nosotros estuvimos allí, arriesgan sus empleos y sus becas universitarias llenando de un extremo a otro la calle de la sinagoga de Moscú, Archipova, para cantar canciones judías y bailar danzas judías, en un audaz y natural reto a la represión de la nacionalidad judía por parte del gobierno (al antisemitismo colectivo, no al individual, que es contrario a la política del gobierno). Al advertir esos y otros efectos "dialécticos" de los cursos sobre ateísmo, me interesé mucho por ellos. Cierta vez dije en una discusión que *nosotros* no tenemos cursos parecidos para nuestra educación moral y que, sin embargo, somos buenas personas; de suerte que la bondad humana parecía tener otras bases

diferentes de la ideología, a saber, algo que toda bondad, la nuestra y la suya, tiene en común. ¿Qué podía ser eso? En aquella ocasión los estudiantes se mostraron especialmente atentos. La primera cuestión, pues, fue si yo creía en Dios. En aquel momento, en aquel Instituto Tecnológico con sus millones de rublos en máquinas de precisión, de pronto empezaron a sonar todos los timbres y no fue posible silenciarlos durante unos quince minutos, de modo que no pude contestar. Cuando al fin se restableció el silencio —había habido un corto circuito—, dije: "Aquí tenéis la respuesta. Cuando habláis de Dios, todos los timbres empiezan a sonar". Gran alborozo, naturalmente. A la pregunta en sí respondí diciendo que antes de decir si uno cree en Dios o no, lo primero que hay que hacer es definirlo. Yo lo definí como la inteligencia ordenadora del Universo; y esa inteligencia, dije, tiene que existir, pues de otra manera nosotros los hombres y nuestras sociedades no estaríamos tan bellamente organizados, nuestros ojos no verían, nuestros oídos no oírían, todos los aeroplanos se caerían del cielo y los mundos chocarían unos con otros. Los jóvenes escucharon con suma atención. Esa inteligencia ordenadora, dije, es evidente en el mundo, y en ese Dios creo yo. Los estudiantes se miraron unos a otros haciendo señas afirmativas con la cabeza, y el profesor de filosofía, que debía contestarme al final, dijo: "Sí, en esa clase de Dios —spinozista, dijo, aun cuando no era ese precisamente el sentido, que yo le había dado— todos podemos creer". Muchas preguntas versaron sobre filosofía. ¿Cuáles eran mis prototipos en filosofía? Dije que eran los filósofos que convirtieron la filosofía en una ciencia, tales como Descartes, Leibniz, Galileo, Newton. "Bueno, y Marx?", preguntaron. Dije que había estudiado a Marx en mi juventud y que había aplicado el marxismo al propio Marx. Según Marx, todo lo intelectual era la superestructura de la situación económica. Así, Marx era también el resultado de su propio tiempo, los comienzos del capitalismo. Hoy, cien años más tarde, en la época de un capitalismo social muy avanzado, en que nueve de las diez demandas del Manifiesto Comunista se habían cumplido en los propios Estados Unidos de América, necesitábamos un nuevo Marx. Gran atención, de nuevo, y algunas afirmaciones con la cabeza. Pero al terminar, el filósofo dijo que la cuestión no era tan sencilla. El décimo punto, no realizado, la eliminación de la propiedad privada de los medios de producción, es la aportación eterna de Marx. Yo me había procurado a mí mismo una buena coartada al decir que había estudiado a Marx *en mi juventud*, y, para mi educación ulterior, el profesor me entregó, en medio de general alborozo, el Manifiesto Comunista en ruso. La siguiente pregunta fue qué pensaba

yo de Lenin. Como ciudadano norteamericano, contesté: "¿Qué pensáis vosotros de Washington y de Jefferson? Lenin es el fundador de vuestro Estado y, en consecuencia, es un gran hombre, pero no es el fundador de mi Estado". Sí, pero ¿qué pensaba yo de Lenin como filósofo? A esto contesté que no lo había estudiado bastante, pero que lo haría cuando regresara a mi país. Gran alborozo. Lo que no dije fue que Lenin no era lo que yo llamaría un filósofo profesional. No escribió más que un libro sobre filosofía, y ello con motivo de una ocasión especial, cuando disponía de tiempo abundante en Suiza para refutar el libro de Bogdanov sobre la filosofía de Mach. Lenin se propuso defender al marxismo contra el empiriocriticismo. No era un filósofo propiamente dicho, sino un intérprete de Marx. La profesión de Lenin no era la filosofía, sino la revolución. Muchas preguntas fueron de carácter ideológico. ¿Qué creía yo que era más progresista, el capitalismo o el comunismo? Eso, dije, depende de lo que se entienda por capitalismo y por comunismo. Hay ahora tantos capitalismos y tantos comunismos, que en cada campo hay gran número de ellos, tanto progresistas como reaccionarios. El capitalismo de Franco, en España, el capitalismo de Africa del Sur, y la mayor parte de los de América del Sur, son reaccionarios, mientras que los de los Estados Unidos, Suecia, Suiza, Australia y otros muchos países son progresistas. Dentro del comunismo, vosotros llamáis reaccionario al comunismo chino, y ellos tildan de lo mismo al vuestro. Los yugoslavos consideran progresista su comunismo, y los chinos lo juzgan reaccionario. En realidad, vosotros llamáis socialista a Yugoslavia, los chinos la llaman capitalista, y en los Estados Unidos muchos la llaman comunista. En conjunto, dije, vosotros estáis adoptando cada vez más características capitalistas, en especial incentivos en dinero, tanto en la industria como en la agricultura, y nosotros cada vez más características sociales, especialmente en países como México, Escandinavia, Inglaterra, y hasta en los Estados Unidos, donde alguna gente llama socialista, si no comunista, a *Medicare* (asistencia médica a cargo del Estado). Todo esto fue escuchado con serios movimientos afirmativos de cabeza. Lo que no dije fue: "Mi presencia y la de mi esposa entre vosotros aquí en Siberia es la mejor respuesta a la pregunta. Vinimos aquí por nuestra propia voluntad, en el momento que nos propusimos, con nuestros propios medios. ¿Cuántos de vosotros pensáis que podéis ir algún día a México en las mismas condiciones? 'Es triste no conocer Buenos Aires ni Nueva York...'" Otras preguntas fueron puramente políticas. ¿Qué significa el dicho mexicano "tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos?" Esto, dije, significa lo mismo que me dijeron en Fin-

landia: tan lejos de Dios y tan cerca de Rusia. Grandes risas. Todas las naciones pequeñas que son vecinas de naciones grandes se encuentran en una posición difícil. Otra pregunta interesante fue si mis libros iban directamente a la imprenta. Sí, dije, naturalmente. Si no había una comisión que los examinase. No, dije —y todavía no había entendido bien la pregunta—, se suponía que yo era un experto en mi campo. Sí, ¿pero no hay censura? ¡Santos cielos —dije—, no! Muchas preguntas se refirieron a la situación de la mujer en México, la situación de la Iglesia, etc. En general los interrogadores estaban extraordinariamente bien informados tanto sobre filosofía como sobre nuestra situación política y social, incomparablemente mejor informados que la mayor parte de nosotros sobre la situación en Rusia.

La discusión en la Universidad de Moscú fue técnica y de alto nivel. Sin embargo, se repitió una y otra vez que la solución del problema en cuestión ya se había encontrado en el marxismo-leninismo. En consecuencia, dije en mis últimas palabras: "La diferencia entre vosotros y nosotros es, según creo, muy sencilla. Vosotros ya encontrasteis la verdad, mientras que nosotros todavía la estamos buscando. Esto me recuerda el cuento del escritor norteamericano-armenio William Saroyan sobre el violonchelista. El chelista se sienta y toca el chelo, pero no mueve nunca la mano izquierda y mantiene su dedo de en medio siempre en el mismo lugar. Como le preguntasen por qué no movía la mano izquierda, dijo: Los otros todavía están buscando el lugar, pero yo ya lo encontré. Grandes risas, y algunos profesores se apresuraron a decir que ellos también estaban buscando todavía. En general, éstas fueron experiencias intelectuales muy agradables y, con pocas excepciones, no dogmáticas. Agradecí mucho la confianza que mis colegas rusos pusieron en mí permitiéndome hablar tan libre y francamente delante de tantos jóvenes inteligentes.

Las escuelas son excelentes. Visité una escuela primaria —una escuela de idiomas para niños bien dotados— donde oímos a niños y niñas de once años hablar un inglés de Oxford mejor que el de muchas personas en Inglaterra y, por supuesto, que en los Estados Unidos. Una niña con perfecto acento inglés, leyó un cuento, y cuando la maestra, todo ello en inglés, pidió una crítica, un niño dijo: "En la cuarta palabra del tercer renglón empleó el tono 2, en vez del tono 1". La maestra tuvo que informarnos primero sobre los diferentes tonos del lenguaje, alto, bajo, etc.: ¿Cómo está usted?, ¿cómo está *usted*? y sus números. La maestra dijo que el niño tenía razón, y la niña, en vez de obtener la calificación más alta, obtuvo la segunda. La instrucción en la mayor parte de los campos

está por encima del nivel del continente americano, y aun del europeo, salvo en las pocas escuelas avanzadas de Occidente. En una palabra, Rusia está intelectualmente en un nivel muy elevado de la civilización occidental (salvo, naturalmente, en filosofía y ciencia social teórica, que, de acuerdo con nuestros conceptos, es en gran parte ideología y no ciencia. No obstante, también en este terreno hay erudición minuciosa en filosofías no marxistas). Rusia es el país que representa la civilización occidental hasta las fronteras de China (y la misma China pasa ahora por el proceso de rehacerse según la imagen occidental). Cuando llegamos a Irkutsk, el chofer, Kim Borisovich, estaba escuchando la radio del automóvil, que tocaba la Marcha de los Peregrinos, de *Tannhäuser*. Todo el mundo tiene la cabeza constantemente metida en un libro. En cierta ocasión vi, en una calle de Moscú, una gran muchedumbre alrededor de una carretilla de mano. Me abrí paso para ver lo que estaban comprando con tanta avidez. Eran libros como *Lógica formal, Filosofía contemporánea, Galileo, Fermentos químicos*. En una palabra, los rusos están, intelectualmente, mejor formados que la mayoría de nosotros. Y esto, en un mundo tan complicado como nuestro mundo nuclear, es de gran importancia; porque sólo personas avanzadas podrán enfrentarse con éxito a las complicaciones de la edad nuclear. Por esta razón, también, la busca de la Verdad, de la Integridad, por parte del intelectual joven tiene una profunda significación. No es posible conquistar el cosmos con falsa ciencia, con seudoverdades, con engaños. Y el gobierno quiere conquistar el cosmos. Así, pues, tiene que permitir la Verdad. Eso parece entenderlo el gobierno actual. La historia vuelve a escribirse con mayor apego a la verdad; se permite la libertad de expresión en las artes y las letras; se tolera, si bien no se alienta activamente, no sólo a Yevtushenko sino a un crítico del régimen tan devastador como Valerij Tarsis, el Autor de *Sala 7*; Lysenko está siendo destronado; y se reconoce la verdad de los procesos económicos. Así, pues, probablemente me sentiría ahora menos oprimido por la falta de verdad de lo que me sentí en algunos momentos durante mi visita. En una ocasión, durante una excursión por la taiga siberiana, la radio de nuestro amigo Kim Borisovich tocó los puros tonos de la música de Mozart, y yo sentí de repente: *Esto es la Verdad*, y fue como si una luz despejara la niebla de la falta de verdad que me oprimía. La lucha de Yevtushenko y sus amigos dista de haber sido ganada. El poeta Brodsky aún languidece en algún lugar del Artico, muchos de los viejos "caballeros" y sus jóvenes discípulos aún están activos entre bastidores. Por lo tanto, debemos hacer cuanto podamos para reforzar el movimiento de despertar espiritual que tiene lugar dentro de

Rusia. Una de las primeras cosas que tenemos que hacer es reconocer que ese movimiento existe. La segunda es asegurarnos de que no se despierte la irracionalidad rusa, la irracionalidad staliniana que se halla agazapada en el trasfondo. Desgraciadamente, la actual política —y acción— irracionales de los Estados Unidos en Vietnam hacen difícilísimo el mantenimiento de la racionalidad en Rusia. Porque ambas, la racionalidad y la irracionalidad, representan, en igual medida, la esencia de Rusia, la respuesta del hombre al reto abrumador de la tierra gigantesca.

El pueblo ruso responde a ese reto espiritual, social, intelectual y políticamente. Rusia, como dije al principio, es mucho más rusa que comunista. Pero el experimento comunista es una de las grandes aventuras de nuestro mundo. Podemos dar gracias a Dios de que se está realizando allá y no acá. No existe propiedad privada de los medios de producción, aun cuando hay propiedad privada de todo lo demás. Y la diferencia entre pobres y ricos es, por lo menos, tan marcada como entre nosotros, pero con los escritores y los artistas a la cabeza de la lista. Un poeta gana con un pequeño poema tanto como un ingeniero-jefe de una fábrica de 800 trabajadores en un mes, es decir, unos 300 rublos (330 dólares). Por un libro de poesías percibe, por la primera edición, tanto como el ingeniero-jefe durante todo un año. Shostakovich percibe, por una sinfonía, entre 10,000 y 15,000 rublos, más del doble de la pensión anual de Jruschov. Además, recibió seis Premios Stalin, hasta de 25,000 rublos cada uno, o sea la cifra astronómica de 150,000 rublos, tanto como lo que gana el ingeniero-jefe durante toda su vida. Un escritor como Mijaíl Sholójov, autor de *El Don apacible*, es tan rico que, según me dijeron, ni siquiera tiene una cuenta bancaria, sino que basta simplemente una orden suya a cualquier banco del país para que le den lo que pida. Pero, ¿qué otras cosas puede adquirir el dinero, fuera de una granja, caballos, automóviles, choferes, criadas? Sin embargo, Sholójov todavía vive en una pequeña casa a orillas del Don en su pueblo natal, Stanitsa Vyoshenskaya, con su gabinete directamente bajo el techo donde, dice, "no se puede aguantar el calor en el verano ni el frío en el invierno". Aun el ingeniero-jefe vive bien con sus 300 rublos mensuales, y su esposa no necesita trabajar. Pero la chofer de que antes hablé gana sólo 80 rublos al mes. La renta de un piso de dos habitaciones cuesta entre 5 y 10 rublos mensuales. Todos los medios públicos de transporte son baratos. El viaje de ida y vuelta en primera clase entre Moscú y Tokio, unos 16,000 kilómetros de viaje en ferrocarril y barco, cuesta 300 rublos. En Moscú, un viaje en tranvía cuesta dos centavos de dólar, y la mejor localidad en la ópera 2 rublos. Todos los servicios mé-

dicos son gratuitos. La economía funciona con intercambios de dinero relativamente pequeños. Muchos de sus productos son, desde nuestro punto de vista, grises e incoloros, hay poco que elegir, y con frecuencia el mecanismo económico parece gemir y rechinar como una vieja máquina mal construida. Pero, como ya dije, no debemos juzgar el asunto desde *nuestro* punto de vista. Rusia debe ser juzgada en sus propios términos y con sus propias medidas. Para el ruso, este régimen en que aprendió a conocer por primera vez en su historia un estado de relativo bienestar y, desde los días de Jruschov y hoy más aún, de relativa libertad, es el mejor que ha tenido. Le parece cosa natural que, por el momento, tenga que vivir la vida heroica, que no se le permita salir de su país y viajar al extranjero, y otras limitaciones que son herencia del pasado —como el pasaporte interior— y que para nosotros serían intolerables. Por otra parte, somos *nosotros* quienes consideramos heroica su vida, porque consideramos normal la nuestra. Para ellos, su vida es normal y la nuestra decadente. Según ellos, sólo cuando su riqueza individual iguale a la nuestra, como indudablemente ocurrirá, se harán evidentes los méritos relativos del capitalismo y el comunismo, y resultará claro como el cristal cuál de los dos sistemas es el más adecuado tanto para el individuo como para la sociedad en general.

Por el momento, el régimen ruso ofrece menos libertad al individuo, pero *está evolucionando hacia una mayor libertad individual*; mientras que nuestro régimen concede mayor libertad al individuo, pero *está evolucionando hacia una mayor conformidad del individuo*. Es seguro que la relativa falta de libertad individual en el sistema comunista no podrá continuar; porque mientras la gente se haga en camas y no en fábricas —uno se siente tentado de decir que en trompas de Falopio y no en probetas de laboratorio— la naturaleza humana no podrá colectivizarse. Por otra parte, no es seguro de ningún modo que nuestra tendencia a prescindir voluntariamente de la libertad, a la conformidad, *no* pueda continuar. Así, pues, bien podría ser que, en este respecto, el futuro ruso parezca más esperanzador que el nuestro. Por lo demás, y a la larga, toda la competencia entre los dos sistemas probablemente resulte tan inconducente como otras competencias históricas: griegos y romanos, cristianos y musulmanes, católicos y protestantes. El mismo Mao Tse-tung dijo en una entrevista con Edgar Snow que dentro de mil años todos nosotros, hasta Marx, Engels y Lenin, pareceremos ridículos.

Mas por el momento Rusia es la creación de Lenin. Como la realización de Pedro, también la de Lenin parece sobrehumana.

Me hice el propósito de estudiar a Lenin. Ya había leído todos los libros acerca de él que pude conseguir. Y ahora iba, con la mayor frecuencia que podía, al Museo Lenin, principalmente para ver una y otra vez las películas que se le tomaron en vida y que se proyectan cada hora. Quise estudiarlo vivo, por decirlo así. Finalmente llegué a la conclusión de que no era un fanático, sino un hombre completamente entregado a su causa. La diferencia entre uno y otro consiste en que el fanático es gobernado por sus pasiones, mientras que el hombre entregado a su causa gobierna las suyas. Lenin, a diferencia de Hitler o de Stalin, tenía un dominio absoluto sobre sí, con el desapasionamiento del hombre cuyo sentido del humor lo abarca a sí mismo también. Su pasión era racional: hacer salir el orden del caos. No era nihilista, como Hitler, cuya pasión era hacer salir el caos del orden. El "nuevo orden" de Hitler fue el caos. La revolución de Lenin fue el fin del caos, del desorden feudal. Dondequiera que Lenin vivió desterrado, en Siberia, en Suiza, en Francia, en Inglaterra, se instaló inmediatamente con su escritorio y su biblioteca de la manera más confortable y burguesa. Hombre profundo, cuyo humor no carecía de una veta de crueldad, pero para quien hubieran sido inconcebibles los horrores de la época de Stalin, hombre modesto cuya esposa se opuso con todas sus energías a que lo embalsamaran como a una momia en un mausoleo. Si hubiera vivido sólo veinte años más, hasta los 74 años, estoy convencido de que el rumbo seguido por Rusia, y en consecuencia por el mundo, habría sido muy diferente y más feliz. Estaba obsesionado por su causa, la revolución, de la misma manera que un científico o un artista, un hombre creador cualquiera, está obsesionado por su meta. Pero no se trataba de una obsesión emocional, sino intelectual: la emoción estaba gobernada por el intelecto frío, y el intelecto encendido por una emoción impersonal. Lenin carecía por completo de ambición personal. Lo único que contaba para él era la causa; él mismo contaba poco a sus ojos. En un cuestionario en que le preguntaron si hablaba lenguas extranjeras, escribió: *Plojo*, mal, con referencia al inglés, el francés y el alemán. En realidad hablaba y escribía esas lenguas con fluidez. Era considerado con los demás, aun cuando en ocasiones podía ser mordazmente irónico. Pero nunca que malévolos. Creo que no es injustificado decir que la democratización de Rusia puede hacerse en nombre de Lenin. El es el vínculo con Marx, quien a su vez es el vínculo intelectual con Hegel y Ricardo; y genéticamente un vínculo en una gran serie de rabinos. Así, pues, puede decirse que Lenin es, a su manera particular y rusa, un precipitado de la civilización occidental.

En general, salimos de Rusia mágicamente encantados por la tierra, con un amor profundo por su pueblo y el deseo más sincero de que éste pueda encontrar la salida de las profundidades de su historia a la luz de nuestra época. Como escribí en el libro de invitados del Instituto Tecnológico de Irkutsk: "Admiro vuestro entusiasmo por vuestro país, vuestra consagración al trabajo, y confío en que prosperaréis. Cuanto más prosperéis vosotros más prosperaremos nosotros, porque todos estamos juntos sobre la misma Tierra". "Palabras de oro", las llamaron mis amigos rusos. Y eso es lo que yo siento por Rusia. Lo que los rusos pueden aprender de nosotros, y están aprendiendo ya, es la autonomía, la libertad de la persona humana. Y lo que nosotros podemos aprender de ellos es la sublimidad de crecer más allá de uno mismo y de darse plenamente a una causa grande.

FASCISMO Y FALANGISMO

Por *Juan CASTELLA GASSOL*

EL fascismo no es optimista. Tampoco es, sin embargo, un movimiento escéptico. La corta pero apretada historia del fascismo europeo nos lo muestra como la acción *deseesperada* de un grupo de hombres que no se resignan a la marcha socializante del mundo actual.

Dejemos de lado el tema de la bondad y la justicia de este proceso socializante. Detengamos la atención ante el hecho.

El proceso de resquebrajamiento del orden capitalista es evidente, aunque mucho más lento de lo que Marx supuso a mediados del siglo pasado.¹ Paralelamente se da otro fenómeno; y es que las clases trabajadoras de los países capitalistas han conseguido un alto nivel de vida en relación con el que tenían hace medio siglo. Sin revolución intestina, a través del sistema parlamentario, mediante la acción sindical, las clases trabajadoras han logrado un cierto confort material consistente en un alto nivel de consumo de bienes materiales y en la extensión de los seguros sociales.

Ahora bien; las antiguas clases explotadoras comparten los poderes decisorios con los nuevos burócratas salidos de las capas medias de la sociedad y, en algunos casos espectaculares —como el de Ancurin Bevan— de la clase trabajadora. Pero la clase trabajadora, como tal, no tiene ningún acceso a la dirección económica y política: siguen siendo unas minorías privilegiadas las que controlan el proceso de producción y distribución de las mercancías, las que deciden sobre la necesidad de hacer la guerra o continuar la paz. La movilidad social existente permite que *algunos* miembros procedentes de la clase obrera accedan a un puesto dirigente (a través del paso por la Universidad o por puestos de responsabilidad en los sindicatos). *Algunos* encuentran pues, la posibilidad de escapar a la condición obrera y de acceder a las capas

¹ Los análisis de numerosos marxistas contemporáneos son excesivamente catastróficos; se apresuran en ver inminentes revoluciones a cada bajada de la bolsa neoyorkina o en cada aumento considerable de parados en la industria. En realidad, el edificio capitalista es suficientemente sólido como para resistir todavía algunas crisis más.

privilegiadas; pero ello no es fácil ni corriente y supone, además, que la mayoría, prostituidos por la seguridad inmediata que aporta el trabajo cotidiano, se acomoda a esa situación a que la sociedad les destina: a la de productores y consumidores de mercancías, pero en cuya distribución y control el obrero no interviene para nada.

Las clases medias de los países capitalistas o altamente industrializados no tienen siempre esa seguridad material que posee el obrero. A las clases medias no les va quedando otra perspectiva que proletarizarse progresivamente (la introducción de un salario fijo, en vez de unos honorarios, la conversión de los directores de fábrica y de los catedráticos de universidad en *asalariados*, son síntomas de ese proceso). El descontento que la nueva situación crea en algunas capas de la clase media, origina un sentimiento de frustración para superar el cual les vemos adherir a movimientos activistas, desesperados, que explican el nacimiento de los fascismos.

En los países poco desarrollados la clase media es reducida: en número y en fuerza; pero ahí el peligro de proletarización se siente como algo más grave puesto que las clases asalariadas no cuentan con las ventajas materiales que detentan en los países más avanzados. Proletarizarse, significa, en ese caso, caída en la miseria, disminución del poder de consumo, debilitamiento del prestigio social.

De producirse un intento de revolución social y de control obrero en uno de esos países poco desarrollados, las clases medias dudarán entre apoyar el proceso revolucionario o apoyar a las clases dirigentes; algunas capas de la clase media se adhieren, por lo general, al movimiento revolucionario pero el resto apoya, directa o indirectamente, a las fuerzas reaccionarias que se resisten a la pérdida de sus privilegios. Y si los partidos que se pretenden revolucionarios se hallan, por diversos motivos, desligados de las masas o se encuentran impotentes, el movimiento de descontento de la clase media puede atraer detrás de sí a una parte de la clase trabajadora.

Cuando el movimiento de descontento es iniciado y proseguido por un sector del ejército (suboficiales, coroneles), es probable que no pase de ser un movimiento activista y nacionalista y que termine en un pronunciamiento; si hay mezclados antiguos sindicalistas, intelectuales y pequeños burgueses, se produce un movimiento de más trascendencia, el cual sirve de fuerza de choque contra las organizaciones obreras. Así se gana la confianza de una parte de la clase dirigente, que es finalmente la que le apoya y le finanza, a pesar de que el movimiento fascista se presenta como un partido por encima de la derecha y de la izquierda y por lo tanto como anti-burgués y anticapitalista: nos encontramos entonces frente al mo-

vimiento que, con diversos matices, se ha convenido en llamar *fascista*.

El movimiento fascista es una reacción frente al peligro revolucionario; concede una parte de razón a los motivos que el proletariado tiene para rebelarse y por ello el fascista duda de la justicia de su causa, del resultado de la lucha; esto determina su poco optimismo. En su propaganda empleará el *bluff* y la amenaza dialéctica; apelará a la violencia de una forma un tanto desesperada. No pudiendo prever el resultado de su frenética acción, la acción violenta adquirirá un significado autónomo, puesto que la "acción por la acción", el movimiento mismo, la violencia, le desembarazarán momentáneamente de las contradicciones que le envuelven. La acción se constituirá como un fin en sí mismo: el resultado es el *activismo*.

Para justificarse ideológicamente echa mano de las teorías que ven en el progreso material y técnico de este siglo, una obra degradante e inútil. El fascista valora lo que él llama el "Espíritu" frente a la "Materia"; pero esa valoración "espiritual" estará dispuesto a defenderla con la espada y la pistola.

Abocado a la violencia, el fascista la utiliza como medio y como justificación, a la vez, de la santidad de sus propósitos. De ahí ese tono místico que acompaña las llamadas fascistas a la violencia. Que la violencia y la acción se constituyen como un fin en sí mismo, se revela en la apología que el fascismo, el nazismo y el falangismo han hecho del juego violento, del acto gratuito, del asesinato, del esfuerzo deportivo, de la guerra de conquista, del salto en el espacio (apología de los vuelos ultraoceánicos), del peligro que implica la acción, del guerrero, del misionero, del héroe en una palabra.

El esfuerzo violento fue empleado por el fascismo italiano sobre todo como un tema literario y propagandístico. Los nazis, aparte de usarlo en la propaganda, lo utilizaron como un medio de superación de *la raza*. El fascismo español lo utilizó como uno de los *slogans* de propaganda destinada a crear esa peculiar euforia nacionalista y patriótica con la que el fascismo pretende hacer olvidar a los súbditos, la vida cotidiana, los problemas reales que se imponen a los hombres; pero siendo la Falange —a diferencia del nazismo— un grupo minoritario, ha debido emplear la violencia dialéctica como una amenaza *mística*, a fin de superar su impotencia real.

El pesimismo inherente a la concepción fascista del mundo, unido al empleo de la violencia encontró un receptáculo en la tra-

dición mística castellana y en esa concepción dramática del mundo que confiere al carácter del hombre español un rasgo peculiar: esa dramática y exasperada visión de la vida, que es común a todos los pueblos de la península.

Que el fascismo nace de una falta de fe en el porvenir, especialmente de la desesperanza política, es una tesis que parece demostrada por la realidad; en verlo así coinciden los textos de Trotsky (cuyo análisis del fascismo es uno de los más luminosos que se han escrito) y algunos católicos progresistas.²

Al servicio de la desesperanza, el falangismo pone ese sentimiento despreciativo de la muerte característico de la mística castellana; puesto que esta vida es sólo un pasaje para el morir, que la ganancia terrena es parva y la esperanza en la otra vida infinita, que todo es perecedero, un juego de espejismos, en último término sólo cuenta aquello que —para el místico— permanece eternamente y se constituye en valor absoluto: la *gloria*. Nótese que esta voz indica a la vez un concepto místico (la vida celestial) y otro, igualmente irracional, pero laico (la gloria del soldado *muerto por la Patria*). El hombre no es más que un vehículo del mito, que se convierte en valor absoluto, con el deseo latente de *historificarlo*, de realizarlo en la historia. Es un sueño vano al que sólo la muerte puede darle un sentido. Y justamente la muerte que en realidad es la nada y la negación de la realidad, aparece al falangista como un acto heroico, como una liberación, como un resultado efectivo. La total gratuidad e inutilidad de la muerte no es sentida, puesto que se la presenta como un trágico pero honroso remedio a la vida.

como a fin de cuentas la vida es siempre un acoso de espejismos, más vale que sean gloriosos.

No es la frase de un místico, sino la de un falangista de la Vieja Guardia,³ Luys Santa Marina. Otro, Rafael García Serrano, escribe una apología de la muerte voluntaria, resumiéndola con esta afirmación estupefaciente y necrológica:

nuestro destino de morir, mi mismo destino de morir me lleva a Eugenio, el muerto que yo —que cada uno de nosotros— hubiera querido ser.

² Vid. HENRI LEMAITRE: *Les fascismes dans l'histoire*, ed. Les éditions du cerf, Paris, 1959, p. 75.

³ LUYS SANTA MARINA: *Tras el águila del César. Elegía del Tercio, 1921-1922*, editorial Yunque, Barcelona, 1939.

muerte de voluntad. Esta sí que es bella... Eugenio ha elegido la muerte de voluntad... Las mujeres parece que lo miran como a un predestinado. Va sereno, gozoso...

y los ángeles custodios —ángeles deportistas y luchadores— le cantaban en los oídos bellísimos romances de muertos... Eugenio sonrió al pensar en su vida; el nació precisamente para morir bajo el sol temprano de mayo...⁴

Apología no sólo de la muerte del amigo que "uno hubiera querido ser", de la muerte gloriosa, sino también de la muerte del enemigo como espectáculo vigorizante:

en un periódico veo la noticia que me alegra: diez bestias enemigas muertas en represalias. Estoy seguro que sabré buscar el fusil y buscar diana precisa cuando sea necesario... Por cada baja, más hombres a los puostos del aire.

—Camaradas: acaba de proclamarse la Primavera!

Escojo disparos en cada ser que cruza mi camino.⁵

Sería difícil encontrar una confesión, sádica y masoquista al mismo tiempo, más sincera que ésta que acabo de transcribir.

Acaso haya que buscar en el papel jugado por la tradición religiosa esa aparente indiferencia hacia la vida y la glorificación de la muerte. En Alemania el luteranismo había secularizado la vida política y el nazismo nació desposeído del elemento religioso que en España acompañó al nacimiento de la Falange. El frenesí vitalista del que hizo gala el nazismo brilla por su ausencia en los necrológicos textos falangistas. El empleo de la violencia que Hitler, con una lógica brutal justifica por necesidades de la lucha, los falangistas se creen en la necesidad de santificarla, de ponerla no sólo al servicio de un objetivo laico, terrenal, político, sino también "espiritual", al servicio de "Dios y del César", según su terminología: es la expeditiva fórmula que Unamuno calificó de "cristazo limpio":

Toda espada es una cruz, pero necesita para verse como cruz ser empuñada por la hoja. Y para herir hay que coger la cruz y batir con la hoja flexible, acerada y brillante del Estado.⁶

⁴ RAFAEL GARCÍA SERRANO: *Eugenio o la proclamación de la primavera*. Copyright by R. G. Serrano. Tercera edición. Madrid, 1945. Las citas corresponden al prólogo y a las pp. 31-32 y 124.

⁵ R. G. SERRANO: *idem*, p. 127.

⁶ ANGEL MARÍA PASCUAL: artículo en *Jerarquía*, revista de la Falange. Navarra, 1938, p. 63.

La idea cristiana de la *Gracia*, se encuentra presente en estos textos de la Falange; en la concepción cristiana, católica para mejor precisar, del mundo, se llega a la Gracia por un esfuerzo personal: el cristiano debe pasar por una serie de pruebas y de sacrificios que le hagan acreedor al gran premio final, a esa inexplicable unión con la divinidad que es la Gracia. La subversión de los valores políticos mediante la "revolución" fascista es sólo, para algunos espíritus, un medio para llegar a obtener la Gracia divina. De ahí las continuas alegorías religiosas que impregnan la ideología y la propaganda falangista:

Rezo a los pies de Cristo, sangrantes los dos. Quisiera ahora una manzana im-^{pl}acable. . . Llegué a casa ciego de rabia; reclamando el valor necesario para manejar una pistola. En todos los Jueves Santos tengo un sueño de sangre que acaba con la gracia universal del olivo. Las rodillas en tierra, rezo suavemente.⁷

El rezo, como preparación para el asesinato. El asesinato como medio de superarse, de alcanzar la gracia universal del olivo, esto es, la gracia divina. Finalmente, el asesinato colectivo, la guerra, el baño de sangre purificador que permita asear el país, las conciencias y establecer la paz político religiosa: la paz de las conciencias el silencio del enemigo y el interminable monólogo del vencedor consigo mismo: éste ha sido el sueño de la Falange. Sus repetidas apelaciones a la *unidad* entre las tierras y los hombres de España no es más que la denominación dada por la verborrea falangista al silencio de los contrarios, al aniquilamiento feroz y total del adversario para, una vez *unificada* España, se oiga sólo la voz única del vencedor; una voz bendecida por la Iglesia y precedida de un abundante baño de sangre regeneradora:

Quizás Dios nos reserve una gloria sangrienta que ni los profetas pueden adivinar. Asearemos España: para poder más tarde asomarnos, al universal diálogo. . . El universal diálogo correrá suerte de monólogo, oración o sermón o verso o voz de mando. Católica voz de mando.⁸

El resultado de la imposibilidad de eliminar totalmente al adversario fue la versión, en la literatura de todas esas tendencias místico-agresivas. Se creó un vocabulario, una prosa especial, mística, ilógica, irracional. Esa corriente místicoide que se produce en la literatura falangista durante la guerra civil traduce, pues, en

⁷ R. G. SERRANO: *op. cit.*, p. 114.

⁸ R. G. SERRANO: *op. cit.*, p. 82.

términos a menudo religiosos, más que políticos o sociológicos, varias de las obsesiones que atormentaban a sus autores, formados en una sociedad provinciana, cerrada sobre sí misma y dominada en gran parte por los usos sociales impuestos por una Iglesia ultramontana; entre estos usos que la sociedad había adoptado por la influencia diaria de la Iglesia, no era el menos importante el que afectaba a las relaciones sexuales: extremadamente reprimidas por la constante amenaza espiritual, las relaciones entre uno y otro sexo se hallaban en un primitivísimo grado de desarrollo. El sexo y la mujer eran —y siguen siéndolo— tratados por la Iglesia como temas malsanos y pecaminosos; las inevitables tendencias sexuales de todo tipo, se expresaban entonces indirectamente, sublimadas, a menudo en la literatura y no pocas veces en la misma literatura apologética, religiosa, en los sermones y plegarias. Aquellas tendencias que no eran sublimadas de alguna forma, quedaban reprimidas y daban lugar a determinados comportamientos humanos que serían, desde luego, difíciles de precisar, pero a los que no es ajena una cierta violencia retenida que caracteriza a ciertos tipos de la sociedad española.

Ese sentimiento de impotencia a que me he referido anteriormente se expresa literariamente con imágenes melancólicas, con una rememoración romántica de las ruinas, con el tema del "pasado glorioso", de la "época imperial", de un pasado que ya no es... La enumeración de textos probatorios sería aquí impertinente: toda la literatura falangista está plagada de ejemplos.

Con todas estas tendencias *reales*, elaboradas por la literatura falangista, nos explicamos la seducción que el arte vanguardista ejerció en un primer momento sobre la mentalidad fascista en España. El vanguardismo no pretendía más que destruir, sobre el papel, literariamente, el arte considerado clásico y la cultura burguesa. El fascismo ofreció una oportunidad *práctica* de destrucción. De ahí la seducción ejercida sobre los primeros escritores falangistas. La orientación vanguardista es clara en E. G. Caballero, quien empezó escribiendo libros surrealistas (donde, entre otras cosas, se encuentra una apología de la masturbación. Vid: "Los toros, las castañuelas y la Virgen"), siguiendo por colaborar en la filmación de "El perro andaluz", el célebre filme de Buñuel, calificado por su autor como *una desesperada y apasionada llamada al crimen*, para terminar más tarde con la incitación a la guerra civil, invitando a "*los militares todavía con honor*" a aplastar "*los bastardos de segunda sangre*".

Luy's Santa Marina, animado por los mismos instintos, reeditó al filo de la victoria franquista un libro extraordinario, pero nada

críptico como los anteriores de R. García Serrano y de E. G. Caballero. Por el contrario, expresa en forma desnuda el sadismo de los legionarios españoles en Marruecos y esa experiencia, de la que el mismo Santa Marina participó, la valora como expresión, la más alta, de la vida heroica y gloriosa. Se trata de una apología del Tercio. Pero ello no parece ser más que un pretexto narrativo para regodearse, con un humor siniestro, en la descripción detallada de violaciones de mujeres musulmanas, de torturas, salvajadas de varias especies, asesinatos y razias. Aquí no es una llamada al crimen, sino una morbosa rememoración de la tortura y el crimen, sin otra pretensión que la busca de una satisfacción pasiva pero sádica. En definitiva, la presencia de una tendencia sexual perversa me parece indudable en todas esas apologías del crimen y la tortura gratuitos.⁹ En la narración de Luys Santa Marina vemos desencadenarse los deseos reprimidos del señorito insatisfecho, en el momento en que se desprende de los lazos que le unen a la sociedad que le ha visto nacer, y se enfrenta, en su papel de colonizador con la *sub-humanidad* representada por el extranjero, el esclavo, el colonizado (en ese caso el rifeño y la prostituta musulmana).

El hecho de que sea *el señorito* insatisfecho quien protagonice la violencia falangista, merece destacarse.

El señorito es un producto de la clase alta andaluza y castellana. Señorito es quien puede vanagloriarse de un alto linaje; quien por su alcurnia ha heredado un extraño sentimiento de "superioridad" a la que se cree, además, acreedor. El señorito debe probar que no tiene necesidad de trabajar. El trabajo "de los otros" dignifica; el suyo, le envilecería. El ocio es el estado natural del señorito. La "ocupación" noble (pero no el trabajo asalariado) le vendrá dado por añadidura. El señorito vive de sus rentas, de una herencia, de los dividendos de una sociedad, de unos honorarios pero no de un salario.

El prestigio que el "señorito" tiene en la sociedad española, era mucho más pronunciado hace tres décadas; el señoritismo era pues, una inconfesada pero real tendencia en una parte de la clase media castellana, al advenimiento del fascismo. La apropiación por el falangista de esa nobleza que confieren los rasgos "señoritos" contribuyen a darle un cierto talante altivo, ligeramente desdeñosos, seguro de sí mismo, generoso hacia el inferior y el amigo, pero con una generosidad que linda con la condescendencia. Como en el idioma español moderno la palabra señorito tiene una resonancia peyorativa, el falangista no se la atribuirá y negará esa ascendencia. Por el contrario, reclamará el *señorío*, denominación prestigiosa

⁹ LUYA SANTA MARINA: *op. cit.*

en cuanto expresa las cualidades que comúnmente se atribuyen a la nobleza de sangre española.

Otro elemento que forma parte de la caracteriología falangista es la *chulería*, de recia raigambre madrileña y, por extensión, española. El *chulo* es una figura mediocre, basta pero típica de ciertas capas de la población madrileña: especialmente salido *du petit peuple*, ha sido una figura popularizada por el teatro populachero y por la zarzuela que lo elevó al rango de héroe popular. El chulo es un narcisista, un pedante, un Don Juan barriobajero obsesionado por la constante preocupación de afirmarse frente a los demás. Es un típico producto ciudadano.

El señorito y el chulo tienen en común varios aspectos: ambos se creen superiores al resto de la humanidad, pero, sobre todo, ambos son *castizos*. Unamuno, particularmente, ocupado en investigar cuáles sean los rasgos esenciales del hombre hispánico, escribió una apología del casticismo (en realidad, se muestra como un rasgo *castellano* y que no puede generalizarse, sin exagerar y deformarlo, al resto de pueblos peninsulares). Lo castizo vendría a ser el resultado de varios vestigios sociales heredados de la sociedad anterior a la revolución industrial y que perduran, no tanto como caracteres inocuos y neutros de una privativa manera de ser, sino que son valorados como caracteres positivos; frente a los valores europeos, los valores castizos.

Algo hay de peculiar, de noble y leal, en el carácter castizo, que basta para no condenarle fácilmente como aspecto retrógrado de un pueblo primitivo. Pero la apología nacionalista del casticismo lo ha degenerado, al sublimar como valores no ya ciertos aspectos indudablemente positivos (como la generosidad, la lealtad hacia el amigo, una cierta forma muy española de entrar en contacto con los otros humanos), sino al valorar también ciertos usos denigrantes y retrógrados (como la descalificación de la mujer o la apreciación de la ignorancia científica, del paletismo ibérico y de la cerrazón mental): recuérdese la célebre *boutade* unamunesca del ¡que inventen ellos!, refiriéndose a los europeos que se dedicaban a los descubrimientos científicos mientras en España se escribían libros de teología.

El casticismo exagerado, elevado a la categoría de valor, aliado a un nacionalismo estrecho que la Iglesia cuidaba de mantener porque favorecía la impermeabilidad a las "doctrinas *extranjerizantes*" y peligrosas para sus intereses, ha contribuido también a la peculiar mentalidad falangista.

La exageración de los "valores" castizos implica una visión teatral, heroica, de la *honra* y de la *lealtad*. El Cid Campeador y

Don Quijote son los héroes propuestos a la juventud falangista, pero no el Padre Las Casas, ni Sancho Panza ni Jovellanos. Se exalta al héroe dispuesto pronto a morir por salvaguardar la honra, y a matar por ella también, más que a vivir según ciertas reglas; la dramatización teatral del honor conduce, para salvarlo, a cualquier aventura, a cualquier violencia y, finalmente, a la única solución en los casos irreparables: a la muerte. La apelación a morir por la honra del caballero o del soldado o por la gloria del asceta, es constante y llega a constituir el obstinado ideal del asceta y del soldado castellanos; el ideal propuesto por la Falange. Es una escapada mística de la realidad que desemboca directamente en la violencia gratuita.

EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL EN URUGUAY

Por Isaac GANÓN

HACE algunos lustros, adquirió merecida notoriedad un libro de Adolf Sturmthal titulado, en español, *La tragedia del movimiento obrero*. Buscaba su autor una respuesta a la pregunta de por qué había fracasado el movimiento obrero ante los acontecimientos decisivos ocurridos durante el período comprendido entre las dos primeras guerras mundiales del siglo XX (surgimiento del fascismo, incapacidad de ciertos gobiernos democráticos, y otros).

Para explicar aquel hecho, no faltaban hipótesis, no;¹ pero al desestimar una tras otra, cada conjetura que caía o reemplazaba a la anterior mostraba que había una falla en la percepción de los fenómenos que estaban condicionando, si no determinando, dicho fracaso.

Lo trágico de ese movimiento que marchaba de error en error consistía—siempre según el autor citado—en que el movimiento obrero carecía de voluntad política propia; detentando un enorme poder, vacilaba en asumir responsabilidades de esa especie, cuando no omitía aplicar la presión política y social que era capaz de ejercer.

Si no fuera por la repercusión emocional que provoca toda mención de "tragedia" o "drama" de algo o de alguien, con seguridad no vacilaríamos en emplear uno de esos términos; cualquiera de ellos, tratándose de decirlo todo con una sola palabra expresiva, sintetizaría la situación *actual* del movimiento estudiantil en ciertos países de América Latina que, como el Uruguay, un día desempeñaron papeles de primer plano en la promoción de la reforma universitaria.

¹ A. STURMTHAL: *La tragedia del movimiento obrero*. Trad. esp., México, F.C.E.

Una de las hipótesis consistía en explicar ese fracaso por las excesivas intervenciones de los sindicatos en la política. Otra—la del propio Sturmthal—era que ni aun la actitud más apolítica hubiera logrado salvar al movimiento obrero europeo de la destrucción por el fascismo; ninguna dictadura tolera la existencia de organizaciones independientes, ni siquiera una asociación de filatelistas.

El problema

¿EN qué consiste lo más preocupante del movimiento estudiantil en nuestros días? Para decirlo con pocas palabras, menos contundentes que las de Sturmhthal, consiste en la contradicción que parece existir entre lo que los estudiantes son y lo que suele creerse que son, sobre todo por ser jóvenes; y también entre lo que ellos creen que podrían hacer y lo que efectivamente hacen. Es eso una ilusión, que en muchos arraiga cual una idea-fuerza: creen sinceramente que pueden actuar sobre la sociedad global, participando en el gobierno de la Universidad; no advierten que ésta, como toda institución, es una parte de aquella sociedad, cuya estructura refleja y cuya resistencia al cambio contiene también su propio desenvolvimiento.

Qué son "los estudiantes"

SIN lugar a dudas, "los estudiantes" forman un grupo social; las vacilaciones empiezan cuando se trata de incluirlos en alguna de las clasificaciones sociológicas usuales.

"El estudiantado", barbarismo por el cual son aludidos colectivamente, no constituyen ciertamente, ni una clase social, ni un partido, aunque sí posean una conciencia de grupo y sean capaces de acciones concertadas.

El grupo estudiantil tiene, desde luego, *su* lugar en la estructura social del país; pero como tal no pertenece a algún estrato social. En cambio, sus componentes (subgrupos, individuos) sí están estratificados socialmente; pero esa pertenencia o ubicación social se fundamenta en el hecho de que son miembros de la sociedad, pero no por ser estudiantes.

El "estudiantado" no es tampoco un grupo supraclasista, por levantados o universales que puedan ser los principios que orientan su actividad universitaria. Con términos de K. Mannheim, tanto más pertinente cuanto mayor sea la afinidad que mantengan los estudiantes y los intelectuales entre sí, aquél "es un conglomerado *entre*, pero no *sobre* las clases". Llegado el caso, el estudiantado se divide en distintas orientaciones de clases, o se afilia a partidos diferentes. Pero lo hace, repetimos, como ser social (*Homo Socius*), o como ciudadano (*Zoon politikon*), pero no como estudiantado.

Examinado ahora el punto con referencia a la composición de la población activa del país, no se encuentra una categoría socio-ocupacional estudiantil, sino en un sentido muy general, o figurado.

Cada categoría sociocupacional o profesional corresponde a un grupo social tipificado dentro del proceso económico, esto es, constituye una variedad de personal que trabaja o sirve mediante paga o remuneración efectiva, y no a título de beca, ayuda económica o de anticipo, como analógicamente se sugiere con el llamado "presalario estudiantil".

La *actividad* propia del estudiante es teórica, como lo es la del intelectual; pero se diferencia del quehacer de éste, en que no es, ni puede ser profesional en el sentido socioeconómico del término, esto es, de actividad productiva y onerosa por sí misma. Es, si se quiere, "preprofesional".

El estudiante universitario, pues, está lejos de ser un asalariado, incluso en el caso de que alterne sus estudios con un trabajo remunerado. Esas dos "actividades" (estudio y trabajo) son claramente diferenciables social y económicamente. Lo son incluso en situaciones mixtas, como la del aprendizaje y la del *stage*, en las cuales predomina una u otra según el establecimiento (escolar, industrial) interesado, a que pertenece el aprendiz o estagiario.

En el mejor de los casos, el estudiante es un trabajador *potencial*; "es un trabajador, yo lo reconozco y lo deseo —dice M. Prélot—, pero es *independiente*; goza, como dicen los alemanes, de la *Lehrfreiheit*: su empleador, si alguno tiene, es él mismo".²

Por aquello mismo que el estudiantado no es un grupo supraclasista, tampoco él está mejor dotado que otros grupos sociales para superar las vinculaciones de clases que mantienen sus integrantes entre sí y con la sociedad global. Hay incluso una "razón vital", que obsta para ello.

La "vida de estudiante" —aun la más extendida en el tiempo— es corta, demasiado corta, para que alcance a consolidarse durante su transcurso, una alianza entre el estudiantado de una parte y una clase social como el proletariado, de la otra. Esa alianza no suele durar más de lo que dure el hecho que atrajo la coincidencia, o motivó el pacto; excepcionalmente perdura cuanto aquel período vital: es que la existencia de clase es *duración*, y la vida de estudiante *transición*; solamente los problemas sociales que duran lo que ésta o algo menos pueden reunir al grupo estudiantil con alguna clase social o un movimiento de esta índole (incluso político).

En el Uruguay se ha concertado un tipo de alianza entre los estudiantes y los trabajadores, que se llama "plenario obrero-estudiantil", y que responde a esas características. Las veces que funcionó como aquellas en que no se pudo concertarlo plenamente, mostraron

² M. PRÉLOT: *Humanismo y Presalario*. Trad. esp., Buenos Aires, Humanismo, 1959, p. 42.

que solamente se da si coinciden los intereses o miras de unos y otros, como por ejemplo la lucha de unos por la autonomía universitaria y la de otros por reivindicaciones laborales, contra un mismo antagonista ocasional (Poder Ejecutivo, Parlamento). En otras situaciones, la alianza es imperfecta o sencillamente no se da.

Tal discontinuidad en la acción es explicable sociológicamente, mirando a la estructura interna de cada grupo, esto es, a sus propias relaciones de clase, que ninguno de los ocasionales aliados están dispuestos a desatender frente a situaciones en las cuales nada tiene que ganar, o mucho hay que comprometer por alguna de las partes.

Desde luego, la pertenencia *de hecho* a una determinada clase social no quiere decir identificación completa del individuo o grupo con los intereses de aquélla. Marx y Engels señalaron que no es forzoso llegar a la conclusión estrecha de que la pequeña burguesía, por ejemplo, quiere por principio defender los intereses egoístas de su clase; ella cree más bien, añadían, que las condiciones (especiales) de su emancipación son las condiciones generales, las únicas, que pueden salvar a la sociedad moderna y evitar la lucha de clases. Diríase, con palabras de Mannheim, que la posición de clase es determinante, solamente en último término.

En estas palabras se hallará, a nuestro juicio, la explicación de ciertas diferencias observadas en el comportamiento de estudiantes y de obreros, así como de la modalidad radical o conservadora en unos y otros, dentro o fuera de la Universidad, ya sobre problemas educacionales, ya sobre cuestiones laborales, ya sobre definiciones ideológicas o de política internacional. Esclarecen, esas palabras también, el conformismo de unos y la rebeldía de otros, el activismo de los menos y el retraimiento, si no la pasividad de los más, la utopía de los críticos y la ideología de los dirigentes, etc., etcétera. . .

Ahora bien, ¿existe una caracterización positiva del estudiante?

Pensamos que sí, que la hay, y que no es solamente formal y jurídica, sino también material. Esa radica, justamente, en la naturaleza que le reconoce la Ley Orgánica de la Universidad (sancionada en 1958) como *orden*, esto es, grupo dotado de capacidad para actuar colectivamente, a través de sus representantes, en los órganos de gobierno y administración de esa casa de estudios, junto a los docentes y los egresados, que constituyen también por la ley, sendos órdenes universitarios.

Esa caracterización, en cierto modo estamental, es lo que imparte al movimiento estudiantil los rasgos que éste ofrece ahora. Es asimismo "el *fundamentum divisionis*" de la distinción *política*

de los estudiantes entre aquellos que no son más que tales (esto es, que "sólo rinden exámenes") y los que además son *autoridades* universitarias, con voz y voto para decidir en los Consejos y Claustros, sobre planes de estudios, reglamentos de exámenes, nombramientos y cesantías de profesores, de funcionarios técnicos, administrativos y de servicio, aplicación de recursos financieros, pronunciamientos de la Universidad, de las Facultades y Escuelas, sobre problemas sociales, políticos, culturales, sean académicos o extra académicos.

Politización del movimiento estudiantil

SE comprende fácilmente, que por esa vía del cogobierno universitario se opera el deslizamiento o conversión de la actividad que era un medio eficaz para obtener reivindicaciones, en un fin en sí mismo, para alcanzar el cual basta la calidad de estudiante (condición general) y el éxito electoral, mediante los sufragios de sus pares. Dicho de otra manera, se trata de la *politización*, desde el punto de vista técnico, del movimiento universitario.

A consecuencia de la politización, sobreviene una especialización interna que antes era solamente funcional y ahora es además orgánica, a saber: la actividad *universitaria* propiamente dicha (labor en los Consejos y Claustros, Comisiones de estudios, etc.), de un lado, y la actividad *gremial* (tareas de organización interna, trabajo político y sindical, proyección extrauniversitaria, o social, del movimiento, etc.). Como se advierte, el incremento de una se hace a expensas de la otra, y viceversa.³

Las actividades mencionadas, además, pueden interferirse recíprocamente, hasta llegar al enfrentamiento, tanto en los propósitos como en los métodos. En efecto, mientras la actividad universitaria pura, en régimen de cogobierno —reconoce Cremanti— exige cooperación con los demás órdenes, y con las autoridades del Estado, agregamos, la actividad gremial se realiza mediante procedimientos y tácticas de oposición a los otros órdenes y autoridades mencionadas. "Ambas líneas —agrega el dirigente estudiantil citado— ofrecen sus peligros: la exageración de la primera lleva a la corrupción, la exageración de la segunda lleva al gorgilismo".⁴

³ V. CREMANTI: *Notas sobre algunas consecuencias del co-gobierno universitario*, en "Rev. del Centro Estudiantes de Derecho", Montevideo, 1964, p. 160.

⁴ V. CREMANTI: "Nota..." *cit.*, p. 161. No hace falta agregar que el autor es un activo dirigente estudiantil, y que sus palabras aluden a los conceptos políticos de más reciente definición en América Latina.

Como se ve, la dinámica estudiantil en el cogobierno universitario reviste las características de toda actuación política, con riesgo a desvirtuar el propio movimiento en cuyo nombre se realiza.

Claro está que el movimiento estudiantil podría subsistir como había vivido hasta conquistar el cogobierno, sin marcar demasiado, esto es, sin volver orgánica la diferenciación entre dirigentes y dirigidos, infaltable en todo grupo dinámico, por obra de los factores que deciden el liderazgo social o de grupo, con características de poder inmediato, ejercido por conductores o representantes ocasionales.

El cogobierno universitario no es posible sin marcar como permanente esa diferenciación entre dirigentes y dirigidos, y aún sin una carrera o "cursus honorum" de los primeros, entre los cuales se incluyen, en orden ascendente o de poder, los afiliados a los Centros estudiantiles que son realmente activos, los dirigentes de estos Centros, los miembros del orden estudiantil en los Claustros, Consejos de Escuelas, de Facultades y los del Consejo Directivo Central de la Universidad.

El grupo dirigente es cuantitativamente reducido: la proporción de los estudiantes que se ocupan efectivamente de actividades "gremiales", en sentido lato, no es superior al cinco por ciento de la población universitaria en conjunto; obviamente, en unas Facultades y Escuelas es mayor, y en otras es menor a ese porcentaje. De cualquier manera, se trata de una cifra reducida, máxime tratándose de un grupo que se prepara para ser, todo él, "la élite del mañana" en la sociedad global.

Desde luego, el número de los activos puede aumentar, y en tal sentido no se necesita mucha perspicacia para prever ese incremento, y las luchas internas consiguientes, desde que surja un "interés" o una "gratificación" (hablando sociológicamente) bastante para estimularlo.

Composición del estudiantado

Lo que, sin embargo, no parece posible de variar es la composición social del orden estudiantil. De acuerdo con los resultados del Censo Universitario 1960,⁵ la estratificación social del alumnado,

⁵ I. GANÓN: *Informe general preliminar sobre el Censo General Universitario de 1960*. Ed. mimeog., Instituto de Ciencias Sociales, Montevideo, 1961. (Citamos de la parte de ese informe que nosotros redactamos, acerca de ese Censo que dirigimos en oportunidad de hallarnos al frente del Instituto mencionado).

según la posición (de clase) de los padres de los estudiantes, asumía estas proporciones:

- I) *Clases altas*: 38.8%.
- II) *Clases medias*: 48.5%.
- III) *Clases populares*: 12.7%.

Si quisiéramos perfilar más claramente las diferencias sociales, agrupando las clases que tienden a identificarse o reunirse entre sí, podríamos sumar a las clases populares del estrato inferior de las clases medias, y adicionar los estratos medio y superior de éstas a las clases altas. Tendríamos así:

- I) *Clases populares y pequeña clase media*: 22.8%.
- II) *Clases medias y medias superiores más clases altas*: 77.2%.

Ulteriores relevamientos (inscripciones estudiantiles de los años 1961, 1962, 1963) han confirmado, en lo fundamental, las proporciones mencionadas. La Universidad crece numéricamente, pero no varía su composición social; es, dicho objetivamente, una Universidad *clasista* dentro de una sociedad de clases.

Surge asimismo de lo expuesto, que el aumento numérico del grupo dirigente, aunque acarree consigo los efectos que todo factor cuantitativo puede producir, desde el punto de vista cualitativo las cosas habrán de seguir, o de quedarse, como están. Las clases populares no tienen siquiera la posibilidad de influir, salvo en un margen reducido, que no modificará las cosas si las demás clases siguen unidas, o se reúnen para seguir dirigiendo. Dicho de otro modo, si la ley de los grandes números rige la estadística universitaria, como en los restantes dominios cuantitativos, el grupo estudiantil dirigente acrecerá en la misma proporción en que se hallan actualmente representadas las clases sociales: un hijo de padres modestos por cada siete descendientes de familias entre acomodadas y opulentas.

La reforma universitaria de 1958

ESA proporción no ha cambiado con la ley orgánica de la Universidad sancionada en 1958, ni ha sido modificada bajo el actual cogobierno de esa Casa de Estudios.

Un ex dirigente estudiantil ha debido admitirlo; exponiendo las características de la reforma universitaria de 1958, ha reconocido que "la juventud universitaria no es representativa de la juventud del país, que el porcentaje de los hijos de las clases trabajadoras

en la Universidad es siempre insignificante,⁶ que hay una discontinuidad importante entre la estructura social del país y la de la enseñanza superior".

Son exactas las manifestaciones de ese autor, menos en su conclusión sobre esa diferencia ("décalage") entre la estructura social y la de la enseñanza superior. Precisamente, porque esa es la estructura de clases de la sociedad global (donde, como vimos, predominan las clases medias y altas), así es la estructura de la Universidad. El predominio de clase está reflejado en el número de oportunidades para estudiar que tienen los jóvenes; y éstas son más numerosas para los hijos de familias pudientes, que para los hijos de familias de escasos recursos. Un estudio sobre la movilidad social intergeneracional en el Departamento de Montevideo⁷ ha mostrado, con aproximación numérica, que tanto las clases altas como las clases populares no alcanzan a utilizar todas las oportunidades de promoción social; aquéllas, por falta o defeción de sus descendientes, y éstas por falta de vinculaciones, de preparación y, en último análisis, de recursos compensatorios.

Justamente, por esa correspondencia entre la Universidad y la estructura social del país (que, dicho sea de paso, sostiene una sola Universidad, en la capital de la República), viene a ser exacto lo que Cortiñas dice acerca de la reforma de 1958: "Esta reforma no ha afectado a la estructura social y económica del país: ésta conserva sus virtudes, que son numerosas, y sus problemas, que lo son también. Como resulta del apartado precedente (donde el autor citado destaca "la insignificante participación de las capas de origen popular en la población estudiantil universitaria"), *ni siquiera ha sido cambiada la estructura social de la Universidad*, sino la extensión de los fines y los medios jurídicos de acción"; aunque, confía el autor, "la presencia dinámica y apasionada de los estudiantes en su gobierno, permite esperar que se producirán bien pronto transformaciones sustanciales".⁸

¿Cuáles serían esas transformaciones sustanciales, y cuánto tiempo se habrá de esperarlas? Cortiñas no lo dice. Debemos ocurrir, por lo tanto, a otra fuente de información, consistente ahora en una encuesta que dirigimos en el Instituto de Ciencias Sociales.

De acuerdo con los resultados de esa investigación de campo, los estudiantes uruguayos se muestran muy conformes con su familia

⁶ L. CORTIÑAS PELÁEZ: *La nouvelle structure administrative de l'Université de l'Uruguay: le co-gouvernement des étudiants* en "Revue du droit public et de la science politique . . .", París, 1963, N° 1, p. 43.

⁷ I. GANÓN: *Estratificación y movilidad sociales en Montevideo*, ed. mimeog., Instituto de Ciencias Sociales, Montevideo, 1961.

⁸ L. CORTIÑAS PELÁEZ: Artículo citado, p. 46.

de orientación y con la generación a que pertenecen sus mayores, así como con la preparación para la vida que han recibido de sus padres; a tal punto llega esa conformidad, que la gran mayoría de los informantes esperan que sus propias familias de procreación se parecerán a las de sus ascendientes. Vale la pena que nos detengamos a reseñar esas respuestas a la encuesta,⁹ que tuvo sus consecuencias en el momento de divulgarse sus resultados.

1. LA FAMILIA.—1.1: *El futuro hogar del estudiante*: a) Se parecerá al de sus padres: 62%; b) No se les parecerá: 15%; c) Indecisos: 23%.

1.2: *Experiencia familiar del estudiante*: a) Buena: 87.6%; b) Mala: 3.7%; c) Indecisos: 6.7%.

1.3: *Preparación para la vida*: a) Los padres han sabido prepararlos: 83%; b) Han tenido algunas fallas: 15%; c) No han sabido prepararlos, o rehusan contestar: 2%.

1.4: *Consulta a los padres y mayores*: a) Sí, los consultan: 60%; b) No los consultan: 39.3%; c) Rehusan contestar: 0.7%.

2. LA GENERACIÓN PRECEDENTE.—2.1: *Su utilidad*: a) Ha sido útil al país: 84.2%; b) Ha sido perjudicial al país: 1.8%; c) Evasivas: 14.0%.

2.2: *De elogiabile*: a) Tiene rasgos elogiabiles: 65.7%; b) Nada tiene de elogiabile: 11.6%; c) Evasivas: 21.7%.

2.3: *De censurable*: a) Tiene rasgos censurables: 48.4%; b) Nada tiene de censurable: 23.9%; c) Evasivas: 27.7%.

Universidad actual y cambio social

CON relación a las transformaciones sustanciales en la enseñanza universitaria, podemos preguntarnos si la Universidad uruguaya está produciendo el tipo de *dirigente* (hombre o mujer) que necesita el desarrollo social, económico y cultural del país.

De atenernos a los planes de estudios y de actividades docentes actuales, el tipo de graduado universitario que la enseñanza superior está produciendo es uno solo: el *tradicional*, y su destino es el ejercicio de una profesión más o menos "liberal", en estrecho contacto y dependencia con los sectores público y privado de la sociedad actual; dicho de otra manera, la Universidad produce la variedad de *doctor* o *licenciado* adecuado a la estructura social del país y a su padrón de actividad "normal".¹⁰

⁹ I. GANÓN: *Nuestro Estudiante Contemporáneo*, ed. mimeog., Instituto de Ciencias Sociales, Montevideo, 1964.

¹⁰ I. GANÓN: *La Facultad de Derecho y Ciencias Sociales en 1969*, Ed. mimeog., Instituto de Ciencias Sociales, 1963.

De fijarnos en el funcionamiento real de la Universidad y en la receptividad que tienen sus "productos" en la sociedad uruguaya, la conclusión es poco más o menos la misma. Se piensa y se habla, desde luego, en otro tipo de universitario, para otro modelo de sociedad; pero eso está en proyecto, es tema de controversias, pero no es todavía la decisión, ni menos el programa de una reforma fundamental o de estructura que vaya a entrar en aplicación a corto o largo plazo; ni siquiera está ya aprobado por los órganos competentes de la propia Universidad.

Podría argüirse, como atenuante, que la sociedad de que es parte la Universidad no exige todavía el cambio de los objetivos educacionales; pero eso no sería del todo cierto. Porque hay requerimientos sociales, particularmente en el campo profesional, que están siendo satisfechos de un modo que diríamos "atípico", mediante *cursos*, *escuelas* o *centros* de enseñanza, unos a cargo de la Universidad, otros por órganos administrativos del Estado, cuando no por... institutos privados.

Entre las primeras se cuentan numerosas ocupaciones auxiliares del médico (enfermeras, anestesistas, dietistas), que son preparadas en escuelas dependientes de la misma Universidad o de Facultades de ésta (como la de administración pública). Pero esas ocupaciones y otras (asistencia social, obstétrica, bibliotecario) lo son en un plano secundario, si no manifiestamente inferior con respecto a las profesiones "clásicas", de las cuales están separadas por una insalvable solución de continuidad educacional, con repercusiones sociales (de prestigio, por ejemplo).

En el sector privado las cosas son diferentes, porque los requerimientos sociales impuestos por la división y coordinación del trabajo implicadas en el desarrollo económico, están siendo satisfechos de un modo que resulta más propicio materialmente y más halagador subjetivamente para los estudiantes. Es lo que está sucediendo, v. gr., con la preparación para "dirigentes de empresa", ese cuadro intermedio entre los directores y administradores de alto nivel (los verdaderos "dirigentes") y el resto del personal burocrático y obrero, que a causa de su preparación halla mayores y mejores oportunidades de empleo bien remunerado en ese mismo sector privado que sostiene y subvenciona los centros de capacitación y adiestramiento de su personal.

Esa distribución de funciones educacionales entre el sector público y el privado, nos parece que está insinuando una división ideológica en su fondo: la Universidad estaría tendiendo a absorber los trabajadores (empleados y obreros) de los cuadros inferiores de la población activa (mayores en número, menores en prepara-

ción escolar y especial exigida); los centros privados querrían aseguarse la preparación de los cuadros intermedios de aquélla (menores en número, pero superiores en cuanto a preparación escolar y especial).

Aparentemente, ambos sectores se desinteresan de los cuadros superiores, a los cuales se accede (tardíamente) por la preparación profesional universitaria, o (precozmente) por el nacimiento o la fortuna. Pero es sólo en apariencia. Porque si por la primera tendencia, la Universidad insinúa marchar hacia la izquierda y los centros privados hacia la derecha, aquélla y éstos terminan encontrándose en un lugar que no es el centro, ni el centro-izquierda, precisamente; si bien es cierto que la Universidad se prolonga educacionalmente en los profesionales que ha preparado, no lo es menos que la estructura social está reflejada en la Universidad y en sus "productos" profesionales.

La Universidad, por lo tanto, no está produciendo *cuadros* para la nueva sociedad; con ser eso serio, lo más grave, a nuestro juicio, es que tampoco produce sus propios dirigentes, cualquiera sea el nivel de su actuación; decimos que es más grave, porque la propia Universidad se ha dado recientemente una nueva organización, esto es, se ha reformado a sí misma en 1958.

Los dirigentes universitarios continúan siendo sus propios graduados (profesionalmente hablando) y subgraduados (estudiantes), sin preparación de cuadros especiales; dicho de otro modo, se están formando al mismo tiempo que actúan, en la propia y efímera actividad gremial o administrativa.

¿Qué son esos *cuadros*, fuera de los cuales está actuando la Universidad, y dentro de los cuales están operando los centros e instituciones privadas? Se nos permitirá esquematizar y aun tomar de prestado definiciones, tomando en cuenta a los agentes del cambio o de la inercia social, esto es, a los seres humanos que los integran. Todo cuadro decimos que es el "personal pequeño y grande, cualquiera sea la rama de actividad en que trabaje"; es también el "personal capaz de dominar la técnica y de impulsarla hacia adelante, de acuerdo con las reglas del arte"; es el personal al cual se ha hecho estudiar y prepararse, y después se le asignan los puestos adecuados a su capacitación y adiestramiento. De esos cuadros es de los que se ha dicho que "lo deciden todo", porque son colocados y mantenidos en situación de hacerlo.

La conclusión es entonces inevitable: si la Universidad no está preparando su propio "hombre de la organización", ¿cómo podría preparar los hombres de la organización social que anhelan los dirigentes (profesores, egresados, estudiantes) progresistas que se-

guramente existen, y trabajan, en su seno? Si solamente lanza los profesionales liberales y sus auxiliares que hallan ocupación en la sociedad tradicional, ¿cómo podría forjar los orientadores del cambio social, o por lo menos los programadores del desarrollo económico?

Cogobierno y paidocracia

ENTRETANTO ¿qué parte le corresponde a los dirigentes estudiantiles en el momentáneo estancamiento universitario?

Hemos visto que es en esa contradicción entre lo que realmente es y lo que cree ser, en esa distancia que va desde lo que pretende y lo que puede realmente conseguir, donde radica, a nuestro juicio, el *drama* del movimiento estudiantil de nuestro tiempo; *drama* tanto más intenso cuanto que con el cogobierno universitario, los estudiantes se ilusionaron con la posibilidad de cooperar con otros dirigentes en lo que fuera la máxima aspiración de sus mayores: la transformación social mediante la reforma universitaria.

Por la ley orgánica de la Universidad, los estudiantes tienen participación en la dirección y el gobierno de su casa de estudios; por derecho, constituyen los que E. Soriano llamara una *paidocracia*. En los hechos, sin embargo, el estudiantado ha asumido una responsabilidad que antes no tenía, ni deseaba, a saber, la responsabilidad por los errores, detenciones y desviaciones que antaño y desde el llano de la lucha estudiantil, advertían y censuraban como reaccionarios. Entregados completamente a la política del cogobierno, participan, aunque no lo aprueben, del juego que realizan las clases dominantes (presentes, como antes, en los órdenes universitarios); y comparten, aunque la condenen, la maniobra que esas clases realizan para evitar, justamente, lo que en otra parte proclaman como el cambio inevitable.

Para advertir, y trabar, esa maniobra, les bastaría sin embargo, recordar ciertos hechos históricos vinculados a las revoluciones burguesas del siglo XIX, tales como la ascensión política de las clases medias y la expansión del proletariado. Marx y Engels, primero, y Lenin después, como se sabe, llegaron a profetizar que el triunfo del movimiento obrero sería la culminación *natural* de aquellas revoluciones.

Pero es sabido también, que ese resultado no fue alcanzado en todos lados, y menos que en parte alguna, en aquellos países donde por presunción de la doctrina habría de suceder. Allí donde la burguesía se percató del sesgo que llevaba la historia y el movimiento social, echó mano a dos recursos tácticos que fueron com-

pensatoriamente eficaces para su tiempo: en unos países, la consolidación democrática mediante reformas sociales de amplio alcance, y en otros el fascismo. De los dos, el primero fue confirmado por la experiencia histórica, y el segundo destruido por el esfuerzo conjunto de la democracia *reformada* y del *izquierdismo* que primitivamente se quería evitar, y con el cual se descubrieron a tiempo puntos de contacto y de entendimiento, algunos de éstos durables hasta la fecha.

No es improbable que el movimiento estudiantil padezca una confusión sobre las etapas ideológicas que están viviendo, ellos y sus padres y mayores, estudiantes ayer; confusión esa, que se conoce con el nombre de "izquierdismo burgués", y una de cuyas causas radica en la ilusión que éstos alentaron en sus años mozos e inculcaron posteriormente en sus hijos, sin reparar que los acontecimientos llevaban otros rumbos.

Apartados de la Historia; refugiados en el hogar constituido, hasta el cual no llega la dinámica de esa destructora de mitos e ideologías; incrédulos del avance zigzagueante de nuevas fuerzas; miedosos, en el fondo, del cambio que intuyen y temen al mismo tiempo, por inevitable y definitivo, cual ciertas utopías lo describen; en su forzada convicción de que el mundo, *todo el mundo*, marcha efectivamente hacia *esa* izquierda, *izquierdizan* con la esperanza, también recóndita, de que el cambio no se produzca, porque de producirse los apartaría de muchas cosas que les son caras, como ese hogar que han constituido y que es modelo para la familia que fundarán sus descendientes. . .

Nada de ese izquierdismo es sincero, como no es auténtica la responsabilidad que el cogobierno extiende al verdadero movimiento estudiantil. La paidocracia universitaria es por lo tanto una nueva ilusión. Bien puede ser también una trampa, en la cual sin pensarlo, ni quererlo, han caído los estudiantes. Pero, como en la fábula de Pauwels,¹¹ si no advierten prontamente la maniobra, si no sueltan el "fruto-trampa" que les mantiene sujetos a ideologías que no son las suyas y por las cuales se han vuelto responsables, ahí quedarán prisioneros quién sabe hasta cuándo.

¹¹ Es la fábula del mono y la calabaza. "Los indígenas, para cazar viva a la bestia, fijan en un cocotero una calabaza que contiene cacahuates. El mono acude, mete la mano, coge los cacahuates y cierra el puño. Entonces no puede retirar la mano. Lo que ha cogido lo mantiene prisionero". (En: L. PAUWELS y J. BERGIER: *El retorno de los brujos*. Trad. esp., Barcelona, Plaza y Janés, 1963, p. 15).

HOMENAJE CATALÁN A ALFREDO L. PALACIOS

Por Juan ROCAMORA

*"La sola herencia digna de los hombres
es el derecho de inventar su vida"*

J. Torres Bodet

DAR una mirada panorámica a la vida de Alfredo Palacios, tan cercana todavía su presencia física y típica entre nosotros, es tarea peligrosa de infidelidad, de distorsión, por nuestra misma apasionada admiración. El conocimiento cabal de tan caudalosa vida, plena de acciones nobles por no decir heroicas, de palabras básicas, de lecciones y escritos fundamentales y magistrales, no es cosa fácil. Si a tal vida argentina hemos de asociar nuestro agradecimiento, nuestro reconocimiento de patriotas catalanes, por aquella mano tendida y fuerte que alargara a nuestro máximo arquetipo, se dificulta la síntesis biográfica a expensas de una faceta tan cara a los catalanes. Y resultan imprescindibles unas palabras previas acerca de Francisco Maciá, para que resulte aclarado el proceso histórico que reunió dos vidas tan distintas y alejadas.

En la aventura vital de Francisco Maciá, el Presidente de la Generalidad de Cataluña, existen dos acontecimientos fundamentales para la evolución del problema catalán. Tales acontecimientos —previos a la instalación de Maciá en la máxima magistratura catalana— tienen una importancia decisiva, en cuanto significan la incorporación de técnicas activas, modernas, a la política de recuperación de la personalidad nacional catalana, técnicas externas y visibles que completaban y venían a culminar un ciclo de la evolución de nuestro espíritu colectivo, ciclo iniciado a mediados del siglo pasado con la *Renaixensa*, y que se cierra posteriormente con el sacrificio cruento del Presidente Mártir Luis Companys y la caída de nuestro país en manos del franquismo genocida. Quiere decir que aquel movimiento romántico, de tipo inicialmente poético y posteriormente de gran extensión cultural, adquiriría, gracias a estos dos gestos fundamen-

tales de Maciá, una vigencia social y una actualización realmente política y definitoria.

Estos hechos son: la intentona de Prats de Molló, yugulada antes de su eclosión por la policía francesa y el viaje americano a Uruguay, Argentina y Cuba, acompañado por el poeta Ventura Gassol. La fracasada acción guerrillera de Prats de Molló ha sido objeto de innumerables críticas y parecía desmentir el tan mentado "seny" (algo así como un buen juicio) de los catalanes. Su utópica posibilidad de triunfo o de simple supervivencia, contribuyó grandemente a la ironía y hasta el desprecio de quienes no sabían ver en Maciá más que al visionario rayano en la locura, sin comprender que su gesto tenía valores tan singulares que aún hoy sigue representando uno de los hechos más afirmativos de la voluntad nacional catalana, tanto en nuestro país como en el terreno internacional, sólo superado posteriormente por la catástrofe inconmensurable de la guerra de agresión que tuvimos que soportar. Por otra parte, si aquella operación tipo comando, fracasó en su aspecto militar antes de iniciarse, tuvo la virtud de hacer fijar los ojos del mundo sobre un problema ignorado, que se hacía gracias a ello, vivo y palpitante. No vamos a extendernos ahora sobre un tema si discutido, ya superado, y que aún tiene facetas interesantes para los catalanes. Pero queremos señalar su indudable trascendencia en la historia política de la Cataluña contemporánea y asociarlo como antecedente inmediato y condicionador, al viaje de Maciá por los países americanos en gira de propaganda independentista, vigorizando el fervor de los catalanes de estas tierras, contra la opresión de aquella dictadura de opereta que gobernó a España del 1923 al 1930.

Maciá vivía aquellos años poseído de un auténtico frenesí patriótico y quería precipitar los acontecimientos que llevaran a la caída de la dictadura y con ella a la posibilidad de recuperar Cataluña las libertades políticas que habían sido totalmente cercenadas por la fuerza de las armas en 1714. Su edad era probablemente un factor importante en esta prisa, forzada por el convencimiento de poder lograr tan caros anhelos y dedicaba su vida —sin eufemismo alguno en la frase—, todos sus pensamientos, su tiempo y su fortuna, para poner en ejecución planes que los hicieran viables. Maciá visionario, Quijote, idealista utópico y cuanto adjetivo se le haya adjudicado unas veces con intención glorificadora y hasta mesiánica y no pocas también con sentido peyorativo, era ciertamente un gran político y un buen conocedor de los hombres poseyendo el codiciado don del manejo de los individuos y las masas. Conociéndose así, tenía la seguridad de captar para su ideal patriótico las voluntades de sus compatriotas si podía dirigirse a ellos con su presencia física.

Terminado el resonante pleito de París a raíz de la intentona de Prats de Molló, defendido por el inolvidable Henry Torrès, Maciá quiere coordinar las voluntades dispersas y planea el viaje americano cuya etapa fundamental es la Argentina donde residía una importante y fuerte colonia de compatriotas. El viaje se inicia con la esperanza de ingresar al país sin dificultades, especialmente ante las seguridades ofrecidas por un grupo de catalanes que se entrevistaron en Buenos Aires con el Ministro de Relaciones Exteriores. Ignoraban que la embajada de la dictadura extendía sus redes y contactos y trabajaba en la sombra diplomática para evitar el ingreso al país de tan notorio enemigo. Planteadas así las cosas, y procuro reducir el relato a una esquemática pincelada, se produce la llegada de nuestros viajeros a Montevideo en el vapor "Andalucía" a primeros de enero de 1928. Empezaba la aventura americana llena de pintorescas peripecias, cuyos resultados y resonancia mayores se producirían paradójicamente gracias a aquella labor subterránea y diplomática de los enemigos tradicionales de Cataluña. La persecución, denunciada y desenmascarada por los amigos argentinos, crearía el clima de adhesión y simpatía hacia el perseguido, y acarrearía el desprecio para los representantes de un régimen agotado, que ya no podía contar con ningún beneplácito popular en su país y mucho menos en el exterior.

El resultado de las primeras escaramuzas es favorable a la dictadura; Maciá tiene que permanecer en Montevideo sin que sus amigos de Buenos Aires logren la autorización para que pueda ingresar al país "por la puerta grande" como habían alegremente anunciado. Ello conduce a una atrevida decisión: entrar clandestinamente y afrontar las consecuencias del hecho consumado, con el apoyo de la opinión pública y el amparo jurídico de los amigos argentinos, entre los cuales y en primer término, se destacará de inmediato Alfredo Palacios.

Tal es el principio de la romántica aventura que ha sido relatada con lujo de detalles por sus protagonistas¹ de estas tierras, y que vivieron en su juventud los emocionantes pasos de Maciá y Gasol, procurando el mayor éxito de la gira. El día 1º de febrero, después de trasladarse a Palmira en la costa uruguaya, en un viejo Ford de película, nos relatan las incidencias del embarque y el paso del río, con la correntada que retrasa y desplaza la llegada, a través del enorme, solitario y selvático delta. Enseguida la presencia del proscrito en las calles de la ciudad de Buenos Aires, electrizando a los catalanes y despertando la curiosidad de los habitantes de la

¹ MACIÁ, *Actuació a l'estranger*, 2 Vol. Edicions Catalanes, México, 1952.

capital. Al día siguiente, Maciá recibe la visita de Alfredo Palacios, quien no abandonará ya a nuestro líder. En plena euforia de organización de la propaganda, cuando apenas se habían iniciado los contactos y entrevistas, una sacudida formidable pone en primera plana periodística a nuestros héroes; los diarios porteños se hacen eco de la aventura con titulares pintorescos y crónicas detalladas que hoy parecen hipertróficas al repasarlas en amarillentos recortes. Literatura periodística y hechos comentados como de otro mundo. La importancia que se daba a la libertad personal, a la dignidad humana y a los derechos reconocidos por las leyes fundamentales del país y de la convivencia, nos hace ver aún más profundos los abismos en que se sumiría al cabo de pocos años a nuestros pueblos y después a toda Europa.

Los representantes de la dictadura hispana habían conseguido que la Dirección de Inmigraciones expulsara del país a los políticos catalanes. Para ello, un grupo de policías se acercó al lugar de reunión callejera de nuestros amigos, en una mesa de café de la querida y típica Avenida de Mayo, requiriendo les acompañaran a la Dirección de Migraciones para un trámite burocrático. Los compatriotas que les vieron partir, sospecharon la maniobra y avisaron inmediatamente al doctor Palacios, quien se dirigió sin pérdida de tiempo a la dársena, donde permanecían Maciá y Gassol, resistiéndose a descender del automóvil policial, hasta que llegara su abogado defensor. Con gestos de gran dignidad romántica y con exaltación de su espíritu jurídico, Palacios discute violentamente con la policía hasta que debe rendirse ante la fuerza y aconsejar a Maciá que se traslade a bordo del "Ciudad de Buenos Aires" para evitar se le someta a violencia física. Persistiendo en su protesta airada por un hecho que consideraba vergonzoso para su patria, Palacios se ve obligado a dejar partir al amigo, entreviendo ya el pleito que va a jugar en defensa de la democracia y los derechos de la ciudadanía. Su alma, ávida de entregarse a la aventura por la libertad, se dispone a utilizar al máximo los recursos que posee ampliamente, en una nueva y apasionante faz de su permanente combate humano.

La defensa que Palacios y su compañero Caminos hicieron de Maciá y Gassol, fue de un brillo y profundidad extraordinarios, pasando a formar jurisprudencia aquellos alegatos sobre el derecho de asilo, posteriormente motivo de un libro con dicho título.² Por consejo de Palacios, a los pocos días de la expulsión a Montevideo, Maciá y Gassol regresan clandestinamente a Buenos Aires, donde se instalan legalmente en casa de su abogado defensor. Este consigue

² *Derecho de Asilo*, 1 tomo, 118 pp. El Col. con CARLOS N. CAMINOS. Edit. Claridad, Bs. As, 1928.

finalmente la absolución total de sus defendidos y tan eficaz como rápida y documentada gestión jurídica permite así un gran triunfo para los ideales catalanistas con la propaganda paradójica de los mismos a que nos hemos referido antes, y la prosecución sin trabas ni cortapisas de un triunfal viaje de proselitismo por todo el país.

Aquellos hechos que llenaron la vida de algunos de nuestros compatriotas y aún hoy saturan sus pensamientos de nostalgia, fueron sobrepasados y alejados en el tiempo y la vigencia política, por aventuras mucho más cruentas que culminarían en la guerra mal llamada civil, en la que una conjura internacional sepultaba las libertades de los pueblos y los hombres peninsulares, bajo mares de sangre y de ignominia.

El encuentro se había producido. Dos almas gemelas por su grandeza y humanidad sellaban una amistad definitiva. Pocos años más tarde, cuando Francisco Maciá pasaba —en un golpe de audacia histórico— de conspirador y exilado a Presidente de Cataluña, recordaría a su amigo y defensor de la aventura porteña. Y Alfredo Palacios invitado de honor de nuestro Presidente, recibiría el agradecimiento de un pueblo que estaba representado en el gobierno por aquéllos que había libremente elegido y confirmado en el poder. Palacios en Barcelona tuvo la dicha de vivir el triunfo estentóreo de Maciá y confirmar la auténtica sensatez de su fe en aquel que tantos habían considerado soñador, utópico y visionario.

Esta faceta de la vida de Palacios en su relación con Cataluña y su genuino representante Maciá, es la que nos trae a esta rememoración reverente, como motivo fundamental. En cuanto catalanes, es mucho lo que debemos a Palacios; pero es preciso dejar sentado aquí que como hombres, como exilados del fascismo franquista, como demócratas y como habitantes de la Argentina, le debemos aún más y nuestro agradecimiento a su vida y su ejemplo, ha de ser permanente y público.

RAMÓN Sender, uno de los más representativos valores de la novelística española contemporánea afirma que "el que nos conoce nos limita, el que nos comprende nos domina, el que nos define nos mata". Y apoya esta afirmación con la concreta y lapidaria frase de Gracián: "Atento al primor. Todos te conozcan. Ninguno te abarque". Inabarcables vidas las de Palacios y Maciá. Nuestro estudio de ellas no llegará a abarcarlas y la comprensión de todas sus actividades es tarea demasiado ardua para que se cumplan la limitación, el dominio o la muerte de que habla Sender. Rindamos homenaje a estos dos hombres que la lucha y el ideal hicieron cono-

cerse y reconocerse; llenemos con nuestra admiración las lagunas forzosas del relato. Acerquemos sus ejemplos para afianzar nuestras cotidianas y castigadas esperanzas.

Si es cierto que nuestras vidas tienden a la pereza y la aventura con una mezcla de ensueño y crudo realismo de que habla Sender, procuremos aumentar nuestras esperanzas bebiendo en la de dos grandes iluminados de este siglo; que tenían fe en tantas cosas, que creían en el hombre y su destino, que soñaban la magia de sus patrias liberadas del temor, el hambre, la violencia; que no retrocedían ante la burla ignorante de sus conciudadanos, la persecución de paleolíticos gobernantes policiales o la incompreensión de los políticos de comité, caciques sin visión ni vuelo, incapaces de fe y por tanto, vacíos de futuro.

Estas grandes vivencias nos traen al homenaje; porque "uno sólo se entiende con los hombres de fe". Porque Palacios y Maciá eran hombres que hacían de su fe, lanza y yelmo —Quijotes redivivos por los llanos manchegos del mundo ancho y ajeno— venimos los catalanes a recordar aquella *gauchada* de Palacios hacia Maciá y con ella la identidad que los aproximaba y nuestra fidelidad a un recuerdo que ni el tiempo ni la distancia han de poder menguar.

Tal identidad se hace patente en un escrito presentado el día 2 de mayo de 1928 ante la Suprema Corte de Justicia de Buenos Aires, entre los muchos que motivara el pleito en cuestión. Se trata de un extenso recurso, firmado por los defendidos y los defensores: Maciá, Gassol, Palacios y Caminos. En él mismo se descubre la pluma de Palacios y su identificación con el problema catalán, de cuyo conocimiento hace gala en una página de formidable síntesis descriptiva que queremos transcribir:

Catalunya para nosotros es una unidad: su historia, su lengua, su cultura, hacen de ella una patria; y fueron los poetas, los que poseen una inteligencia intuitiva, quienes dieron a los sociólogos y los políticos el alma de Cataluña, para hacer del catalanismo, no un partido político, sino un fenómeno del conjunto social, esencialmente moderno.

Una corriente de adhesión a nuestro derecho civil favoreció el movimiento catalanista que impulsamos. El primer presidente de la mancomunidad catalana, explicó cómo las invasiones del derecho castellano provocaron una reacción cada vez más vigorosa de nuestras leyes. Se exponían sus excelencias, dice, se anotaban las apologías de la escuela positivista de Le Play sobre nuestra organización familiar, se vindicaba el *hereu*, se ponía de relieve la misión económica y el valor social de la *enfiteusis*, se exaltaba con entusiasmo la libertad

de testar. Defendiendo el derecho catalán era necesario estudiar y defender el derecho romano que lo integra, y la investigación de esa obra jurídica llevó a nuestros jurisconsultos, insensiblemente, a la escuela de los romanistas alemanes y Permanyer y Tuyet y Durán y Bas, le dieron una forma característica, con lo que se hizo nuestra educación jurídica.

La historia nos enseñó, dice Prat de la Riba, y ratificamos nosotros, con la autoridad que nos da la consagración al estudio de estas instituciones, que ese derecho vivo es sólo una rama del derecho total de Cataluña. Cataluña tiene un derecho propio, un idioma propio. Tiene, pues, este espíritu misterioso que en el transcurso de los siglos va creando y renovando el derecho y la lengua. Poetas, historiadores, artistas y juristas nos alientan en nuestras luchas. Nuestro idioma, nuestra concepción jurídica, nuestro sentido del arte, nuestro pensamiento nacional, nos dan una nación, una patria, y nosotros creemos que toda nacionalidad debe tener un Estado.

Tales son nuestras ideas por las cuales no puede repudiarnos ningún pueblo libre, máxime si se advierte que la cuna de la libertad fue la nación catalana.

Ciento cuarenta y siete años antes de la Carta Magna suscrita por Juan Sin Tierra, decía en Cataluña: *"Libres y seguros sean los caminos; haya paz y tregua para los viajeros; vengan las naves a todos los puertos desde Saïou al Cabo de Creus; que todos los hombres, nobles y plebeyos, merceros y mercaderes, puedan ir y venir con sus cosas, libres de todo temor"*.

"Ningún magnate se atreva a castigar a los culpables, pues el hacer justicia sólo le es lícito a la Potestad, como atribución exclusiva del jefe del Estado ya que sin justicia no puede la tierra vivir y por esto deben los príncipes administrarla juzgando por derecho".

Muchos años antes de consagrado el *habeas corpus* en Inglaterra, Cataluña declaraba que el ciudadano es libre y sólo puede ser privado de su libertad mediante proceso tramitado por autoridad competente.

En la República Argentina rige el principio de derecho constitucional que establece . . .

Hojeando viejos periódicos, revisando viejas fotografías, hemos rememorado aquellos gestos de grandiosidad romántica que la distancia aureola con la magia del absurdo. No quisiera caer en la filosofía barata de una comparación —que brota espontánea— ante el espectáculo de nuestro tiempo; ante la falta de poesía y de generosidad que hemos tenido que vivir quienes quisimos continuar las sendas de libertad y democracia que ellos habían transitado con tan digna apostura; aquella eferescencia popular, aquel aplauso sin

regateos, aquella indignación ante la injusticia, representadas en la viril defensa jurídica emprendida por los doctores Palacios y Caminos, en nombre de toda una generación, son a la distancia, dignos de admiración y respeto.

Nuestra era atómica trepidante y de estentórea velocidad, aleja de nosotros aquellas viejas fotografías y la exaltada crónica de la época, situándolas mucho más lejos de lo que realmente están en lo cronológico. Porque los treinta y tantos años que nos separan de aquellos hechos han visto transformaciones sociales y actividades políticas, con guerras y revoluciones, demagogia desenfundada y apetitos totalitarios hechos ley cotidiana. La escala de valores ha sido subvertida una y cien veces; el valor de cada palabra falsificado hasta hacerlas irreconocibles. La anestesia moral que invadiría a nuestro mundo a partir de las matanzas del nazismo, la insultante pedantería del fascismo y la camaleónica hipocresía santurrón del franquismo —todavía insepulto— son factores importantes para este alejamiento, empequeñecedor de aquellos gestos humanos, cordiales y éticos. La vivencia quijotesca de Maciá —genio y figura de mística irradiación— sólo comparables a la hechura mosquetera —brillo y acción— de Palacios, pueden parecer hoy extemporáneas, anticuadas y desusadamente románticas. Son las actitudes, los gestos, las palabras y las ideas que faltan a tantos hombres de los que pretenden dirigir a los pueblos y sus gobiernos. Y es así como las amarillentas fotografías y los ditirámicos recortes de periódico, por una rara metamorfosis mágica del pensamiento, se convierten en actuales, vivas, rectoras. Adquieren una fuerza que las hace permanentes y las transforma en lo único verdadero y digno de respeto, con la fuerza de la fe y la clara persistencia de unas afirmaciones definitivas, que hacen palidecer todo el fárrago de falsos ídolos, de *slogans* utilitarios, de fuerzas tan brutales como transitorias, para colocar en su merecido pedestal a los verdaderos valores, a los arquetipos de nuestros pueblos.

Otro valor que reúne a las dos personalidades, Maciá y Palacios, está fundado en la originalidad de sus vidas. Esta diferenciación de lo común es precisamente una de las fuentes más auténticas de admiración para sus contemporáneos, y habrá de serlo indudablemente para las generaciones futuras. Erich Fromm se explica algunas de las razones de esta admiración popular para los auténticamente grandes hombres, cuyos ejemplos cercanos pueden ser Ghandi, Einstein, Schweitzer o Casals. No sólo por su acción específica científica, artística o social trascendentes, como por aquella actitud "original" ante la vida. Entendiendo tal originalidad como una sublimada forma de la libertad. Para Fromm la superación de la des-

igualdad humana, social, política, etc., desigualdad que sobresale como uno de los grandes defectos del siglo pasado (casi superados o nivelados en el presente), es una actitud mental que ha cristalizado precisamente a expensas de aquéllo que se pretendía cultivar: la originalidad. Hemos vencido casi por completo —o está en el público consenso la necesidad de vencer— la injusta desigualdad social, de oportunidades, política, etc. Pero hemos llegado a un final erróneo: la homogeneidad, el hombre masa, igual, ya temeroso de distinguirse de los demás. Cada día nos complacemos más en confundirnos sumergidos en una gama de tonos grises en la que nos sentimos protegidos, como en la oscuridad de una sala cinematográfica.

Pregunta Fromm: "¿Qué significaba la palabra igualdad en la gran tradición humanista? Daba a entender que todos somos iguales en el sentido de que cada hombre es un fin en sí mismo y no debe ser un medio para el fin de ningún otro hombre. La igualdad consiste en que ningún ser humano debe ser un medio, sino que todo ser humano es un fin en sí mismo, sin importar su edad, color o sexo. Esta es la definición humanista de la igualdad; igualdad que constituye la base del desarrollo de las diferencias".

En lugar de llegar a este ideal, hemos caído en aquella homogeneidad mediocre y en el temor a diferenciarnos. Ser diferente atemoriza a grandes masas humanas quizá porque la experiencia enseña su peligrosidad. Sólo se presenta como contrapartida la iracundia juvenil, manifestada fundamentalmente en exteriorizaciones de atunado y actitudes explosivas de escaso contenido espiritual y fundamental.

Quizá sea por esta homogeneización de las colectividades humanas que el surgimiento de personalidades tan puramente espirituales y desprendidas de toda vulgaridad, sin atadura a ninguna ley costumbrista y más bien contrariándolas todas, hacen de Palacios como de Maciá, dos ejemplares fabulosos, contemplados por el hombre común entre la admiración y la ironía, entre el temor, la veneración y el desprecio ignorante, encubriendo al más profundo sentimiento de admiración ante un ejemplo explosivo, imposible de emular. Palacios como Maciá, pertenecía a una familia de importante prosapia, económicamente fuerte, dogmática, con todas las ventajas para permanecer enquistado en los privilegios y sincuras de su clase, que la cuna le ofrecía a cambio sólo de una menguada domesticidad. Ellos renuncian a toda comodidad para lanzarse —blanco del anatema— a la lucha sin más armas ni bagajes que un idealismo romántico a toda prueba, y la convicción ser ante todo, ¡ellos mismos, auténticos y originales. Con aquella fe solemne de

que hablábamos hace un momento. En sus vidas accidentadas y llenas de escollos, la locura de sus actitudes, palabras y hechos, en vez de hundirles, les eleva; cumpliendo así una paradoja más de las muchas que prodigaron, triunfan donde la lógica señala que deberían haber fracasado: con buena fe política, dominan en los campos de las luchas partidistas y alcanzan los lugares que se han propuesto en los parlamentos y gobiernos democráticos; sin recurrir al brazo armado para alcanzar el poder, llegan a dominar y legislar con más perdurabilidad que muchos triunfadores de la fuerza. Y tan raras condiciones de éxito se acompañan de aquellas virtudes que en la lucha por la vida se consideran como lastre y defecto: ingenuidad, honestidad, fidelidad a la palabra dada, correcta aplicación de los principios, persistencia en la lealtad política a los programas sinceramente trazados y expuestos. Es decir, aquello que los maquiavelos de todas partes consideran rémoras para el triunfo. Rara ocasión la de sus vidas, en que los corderos se comen a los lobos, como en el final de los cuentos infantiles, tan cruelmente desmentidos en la vida real.

Esta originalidad absoluta que comprende toda la personalidad de Palacios, desde la actitud política o universitaria hasta el atuendo, es una razón de su soledad existencial. Y la noción, el conocimiento exacto de esta soledad lo llevaba a una aproximación, una identificación con sus pares. Vemos aquí una explicación más a la amistad que lo uniera a un hombre tan distinto en su formación, geografía, ambiente y finalidades políticas, como Maciá. Pero es que Maciá era otro solitario, en este sentido original de la personalidad humana a que nos referimos. Tanto en Palacios como en Maciá, se cumplen de una manera realmente augusta, las palabras de Torres Bodet³ cuando se refiere a otro gran solitario, el Tiziano, diciendo: "El tiempo en él acabó con lo temporal. La materia y el mito lucharon hasta extinguirse. Queda solo, el hombre; la soledad resignada y soberbia del hombre frente al destino".

Esta soledad resignada y soberbia es el nexo que nos permite contemplar los dos hombres bajo un nuevo prisma: el paralelismo de unas vidas de excepción, arquetipos de extraordinaria fidelidad a los que muchas veces no reconoce o distorsiona el mismo pueblo a quien representan. Aún por encima de la popularidad indiscutible de ambos líderes, existe cierta indiferencia o falta de auténtica asimilación por parte de sus contemporáneos que es quizá fruto de un conocimiento superficial y anecdótico de aquellas personalidades. Cuatrecasas recordaba hace poco otra célebre frase de Gracián: "Sepa

³ JALME TORRES BODET, "En torno de algunos venecianos", *Cuadernos Americanos* n.º 100, Julio-Octubre, 1958.

el sabio que si éste no es su siglo, muchos otros lo serán". Es decir que una vez acallados los ecos de sus éxitos multitudinarios, el ejemplo de aquellas soledades soberbias y la autenticidad de sus ideales llenos de vigencia futura, va a dar la verdadera dimensión y el conocimiento acabado de unas personalidades tan multiformes como discutidas.

Palacios y Maciá se ven así solos frente a su destino, al que ellos eligieron. Destino que en una de sus vueltas fabulosas los enfrenta para que se comprendan y se sientan hermanados en idénticos ideales; una misma fe, una misma manera de ser y entender la vida y la lucha por una humanidad mejor. En Maciá, caudillo mesiánico de la Cataluña irredenta, se combinan las aspiraciones de universalidad humanista con las inmediatas exigencias de la política nacional de su pueblo, al que quiere despertar del letargo provincianista y esterilizante, para que recobre el pleno conocimiento de la propia personalidad, única forma de movilizarla y ponerla en uso, para que pueda integrarse en plenitud a un mundo de auténticas realizaciones.

En Palacios, la formación socialista y universal, la amplitud de una cultura universitaria profunda, una vida docente de permanente actividad, no impiden el arraigo nacionalista que ensancha y consagra un amor hecho de hondura y conocimiento para la Argentina, con los afanes de una integración continental iberoamericana. Si Maciá es el catalán europeo, visionario de una futura reunión de pueblos en libertad y con justicia social configurando el futuro de la vieja Europa, Palacios es a su vez profeta de un parlamento americano sin dictadores, sin opresiones uniformadas, donde la libre expresión sea un hecho y la vida de sus habitantes, digna de ser vida. Palacios hace suya la frase de Moreno cuando define su concepto de la democracia: "Régimen de la libertad basado en la igualdad de clases". Y se define a sí mismo afirmando que no desea ser llamado izquierdista por cuanto para él carece de significado la palabra. "Soy socialista con un sentido constructivo y limpio, de nacionalismo iberoamericano y con un sentimiento profundo de idealismo militante".

El socialismo de Palacios es según propia definición, socialismo ético, es decir "una aspiración ideal hacia un orden jurídico más justo que reemplazará al capitalismo, mediante condiciones económicas pero sobre la base de postulados éticos". En su pensamiento filosófico privan por encima de todo las ideas de libertad y justicia, que afloran en todos sus escritos como *primum movens* al que supe dita los valores económicos y la misma vida. Su socialismo alcanza la dimensión cósmica al afirmar que; "Cuando la humanidad se

mueve no es sólo por la forma mecánica de los modos de producción, sino bajo la influencia de un ideal de justicia. "Las relaciones de la economía y del derecho se hacen compatibles en la idea viva de Palacios, que sin dejar de reconocer y estudiar en profundidad los valores materiales, y el fenómeno económico, supedita el mismo a una idea que es consubstancial e ingénita del hombre: la idea de la libertad a la que quiere adaptar un *ritmo idealista*. "Creo, sin rechazar la base económica de la historia, en las ideas como principio creador y constructivo". "La idea socialista es una idea directriz de justicia que orienta el interés hacia una noble finalidad concreta; es una realidad psicológica que determina la acción. Transforma las energías espirituales en actividades productivas y creadoras".

Para Palacios, como para tantos de sus discípulos y seguidores, el socialismo ético que predicaba representa "la salvación de un mundo en naufragio, frente al espectáculo de las caóticas resultantes del sistema económico actual, que no ha podido resolver —ni lo que es más grave— mantener una aspiración ideal de solución plausible para la miseria, el dolor o la opresión".

Cuando estudia el socialismo marxista y opone su propia concepción humanista del socialismo sabe que será criticado por los ortodoxos. "Sabemos que nos repudiarán —dice— pero los ortodoxos limitan el pensamiento y desvitalizan las ideas". Las fórmulas económicas frías y materialistas no pueden resolver el problema total del hombre como pretenden algunos malos estudiantes del marxismo, que no han digerido las obras ni el pensamiento del fundador. Siguiendo a Marx, al que considera superado, predica Palacios la emancipación del proletariado a través del despertar de su conciencia, "para que ejercite su voluntad, su voluntad libre". Agreguemos a este breve repaso de sus últimas expresiones en materia social, sus mismas palabras:

"El socialismo aspira a fundar una sociedad basada en la libertad. Parte de un juicio moral sobre la injusticia del régimen capitalista actual y considera a la justicia un imperativo moral".

"Lo económico debe estar subordinado a lo espiritual. Así como el capitalismo ha exaltado la idea de libertad aplicada a los objetos económicos, a las cosas, lo cual ha permitido el sometimiento de los hombres, el socialismo significa el desarrollo armónico de las facultades del hombre, dentro de la libertad, subyugando a la economía. Esta ampliación de la vida, sobre la base de la libertad y de la justicia social, es lo que constituye el socialismo ético, que respeta la dignidad de la persona humana".

La idea fundamental de Palacios acerca de la supeditación de lo económico material, apresado y dominado al servicio de la edi-

ficación del hombre, para el desarrollo de su personalidad, es decisiva para comprender mejor al gran maestro argentino. La idea es desarrollada ampliamente cuando estudia la evolución que la idea y el hecho mismo de la propiedad, han tenido a través del tiempo. La transformación de la propiedad en lugar del concepto estático de su inmovilidad, concepto tan erróneamente extendido y defendido, que ignora el determinismo histórico, que influye en sus condiciones y que no se basa en leyes eternas de la naturaleza ni de la razón. Ello le lleva a un enunciado esencial fruto de la historia: La propiedad es una noción dinámica, evolutiva, en transformación. "Toda forma de propiedad es precaria". Y en los textos católicos, desde las encíclicas papales a un sermón olvidado de San Ambrosio, descubre Palacios argumentos para la tesis. "*De los hambrientos es el pan que tú tienes detenido; de los desnudos las ropas que tienes encerradas; de los desgraciados es el dinero que tienes enterrado*". Afirma San Ambrosio, con palabras mucho más energías y contundentes que las usadas por tantos perseguidos de nuestros años bajo distintas etiquetas de rojos, rosados, izquierdistas, socialistas, etcétera.

"Toda forma de propiedad es precaria —insiste Palacios—. La propiedad colectiva de las épocas primitivas desapareció porque no permitía —entonces— la expansión del individuo; la propiedad feudal fue abolida porque no respondía ni a la justicia ni a las exigencias del modo de producir. Será también abatida la forma actual para dar paso a otra que encarne mejor el interés colectivo".

Respecto al cristianismo, Palacios declara con diáfana claridad su posición, reconociendo que "los ideales de justicia, de libertad del espíritu, y de fraternidad esencial del hombre, proceden de Jesús, el revolucionario más abnegado y profundo que ha tenido hasta hoy la humanidad" —y agrega—: "Toda secta o doctrina que autorice a esclavizar al hombre, despojarle de su dignidad, mancillarle en su soberanía o envenenar su alma con el odio, es una doctrina anticristiana. Nadie podrá negar esto y ello es la mejor defensa que pueda hacerse del cristianismo".

"¿Qué otra cosa se propone el socialismo sino acercarnos al reinado de la fraternidad y la justicia sobre la tierra, de acuerdo con los principales contenidos de las enseñanzas éticas y espirituales de Jesús?"

Pero a su vez, con la misma claridad mantiene una contundente postura antidogmática, hasta el último momento, pidiendo a sus más íntimos amigos sepan hacer respetar su espíritu y su memoria y no permitan la más ligera sombra de duda sobre la rectilínea actitud filosófica y antidogmática que definió toda su vida. Sánchez Viamonte fue uno de los depositarios de esta declaración viril,

repetida pocos meses antes de su muerte. Se ha intentado vanamente mancillar tan limpia trayectoria vital, con una pretendida conversión, que habría tenido lugar en una conversación absolutamente fantástica con un sacerdote que en el día y hora que indica habría ocurrido la misma, ni estuvo en presencia del paciente. Ni en dicha fecha ni antes o después de la misma se produjo nada que remotamente pudiera ser objeto de especulación al respecto. También la fracasada imposición de rituales funerarios por parte de familiares —únicos habitantes del país, que ignoraban quién era Alfredo Palacios— procuraba empañar aquella neta postura antidogmática. Con indudable energía, su verdadera familia, la que se elige con el corazón y la razón, la formada por sus discípulos y seguidores de las juventudes argentinas, supo hacer respetar hasta el último momento la voluntad laica y libérrima de Palacios. Gregorio Selzer, uno de sus más íntimos discípulos, ha descrito en históricas páginas los últimos momentos de Palacios y el forcejeo con que familiares tan próximos en el parentesco como telúricamente alejados en lo espiritual, intentaron un postrer chantaje a las ideas del moribundo, impedido por la vigilante guardia de sus allegados juveniles, que velaron día y noche sus últimos días, dispuestos a cumplir y hacer cumplir la voluntad del maestro, además de procurar una permanente presencia de cariño y cuidado físico. Silenciosa y constante presencia, minuto a minuto, de jóvenes hijos espirituales, poniendo en práctica al lado del maestro querido, las lecciones largamente escuchadas y mejor aprendidas.

Pero dejemos lo anecdótico y desagradable de la pretendida deformación para remontar de nuevo las alturas del pensamiento humanístico del gran argentino. Con respecto a su patria, en el último reportaje, horas antes de su muerte, afirmaba: "Sigo creyendo en que el ideal insobornable de la juventud lo sobrepondrá a las acechanzas y a los halagos corruptores y que logrará erigir en la conturbada Argentina de hoy una nación grande por sus obras y su espíritu. Debemos afirmar nuestra condición de hombre *per se*. Debe existir una Argentina *per se*, una iberoamérica *per se*".

Afirmaba la personalidad colectiva de su América entrañable y repetía su fe y su optimismo, su profunda creencia en los valores de todo aquello que había propalado tan eficazmente y de aquello en que había creído tan conscientemente. En este mismo reportaje, al término de su vida, insiste juvenilmente: "La fuerza, el impulso ético del socialismo, no han menguado. Creo en un mundo socialista del mañana, cada vez más cercano y posible. Muchas de las cosas que parecían sueños de utopía a principios de siglo, se han logrado —nunca sin lucha— o ya están al alcance de la mano. En muchos

casos, la humanidad es mejor; en otros —las guerras por ejemplo— los hombres no han cambiado. Pero en todo el mundo los pueblos bregan por su libertad”.

Quizá en el caleidoscópico y final repasar de su vida, tan plena y rebosante de actos positivos, haya recordado nuestro héroe a su amigo y defendido, el Presidente de Cataluña, Francisco Maciá, y aquella aventura pintoresca en que el peso de la ley y la juridicidad podían todavía inclinar la balanza en favor de la libertad y la justicia, contra la extorsión y la fuerza. Entre “los pueblos del mundo que bregan por su libertad”, habrá recordado aquel pueblo de Cataluña que supo recibirlo y honrarlo como merecía, cuando su amigo perseguido otrora, triunfante esta vez, lo recibía en el Palacio del Gobierno de la Generalidad de Cataluña, invitado de honor del pueblo catalán y de su legítimo representante, Maciá, elevado a la Presidencia por el mismo tesón, el mismo idealismo, la misma fe que en la Argentina había conducido a Palacios por las sendas parlamentarias y tribunicias de la emancipación popular, hacía su consagración como auténtica gloria americana.

“Para mí la colectividad, la cultura, el derecho, el arte, la ciencia, el Estado, deben converger hacia el hombre; son medios que han de estar permanentemente al servicio de los valores de la personalidad moral”. En su visita a Cataluña, Palacios podía ver estas palabras suyas convertidas día a día en realidad, por un pueblo y un gobierno trabajando hermanados por primera vez después de siglos de opresión. Un pueblo orgulloso de su historia medieval y de sus triunfos materiales en el trabajo enaltecedor de cada día. Vio a un pueblo que soñaba y cantaba al compás de sus masas corales; un pueblo que bailaba con recogimiento sacramental su danza popular, democrática, plástica y ritual: la sardana. Vio a su amigo el desterrado, el soñador de utópicas libertades, presidiendo el destino de su pueblo. Palacios, entrañable y soñador, luchando con todas sus fuerzas por todos los hombres del mundo ha tenido en su vida tan extensa, momentos de acercamiento y comprensión para nuestro infortunado país; para su noble pueblo esclavizado. Hoy le damos de nuevo nuestra reverencia y nuestro admirado respeto. Evocamos su memoria, para siempre, al lado de la de nuestro Presidente Maciá. Hermanados en la historia y en la forja común de unas personalidades humanas definitivas y definidoras.

Para estos dos hombres extraordinarios cuya originalidad resiste la comparación y define un estilo de vida, parecen escritos unos versos de Torres Bodet, el ilustre ciudadano de México y del mundo. Porque su original estilo de vida tiene en ambos “un sentido total que abarca el pensamiento y la acción, las ideas y la conducta” (Ge-

rónimo Mallo). Sus vidas ensalzan por encima de todo la suprema hombría del espíritu libre y rebelde. La conciencia humanista luchando contra toda opresión.

En Maciá, el hombre que libera a su pueblo. En Palacios, el ciudadano del mundo. Ancha y noble carrera la de sus vidas. Ejemplo emocionado el de su oficio de hombres libres hasta la más íntima fibra de su ser. Oficio ejercido incansable, orgullosa, apasionadamente.

Escuchad amigos, como una oración póstuma a su memoria, la poética definición de Torres Bodet, con que termino mis palabras en este homenaje:

NUNCA

Nunca me cansará mi oficio de hombre,
Hombre he sido y seré mientras exista.
Hombre no más: proyecto entre proyectos,
boca sedienta al cántaro adherida,
pies inseguros sobre el polvo ardiente,
espíritu y materia vulnerables
a todos los oprobios y las dichas . . .

Nunca me sentiré rey destronado
ni ángel abolido mientras viva,
sino aprendiz de hombre eternamente,
hombre con los que van por las colinas
hacia el jardín que siempre los repudia,
hombre con los que buscan entre escombros
la verdad necesaria y prohibida,
hombre entre los que labran con sus manos
lo que jamás hereda un alma digna,
¡porque de todo cuanto el hombre ha hecho
la sola herencia digna de los hombres
es el derecho de inventar su vida!

LA DECLARACIÓN DE LA CÁMARA DE REPRESENTANTES DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

EL pasado 20 de septiembre la Cámara de Representantes de los Estados Unidos de América formuló la declaración que en seguida insertamos:

"Considerando que las fuerzas subversivas conocidas como comunismo internacional, actúan secreta o abiertamente, directa o indirectamente, amenazan la soberanía e independencia políticas de todas las naciones del Continente Occidental.

"Considerando que las Américas, por la posición libre e independiente que han asumido y mantenido, no están sujetas a la colonización o dominación por parte de cualquier potencia.

"Considerando que la intervención del comunismo internacional, directa o indirectamente, no importa cuán disfrazada, en cualquier Estado americano, está en conflicto con la política establecida de las Repúblicas Americanas para la protección de la soberanía de los pueblos de tales Estados y la independencia política de sus gobiernos.

"Considerando que tal situación, en cualquier parte del Continente Occidental es perjudicial para la paz y la seguridad del conjunto, inclusive los Estados Unidos.

"Considerando que la Novena Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores, actuando como órgano de consulta en aplicación del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, reconoció que los actos con características de agresión e intervención efectuados contra uno o más de los Estados miembros de la Organización de Estados Americanos, pueden ser rechazados en forma individual o colectiva, lo que puede llevar hasta recurrir a la fuerza armada, hasta tanto el órgano de consulta tome medidas para garantizar la paz y seguridad del Continente:

"Por lo tanto:

"Resolvemos que es el sentir de la Cámara de Representantes que:

"Cualquier amenaza o dominación subversiva viola los principios de la doctrina Monroe, y de la seguridad colectiva, tal como se ha establecido en actas y resoluciones acordadas anteriormente por las Repúblicas Americanas; y

"En cualquier situación de esta clase, cualquiera o cualesquiera de las partes contratantes del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca pueden, en ejercicio de la autodefensa individual o colectiva, recurrir aun a la fuerza armada, y de acuerdo con las declaraciones y principios anteriormente

formulados, adoptar medidas para precaver o combatir la intervención, dominación, control y colonización en cualquier forma, por las fuerzas subversivas conocidas como Comunismo Internacional y sus Agencias en el Continente Occidental".

Esta inoportuna recomendación o declaración ha originado protestas oficiales y privadas de todos los países latinoamericanos, con excepción de casi todos los gobernados por gorilas, usurpadores del poder y verdugos de sus pueblos. *Cuadernos Americanos* recoge este documento por todos conceptos lesivo para la soberanía e independencia de las naciones de nuestro linaje.

J. S. H.

Aventura del Pensamiento

MARXISMO COMO FILOSOFÍA*

Por Francisco FERNANDEZ-SANTOS

I

EL marxismo, como filosofía del hombre y de la historia, tiene ya más de un siglo de existencia. Todos los textos de sus fundadores, incluso los inéditos y los inacabados, se han publicado y pueden conseguirse fácilmente en las librerías o en las bibliotecas, por lo menos en las de Europa oriental y en las de los países democráticos de Occidente. El marxismo es, además, tema cultural de generalísimo interés, objeto de constantes estudios, investigaciones y controversias. En definitiva, el marxismo es, para propios y extraños, una de las grandes filosofías de Occidente y, para los marxistas y afines, la filosofía de la época industrial. De todo ello debería deducirse que sus ideas e intuiciones esenciales están hoy perfectamente claras y definidas, para el hombre culto en general y particularmente para el estudioso de la filosofía; que no cabe ambigüedad o tergiversación, por lo menos de buena fe, en cuanto a la esencia de la concepción filosófica dialéctico-materialista; y que los adversarios del marxismo lo son en función de la *verdad real* de éste y no de una errónea interpretación que de él hacen. Esto, digo, es lo que cabía esperar de más de un siglo de existencia y de elaboración de la filosofía marxista. Por desgracia, la realidad es exactamente la contraria. Todavía hoy, en 1965, el marxismo es objeto de interpretaciones radicalmente erróneas, que a menudo le atribuyen precisamente lo contrario de lo que han afirmando sus fundadores y sus verdaderos continuadores. Y este error básico no afecta solamente a las concepciones históricas, sociológicas, económicas, etc., de Marx, sino —lo que es infinitamente más grave— a la esencia misma de su método: al marxismo como filosofía. En esta ignorancia de lo que es en su esencia el método dialéctico-materialista incurrían muy a menudo escritores —liberales, cristianos, neopositivistas, etc.— a los que no se puede reprochar incultura o mala fe. Hay naturalmente la ignorancia del cerrilismo

* Capítulo del libro de idéntico título, que se publicará próximamente.

cultural o de la mala fe. Pero esta ignorancia no es grave: se la desmonta fácilmente. La grave es la otra: porque no traduce una simple tergiversación intencionada, sino que muestra una verdadera desviación cultural de tipo colectivo, una carencia ideológica que tiene sin duda raíces generales.

Y si esto ocurre en Europa, qué no ocurrirá en España, cuya cultura está muy por debajo, en vigor y riqueza, de la europea. Personalmente, he podido comprobar más de una vez la profunda incomprensión del marxismo de que adolecen, a pesar incluso de su buena voluntad, numerosos intelectuales liberales o cristianos de nuestro país. Hasta ha habido alguno, eminente sin duda, que al tratar yo de explicarle, con apoyo de textos originales, que el marxismo es una auténtica filosofía y no una simple teoría económico-determinista de la historia y que, por tanto, aun suponiendo que hubiera errado en muchos de sus análisis y previsiones concretos, en cuanto filosofía, en cuanto concepción del mundo y método general de conocimiento, no se le podía considerar superado, me respondió con incredulidad escandalizada, casi con conmiseración, como si estuviera escuchando a una especie de demagogo antediluviano.

La respuesta casi indefectible de muchos de nuestros liberales ilustrados suele ser doble: 1) el marxismo es una doctrina o teoría del siglo XIX que ya no corresponde a la realidad actual; 2) es un determinismo económico al que debe reconocerse el mérito de haber descubierto la importancia del "factor económico" en la historia, pero nada más. De ahí no suelen pasar nuestros liberales y cristianos al uso (salvo alguna excepción notable por casi única, como J. L. Aranguren) en cuanto a comprensión del marxismo. El marxismo como interpretación filosófica global del mundo histórico-humano no existe para ellos: como máximo es una teoría económico-sociológica, por supuesto inactual. De ahí que casi les parezca un sacrilegio plantear el problema del marxismo en términos rigurosa y plenamente filosóficos.

En cuanto al primer argumento, habría que replicarles simplemente que la filosofía liberal es bastante más vieja que el marxismo o que el cristianismo tiene veinte siglos de existencia, y a pesar de eso, ni siquiera un marxista puede legítimamente afirmar que estén radicalmente superados, es decir, que sus concepciones fundamentales no tengan vigencia cultural e histórica en nuestro mundo. Respecto del segundo argumento, ya veremos más adelante lo que hay de verdad en el supuesto determinismo económico marxista. En vista de todo ello, es fácil comprender la dificultad de mantener un debate serio y a fondo con muchos libe-

rales españoles acerca de la filosofía marxista, debate que es tan necesario y provechoso para la buena salud del liberalismo como para la del propio marxismo.

Y si tan pobre y errónea idea tienen del marxismo tantos liberales españoles, que al fin y al cabo se afirman herederos del pensamiento europeo del que el marxismo forma parte integrante y principalísima, ya puede imaginarse lo que cabe esperar de los antimarxistas españoles no liberales, antieuropeos, integristas, "filipistas"... En realidad, con éstos apenas hay margen para un debate porque faltan los supuestos mínimos de comprensión e interpenetración que en cambio sí existen entre el auténtico pensamiento liberal y el auténtico pensamiento marxista.

La historia, a menudo desastrosa, del siglo XX nos muestra el grave peligro de fosilización y talmudización que corre todo pensamiento de la realidad si, cerrándose en sí mismo, en su propia utópica plenitud, se niega al diálogo competitivo con los otros pensamientos y doctrinas e imagina "superarlos" exorcizándolos con la afirmación ritual de su "absoluta falsedad". Si sigue tal camino, un pensamiento vivo corre derecho a convertirse en *ideología* (en el sentido marxista del término), es decir, en un sistema justificatorio y aparential, vuelto de espaldas a la verdad de la realidad. Eso es exactamente lo que le ha ocurrido a una ancha zona del marxismo en la época stalinista, que aún se prolonga. Pero ese ha sido también el destino de los diversos pensamientos liberales, incapaces de hacer frente, transformándose, al poderoso asalto del marxismo. Son muchos los intelectuales de tendencia liberal, en Europa y aun más en España, que no han comprendido ni comprenden que, como dice C. Wright Mills en su libro *The Marxists*, "rechazar la confrontación con el marxismo es un modo de no tomar en serio los ideales del propio liberalismo". Para Mills, que no era marxista, "el marxismo es una parte de la cultura europea como lo es la arquitectura del Renacimiento". Quiere ello decir que, para un liberal auténtico, el marxismo no puede estar hoy superado, sino que sigue perfectamente vigente como mundo cultural, como una de las grandes filosofías de Occidente. Naturalmente, esto es algo que la mayoría de nuestros liberales se niegan a aceptar. Tanto peor para ellos. Pero, igualmente, digámoslo con franqueza, para la vitalidad del pensamiento marxista. Porque también éste necesita, como el hombre el aire, la franca y libre confrontación con las ideas que le combaten, por lo que el encastillamiento, la ideologización del liberalismo, no puede dejar de contribuir a la ideologización del marxismo. De ahí la imperiosa necesidad de sacar a ambos adversarios de sus respectivas fortalezas monolíticas y

hacerlos batallar en campo abierto, para que no pierdan el contacto con la realidad y con las exigencias del pensamiento en cuanto pensamiento de esa realidad. "De la guerra de posiciones de la ideología —dice el filósofo marxista austriaco Ernst Fischer— hay que pasar a la guerra de movimientos de las ideas. Las ideologías son fortalezas. Las ideas operan en campo abierto, miden sus fuerzas en la lucha inmediata, se ponen mutuamente a prueba, aprenden unas de otras y vuelven enriquecidas de las experiencias realizadas. Puede incluso ocurrir que una de las ideas en lucha reconozca su propia insuficiencia y se haga corregir por el adversario".¹ No se trata simplemente de simple "coexistencia pacífica" entre las ideologías, concepto verdaderamente absurdo por puramente mecánico y táctico; no se trata de que cada fortaleza ideológica, conservándose intacta e inabordable, mantenga relaciones pacíficas con la fortaleza vecina. No se trata tampoco de un eclecticismo antiintelectual y oportunista. Se trata de una libre lucha competitiva sobre el terreno de la realidad, de los hechos y de la vida de los hombres, en la que cada pensamiento, en lugar de enmascarar y deformar al adversario, debe empezar por reconocerlo tal como es, en su ver-

¹ *Il Contemporáneo-Rinascita*, Roma, febrero de 1965, p. 4. Y añade Fischer, refiriéndose al movimiento comunista al que él pertenece: "En esta lucha intelectual... nosotros los comunistas, a causa de la paralización de la época staliniana, nos hemos quedado detrás en muchos campos. Hemos de recuperar el tiempo perdido... Debemos superar definitivamente el miedo de los viejos comandantes de las ciudadelas ideológicas, que no se atreven a aventurarse en campo abierto. Debemos "coexistir ideológicamente". Conocer las verdaderas ideas de los otros. No citas arregladas. Introducirnos en esas ideas para llevar adelante un debate "inmanente", no presuntuoso y superficial. Guardarnos de considerar pruebas inapelables de verdad etiquetas condenatorias como "burgués", "decadente", "antimarxista", "revisionista", "dogmático", etc. Volvamos a las sencillas categorías de "justo" y "equivocado", ya que los resultados de las ciencias no son "burgueses" o "proletarios", "capitalistas" o "socialistas", sino justos o equivocados (o parcialmente justos, dudosos, etc.). No nos atrincheremos en una "ideología", sino conozcamos a fondo el mundo actual y sus nuevos aspectos intelectuales. He aquí lo que se necesita para ser marxista"... "Marx no nos ha dejado un repertorio de frases para citar, sino una metodología y una serie de nociones científico-filosóficas. Las esenciales son "espléndidas como el primer día". Otras se hallan en parte superadas por la realidad. El marxismo no es una inspiración supratemporal, divina. Es la conciencia más alta de una época. Es decir, está condicionado por el tiempo. No es la última palabra del espíritu de la humanidad... Para nosotros Marx no da la respuesta a toda pregunta. Pero su obra hace de horizonte filosófico de nuestro tiempo". He aquí la imagen perfectamente clara de un marxismo abierto y dialogante, de un pensamiento que, fiel a sus orígenes, quiere ser un método de conocimiento de la realidad y una guía para la acción, y no un Talmud de fórmulas justificatorias y rituales,

dadera integridad. Por eso, la deformación del marxismo por tantos liberales es un atentado contra el propio liberalismo, al mismo tiempo que contra el marxismo.

De todo esto no debe deducirse que la falsa comprensión del marxismo sea privativa de los liberales y de los no marxistas o antimarxistas en general. Por desgracia, muchos escritores y teóricos que se afirman continuadores de Marx han falseado en realidad su doctrina, dándonos de ella una versión que, si puede calificarse de materialista en el sentido ordinario de la palabra, ha perdido en cambio, a pesar de las proclamaciones puramente formales, lo que es consustancial y básico al método de Marx: la comprensión *dialéctica* de los fenómenos histórico sociales. Ya conocemos la versión pervertida que del marxismo nos ha dado la época staliniana, que escinde el monismo dialéctico marxista en un dualismo cuasi-metafísico: mecanicismo prehegeliano o darwiniano por un lado, idealismo voluntarista por el otro. Pero el mal viene de más lejos: exactamente de los teóricos marxistas de la II Internacional, como Hilferding y Kautsky. En aquellos hombres y en los que les siguieron —pronto imitados, en esto al menos, por los teóricos de la III Internacional— se va pasando poco a poco del punto de vista filosófico-dialéctico propio de Marx a una especie de "ciencia pura de la sociedad burguesa", cualitativamente análoga a cualquiera otra *ciencia positiva* o *positivista* de la realidad histórico-social, que además se divide en sus correspondientes ramas: historia, economía, sociología, ciencias jurídicas, etc. Desemboca así el marxismo, fatalmente, en un naturalismo *cientista*, afilosófico, que cree aprehender la esencia de los hechos sociales a partir de los mismos supuestos conceptuales y los mismos métodos de investigación propios de las ciencias analíticas de la naturaleza. Este "marxismo vulgar" de los epígonos de ambas Internacionales, desfigurado y vaciado de su esencia intelectual y prácticamente revolucionaria, conduce a "una concepción científico-positivista del marxismo, extraña a toda filosofía", al desprecio de numerosos marxistas *ortodoxos* "por todos los problemas filosóficos", calificados de "elucubraciones" y, consiguientemente, a la "decadencia simultánea del principio vivo de la dialéctica materialista".²

² KARL KORSCH, *Marxisme et Philosophie*, Editions de Minuit, París, 1964. Este libro, que data de 1923, constituye una crítica radical de ese "marxismo vulgar", positivista y *cientista*. Recordemos que esta obra de KORSCH y la de LUKACS *Historia y conciencia de clase*, representantes principales del renacimiento del marxismo como crítica filosófica de la filosofía, fueron condenadas por las dos Internacionales: por Kautsky y por Zinovief. Estos dos "libros malditos" del marxismo (a los que habría que añadir los de Bloch, Fogarasi, etc.), silenciados durante casi cuarenta años de stali-

No es pues de extrañar que, frente a las "ortodoxias" generalmente opuestas, pero en esto coincidentes de las dos Internacionales, hayan sido pensadores marxistas independientes quienes mantuvieron y desarrollaron la radical originalidad del pensamiento de Marx. Y es ahora, al resquebrajarse las ortodoxias por el embate de la historia misma, cuando el marxismo original y revolucionario sale de la sombra y se coloca de nuevo en la vanguardia del pensamiento, tanto en Occidente como en Oriente (aunque aquí, sobre todo en Rusia, tenga que combatir aún duramente contra las barreras burocráticas de la ortodoxia entronizada).

Por ello mismo, la errónea comprensión del marxismo, entre liberales como entre marxistas, empieza a ser menos justificable, menos *inocente*, para convertirse en una desviación cultural aceptada a menudo de mala fe o, si se prefiere, con escasa buena fe. El renacimiento del marxismo como filosofía dialéctico-materialista impone a sus defensores y a sus adversarios una reconsideración a fondo de la esencia del marxismo y de sus falsas interpretaciones. Esa es la única forma de que se reanude el auténtico diálogo entre el pensamiento liberal y el pensamiento marxista, sin el cual, la cultura europea resulta anémica y mortecina.

Marxismo y determinismo económico

EL error esencial, tan frecuente, en que se incurre al enjuiciar el marxismo, consiste en ver en él, en lugar de una filosofía dialéctica —el punto de vista de la totalidad (Lukacs) o la filosofía de la praxis (Gramsci)—, un economismo unilateral, un materialismo mecanicista vulgar para el que la explicación del hecho humano se reduciría a la explicación de los determinismos de la base económica. "Ocurre a menudo —dice Gramsci— que se combate el economismo histórico creyendo combatir el materialismo histórico".³ Ahora bien, el economismo histórico —es decir, la explicación de la historia humana por la determinación rígida y unilateral de los "factores económicos", concebidos como algo exterior a la acción práctica y teórica del sujeto social, o sea, como entidades cuasi —metafísicas o naturales— es un simple positivis-

nismo, siguieron de todos modos ejerciendo una influencia decisiva —sobre todo en el marxismo occidental— que desde hace unos años empieza a dar sus frutos. Lukacs y Korsch constituyen el lazo indispensable entre la elaboración filosófica de Marx y el pensamiento dialéctico moderno, no sólo marxista.

³ *Note sul Machiavelli, sulla politica e sullo Stato moderno*, Einaudi, Turín, 1955, p. 33.

mo y, como tal, se sitúa en el polo opuesto de toda comprensión dialéctica, marxista o no. La culpa de este error fundamental de interpretación la tienen, no sólo los no marxistas o antimarxistas, sino también, como dijimos antes, numerosos epígonos de Marx —socialdemócratas o comunistas— que bajo el nombre de "interpretación materialista de la historia" han reducido la filosofía marxista de la praxis a su caricatura positivista, que como tal, elimina lo que constituye el gran descubrimiento teórico de Marx y pierde así su gran ventaja intelectual frente a las demás explicaciones empiristas, positivistas o idealistas. En su forma extrema, este economismo vulgar-marxista se convierte en una burda teoría de los "intereses sórdidamente judaicos" (Marx).⁴

Como decimos, todo positivismo, es decir, toda gnoseología empirista y toda separación radical, toda heterogeneidad del objeto respecto del sujeto y viceversa, es, aplicado a la historia humana, antidualéctico y, por tanto, antimarxista. Para Marx no existe objeto o fundamento de la historia humana aparte de la acción del sujeto social, de la praxis y de la acción recíproca e interconstitutiva de uno y otra. Por eso, como dice Lukacs, refiriéndose al *Anti-Dübring* de Engels, "el método dialéctico sustituye la causalidad unilateral y rígida por la acción recíproca".⁵

⁴ "En su forma más difundida de superstición economicista la filosofía de la praxis pierde una gran parte de su expansividad cultural en la esfera superior del grupo intelectual, por más que gane en ella entre las masas populares y entre los intelectuales de medio pelo, que no piensan fatigarse el cerebro sino que quieren parecer muy avisados y sagaces, etc. Como escribía Engels, a muchos les viene muy cómodo creer que pueden tener a poco precio y sin fatiga alguna, en el bolsillo, toda la historia y todo el saber político y filosófico concentrados en una formulita... Los errores de interpretación cometidos en el sentido de la búsqueda de los intereses 'sórdidamente judaicos' han sido a veces groseros y cómicos, influyendo así negativamente en el prestigio de la doctrina originaria" (ANTONIO GRAMSCI, *ibid.*, p. 34).

⁵ *Histoire et conscience de classe*, Editions de Minuit, París, 1960, p. 20. Añadamos que, de todos modos, la relación dialéctica no se explica simplemente por la categoría de la acción recíproca, pues, como señala Lukacs, también existe acción recíproca entre objetos físicos —por ejemplo, entre dos bolas de billar que chocan—, cuya esencia es independiente de esa acción recíproca y no se modifica en virtud de ella. Una bola de billar es una bola de billar independientemente del conjunto de bolas de que forma parte o de la mesa: existe *per se*. En cambio, un hecho social sólo es tal, sólo es real, en la medida en que forma parte de un conjunto orgánico de hechos sociales. En la relación dialéctica, la reciprocidad no es, como entre objetos físicos, una relación de exterioridad, sino de interioridad: la esencia de un fenómeno depende de su relación con otros fenómenos y con el todo orgá-

Que el pensamiento de Marx está lejos de todo determinismo materialista —unilateral o recíproco— en la explicación de la historia humana, aparece claramente (a pesar de algunas contradicciones, sólo aparentes, y a pesar sobre todo de algunas falsas interpretaciones del último Engels), en muchos de sus textos teóricos, además de en el método mismo de sus investigaciones concretas. Veamos uno de los más conocidos: las *Tesis sobre Feuerbach*. La primera de las tesis afirma: "El defecto principal de todo materialismo (incluido el de Feuerbach), consiste en que considera el objeto, la realidad, la materialidad únicamente en la forma objetiva o de la intuición, pero no como actividad sensible del hombre, como praxis, no subjetivamente... Feuerbach quiere objetos sensibles verdaderamente distintos de los objetos de pensamiento; pero no considera la actividad humana misma como una actividad objetiva... No comprende, pues, el alcance de la actividad 'revolucionaria', práctico-crítica". Y la tercera tesis: "La teoría materialista según la cual los hombres son producto de las circunstancias y de la educación olvida el hecho de que las circunstancias son modificadas precisamente por el hombre y de que el educador debe ser también educado". Para Marx, la realidad sensible sólo puede ser pensada en sí misma envuelta en la actividad humana "práctico-crítica", en la praxis como esfera unitaria del pensamiento y de la acción práctica. Por ello es imposible concebir un determinismo rígido y unilateral de la materialidad sobre la acción humana porque tal determinismo supone una relación unívoca, de exterioridad, no dialéctica, como la que existe entre objetos de la naturaleza. Y Marx lo que precisamente reprocha al materialismo es la consideración en exterioridad, objetivo-naturalista, de los fenómenos de la realidad social. Así, puede Sartre afirmar, comentando estas tesis de Marx: "He aquí la afirmación decisiva de la irreductibilidad de la praxis humana", de "la irreductibilidad del orden cultural al orden natural".

El economismo histórico, simple "reduccionismo" mecanicista, piensa lo económico como una especie de *naturaleza* ajena al hombre, como una realidad autónoma, no *envuelta* por la actividad práctico-crítica humana. En cambio, Marx insiste siempre en que lo económico no tiene sentido, pierde su verdadera consistencia, concebido fuera de esa actividad del sujeto social. El "reduccionismo" económico del marxismo vulgar, igual en esto a cualquier positivismo sociológico, como el de Taine o Spencer, o al darwinis-

nico que esos fenómenos constituyen. Como veremos más adelante, la categoría dialéctica primordial no es simplemente la de acción recíproca, sino la de totalidad.

mo pseudofilosófico, concibe a la economía, al "factor económico", como el motor *real* de la historia y a los hombres como meros *conductores* pasivos de la fuerza económica que actúa sobre ellos o a través de ellos, igual que una fuerza natural. Es la economía, no el hombre, la que hace la historia: éste es sólo el medio o instrumento con el que aquélla la realiza.

Pero, justamente, Marx afirma lo radicalmente contrario. Así, recordando a Juan Bautista Vico, el "inventor" de la historicidad constitutiva del hombre, declara explícitamente en *El capital*: "La historia del hombre se distingue de la historia de la naturaleza en que hemos hecho aquélla, pero no ésta". Y en la *Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel*, hallamos esta famosa formulación de la autonomía del hacer humano, condición primaria de la praxis: "La historia no hace nada; es el hombre, el hombre real, el hombre vivo, quien hace, quien posee, quien combate. No es la historia quien utiliza al hombre para realizar sus fines *como si fuera una persona independiente; la historia no es más que la actividad del hombre que persigue sus propios fines*". (Subrayo yo). He aquí un punto de partida esencial del marxismo: es el hombre quien hace la historia, por tanto, también la economía. (Ya veremos más adelante en qué condiciones, según qué proceso, la hace). Las categorías económicas no son eternas y autónomas, sino históricas y humanas: dependen del hombre (del hombre social) que "persigue sus propios fines" y, al perseguirlos, produce y reproduce la realidad, al par que se produce y reproduce a sí mismo. No es el marxismo el que afirma la eternidad y autonomía de las categorías económicas, sino precisamente el pensamiento de la burguesía ascendiente (a partir de Adam Smith, Ricardo, Bastiat y los fisiócratas). Y la obra fundamental de Marx, *El capital*, es precisamente, como indica su subtítulo, una *crítica de la economía política* (es decir, de la economía burguesa), cuyo propósito es disolver la pretendida intemporalidad y autonomía de las leyes y estructuras económicas, demostrando que son categorías puramente relativas que responden a una formación histórica concreta y transitoria: la sociedad capitalista. "Las categorías más abstractas —a pesar de su validez (por su abstracción) para todas las épocas— son de todos modos, en esa determinación abstracta, el producto de condiciones históricas y sólo poseen plena validez para éstas y dentro de sus límites", dice Marx en la *Introducción general a la crítica de la economía política*. Y más adelante: "*En toda ciencia histórica y social en general*, hay que tener siempre en cuenta que el sujeto —aquí la sociedad burguesa moderna— se da tanto en la realidad como en el cerebro y que las categorías expresan *formas y modos de existencia*, a menudo

simples aspectos particulares de esa sociedad, de ese sujeto".⁶ (El subrayado es mío). He aquí una vez más disuelta la supuesta *objetividad* intemporal y extrahistórica de las categorías económicas: no son más que correlato del hombre histórico concreto que vive y produce su vida. Y he aquí totalmente descartada, para el método dialéctico-materialista, la posibilidad de aplicar al objeto de "toda ciencia social e histórica" —las llamadas "ciencias humanas" o "históricas"— el método positivista y analítico propio de de las ciencias de la naturaleza, que actúa en exterioridad respecto de su objeto y cuyas categorías no expresan *formas de existencia* sino formas y contenidos de la objetividad natural, extrahumana.^{6 bis}

Resumamos nuestras consideraciones. Contra lo que afirman tantos antimarxistas superficiales o de mala fe, contra el "reduccionismo" naturalista a que tiende el marxismo vulgar, el marxismo dialéctico, el de Marx, no afirma que el hombre vivo, real, se reduzca al *homo oeconomicus*, entendido como la imagen sintética y abstracta de las supuestas leyes "intemporales" de la economía burguesa. Al contrario, lo que pretende es demostrar que tal imagen es una caricatura *ideológica* del hombre real cuya función es encubrir y proteger la realidad histórica y transitoria que es la sociedad capitalista reificada. Como pone claramente de relieve Gramsci, el concepto abstracto de *homo oeconomicus* va íntimamente ligado a la problemática y a la realidad de aquella particular estructura

⁶ KARL MARX, *Oeuvres. Economie*, t. I, Gallimard, París, 1965, pp. 259, 260 y 261. Esta *Introducción general*, de relevante importancia para comprender los presupuestos filosóficos del método de Marx, aparece en otras ediciones (por ejemplo, en la de Costes) como Apéndice a la *Contribución a la crítica de la economía política*. Es uno de los importantes manuscritos que Marx dejó inéditos bajo el título de *Grundriss der Kritik der Politischen Oekonomie*, desconocidos de Engels, y el único texto de los *Grundrisse* traducido hasta ahora a los idiomas occidentales.

^{6 bis} He aquí, al respecto, otro texto clarísimo de Marx: "Proudhon el economista ha comprendido muy bien que los hombres hacen el paño, las telas, los tejidos de seda, en relaciones determinadas de producción. Pero lo que no ha comprendido es que esas relaciones sociales determinadas son producidas por los hombres exactamente igual que la tela, el lino, etc. Los mismos hombres que establecen las relaciones sociales de conformidad con su productividad material, producen también los principios, las ideas, las categorías, de conformidad con sus relaciones sociales. Así, esas ideas, esas categorías son tan poco eternas como las relaciones que expresan. Son productos *históricos y transitorios*" ("Miseria de la filosofía" en *Oeuvres*, t. I, Gallimard, pp. 78-79). El capítulo a que pertenece este párrafo critica enérgicamente lo que Marx llama "metafísica de la economía política", es decir, la consideración de las categorías económicas como válidas intemporalmente, y no como productos puramente humanos y transitorios.

económica (el capitalismo), en la que se genera el carácter abstracto de lo humano.⁷ El "hombre económico" es, por consiguiente, una *realidad* histórica tendencial (después veremos en qué sentido) si se le concibe como correlato histórico-conceptual de la estructura capitalista. Es, en cambio, una *ficción* si se le concibe independientemente de esa estructura, como definición de una consistencia humana intemporal, válida para toda época y sociedad. El marxismo cree en esa realidad tendencial del *homo oeconomicus*. Rechaza, en cambio, la ficción metafísica. Las categorías económicas van ligadas a la actividad práctico-crítica del hombre y se transforman a medida que el hombre transforma la realidad y se transforma a sí mismo. El economismo histórico es exactamente lo contrario de la filosofía marxista.

"Factor económico" y "estructura económica"

PARA tratar de comprender esto aún con mayor evidencia, el análisis debe hacer hincapié en una distinción fundamental que ya a fines del siglo XIX elaboraron pensadores marxistas como Labriola (*Del materialismo histórico*) y Plejanof (*Sobre la concepción materialista de la historia*). Se trata de la distinción entre "factor económico" y "estructura económica", o bien entre la economía como "factor" o "condición" y la economía como "estructura". Esta distinción, que a pesar de su importancia capital han olvidado a menudo los mismos marxistas, ha sido últimamente objeto de una elaboración teórica a fondo por el filósofo marxista checo Karel Kosik en su obra *Dialéctica de lo concreto. Estudio del problema del hombre y del mundo*, que vamos a seguir en nuestro análisis.⁸

El concepto de "factor económico", propio del positivismo sociológico, considera a la economía como un factor privilegiado que

⁷ *Il materialismo storico e la filosofia di Benedetto Croce*, Einaudi, Milán, 1955, pp. 266 y ss.

⁸ *Dialéctica del concreto*, trad. italiana, Bompiani, Milán, 1965, pp. 121 y ss. Véase en este mismo volumen el ensayo "Karel Kosik y la filosofía dialéctica de la praxis". Este libro quedará sin duda alguna como uno de los textos fundamentales de la filosofía —no sólo de la filosofía marxista— del siglo XX. El libro se editó en Praga, en 1963, por la Academia de Ciencias Checoslovaca, lo que es un signo altamente esperanzador de liberalización intelectual. Kosik se sitúa en la línea de los grandes marxistas hegelianos, como Lukacs, Korsch, Bloch, Kojève, Marcuse, Adorno, etc. En este sentido, su libro es vigorosamente anticonformista (se le ha tratado de "revisionista" por los marxistas al uso) y se opone radicalmente a lo que ha sido y es todavía la línea fundamental de la interpretación soviética, "ortodoxa", del marxismo.

determina todos los demás (desde el Estado y el derecho al arte, la moral y la filosofía). La conexión entre uno y otros factores es una relación, diríamos, *física*, de causalidad e influjo (incluso recíproco), entre elementos objetivos abstractos, ajenos entre sí. La concepción opuesta, que es la propia del marxismo, parte de la idea de que "la estructura económica constituye la unidad y la conexión de todas las esferas de la vida social" o, dicho de otro modo, "el conjunto de las relaciones sociales que los hombres establecen en la producción y en la relación con los modos de producción" (K. Kosik, *Dialéctica del concreto*, p. 127).

Ahora bien, ¿en virtud de qué la estructura económica confiere esa "unidad" y esa "conexión" a la realidad social entera? Precisamente, en virtud de la praxis del hombre histórico-social que "persigue sus propios fines" en el mundo de la naturaleza y de las formaciones sociales. La estructura económica tiene su origen, su emanación, en el hombre como *sujeto objetivo*, como ser que *crea* la realidad social, que la produce y la reproduce y, a la par, se produce y reproduce en ella. En este sentido es como podemos concebir, no en modo positivista-determinista sino dialéctico, a la economía como estructura fundamental de la objetivación humana: "como el esqueleto de las relaciones humanas, como el fundamento económico que determina la superestructura". El motor, la *causa agendi* de la estructura económica es la praxis, la actividad humano-social. Y si la economía no es, contra lo que cree el sociologismo vulgar, incluso marxista, un factor unilateralmente determinante, sino una estructura unificante, un complejo de relaciones sociales en proceso de totalización, ello quiere decir que, por ejemplo, "la economía no genera la poesía (*es decir, la "superestructura"*). F. S.), ni directa ni indirectamente, ni inmediata ni mediatamente, sino que *es el hombre quien crea la economía y la poesía como productos de la praxis humana*". "La poesía no es una realidad de orden inferior respecto de la economía; también ella es de idéntico modo realidad humana, si bien de un género y una forma diversos, con una finalidad y un significado distintos" (*Ibid.*, p. 132). Así, la *Comedia humana* o la catedral de Strasburgo no son simples *productos derivados* de un factor o condición económica subyacentes —la economía capitalista de mercado en su primer gran desarrollo o el modo de producción feudal caracterizado por la servidumbre y los gremios—, sino que ambas obras forman *parte integrante y constitutiva*, no derivada, del todo que es la sociedad en que nacieron, como estructura particular histórica de la praxis humana que crea y recrea la realidad social en su conjunto.

La economía entendida como estructura es la esfera comprensiva en que se realiza la objetivación del hombre histórico-social. No es un *factor* aislado y determinante de los demás factores, sino la unidad que a todos esos factores, a todas las múltiples determinaciones de la realidad social, confiere la praxis humano-social. Para el marxismo, "la economía no es sólo producción de bienes materiales, sino que es la totalidad del proceso de producción y reproducción del hombre como ser humano social. No es sólo producción de bienes materiales, sino que al mismo tiempo es producción de las relaciones sociales dentro de las cuales esa producción se realiza" (*Ibid.*, p. 212), Los llamados sectores de la "superestructura" (como el derecho, el arte, la filosofía . . .) forman tan legítimamente parte integrante de la estructura *económica* como la economía misma en sentido estricto: esa estructura es la categoría o el proceso mismo en que el hombre se produce a sí mismo material y espiritualmente en el medio de lo natural y de lo socialmente dado. Es el proceso mismo de objetivación del sujeto social.

Forma primaria de la objetivación, unidad de sujeto y objeto, en la economía entendida en este sentido comprensivo se configura y realiza el ser social, la potencialidad autocreadora del hombre.

"En el acto mismo de la producción —dice Marx—, no sólo se modifican las condiciones objetivas —por ejemplo, una aldea se convierte en una ciudad, un desierto se convierte en tierra cultivada—, sino que se modifican también los productores mismos, en cuanto éstos extraen nuevas cualidades de sí mismos, se desarrollan a sí mismos en la producción y se transforman, creando nuevas fuerzas y nuevas representaciones, nuevos modos de relación, nuevas exigencias y un nuevo lenguaje".⁹

Y más adelante:

⁹ MARX, *Grundrisse der Kritik der politischen Oekonomie*, Dietz Verlag, Berlín, 1953, p. 394. Los *Grundrisse* permanecieron inéditos hasta 1939-1941, en que se publicaron por primera vez en Moscú, en el original. Siguen aún sin traducirse a los otros idiomas de Occidente. Los *Grundrisse*, trabajos preparatorios de *El capital*, obra por tanto de la madurez de Marx, son de excepcional importancia para la comprensión de la problemática filosófica de su autor, a la par de otros textos fundamentales como los *Manuscritos económico-filosóficos*, la *Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel*, con su introducción, las *Tesis sobre Feuerbach* y la *Introducción general a la crítica de la economía política*, ya mencionada. Los *Grundrisse* demuestran palpablemente, contra quienes defienden la imagen de un Marx puramente "científico" de la madurez, que los conceptos filosóficos fundamentales característicos del Marx joven —totalidad, reificación, dialéctica de sujeto y objeto, reproducción espiritual de la realidad . . .— se mantienen con todo vigor y coherencia en las obras de la madurez. De tal modo que, dice Kosik, "sin ellos *El capital* sería incomprensible".

"Si examinamos la sociedad burguesa en su conjunto, se presenta siempre, como resultado último del proceso social de producción, la sociedad misma, es decir, el hombre mismo en sus relaciones sociales . . . Como sujetos del proceso aparecen sólo los individuos, pero los individuos ligados por relaciones recíprocas que precisamente ellos reproducen o producen *ex novo*".¹⁰

En otro lugar precisa Marx: "El hombre produce al hombre, a sí mismo y al otro hombre". Y esta "producción del hombre por el trabajo humano" no es una producción puramente material (en el sentido estrictamente "económico" que a la producción confiere el pensamiento burgués o no dialéctico), ya que "la actividad (práctica) y el espíritu son, por su existencia, sociabilidad, actividad social y espíritu social". "El derecho, la moralidad, la ciencia, el espíritu, etc., no son más que modos particulares de la producción", entendida en este sentido comprensivo y totalizador de producción y reproducción de la realidad y de sí mismo por el hombre.¹¹ Y en otro texto de la primera época: "La producción de las ideas, de las representaciones, de la conciencia está inmediatamente implicada en la actividad material de los hombres".¹²

Vemos, pues, cómo la filosofía dialéctico-materialista de la praxis disuelve la seudorealidad de la economía en cuanto algo dado y autónomo, en cuanto factor o causa más profunda y originaria de la que se derivarían las demás formaciones sociales, para "penetrar hasta las raíces de la realidad social", es decir, hasta el hombre como sujeto objetivo, portador del proceso histórico-social entero.

El marxismo no reduce la historia entera a la economía; lo que hace es subsumir la economía y todos los demás fenómenos histórico-sociales en la totalidad histórica de la existencia humana. Un pensador no marxista pero que a veces se halla extraordinariamente cercano al marxismo, Merleau-Ponty, nos da en su *Fenomenología de la percepción* una definición del materialismo histórico dialéctico que escapa a la interpretación *reduccionista* y determinista y es, en consecuencia, perfectamente fiel a la concepción originaria de Marx. "El marxismo —escribe Merleau-Ponty—, consiste tanto en hacer histórica la economía como en hacer económica la historia . . . Una historia 'materialista' de la revolución de 1917 no consiste en explicar todo impulso revolucionario por el índice al detalle de los precios en el momento considerado, sino en insertarlo en la diná-

¹⁰ *Grundrisse*, p. 600.

¹¹ *Manuscriptos económico-filosóficos* (Economía política y filosofía), Ed. Costes, vol. VI, pp. 24, 25 y 26.

¹² *Ideología alemana*, Ed. Costes, vol. VI, p. 164.

mica de las clases y en las relaciones de conciencia, variables de febrero a octubre, entre el nuevo poder proletario y el viejo poder conservador. Más que reducir la historia a la economía, el materialismo histórico reintegra la economía en la historia... No remite la historia de las ideas a la historia económica, sino que inserta una y otra en *la historia única que ambas expresan y que es la de la existencia social*". He aquí perfectamente definida la verdad del materialismo histórico, de la filosofía de la praxis.

En cambio, el economismo vulgar, la teoría del condicionamiento económico unilateral de la superestructura, es, según la expresión de Kosik, una simple "ideología del factor económico", que "invierte el movimiento social poniéndole patas arriba, ya que considera como 'responsables' de ese movimiento a productos aislados de la praxis humana objetiva o espiritual, siendo así que el único auténtico portador del movimiento social es el hombre en el proceso de producción y reproducción de su propia vida social" (*Ibid.*, p. 126).

En realidad, como ya señalaba Gramsci, la teoría del "factor económico" es fruto de una visión fetichista de la sociedad. Si concibe las relaciones económicas —que son relaciones entre hombres— como relaciones entre cosas, es porque, en la realidad de la sociedad capitalista, la economía tiende a imponer a los hombres esas relaciones objetuales, es decir, tiende a reificarlos. La pretendida autonomía del factor económico responde a la atomización de la sociedad burguesa (el productor separado de sus productos), y su predominio pseudodeterminante traduce la impotencia del individuo frente a la "trascendencia" fetichizada de las fuerzas sociales. La economía no se configura conceptualmente, siempre y en todo lugar, como "factor económico", sino que llega a ser tal históricamente: en el siglo XIX, bajo la formación social concreta llamada capitalismo.

El ser social, como ya hemos visto, se basa en la dialéctica misma sujeto-objeto, en la praxis del hombre que crea la realidad y se crea al crearla. "Sin el sujeto, los productos sociales del hombre carecen de sentido, mientras que el sujeto sin presupuestos materiales y sin productos objetivos es un espejismo vacío. *La esencia del hombre es la unidad de la objetividad y de la subjetividad*". Pero, precisamente, existe una *mala* objetividad del sujeto, una objetividad pervertida, que se traduce en esa imagen del factor económico, autónomo y prepotente, característica de una determinada formación social. "El contraste entre el hombre y las 'condiciones', la antinomicidad de la conciencia impotente y las omnipotentes 'condiciones', consiste en el contraste entre las 'condiciones'

aisladas y la íntima turbación del hombre aislado. El ser social no coincide con la situación dada, ni con las condiciones, ni con el factor económico, los cuales —considerados aisladamente— son aspectos deformados de ese mismo ser. En determinadas fases del desarrollo social el ser del hombre resulta subvertido, ya que el aspecto objetivo de ese ser —sin el que el hombre pierde la propia humanidad y se convierte en una ilusión idealista— queda separado de la subjetividad, de la actividad, de las potencialidades y de las posibilidades humanas. En semejante subversión histórica el aspecto objetivo del hombre se transforma en una objetividad alienada, en una muerta, inhumana objetividad (las "condiciones" o el factor económico) y la subjetividad humana se transforma en existencia subjetiva, en miseria, en necesidad, en vacío, en una posibilidad meramente abstracta, en deseo" (Kosik, *ibid.*, pp. 137-138).

Así una vez más el análisis marxista disuelve una pretendida objetividad autónoma —el "factor económico"— en la raíz verdadera del ser humano social. Lo pseudoconcreto se disuelve y subsume en su auténtica consistencia histórico-social.

En resumen, la teoría del factor o del condicionamiento económico no tiene nada que ver con la filosofía dialéctico-materialista tal como aparece a través de los grandes textos teóricos de Marx. El mérito (histórica y metodológicamente constituía, sin duda, un grandísimo mérito) de haber descubierto y puesto de relieve la importancia del factor económico, de la "economía" en sentido estricto, les corresponde, mucho más legítimamente que a Marx, a los primeros grandes teóricos de la economía burguesa (como Ricardo y Adam Smith), a los padres de la Constitución norteamericana de 1787 y a algunos pensadores de la Revolución Francesa. Un Hamilton podía afirmar, con una franqueza que ya difícilmente volverá a conocer la sociedad burguesa: "Esta desigualdad en la propiedad ha constituido la grande y fundamental distinción en la sociedad". Y John Adams: "Hamilton ha demostrado que el poder sigue siempre de cerca a la propiedad. Y yo considero que esto es una máxima infalible de la política". En plena Revolución Francesa, el girondino Barnave hacia en su obra *Introduction à la Révolution Française* (1790) estas afirmaciones de un "marxismo" *avant la-lettre*: "En cuanto las artes y el comercio consiguen penetrar en el pueblo (Barnave llama "pueblo" a lo que en verdad era la burguesía ascendente) y crean un nuevo medio de riqueza en favor de la clase laboriosa, una revolución se prepara en las leyes políticas; una nueva distribución de la riqueza produce una nueva distribución del poder. Igual que la posesión de las tierras erigió la aristocracia, la propiedad industrial erige el poder del

pueblo". Por todo ello, resulta un poco cómico que ciertos adversarios de Marx crean de todos modos mostrarse generosos atribuyéndole el mérito de haber descubierto y reivindicado la "tremenda importancia" del condicionamiento económico.¹³

Mundo natural y mundo humano

RECHAZANDO todo economismo materialista y concibiendo la economía no como "factor económico" sino como producción del hombre por el hombre o proceso de la objetivación humana, el pensamiento marxista *no naturaliza* al hombre, sino que lo *historiza*; no confiere a la economía un estatuto *natural e intemporal*, autónomo respecto de la existencia total humana, sino que la disuelve en la praxis histórica de los hombres en sociedad. Todo naturalismo es ajeno al pensamiento dialéctico.

Evidentemente, para el marxismo —como para cualquier otro pensamiento no espiritualista—, el hombre es un ser natural, en el sentido de que ha surgido de la naturaleza, está inmerso en ella y sometido a sus leyes y carece de toda trascendencia que no tenga su origen en el propio hacer histórico humano. Pero ello no significa en modo alguno que el marxismo naturalice la historia humana, es decir, que la conciba, la piense y la trate con las mismas categorías del pensamiento analítico propio de las ciencias de la natu-

¹³ Un ejemplo español. Julián Marías, que casi repite conceptos análogos de Ortega, afirma: "Evidentemente, el haber llamado la atención sobre la tremenda importancia que tiene la realidad económica en el hombre y sobre el condicionamiento económico de la libertad concreta es un extraordinario mérito de Karl Marx y de sus sucesores. Otra cosa es que podamos aceptar el esquema general de la interpretación del hombre que el marxismo nos propone. Estoy a quinientas leguas de él, pero justamente por eso me parece esencial reconocer la genialidad intelectual con que puso el dedo en una de las llagas, sólo en una, y el valor absolutamente indiscutible, que no se puede perder, de ese descubrimiento fundamental" ("El futuro de la libertad", en *Panoramas*, México, n.º 13, enero-febrero de 1965). Me parece digna de todo encomio la buena voluntad de que, al menos en esta ocasión, da muestras Marías para con el marxismo. Pero es lástima que esa buena voluntad caiga en saco roto. Porque atribuye a Marx algo que no le corresponde a él, sino precisamente a ciertos grandes teóricos liberales del XVIII como Ricardo, Smith, Hamilton... Marías reprocha a Marx que no reconozca más que un solo factor —el económico— entre los varios que actúan en la sociedad. Pero, justamente, no comprende que Marx no reconozca ningún factor entendido en tal modo, como elemento aislado, autónomo y determinante, ni en sentido monista ni pluralista. Por el contrario, su obra intelectual consiste en disolver todos los factores, supuestamente objetivos y autónomos, en el verdadero ser social: la praxis del hombre onto-creador.

raleza. Dejando de lado la cuestión de si existe o no una dialéctica de la naturaleza,¹⁴ el hecho es que Marx aplica exclusiva y específicamente el método dialéctico —como opuesto al método analítico y positivista— a los fenómenos históricos, estableciendo así, como antes vimos, una distinción fundamental entre sus respectivos objetos: las categorías dialécticas representan *formas y modos de existencia*, mientras que las de las ciencias naturales representan objetos y relaciones “no humanas”, independientes del hacer del hombre. Karl Korsch pone de relieve esta “clave de toda la concepción materialista de la sociedad” de Marx en los siguientes términos:

“Todos los fenómenos del mundo real en que se desarrolla nuestra existencia de seres pensantes y de seres actuantes, o de seres a la vez pensantes y actuantes, se dividen en dos grupos principales: por un lado, nosotros y todo lo que existe pertenecemos a un mundo que podemos considerar como ‘la naturaleza’, un mundo ‘no humano’, totalmente independiente de nuestro pensamiento, de nuestra voluntad y de nuestra acción. Por otro lado, en cuanto seres capaces de pensamiento, de voluntad y de acción, estamos situados en un mundo sobre el que ejercemos una actividad práctica, por tanto, un mundo que podemos considerar esencialmente como nuestro producto y del que somos igualmente producto. De todos modos, ambos mundos, el mundo natural y el mundo de la práctica histórica y social, no existen separadamente, sino que en realidad forman uno solo: su unidad proviene de que ambos se hallan envueltos en la existencia pasiva-activa de los seres humanos, que reproducen y desarrollan continuamente, por medio de su actividad colectiva y de su pensamiento, el conjunto de su realidad”.¹⁵

Karel Kosik, otro marxista dialéctico, se expresa en parecidos términos:

“El hombre una parte de la naturaleza y es naturaleza él mismo. Pero es al mismo tiempo un ser que en la naturaleza, y sobre la base del dominio de la naturaleza —tanto ‘externa’ como propia—, crea una *nueva* realidad, que no es reducible a la realidad natural. El mundo que el hombre crea como realidad humano-social tiene su origen en condiciones independientes del hombre y es absolutamente inconcebible sin ellas; sin embargo, respecto de ellas, presenta una cualidad diversa y no es reducible a ellas. El hombre tiene su origen en la naturaleza, es una parte de la natu-

¹⁴ Cuestión que, como dice con toda razón Sartre, sirve a ciertos materialistas seudomarxistas para “naturalizar la historia” so pretexto de “historizar la naturaleza”, con lo que se pierde el valor del descubrimiento fundamental de Marx.

¹⁵ *Marxisme et Philosophie*, pp. 154-155.

raleza, y al mismo tiempo trasciende la naturaleza; se comporta libremente con las propias creaciones, trata de separarse de ellas, plantea el problema de su significado e intenta descubrir cuál es su propio puesto en el universo. No está encerrado en sí mismo y en su propio mundo. Y puesto que crea el mundo humano, la realidad social objetiva y posee la capacidad de superar una situación dada y unas condiciones y presupuestos determinados, el hombre es también capaz de comprender y explicar el mundo no humano, el universo y la naturaleza. El acceso del hombre a los secretos de la naturaleza es posible sobre la base de la *creación* de la realidad humana. La técnica moderna, los laboratorios, los ciclotrones y los cohetes rebaten la opinión de que el conocimiento de la naturaleza se funda en la contemplación".¹⁶

Por consiguiente, el monismo filosófico marxista no es, a pesar de la desviación "marxista-vulgar", un monismo materialista o naturalista en que la unidad vendría de la naturalización de la historia humana. Por el contrario, para el marxismo, la unidad procede de que todo, incluida la naturaleza "no humana" se halla envuelta en la praxis humano-social. Un objeto natural sólo tiene *sentido*, sólo existe para el hombre, en la medida en que, dice Marx, se convierte en "objeto humano u hombre objetivado"; "sólo puede existir para mí en la medida en que mi facultad esencial existe como capacidad subjetiva para sí, pues el sentido de un objeto para mí (sólo tiene sentido para un sentido que le corresponde), va hasta donde va *mi* sentido". Y, a su vez, "no sólo los cinco sentidos, sino también los llamados sentidos espirituales, los sentidos prácticos (voluntad, amor, etc.), en una palabra, el sentido *humano*, la Humanidad de los sentidos, sólo se desarrollan a través de *su* objeto, es decir, la naturaleza *humanista*". "Así vemos cómo subjetivismo y objetivismo, espiritualismo y materialismo, actividad y pasividad pierden su oposición y, por consiguiente, su existencia como contrarios en el estado social". Y más adelante: "El ser humano de la naturaleza sólo existe para el hombre social; pues sólo de esa manera existe para él como lazo con el hombre, como existencia para los otros y como existencia de los otros para él". "La sociedad es pues, la consustancialidad acabada del hombre con la naturaleza... la realización del naturalismo del hombre y del humanismo de la naturaleza". Sólo socialmente, a través de la praxis constituyente, "el naturalismo acabado es humanismo y el humanismo acabado, naturalismo".¹⁷

¹⁶ *Dialectica del concreto*, p. 139.

¹⁷ *Manuscritos económico-filosóficos*, Ed. Costes, vol. VI. Los subrayados son de Marx mismo.

Así se dialectiza la unidad entre naturaleza y actividad humana y sólo así puede comprenderse que el pensamiento dialéctico, "la ciencia del hombre", englobe a las ciencias de la naturaleza, pues "toda ciencia es una actividad social práctica y entraña un fuerte coeficiente humano" (Marx).

Hombre y estructura

COMO hemos visto, para el marxismo el sujeto de la historia no son unas abstractas fuerzas económicas o naturales independientes del hombre social concreto, sino éste en el movimiento mismo de crear la realidad y crearse a sí mismo. Ahora bien, el hombre no hace su propia historia en el vacío, en esa autonomía abstracta que reivindica el individualismo radical. "Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen arbitrariamente, en las condiciones elegidas por ellos, sino en condiciones directamente dadas y heredadas del pasado" (Marx, *El 18 de Brumario de Luis Bonaparte*). El hombre crea la realidad y se crea al crearla, hemos dicho. El hombre es, pues, un sujeto objetivo cuya esencia es "la unidad de la objetividad y de la subjetividad". Sin la objetivación en lo que Marx llama la "naturaleza humanista", el "sentido humano" o "humanidad de los sentidos" es un espejismo vacío, una fantasía espiritualista.

La experiencia más inmediata de la existencia social nos muestra al hombre, no aislado ni autoconstituyéndose a modo de mónada, sin formando parte de estructuras o totalidades que le preexisten y cuya existencia no depende de su voluntad (aunque, como hemos dicho, son productos del proceso histórico humano). Desde el simple contacto personal entre dos individuos hasta la organización política nacional o internacional, el individuo humano vive inserto en diversas estructuras sociales, dinámicas o complejos de relaciones interindividuales que le trascienden y tienden a imponerle determinadas relaciones y actitudes. Esas estructuras o complejos sociales no existen con autonomía del hombre social, no se los puede concebir independientemente de él, son frutos de su actividad social práctica, productos históricos, y su dinámica se origina en la dinámica de los individuos mismos. Pero, al mismo tiempo, ejercen una determinación sobre el individuo en el sentido de que tienden a reducirle a aquellas de sus propiedades o factores que les sirven para su funcionamiento. Tomemos, por ejemplo, la estructura llamada "economía capitalista". El marxismo no afirma, como decíamos antes, que el hombre sea simple *homo oeconomicus*, es decir, que siempre y en todo lugar, por su esencia misma sea reducible

a meras relaciones económicas, a fuerza productiva y mercantil.¹⁸ Lo que sí afirma es que, en régimen de producción capitalista y, más generalmente, en todo sistema productivo dominado por la escasez y por la división del trabajo, la economía, una vez que el individuo penetra en su esfera (y el contacto con ella es perpetuo), *tiende a reducirle a homo oeconomicus*. Es decir, la estructura (en este caso, la economía capitalista) tiende a abstraer al hombre de su realidad concreta y a sujetarlo a los determinismos de su propia función. (Este es exactamente el proceso que Lukacs llama de "reificación"). Por ejemplo, una característica esencial del "hombre económico" es el egoísmo. Ahora bien, tal característica se basa en la funcionalidad misma del régimen de producción capitalista, que tiende a convertir al hombre en egoísmo personalizado y abstracto, exigiendo de él que se mueva exclusivamente por el interés, por el imperativo del máximo provecho. Desde los fisiócratas hasta Guizot ("Enriqueceos") y hasta los teóricos burgueses actuales, se estima que no puede haber "economía" sin interés. Y ello es verdad sólo dentro del sistema capitalista, que exige inexorablemente ese interés para funcionar, eliminando otras cualidades humanas. Así, la racionalidad del sistema exige una determinada abstracción humana; y esta abstracción *real* es la base de la abstracción conceptual del *homo oeconomicus* con que el pensamiento burgués intenta categorizar e intemporalizar el sistema. La racionalidad del sistema exige una irracionalidad desde el punto de vista humano global.¹⁹

"El *homo oeconomicus* es el hombre como parte del sistema,

¹⁸ Una vez más, insisto en que no se puede confundir "economía" en sentido estricto, como producción *materia*l de la vida, y producción en sentido marxista como producción de la realidad y de sí mismo que es la esencia del hombre social. Esta última es una categoría ontológica aplicable universalmente al hombre, incluso cuando la "economía" en el sentido estricto se haya reducido a un mínimo y quede sometida a la voluntad consciente y normadora de la humanidad en su conjunto.

¹⁹ Esta abstracción e irracionalidad se manifiesta, quizá con más vigor que nunca, en el capitalismo "super-racionalizado" de nuestros días. El hombre concreto se ve reducido por un gigantesco Moloch de abstracciones a una *operatividad* tecnológica mucho más radical que la del capitalismo clásico. El *homo technologicus* representa un grado de abstracción aún más profundo que el *homo oeconomicus*, y la ideología tecnocrática y operativista moderna un intento aún más "reificador" de justificar el sistema que el economismo liberal-capitalista. Véase sobre estos temas, en particular sobre los efectos perversivos de la "racionalización" tecnológica en la esfera del pensamiento, el libro revelador de HERBERT MARCUSE *One-Dimensional Man. Studies in the Ideology of Advanced Industrial Society*, Beacon Press, Boston, 1964, especialmente pp. 123 a 170. Más adelante examinaremos brevemente la cuestión.

como elemento funcionante del sistema, y como tal, debe estar provisto de las características fundamentales que son indispensables para el funcionamiento del sistema" (Kosik, *ibid.*, p. 101). De este modo, una parte del hombre se separa del hombre y se superpone a él, como potencia autónoma: la exigencia del sistema deshumaniza, reifica al hombre. "La totalidad del movimiento social, desarrollado y engendrado por la actividad consciente y por la realización de los fines particulares de los individuos, se convierte en algo *independiente* de esos mismos individuos, cuando la relación social recíproca entre los individuos *se transforma en un poder autónomo que se superpone* a los individuos y que se representa como una fuerza natural, como el azar o algo por el estilo".²⁰

Por tanto, el *homo oeconomicus* no es, para el marxismo, una categoría intemporal del hombre, sino una ley tendencial del desarrollo de la economía en régimen de explotación y de división del trabajo. El hombre concreto no se reduce al *homo oeconomicus*; es la economía la que tiende a reducirle a tal.

"La reducción del hombre a una cierta abstracción —dice en otro lugar Kosik— no es obra originaria de la teoría (*por tanto, tampoco del marxismo. F. S.*), sino de la realidad histórica misma. La economía es un sistema de relaciones en que el hombre se transforma continuamente en hombre económico. Una vez que, con sus actos, entra en la esfera de las relaciones económicas, se ve arrasado —en forma totalmente independiente de su voluntad y de su conciencia— por ciertas relaciones y leyes en cuyo ámbito funciona como *homo oeconomicus*... La economía es un sistema (=estructura, *F. S.*) que tiende a transformar al hombre en *homo oeconomicus*".²¹

Es preciso, pues, distinguir claramente entre *objetivación* y *objetualización* del hombre. Ya hemos dicho que, sin la primera, el hombre, como sujeto objetivo que es, no comienza a existir, es una pura posibilidad abstracta. Pero, en el proceso de la objetivación, *en una fase determinada de ese proceso*, los productos sociales del hombre (relaciones, estructuras, sistemas) tratan de funcionar con total independencia respecto de él y amenazan con convertirle en un producto, en un objeto determinado a su servicio: con objetualizarle. Desde ese momento, el hombre deja de funcionar como ser humano y empieza a funcionar como cosa. De la objetivación a la objetualización hay, pues, la misma distancia que del ser social a

²⁰ MARX, *Grundrisse*, p. 111.

²¹ "La dialettica della morale e la morale della dialettica", en *Critica marxista*, Roma, mayo-junio de 1964, p. 119. Véase también *Didattica del concreto*, pp. 99 y ss.

la negación de ese ser. Pero, entiéndase bien, la objetualización actúa sólo como amenaza, como tendencia. En el plano de lo histórico-social, no de lo natural, la reducción total del hombre al estado de cosa no es posible: el hombre reificado por su producto sigue siendo de todos modos hombre, puesto que es capaz de trascender la situación concreta de reificación en el proceso mismo de su objetivación. Lo que quiere decir que no puede reducirse a las estructuras o sistemas de relaciones que le determinan tendencialmente, porque esas estructuras son, no categorías intemporales, ontológicas, sino fenómenos históricos y transitorios y, por tanto, superables.

"El desprecio romántico por el papel del sistema olvida que el problema del hombre, de su libertad y moralidad, consiste siempre en la relación entre hombre y sistema. El hombre existe siempre en el sistema y, como parte de éste, se halla expuesto al peligro de ser reducido a funciones y formas determinadas. Pero el hombre es también algo más que el sistema y, como hombre, no puede ser reducido a este o aquel sistema efectivo. La existencia del hombre concreto se sitúa en el espacio comprendido entre la imposibilidad de ser reducido a un sistema o la posibilidad histórica de la superación del sistema mismo y la integración efectiva o el funcionamiento práctico en el sistema de las circunstancias y de las relaciones históricas" (K. Kosik, en *Crítica Marxista*, pp. 119-120).

La filosofía dialéctica de la praxis parte, pues, de una doble comprensión: la de que las estructuras sociales que el hombre crea, ejercen sobre él una determinación que tiende a convertirle en producto, en objeto, a constituir por tanto, una especie de *física* social o *naturaleza* histórica; y la de que el hombre no se reduce en modo alguno a las estructuras en que vive sino que éstas son fenómenos históricos trascendibles por virtud misma de la praxis objetivante. Así, el movimiento histórico es al mismo tiempo producto de los hombres mismos y producto de aquellas fuerzas que, teniendo su origen en las relaciones entre los hombres, escapan al control de éstos. Dicho con palabras de Sartre, "el hombre, en periodo de explotación, es *a la vez* el producto de su producto y un agente histórico que en ningún caso puede pasar por un producto".²² Y todo el esfuerzo del marxismo, como teoría y como movimiento histórico, tiende precisamente a superar esta contradicción dialéctica, a conseguir que el hombre domine plenamente su historia, la haga transparente a las exigencias de su ser genérico autocreador, se objete sin objetualizarse.

²² *Critique de la Raison dialectique*, Gallimard, París, 1960, p. 61.

II

Materialismo como "humanismo realista"

A la luz de todas las consideraciones hasta aquí expuestas, insistimos en que es absurdo considerar al marxismo como un materialismo vulgar, naturalista o mecanicista. El marxismo no disuelve al hombre, ni teórica ni prácticamente, en una simple red de determinaciones que le vienen de las estructuras o sistemas de relaciones en que vive y se desarrolla. El hombre no es un simple "conductor" de fuerzas sociales *naturales*, sino un agente histórico que se distingue del mundo natural por su capacidad de crear la realidad y de crearse a sí mismo.

La errónea interpretación del marxismo —que, como decíamos al principio, no es siempre de mala fe— tiene en parte su origen en la misma calificación de "materialista" aplicada por sus fundadores, especialmente por Engels, a la concepción dialéctica de la historia. Y es que el término lleva en sí resonancias difícilmente eliminables del otro materialismo, mecanicista o naturalista (sensualismo francés del XVIII, darwinismo filosófico, materialismo de Haeckel, Büchner, Moleschott, positivismo a lo Taine o Spencer. . .), que reduce al hombre a sus determinaciones naturales como simple producto pasivo y explica el conocimiento como mero reflejo "material" de una realidad dada y ajena al hacer y al conocer mismos del sujeto.

¿Por qué, entonces, acepta Marx el término "materialismo" para calificar una concepción como la suya que, según hemos visto, está a mil leguas del materialismo? La explicación es de índole puramente histórica, diríamos incluso táctica. "Si Marx acepta el término desafortunado de 'materialismo', aunque no expresa en modo alguno su pensamiento, es para oponerse a la mixtificación espiritualista hegeliana".²³ Tiene, pues, en Marx un sentido esencialmente polémico.

Si se quiere ser fiel al pensamiento originario de Marx, hay que entender la acepción "materialismo" aplicada a su concepción dialéctica exclusivamente como *immanentismo*: el marxismo es un *realismo immanentista*, una filosofía dialéctica de la inmanencia. Para él, la existencia humana carece de toda trascendencia, religiosa o idealista. El hombre, incluso en el plano más alto de su espiritualidad, vive siempre contenidos exclusivamente terrestres, históricamente inmanentes, y todo trascendimiento del contenido o

²³ GEORGES GURVITCH, *Dialectique et sociologie*. Plon, París, 1962, p. 123. Véanse, en general, pp. 119 a 123.

de la situación concreta es un fenómeno puramente histórico. Las creaciones ideológicas o espirituales son siempre la "lengua de la vida", hablan siempre del hombre en el proceso de producirse y de producir la realidad.

De ahí que Korsch atribuya casi todos los errores que hasta hoy se han cometido en relación con la esencia de la concepción dialéctico-materialista de la historia a "una aplicación aún insuficiente del principio de la *inmanencia (Diesseitigkeit)*". "Todo el 'materialismo' de Marx, por emplear la fórmula más condensada, consiste precisamente en la aplicación, hasta en sus últimas consecuencias, de ese principio a la existencia socio-histórica del hombre. Y si el término 'materialismo', por otra parte excesivamente equívoco, merece aun designar la concepción marxista, es únicamente porque expresa en la forma más clara ese carácter *absolutamente inmanentista* del pensamiento de Marx".²⁴

Ni siquiera en el más conocido de sus textos "materialistas", el Prefacio a la *Crítica de la economía política*, donde se afirma que "la anatomía de la sociedad debe buscarse en la economía" y que las "superestructuras ideológicas" son determinaciones directas de la base material de la sociedad, propone Marx una gnoseología y una explicación puramente materialistas, sino que, como dice Gurvitch, "caracteriza simplemente a un tipo particular de sociedad, el del capitalismo".

Parece, pues, evidente que la mejor caracterización de la concepción de Marx no es la dicotomía "materialismo dialéctico" y "materialismo histórico" que le dieron Engels y los epígonos, pero que Marx no utilizó jamás, sino otras expresiones como la de "filosofía de la praxis" que Gramsci utiliza corrientemente o la de "dialéctica del humanismo realista" que propone Gurvitch. Marx mismo utiliza en sus escritos filosóficos, para caracterizar el "nuevo materialismo" que él propone, la expresión "humanismo positivo" (*Manuscritos de 1844*) o, aun más frecuentemente, la de "humanismo realista" (*reale Humanismus*).²⁵ En este humanismo realista

²⁴ *Marxisme et philosophie*, p. 161.

²⁵ "Si examinamos sin prevenciones el materialismo histórico tal como resulta de los textos de Marx y Engels, debemos reconocer que no se trata de un *materialismo*, sino de un verdadero humanismo, que pone en el centro de toda consideración y discusión el concepto del hombre. Es un humanismo realista (*reale Humanismus*), como lo llamaron sus propios creadores, que aspira a considerar al hombre en su realidad efectiva y concreta..." El marxismo "afirma una filosofía activista, voluntarista, dinámica, la filosofía de la praxis, que es exactamente lo más opuesto que pueda darse al materialismo, pasivo, mecanicista, estático" (RODOLFO MONDOLFO, *El humanismo en Marx*, Fondo de Cultura Económica, México, 1964). Aunque

ta, objetivismo y subjetivismo, materialismo y espiritualismo "pierden su oposición" al subsumirse en la "práctica social" (Marx), que es el fundamento de la dialéctica como movimiento del ser social y como pensamiento.

¿Ciencia positiva o filosofía?

PERO, si la concepción de Marx no es un simple materialismo, ¿es por lo menos una "ciencia positiva" de la sociedad? ¿O vale caracterizarla como una filosofía, la filosofía de la praxis o del humanismo realista? ¿Qué significa la "superación de la filosofía" de que hablaron Marx y Engels en sus primeros escritos filosóficos y este último al final de su vida? ¿"Superar la filosofía" equivale a rechazarla como modo de pensamiento puramente "ideológico", como "especulación" ociosa y mixtificante? A quien piensa tal cosa, Marx responde ya tajantemente: "No se puede superar la filosofía sin realizarla". En apoyo de la supuesta "eliminación" o "liquidación de la filosofía" por Marx y Engels suele mencionarse la famosa XI Tesis sobre Feuerbach: "Los filósofos no han hecho más que interpretar el mundo de diversas maneras, pero lo que importa es transformarlo". Ahora bien, esta afirmación de Marx no equivale a declarar que la filosofía sea una pura quimera, sino que, como dice Korsch, "expresa únicamente el rechazo categórico de toda teoría, filosófica o científica, que no sea *al mismo tiempo* praxis, y praxis real, terrestre, de aquí abajo, praxis humanamente sensible y no actividad especulativa de la Idea filosófica que, en fin de cuentas, no aprehende nada más que a sí misma" (*Ibid.*, p. 130). Marx supera el punto de vista conceptual de la filosofía clásica alemana y especialmente de Hegel: la filosofía, para él, no tiene una inmanencia propia, no es una actividad especulativa autónoma en que el filósofo desarrolla sistemáticamente sus ideas a partir de sí mismas, sino que se halla profundamente unida a la actividad práctica del hombre social de la que es expresión y elemento constitutivo al mismo tiempo. Ahora bien, esta superación o trascendimiento de la filosofía clásica es de índole profundamente filosófica, no positivista: basta para comprobarlo observar lo poco que el marxismo se diferencia de las filosofías precedentes "si se considera su naturaleza teórica" (Korsch).

Por lo demás, el concepto de la "eliminación de la filosofía a través de su realización" es, en la versión corriente entre los

Mondolfo intenta dar una versión "humanista-moralista" del marxismo, a la manera de Fromm, en este punto es perfectamente fiel al pensamiento original de Marx.

mismos marxistas, una "ficción escatológica" (Kosik) que se origina en una confusión fundamental en cuanto a la realidad y la función efectivas de la filosofía, y de las demás formaciones espirituales, en el movimiento dialéctico de la historia. Concebida como mero "reflejo" alienado de la realidad social, es natural que la filosofía aparezca como una "no realidad", o "seudorrealidad", como un fantasma que se disuelve en la nada que es en cuanto se ponen al descubierto los mecanismos puramente sociales de la alienación. Ahora bien, esta concepción de la llamada "superestructura ideológica" como mero reflejo pasivo y alienado no tiene, como ya hemos visto, gran cosa que ver con el marxismo. "Marx y Engels no pensaron nunca en caracterizar la conciencia social y la vida espiritual como pura ideología. La ideología es sólo la conciencia falsa", dice Korsch. Las representaciones espirituales pueden ser "ideologizadas", pero ello mismo quiere decir que no son siempre, por su esencia, necesariamente "ideológicas", falsa conciencia. Por el contrario, las representaciones espirituales tienen una realidad efectiva: la realidad que les viene del hecho de ser, como las categorías económicas, las fuerzas de producción o la técnica, parte del todo que es la sociedad o emanación de la praxis del ser social. Y la caracterización de las formaciones espirituales como falsa conciencia se funda precisamente en la incapacidad de pensar dialécticamente el todo de la sociedad, como lugar de la unificación del pensamiento y del ser, es decir, en el punto de vista naturalista y no dialéctico que, como dice Engels, toma la conciencia, el pensamiento, "como algo dado tajantemente opuesto al ser, a la naturaleza". Partiendo de este punto de vista dualista, es lógico que se defina la conciencia de la manera más abstracta, como reflejo de los procesos materiales, y que se presente toda la estructura ideológica de la realidad como simple realidad aparential (*Scheinwirklichkeit*) que sólo existiría, dice Korsch, "en los cerebros de los ideólogos como error, imaginación, ilusión, totalmente carente de un objeto real". El pensamiento *reduccionista* y dualista nos ofrece así, por un lado, una objetividad prepotente, *fiscalizada*, ajena por tanto al hacer y al conocer del sujeto social (los procesos económicos), y, por el otro, una subjetividad accesoria, inesencial, que unas veces "refleja" y otras "deforma" los procesos verdaderamente sustantivos (en lo que hay una contradicción, pues no se comprende cómo un simple reflejo de la realidad puede deformar la realidad, cómo la realidad económica, que sería la *causa agendi* de las formaciones ideológicas, puede permitir que éstas la traicionen, la mixtifiquen y oculten).

Pero, desde el punto de vista de Marx, caracterizar como pura especulación "ideológica" o simple "reflejo" alienado y alienante a la filosofía en general es absurdo. En efecto, si las formaciones espirituales se redujeran a eso, no se concibe en virtud de qué privilegio habría de quedar libre de esa caracterización el propio marxismo, en cuanto crítica filosófica de la filosofía y expresión del movimiento histórico *real*. Porque la realidad *real* de la elaboración teórica y filosófica marxista respecto del movimiento histórico general en que ha surgido sólo puede basarse en la realidad no derivada ni subordinada de la teoría o la filosofía en general. El individuo Marx que elabora la filosofía del proletariado no es un semidiós que contempla el desarrollo histórico desde fuera de la historia: es una mente filosófica y científica que construye su teoría a partir y dentro del proceso histórico mismo y de la elaboración teórica anterior a él. Si el proceso de constitución del proletariado es un proceso de reificación, ¿en virtud de qué el marxismo, como "reflejo" de ese proceso, no sería también un proceso reificado y reificante, por tanto, "ideológico"? Si no lo es, ello se debe justamente a que no es un simple reflejo. "La traducción —dice Korsch— de las representaciones 'naturales' del proletariado y su poderosa sistematización son algo completamente distinto de un reflejo puramente pasivo del movimiento histórico del proletariado. Por el contrario, son una parte constitutiva e insustituible de ese mismo proceso histórico" (*Ibid.*, p. 165). Afirmación que, para ser lógica consigo misma, ha de generalizarse a las formaciones conceptuales en general, a las filosofías.

"Falsa conciencia en un sentido absoluto —dice Karel Kosik— puede serlo una determinada filosofía histórica, la cual de todos modos, desde el punto de vista propio de la filosofía, de la filosofía en el sentido auténtico de la palabra, *no es* una filosofía, sino sólo una sistematización o una interpretación doctrinaria de los prejuicios y de las opiniones del tiempo, es decir, un ideologismo".²⁶ Pero ninguna de las grandes filosofías que se han sucedido en la historia de la humanidad puede reducirse a puro ideologismo, como no lo pueden ser tampoco las grandes obras literarias y artísticas.²⁷ El hecho de ser productos del hombre alienado, elemento constitutivo de sociedades de clase y de explotación, no las condena a la inesencialidad. Precisamente porque la humanidad se ha expresado y construido hasta ahora a través de contenidos de clase o aliena-

²⁶ *Dialectica del concreto*, p. 188.

²⁷ Sobre la autonomía del contenido histórico-fundamental de las formaciones artísticas, véase en este volumen el ensayo "Literatura, conciencia histórica, conciencia utópica".

dos: el hombre en general se ha hecho en cada etapa histórica, con sus conquistas y sus limitaciones, portada y representada por una determinada clase.

Siendo pues, cada filosofía un momento histórico del conocimiento humano real y una parte del todo que es cada sociedad, la crítica general de la sociedad de clase que es el marxismo tiene que ser crítica de la filosofía y, por tanto, filosofía —filosofía revolucionaria como momento reflexivo del proceso revolucionario general. Marx dice que los misterios que “extravían la teoría en el misticismo” encuentran su solución racional no en la praxis humana sola, sino en “la praxis y la comprensión de esa praxis”.²⁸ Pues bien, la comprensión de esa praxis —autorrealización del sujeto objetivo— es la esencia misma de la filosofía como “dialéctica del humanismo realista” y punto de vista de la totalidad concreta.

La concepción del marxismo como “liquidación de la filosofía” termina por eliminar de aquél el principio vivo de la dialéctica y por reducirlo a una “ciencia positiva” de la sociedad capitalista, a una economía y una sociología positivistas, es decir, como observamos al principio, a un naturalismo *cientista*, a filosófico, que cree aprehender la esencia de los hechos sociales a partir de los mismos supuestos conceptuales y los mismos métodos de investigación de las ciencias analíticas de la naturaleza. Así, se elimina del marxismo todo lo que es teoría filosófica (que suele considerarse como “pecado de juventud” de Marx), para quedarse exclusivamente con lo que se considera “obra científica” de Marx. Y en esto coinciden los sostenedores del “marxismo vulgar” (como Kautsky, Hilferding y tantos teóricos comunistas) con ciertos pensadores liberales que se interesan por el marxismo.²⁹

Ahora bien, tratar de sustituir la concepción filosófica y totalizadora del marxismo por un sistema de ciencias positivas abstractas y no dialécticas es eliminar la originalidad radical del método con que Marx estudia los fenómenos histórico-sociales y recaer en un positivismo epistemológico que, sobre todo en su forma

²⁸ Comprensión que es, naturalmente, un momento de la praxis misma: el momento reflexivo o, como dice Sartre, “retotalizador”.

²⁹ Un caso notorio es el de Schumpeter, que a través de todas sus obras distingue radicalmente el Marx economista, positivamente apreciado, del Marx filosófico, al que desecha como “metafísico”. “Si, de hecho, Marx hubiese tomado prestados elementos materiales de pensamiento o incluso sólo el método de las especulaciones metafísicas, no sería más que un ladrón-zuelo indigno de ser tomado seriamente en consideración. Pero Marx no hizo tal cosa. . . En su taller Marx no puso en marcha un principio superior metafísico, sino sólo la observación y el análisis —verdadero o falso— de los hechos” (*Dogmengesichte*) (Citado por KOSIK).

de empirismo puro, está lejos de la metodología y del hacer auténticos de la ciencia. "En semejante interpretación se distingue radicalmente la ciencia de la filosofía porque se funda a aquélla en la imagen del modelo empírico, entendido como la observación de los hechos y como su análisis desprovisto de toda premisa, lo cual es sin embargo, un mero prejuicio que todos los días refuta regularmente la praxis misma de la ciencia" (K. Kosik, *ibid.*, p. 182).³⁰

La ruptura de Marx con la filosofía de Hegel y, aún más, con las filosofías prehegelianas no constituye una ruptura con la filosofía

³⁰ Una opinión análoga a la de Schumpeter, aunque distinta en otros sentidos, respecto del marxismo como "filosofía" nos la ofrece el agudo ensayista que es el profesor Tierno Galván cuando afirma: "En la medida en que el marxismo se convierta en una filosofía, es decir, en una explicación concluyente de la realidad, se traiciona a sí mismo. La realidad se conoce por la acción y el proceso de la acción, que es proceso de la especie, no concluye. Ni siquiera es necesario que se convierta en una metafísica; basta que se tome como tema de reflexión sin conectarlo con la dinámica política que necesariamente exige, para que no se pueda hablar de marxismo. En esto se diferencia un marxista de un filósofo marxista. El marxista quiere transformar el mundo; el filósofo marxista quiere reflexionar o conversar sobre el marxismo" (*Cuadernos de Ruedo Ibérico*, nº 1, París, junio-julio de 1965). Tierno Galván parece confundir la reflexión filosófica del marxismo, necesariamente abstracta y no abocada directamente a las urgencias de la práctica, "políticas", con el sistema especulativo cerrado, "concluyente", es decir, con la "metafísica" en el sentido tradicional y académico del término. Simplemente, de este modo el marxismo no pasa de ser un positivismo más. La negación de la filosofía como reflexión específica, no positivista, se relaciona íntimamente en Tierno Galván con su negación radical y constante del humanismo, al que concibe como simple manifestación del pensamiento "estético". No puede negarse valor a la crítica de la filosofía y del humanismo, pero sólo, como hizo Marx, en cuanto especulación metafísica e idealismo moralista. En cambio, Tierno, para quien "*dialéctica* es una idea política y *mecánica* una idea científica" (es decir, que para él el único conocimiento científico, auténtico, es el de las ciencias de la naturaleza), rechaza la filosofía y el humanismo en general en nombre de una concepción materialista y positivista que se expresa en afirmaciones como éstas: "El control científico de las relaciones humanas desde el propio ser humano llevará a la felicidad. De esto tiene el científico actual plena conciencia y a la larga en la bioquímica y en la física descansan nuestras esperanzas. La única manera de entender por completo la realidad es controlarla. . . El mundo sólo será feliz cuando la diferencia entre animal y hombre sea una diferencia de laboratorio". Entonces, "la libertad será posible porque no habrá razón para echarla de menos" (*Boletín del Seminario de Derecho Político*, Salamanca, nº 32, octubre de 1964, p. 60). Esta manera de pensar se emparenta estrechamente, por un lado, con el optimismo *cientista* de la filosofía de las luces o del progreso y, por otro, con la tendencia radicalmente funcionalista y operativista del positivismo moderno, expresión de la tecnologización progresiva del pensamiento y de la existencia social en Occidente.

en general y el paso gradual a una supuesta "ciencia pura de la sociedad burguesa" cuyo exponente esencial sería *El capital* (libro que, ya lo hemos dicho, sería incomprendible sin la profunda elaboración filosófica tanto del Marx joven como del Marx maduro, el de los *Grundrisse*, por ejemplo). Por lo que hemos visto hasta aquí, la concepción original de Marx se opone aún más a esta disgregación empírico-positivista del punto de vista de la totalidad social que a la filosofía hegeliana misma, de la que toma conceptos teóricos fundamentales que se mantienen vivos a través de toda su obra: totalidad concreta, dialéctica sujeto-objeto, unidad dialéctica —no identidad materialista— entre ser y pensar, etcétera.

La categoría de la totalidad concreta

EL punto de vista epistemológico de las ciencias de la naturaleza —separación radical del sujeto y del objeto, intemporalidad de los objetos del análisis, no contradictoriedad constitutiva de la realidad...—, que desde Galileo ha hecho progresar tanto a la ciencia como conocimiento del mundo natural, se diferencia plenamente de la comprensión dialéctica, única que, según el marxismo y demás filosofías dialécticas, puede penetrar en la esencia del mundo humano-social. Pues bien, la piedra angular de esa comprensión dialéctica es la categoría de la totalidad concreta, que Marx define en la *Crítica de la Economía política* cuando dice: "Las relaciones de producción de toda sociedad forman un todo"; o, aun con mayor precisión, poniendo de relieve el carácter genético-dinámico de la relación todo-partes, en los *Grundrisse*: "En un sistema burgués desarrollado toda relación económica presupone otras relaciones en la formación económica burguesa; por tanto, todo hecho es al mismo tiempo un presupuesto. Así ocurre en realidad en todo sistema orgánico. Este mismo sistema orgánico como totalidad tiene sus presupuestos, y su desarrollo en el sentido de la totalidad consiste precisamente en someterse a sí mismo todos los elementos de la sociedad o en crearse los órganos que aún le faltan. El sistema se convierte en totalidad histórica. El desarrollo hacia tal totalidad en un momento de su proceso, de su desarrollo" (p. 189).

Así pues, la categoría de la totalidad es para el pensamiento de Marx la categoría fundamental de la realidad histórico-social y, por tanto, del pensamiento aplicado a esa realidad. El todo orgánico que constituye la base de la realidad no es ni la simple suma de las partes (positivismo), ni un principio superior yuxtapuesto a la realidad autónoma de las partes (idealismo), sino precisamente la relación de las partes entre sí en cuanto que esa relación crea una

realidad nueva que no es su simple suma. La autonomía empírica de los hechos sociales, de que el positivismo parte, es en realidad una ilusión *cientista* que cree captar la esencia de lo humano-social cuando sólo capta su apariencia. Los hechos sociales *puros* (los que nos proporcionan la estadística, el análisis económico, la sociología empírica...) sólo encuentran su verdadera realidad en la medida en que el pensamiento es capaz de poner de relieve el todo orgánico *real* de que forman parte e integrarlas conceptualmente en el mismo. Como dice Lukacs, el empirismo "no ve que la más simple enumeración de 'hechos', la yuxtaposición más desprovista de comentario, es ya una 'interpretación', no ve que ya a ese nivel los hechos son captados a partir de una teoría, de un método, que se los abstrae del contexto de la vida en que se encontraban originariamente y se los introduce en el contexto de una teoría".³¹ Al realizar esta labor de integración o síntesis, el pensamiento no hace más que reconstruir en su forma propia la contextura orgánica misma de la realidad, que no se muestra de golpe a la intuición sensible primaria sino que requiere un esfuerzo intelectual de articulación y totalización.

"Lo concreto es concreto —dice Marx en la *Crítica de la economía política*— porque es la síntesis de varias determinaciones, por tanto, unidad de lo múltiple". Sólo en la medida en que la multiplicidad fáctica de la vida social se integra sintéticamente en una totalidad, puede decirse que el conocimiento de los hechos es conocimiento de la realidad, es decir, verdadero conocimiento, *ciencia*, puesto que la realidad *concreta* es "síntesis de varias determinaciones". Pero el materialismo vulgar —empirista o positivista— se limita a reproducir los hechos más sencillos e inmediatos de la vida social, considerando que esa es la tarea del conocimiento, y "cree ser particularmente 'exacto' aceptando esos hechos sin ningún análisis de fondo, sin unirlos a la totalidad concreta, abandonándolos a su aislamiento abstracto e intentando explicarlos mediante leyes científicas abstractas no relacionadas con una totalidad concreta".³²

³¹ *Histoire et conscience de classe*, p. 22.

³² LUKACS, *ibid.*, p. 27. Y Marx afirma justamente: "La tosquedad y el vacío conceptual residen precisamente en el hecho de unir en forma contingente lo que está unido en forma orgánica y en convertir esa relación en una relación puramente reflexiva", es decir, de reciprocidad *física*, no dialéctica. Naturalmente, el método estructuralista y totalizador no es privativo del pensamiento dialéctico y del marxismo. Existen estructuralismos no dialécticos, como en Mannheim, Bertalanffy, Levy-Strauss, etc. (aunque en este último pensador la definición es más compleja). En España, una concepción estructuralista del conocimiento en las ciencias sociales es, por ejemplo, la de

Y esto es precisamente lo que intenta el marxismo vulgar, con su pretensión de reducir la comprensión dialéctico-materialista de la realidad social a una "ciencia científica" de los fenómenos sociales aislados, abstrayéndola del punto de vista dialéctico de la totalidad o convirtiendo a ésta en una idea abstracta que se yuxtaponen *a posteriori* al análisis fáctico. De este modo, eliminando "el predominio metodológico de la totalidad sobre los momentos particulares", en el que "las partes encuentran en el conjunto su concepto y su verdad" (Lukacs), la teoría recae en el punto de vista burgués que, al modo de las ciencias de la naturaleza, considera los fenómenos sociales como categorías intemporales, ajenas al sujeto social y, por tanto, destinadas a perdurar. Pero, justamente en negar la validez de ese punto de vista, en lo que atañe al proceso histórico global, consiste el marxismo como filosofía revolucionaria, que disuelve todos los fenómenos y categorías sociales en la historicidad fundamental de la praxis. En cambio, como dice Lukacs, para la burguesía, como en general para todo grupo o clase explotadora, "es una cuestión vital, por un lado, concebir su propio orden de producción como constituido por categorías válidas de manera intemporal y destinadas a existir eternamente gracias a las leyes eternas de la naturaleza y de la razón, y, por otro, considerar las contradicciones que se imponen inevitablemente al pensamiento, no como fenómenos pertenecientes a la esencia misma de ese orden de producción, sino como simples hechos de superficie". (*Ibid.*, p. 29).

JOSÉ ANTONIO MARAVALL en su libro *Teoría del saber histórico* (Revista de Occidente, Madrid, 1959), uno de los escasísimos estudios serios que en nuestro país se han publicado sobre la metodología de las ciencias históricas, aunque, por desgracia e inexplicablemente, apenas se refiera a la epistemología dialéctico-materialista. "El análisis epistemológico —escribe Maravall— nos permite asegurar que el saber es respuesta a una pregunta que formulamos dirigida a un objeto observado y al que preparamos de antemano para que nos pueda responder. . . . Es más, sin teoría no hay propiamente hechos. Sin una teoría previa que los recoja y los encaje en un conjunto interpretativo, aquéllos pasan inadvertidos y, todavía más, son hasta negados, aunque tengan una presencia sensible" (pp. 106-108). Obsérvese la analogía de esta tesis con las de Lukacs, Marcuse o Kosik y, por tanto, su oposición frente a la concepción operativista del conocimiento y la filosofía analítica del lenguaje que examinamos a continuación. La diferencia esencial, entre el estructuralismo marxista y los demás estructuralismos no dialécticos radica en que aquél afirma la categoría de la totalidad *concreta*: la totalidad o estructura es una categoría, no sólo del conocimiento, sino fundamental y primariamente de la realidad misma. La estructura no es un complejo estático de relaciones, sino un todo genético-dinámico que se crea y se desarrolla continuamente en su relación con las partes. Y, sobre todo, tras la estructura están siempre, como agentes de su génesis y desarrollo, los hombres en su hacer histórico concreto. Sobre este punto véase KOSIK, *ibid.*, pp. 43 a 69.

Esta tendencia del pensamiento no dialéctico a reducir la posibilidad del conocimiento a la pura facticidad de los "hechos" autónomos, al plano disgregado y no orgánico de la experiencia común o "científica", ha llegado a nuestros días a un máximo de radicalidad con el positivismo moderno, especialmente con la filosofía analítica del lenguaje de Wittgenstein, Ryle, etc., que pretende eliminar del análisis de la realidad todo concepto filosófico o precientífico, no operativo ni cuantificable, entre ellos, naturalmente, el de totalidad. No es éste el momento de examinar la cuestión y de hacer la crítica a fondo de la "ontología" objetual implícita y de la epistemología parálitica del neopositivismo. En Lukacs, en Kosik y, sobre todo, en el último libro, ya citado, de Herbert Marcuse, puede verse un análisis radical de la mixtificación neopositivista y empirista. Nos vamos a limitar aquí a unas breves observaciones en lo que afecta al problema de la totalidad. El neopositivismo en sus varias manifestaciones (behaviorismo, operativismo, funcionalismo, análisis del lenguaje, etc.) parte siempre en una u otra forma del siguiente presupuesto epistemológico:

"Adoptar el punto de vista operativo supone mucho más que una simple restricción del sentido en que entendemos el 'concepto', significa un cambio fundamental en todos nuestros hábitos de pensamiento, en el sentido de que ya no nos permitiremos utilizar como instrumentos de nuestro pensar conceptos de los que no podamos dar cuenta adecuada *en términos de operaciones*".³³

Ello quiere decir que, en la esfera de las ciencias del hombre, queda eliminado todo concepto o intuición que no sea matematizable o cuantificable, objeto de estadísticas, mediciones o cálculos, como ocurre con los conceptos cualitativos y negativos del pensamiento dialéctico. El pensamiento de la cualidad que es el pensar dialéctico queda eliminado como *no científico*, en favor del pensamiento de la cantidad, que se pretende omnicompreensivo. Es decir, según la gráfica expresión de Tierno Galván, "*dialéctica* es una idea política, *mecánica* una idea científica". En consecuencia para la filosofía neopositivista (quíeralo o no, es una filosofía, y a veces sumamente abstrusa y especulativa), todo lo que, en ciencias humanas, no sea lógica formal, operación cuantificable o descripción empírica, es... metafísica, elucubración vana y académica.

Pero la "racionalidad" que propugna el neopositivismo es en verdad irracionalidad y mixtificación en cuanto se aplica a descubrir y comprender la realidad de la existencia histórico social del hombre. Al combatir la abstracción de la elucubración filosófica

³³ P. W. BRIDGMAN, *The Logic of Modern Physics*, Nueva York, Macmillan, 1928, p. 31.

académica y tradicional, el neopositivismo desemboca en una nueva y no menos peligrosa abstracción, correlato e instrumento de un mundo opresivo y disgregador en que esa abstracción se da históricamente en la existencia misma de los hombres. "Lo malo es —dice Herbert Marcuse— que las estadísticas, las mediciones y los estudios de campo de la sociología y de la ciencia política empíricas no son bastante racionales. Por el contrario, se vuelven mixtificadores en la medida en que quedan aislados del contexto auténticamente concreto que crea los hechos y determina su función. Ese contexto es más amplio y distinto del de las fábricas y comercios investigados, del de las ciudades y pueblos estudiados, del de las áreas y grupos cuya opinión pública se registra o cuyo índice de vida se calcula. Y es asimismo más real en el sentido de que crea y determina los hechos investigados, registrados o calculados. Ese contexto real en el que los temas particulares adquieren su significación real sólo es definible en el marco de una *teoría* de la sociedad. En efecto, los factores o agentes de los hechos no son datos inmediatos de observación, medición o interrogación, sino que sólo llegan a ser datos en un análisis que sea capaz de poner de manifiesto la estructura que integra entre sí a las partes y a los procesos de la sociedad y que determina su interrelación".³⁴

El neopositivismo elimina la categoría de la totalidad, disgregando la realidad entera en su facticidad empírica, porque prescinde radicalmente del agente de la totalización: el hombre histórico concreto, la sociedad humana como contexto de toda actividad y todo conocimiento. De ahí que la realidad que nos ofrece el análisis neopositivista sea una realidad pseudoconcreta, aparental, mixtificadora. El neopositivismo no comprende que la facticidad de los hechos sociales es una facticidad *histórica*, es decir, basada en el hacer histórico de los hombres, y que sólo de ahí les viene su carácter concreto. Esta es, en cambio, la intuición esencial del pensamiento dialéctico, para el que tras la cortina de la experiencia empírica inmediata se hallan, según la expresión de Hegel, los hombres mismos: "nosotros mismos no como sujetos del sentido común, a la manera del análisis lingüístico, ni como sujetos 'purificados' de mediciones científicas, sino como sujetos y objetos de la lucha histórica del hombre con la naturaleza y con la sociedad". Y "los hechos son lo que son como fenómenos de esa lucha" (H. Marcuse, *ibid.*, p. 185).

Como pone claramente de relieve Marcuse, el modo de pensar operativista del positivismo moderno responde a fenómenos históricos muy concretos: la absorbente tecnologización y funcionaliza-

³⁴ *One-Dimensional Man*, p. 190.

ción de la sociedad neocapitalista (Marcuse cree que el mismo fenómeno se está produciendo también en la sociedad soviética), cuyo carácter represivo y totalitario exige la eliminación de todo concepto negativo, cualitativo, universal e históricamente trascendente. El principio de conservación y el fetichismo de la realidad establecida necesitan la validación "ontológica" de esa realidad como lo empíricamente dado e históricamente sustancial e intrascendible. La filosofía positivista moderna "conceptualiza la conducta vigente en la actual organización tecnológica de la realidad, pero al mismo tiempo acepta los veredictos de esa organización". Con lo que "el derrocamiento de una vieja ideología se convierte en parte de una nueva ideología" (Marcuse, *ibid.*, p. 188). De este modo, el pensamiento burgués, que en otro tiempo fue capaz de producir la gran filosofía dialéctica de un Hegel o las concepciones de la totalidad de un Schelling, se refugia hoy en un pensamiento de la empiria, de la disgregación de la realidad concreta, que, en su radical mixtificación, ejerce una poderosa función conservadora y represiva en el mundo del pensamiento y de la existencia contemporáneos. (Piénsese, especialmente, en el aspecto político de esa manera de pensar: la ideología tecnocrática dominante en los sectores conservadores de nuestras sociedades capitalistas).³⁵

Contra este modo de pensar tecnológico-positivista, el marxismo sólo puede reaccionar válida y eficazmente si le opone lo que constituye su principio epistemológico-ontológico esencial: la con-

³⁵ En España, donde hasta ahora las fuerzas conservadoras solían apoyarse en las ideologías metafísico-religiosas tradicionales, empieza a penetrar con fuerza esta nueva ideología, más moderna y "racional", de la conservación. Es de ver la fruición y el entusiasmo un poco provinciano con que nuestros conservadores de nuevo cuño acogen los conceptos y la terminología del pensamiento operativista y tecnocrático. "Cuantificación", "estudios de campo", "vectores de la realidad", "investigación estadística", "muestreo", "enfoque operativo", "comportamiento funcional", etc., etc.: he aquí, para nuestros flamantes neopositivistas y tecnócratas, la última palabra de las ciencias humanas. Lo demás, incluido el pensamiento dialéctico y, en particular, el marxismo, es "ideología", metafísica. En estos últimos años buen número de nuestros conservadores han descubierto dos cosas importantes: que el Mercado Común puede proteger mejor el capitalismo español contra la "subversión" que la autarquía nacionalista; y que la ideología positivo-operativista moderna es para el orden establecido más segura garantía que el viejo folklore religioso-nacionalista, cada vez menos *operativo* por anticuado. Reconozcamos que, de todos modos, ello supone un progreso no desdeñable (en particular, porque a la larga acabará con la teologización y clericalización de la sociedad y con los modos metafísico-sustancialistas de pensar las relaciones humanas); pero a condición de que el pensamiento progresista e historicista sepa poner al descubierto la nueva mixtificación ideológica.

cepción dialéctica de la totalidad concreta y de la praxis como esfera de realización del sujeto objetivo. De otro modo, el marxismo queda reducido a un positivismo economicista, que puede ofrecer en la investigación de los fenómenos sociales mayores ventajas que los demás positivismos pero que, situándose en el mismo nivel de comprensión que ellos, no puede pretender superarlos en el plano esencial en que precisamente fallan: la comprensión de la realidad como un todo estructurado y del hombre histórico como portador de los fenómenos sociales.

De todos modos, seamos justos y reconozcamos que la crítica positivista moderna de la filosofía y del marxismo ha tenido y tiene un valor considerable como obra destructiva y desmitificadora del idealismo y la escolástica en que una y otro han caído a menudo. No se puede negar la eficacia de la crítica de un Carnap, de un Neurath y de la escuela de Viena en general, de un Wittgenstein y de la escuela analítica del lenguaje, contra los modos metafísicos e idealistas de pensar. En lo que al marxismo se refiere, la crítica neopositivista de la concepción de la totalidad es saludable y eficaz en la medida en que esa concepción se convierte en una escolástica idealista que, sobrevolando la realidad empírica, hipostatiza la totalidad respecto de las partes, es decir, la convierte en una especie de principio metafísico que "se inserta" desde arriba y apriorísticamente en los hechos sociales, siendo así que, para la concepción dialéctica de la totalidad, el todo se crea y desarrolla en la interacción de las partes, de los hechos sociales, y éstos adquieren su consistencia verdadera, concreta, en la relación entre sí y con la totalidad. La posición de privilegio del todo respecto de las partes, su autonomía ontológica y epistemológica, conduce al principio abstracto de la totalidad *falsa* o *vacía*, es decir, a un idealismo más que, como dice Kosik, "olvida la riqueza de lo real, su contradictoriedad y multiplicidad de significados, para incluir solamente los hechos que se hallan de acuerdo con el principio abstracto", considerando a los que la contradicen "como *residuo* irracional e incomprendible" (*Ibid.*, p. 62). La metafísica de la totalidad vacía elimina el conocimiento directo y analítico de los hechos sociales, de la realidad en su forma de momentos aislados, porque suprime la relación dialéctica, interconstitutiva, entre el todo y las partes: aquél se convierte en una realidad superior y autónoma, una especie de *natura naturans* spinoziana que no se crea, desarrolla y cambia con los hechos sociales sino que, como una esencia increada, de "survol", crea los hechos, *natura naturata*, como simples manifestaciones fenoménicas de sí misma. Lo cual equivale, realmente, a descartar o deformar los hechos auténticos en su integridad empírica

en la medida en que no obedecen al principio metafísico gobernante. La totalidad vacía se alimenta de sí misma y, románticamente, desprecia el conocimiento analítico de la realidad empírica. Esta mitologizaciónseudomarxista de la totalidad, para la que todos los gatos son pardos, apenas se diferencia prácticamente del organicismo romántico que Hegel critica en la introducción a la *Fenomenología del Espíritu*: la totalidad del pensamiento romántico y la delseudomarxismo "spinoziano" son totalidades vacías porque eliminan las determinaciones empíricas y, por tanto, la relación dialéctica de lo particular a lo general, el desarrollo genético-dinámico del todo a partir de las partes.

En esta escolástica de la totalidad ha caído, a veces, el marxismo, lo que le ha valido la severa crítica del positivismo moderno o, aún más justificadamente, la de Sartre. Pero es sobre todo bajo el stalinismo cuando esa escolástica llega a gangrenar completamente el pensamiento marxista (en su sector comunista), convirtiéndolo en un *catecismo de totalidades* abstractas y anticientíficas que, en vez de derivarse de un análisis empírico de los hechos, son a menudo simple emanación justificatoria de las decisiones del Comité Central o, más concretamente, de su Secretario General. La burocracia stalinista hace pasar sus deseos y sus necesidades por *ciencia objetiva* de la realidad histórica. De ahí el desprecio por los resultados empíricos de las ciencias positivistas (sociología, economía, antropología, teoría del lenguaje, cibernética...), calificadas de "burgueses" y, por tanto, de "anticientíficos". De este modo, la teoría marxista, que durante tanto tiempo había estado en la vanguardia del conocimiento de la realidad contemporánea, experimentaba en ese conocimiento un grave retraso respecto de las ciencias "burguesas", se convertía en un Saber abstracto y vacío que creía conocer la realidad antes de analizarla en su consistencia empírica: un verdadero conocimiento *revelado*.

No hay más que ver el uso que el pensamiento comunista ha hecho, y aún sigue haciendo a veces en sus zonas más dogmáticas, de estructuras o totalidades como el "capitalismo" o el "imperialismo". Marx y Lenin elaboraron esas estructuras *después* de analizar concreta y científicamente los hechos de la sociedad en que vivieron y *a partir* de ellos. Los hechos han cambiado, la sociedad se ha transformado, el mundo entero no es el mismo; capitalismo e imperialismo siguen existiendo, pero han adoptado nuevas formas. Sin embargo, la estructura "capitalismo" o la estructura "imperialismo" continuaban idénticas a sí mismas, autocreándose en el cielo de las Ideas platónicas, indiferentes a los hechos que las contradecían, vueltas de espaldas a la realidad cambiante. La totalidad

era un principio spinoziano, dado de una vez para siempre, que los hechos, obedientes, *no podían dejar* de confirmar. Si no lo confirmaban, tanto peor para los hechos, condenados a la inexistencia, a la inesencialidad o, aún mejor, a ser "propaganda burguesa". Luego, muchos de esos hechos ha habido que aceptarlos, más o menos a regañadientes, aunque a veces violentándolos para encajarlos en el marco inmóvil de la totalidad preestablecida. Excusado es decir que tal modo escolástico-nominalista de proceder nada tiene que ver con la investigación totalizadora, viva y heurística, del marxismo. Por fortuna, el movimiento de reforma iniciado en el sector comunista a partir del XX Congreso del P.C.U.S., parece que le está llevando, aunque lentamente y con diferencias notorias, a la reconstitución del marxismo sobre sus bases dialécticas, sin lo cual sus inmensas posibilidades intelectuales e históricas no pasan del mundo mecánico de la propaganda al de la ciencia y la práctica social.

En cuanto al otro gran sector del marxismo —la socialdemocracia—, se hunde cada vez más en un empirismo al día, sin principios y sin perspectivas, que, como máximo, deja los conceptos dialéctico-marxistas para los mítines dominicales y las grandes conmemoraciones y que ni siquiera posee la energía teórica y la capacidad de investigación empírica del positivismo no marxista. Kautsky, Hilferding y Rosa Luxemburg están ya lejos, muy lejos, de la socialdemocracia actual. Afortunadamente, quedan los partidos socialistas no socialdemócratas y los movimientos marxistas intermedios, además de los intelectuales marxistas independientes. En ellos, junto con los sectores del movimiento comunista que, como el P.C. italiano, han roto o están rompiendo con el dogmatismo pseudo-marxista y con la escolástica de la totalidad, reposan, en lo que al mundo industrializado se refiere, las perspectivas creadoras del marxismo dialéctico.

Laseudodialéctica objetiva

EN el marxismo vulgar, positivista y antifilosófico, el supuesto análisis *objetivo* de los fenómenos socio-históricos olvida, como hemos visto, los dos elementos primordiales de la comprensión dialéctico-materialista: el concepto de la totalidad concreta como reproducción intelectual de la realidad, complejo estructurado de otras estructuras dinámicas cuyo soporte y cuya génesis están en la praxis del hombre social; y la idea de que, en las ciencias del hombre, el sujeto social es al mismo tiempo sujeto y objeto del conocimiento y de que, por consiguiente, esa "objetividad" que elimina al sujeto

social como parte integrante y constituyente de la realidad investigada es una mixtificación. Recordemos la afirmación tajante, ya citada, de Marx según la cual "en toda ciencia social e histórica en general, hay que tener siempre en cuenta que el sujeto... se da tanto en la realidad como en el cerebro y que las categorías expresan *formas y modos de existencia...* de ese sujeto".

Así, este dualismo pseudo-científico, positivista, en que desemboca el marxismo naturalista elimina el principio dialéctico o, mejor, lo convierte en una pseudo *dialéctica objetiva*, de objeto a objeto, esencia y expresión de una especie de fuerza natural que estaría en las cosas mismas (los *objetos* de la historia humana) independientemente de la praxis del sujeto social. Asistimos así a la fetichización de la historia en forma de "supernaturaleza", fetichización que alcanza su apoteosis bajo el stalinismo en la bastarda filosofía del *sentido de la historia*, concebido como demiurgo exterior al hacer concreto y colectivo de los hombres y que, en realidad, es el producto de un "idealismo voluntarista" abstracto en el que la burocracia dominante impone dictatorialmente sus fines incontrastados bajo capa de una dialéctica *que está en las cosas*. El objetivismo dialéctico se manifiesta como su contrario aparente: subjetivismo dualista.

Nada más contrario al punto de vista dialéctico de Marx, para quien las categorías históricas son "formas de existencia" del sujeto social y para quien la objetividad en las ciencias sociales es la relación con la totalidad y el momento de la unificación de lo objetivo y lo subjetivo, del ser y el pensar.³⁶

Sí, como dice Lukacs, "una situación en la que los 'hechos' hablen sin ambigüedad en pro o en contra de una dirección determinada de la acción no ha existido nunca, no puede existir ni existirá jamás", la pretendida dialéctica objetiva, el movimiento de la historia reducida a proceso cosificado, es en realidad una filosofía de la historia vergonzante, que no osa decir su nombre: filosofía que está mucho más cerca del kantismo, del materialismo filosófico a

³⁶ Criticando esta dialéctica objetiva, dice también claramente Engels: "De este modo, se redujo la dialéctica a la ciencia de las leyes generales del movimiento, tanto del mundo exterior como del pensamiento humano —a dos series de leyes idénticas en el fondo". Esto no obsta para que Engels mismo cayera a veces, al final de su vida, en esa dialéctica objetiva, abriendo el camino errado que habrían de seguir muchos marxistas posteriores, incluido el Lenin de *Materialismo y empiriocriticismo*, obra que, como señala HERBERT MARCUSE, "sustituía la noción dialéctica de verdad por un realismo naturalista primario que iba a convertirse en uno de los dogmas del marxismo soviético" (*Le Marxisme soviétique*, Gallimard, París, 1963, pp. 201-202).

lo Haeckel o del funcionalismo de Mach que de la filosofía revolucionaria de la praxis. Por tanto, filosofía conservadora.

"Sólo se puede pensar en sustituir el estudio interno de las filosofías por una explicación socio-histórica —dice muy clarividente Merleau-Ponty— refiriéndose a una historia cuyo sentido y curso se creen conocer con evidencia. Se supone, por ejemplo, una cierta idea del "hombre total" o un equilibrio "natural" del hombre con el hombre y del hombre con la naturaleza. Luego, una vez dado este *telos* histórico, puede presentarse toda filosofía como diversión, alineación, resistencia frente a ese porvenir necesario o, en cambio, como etapa y progreso hacia él. Pero ¿de dónde viene y qué vale la idea directriz? —La pregunta no debe hacerse; hacerla es ya "resistir" a una dialéctica que está en las cosas, es tomar partido contra ella. —Pero, ¿cómo se sabe que tal dialéctica está en las cosas? En virtud de una filosofía. Simplemente, se trata de una filosofía secreta, disfrazada de Proceso. Lo que se opone al estudio interno de las filosofías no es nunca la explicación socio-histórica sino siempre otra filosofía, oculta en ella... Bajo el nombre de explicación objetiva, se trata siempre de un pensamiento que niega otro pensamiento y le denuncia como ilusión".³⁷

He aquí al descubierto la mixtificación positivista del marxismoafilosófico y antidialéctico: lo que se oculta tras la dialéctica objetiva es una filosofía, pero una filosofía que concibe al hombre como objeto y la relación dialéctica como una relación entre objetos.

De este modo, la pretendida disolución de la filosofía en la "ciencia de las leyes generales del movimiento" o en las ciencias sociales positivas, se resuelve en un dualismo real y estéril: una gnoseología materialista o positivista del "hecho" autónomo y del "reflejo" incapaz de penetrar en la esencia de los fenómenos sociales, por un lado; y, por el otro, una filosofía abstracta del "sentido de la historia", no confesada como tal o disfrazada de dialéctica objetiva, que sirve de puro ornamento exterior a la "ciencia positiva" marxista o hace recaer al marxismo en un naturalismo filosófico.

Por el contrario, el punto de vista original del marxismo no es el paso de la filosofía a la no-filosofía o antifilosofía, de la "especulación" al "conocimiento positivo" de los hechos sociales, sino la concepción filosófica, por un lado, de la totalidad concreta como categoría constituyente de la realidad histórico-social y del pensamiento, y por el otro, de la praxis como esfera de objetivación del sujeto objetivo que produce y reproduce la realidad pro-

³⁷ *Signes*, Gallimard, París, 1960, pp. 161-162.

duciéndose a sí mismo y de unificación del ser y del pensar. Eliminar la filosofía, como pretende el marxismo positivista, equivale exactamente a eliminar el descubrimiento filosófico esencial del marxismo y, con ello, recaer en la oposición entre materialismo y espiritualismo, es decir, en la disgregación de los factores de la realidad que, según Marx, encuentran su unidad y su realidad concreta en la "actividad práctico-crítica" del hombre. Nos queda, así, una historia residual y escindida en la que, por un lado, actúan fuerzas sociales naturalizadas o cosificadas, independientes del sujeto social y, por otro, una subjetividad abandonada a sí misma, reducida a la inesencialidad o flotando sobre el mundo de las cosas como un "vacío espejismo".

"En la afirmación —escribe Kosik— de que todos los conceptos filosóficos de la teoría marxista son categorías sociales y económicas se expresa la *doble metamorfosis* a que el marxismo se ve sometido ya en el momento del 'paso de la filosofía a la teoría social': en primer lugar, se deja en la sombra la realidad histórica que constituye el *descubrimiento* de la naturaleza de la economía. En segundo lugar, se empuja al hombre a la prisión de la subjetividad: si todos los conceptos, por su esencia, son categorías sociales y económicas, entonces expresan *solamente* el ser social del hombre, se convierten en formas de autoexpresión del hombre, y toda forma de objetivación es sólo un tipo de reificación. Con la disolución de la filosofía en teoría dialéctica de la sociedad, el *significado* del descubrimiento histórico del siglo XIX se trasmuta completamente en su contrario: la praxis ya no es la esfera de la humanización del hombre, de la creación de la realidad humano-social y, al mismo tiempo, de la *apertura* del hombre hacia el ser y la verdad de las cosas, sino que se ha transformado en clausura: la socialidad es una gruta en que el hombre se halla recluso. Las imágenes, las representaciones y los conceptos, que el hombre considera reproducción espiritual de la naturaleza, de procesos materiales y de cosas que existen independientemente de su conciencia, son en 'realidad' proyección social, expresión de la posición social del hombre bajo la *forma* de la ciencia o de la objetividad, o sea, dicho de otro modo, son imágenes *falsas*. El hombre está enclaustrado en su misma socialidad. La praxis, que en la filosofía de Marx hacía posible tanto la objetivación y el conocimiento objetivo como la apertura del hombre hacia el ser, se convierte en subjetividad social y en clausura: el hombre es prisionero de la socialidad".³⁸

Eliminada el marxismo como filosofía de la praxis objetivante y humanizadora y como concepción dialéctica de la totalidad con-

³⁸ *Dialéctica del concreto*, pp. 194-195.

creta, queda reducido, por un lado, a una escolástica idealista de la totalidad y, por el otro, a una ciencia positiva y positivista, entre otras varias, de los hechos sociales y a una técnica de manejo, entre otras más o menos eficaces, de los hombres y de las cosas. Infiel a su inspiración fundamental, *el "humanismo realista" se convierte en un antibumanismo, en un naturalismo o fiscalismo.*

LA LITERATURA IBEROAMERICANA EN LOS EE. UU.: TERGIVERSACIÓN DE UNA POLÉMICA

Por Robert G. MEAD

ESTANDO yo en México, en la primavera de 1963, propuse a mis buenos amigos Emmanuel Carballo y Manuel Andújar, ambos oficiales del Fondo de Cultura Económica, que *La Gaceta*, revista del Fondo, patrocinara una encuesta sobre la enseñanza de la literatura iberoamericana en los *colleges* y universidades norteamericanos. Les pareció buena la idea y juntos preparamos el cuestionario, el cual fue enviado a diversos profesores de la materia, norteamericanos e iberoamericanos. Las preguntas fueron éstas:

1. ¿Cree usted que la novela, el cuento, el teatro y el ensayo latinoamericanos proporcionen elementos que completen las interpretaciones que, de nuestra vida y nuestra cultura, se deducen del examen de estadísticas e informes técnicos que fundamentan, por lo general, los juicios que se formulan y aceptan?

2. ¿Hay, en los Estados Unidos, el debido equilibrio, en los planes y prácticas docentes, entre el estudio de nuestra literatura y la de otros países? Además ¿se le da importancia preferente a la literatura contemporánea de América Latina o a la de épocas anteriores?

3. ¿Estima usted que se observa en esta actividad una justa y eficaz proporción, entre la literatura española y portuguesa y la específicamente latinoamericana? En el supuesto de que se produjeran "desniveles distributivos", en este aspecto, ¿cómo cree usted que podrían subsanarse?

4. ¿Qué medidas y actividades son aconsejables para difundir la moderna literatura latinoamericana en los Estados Unidos?

Respondieron a la encuesta algunos de los interrogados, y *La Gaceta* comenzó a publicar dichas respuestas en su número de diciembre de 1963. Hice que se reprodujera la mayor parte de estos textos en la entrega de mayo de 1964, pp. 400-407, de *Hispania*, revista oficial de la American Association of Teachers of Spanish and Portuguese.

Desde hace casi veinte años me ha preocupado mucho el problema de la difusión en los Estados Unidos de las obras de los mejores escritores iberoamericanos, y el de la enseñanza de la literatura y cultura de los países de Iberoamérica en los "Spanish departments" de las universidades norteamericanas. El meollo de mis preocupaciones lo indica bastante bien la naturaleza y substancia de las preguntas incluidas en la encuesta de *La Gaceta*¹. Tenía yo la esperanza, el anhelo, que la encuesta estimulara, tanto en Iberoamérica como Estados Unidos, un intercambio ecuaníme y equilibrado de opiniones sobre el tema, y que, entre todos los participantes, pudiéramos formular unas conclusiones y sugerir unas recomendaciones para alcanzar mejor las finalidades que perseguíamos: la mayor diseminación de la literatura iberoamericana en el país y su mejor ilustración en nuestras universidades.

En fin, deseaba yo que se desarrollara una discusión amistosa y constructiva, no una polémica apasionada y dañina. Hasta la fecha, mis deseos se han cumplido sólo muy parcialmente. Fuera de los profesores que contestaron a la encuesta el tema no ha sido muy debatido, que yo sepa, ni en los Estados Unidos ni en Iberoamérica. Por eso, opino, cobra especial relieve la colaboración del señor Julio Larrea, "Hispanoamérica, su literatura y los Estados Unidos: anverso y reverso", publicada en *Cuadernos Americanos* en el número correspondiente a julio-agosto de 1965, pp. 81-102.

Como se ve, el escrito del señor Larrea es largo y, sin duda, podría dar lugar a comentarios diversos y de variada índole. ¡Ojalá que así sea! El tema debatido es de mucho interés, tiene gran actualidad, y posee numerosos aspectos que merecen estudiarse. Hay que agradecerle al autor el hecho de que sea el primer hispanista radicado en Iberoamérica que haya participado en el debate, y es de esperarse que no sea el único. Pero es de lamentarse que su contribución sea más apasionada que instructiva, que tenga tonos de diatriba personal, que exponga una imagen tan estrecha y parcial del asunto, y que tergiversar la polémica, dándole una orientación errónea, a mi juicio.

Ni las muchas páginas ya publicadas en *La Gaceta*, ni el extenso y violento documento del señor Larrea, ni mi más corta y más serena exposición agotarán la materia, creo yo. Sirvan estos ensayos, pues, de prólogo a un riguroso y exhaustivo escrutinio del problema, de un estudio objetivo y ecuaníme hecho tanto por iberoamericanos como norteamericanos. Me parece que esto, cuando menos, es lo que reclama el asunto.

¹ Véase también mi "Actualidad y Destino de la Literatura Iberoamericana en los Estados Unidos", *La Gaceta*, mayo de 1963.

Por tanto, aquí comentaré primero algunos de los conceptos y afirmaciones del señor Larrea que me parecen total o parcialmente erróneos o, a veces, indicativos de prejuicios. Luego trataré de presentar una visión general, tal como la concibo yo, del estado actual de la difusión de los libros iberoamericanos en los Estados Unidos y de la enseñanza de la literatura y cultura iberoamericanas en nuestras instituciones de educación superior.

No tengo el gusto de conocer personalmente al señor Larrea ni tampoco sé qué experiencias haya tenido como profesor de literatura iberoamericana en instituciones norteamericanas, aunque es de suponerse que sí ha dictado cursos en la materia en los Estados Unidos y que tiene establecidas ya amistades entre sus colegas que enseñan en este país, tanto norte como iberoamericanos. Mis propias observaciones son el fruto, entre otras cosas, de más de tres lustros de dar clases de literatura iberoamericana en cinco universidades norteamericanas, de seis años de director de la revista *Hispania*, y de ser actualmente presidente de la American Association of Teachers of Spanish and Portuguese (AATSP). Conozco, además, a la gran mayoría del reducido grupo de profesores de literatura iberoamericana en los Estados Unidos, norteamericanos e iberoamericanos. Por tanto, no creo que mis opiniones y observaciones sean las de un principiante en la materia aunque tampoco creo poseer toda la verdad sobre un asunto tan complicado como el tema de discusión. Espero, asimismo, que el haberme educado de niño y joven en México, y el haber pasado un total de dieciocho años en esa nación y otros países de Iberoamérica me hayan ayudado a comprender y simpatizar, parcialmente a lo menos, con los sueños, anhelos, y desencantos que conmueven los corazones de sus admirables pueblos.

De todas las respuestas a la encuesta el señor Larrea, por motivos que él sabrá, presta atención solamente a la del profesor Enrique Anderson Imbert. Obrando así, hace caso omiso de muchos puntos importantes e interesantes contenidos en otras respuestas que le habrían servido para ampliar y enriquecer su propio artículo. Y obrando así, convierte a lo que debiera haber sido un examen objetivo y equilibrado del problema en algo así como una diatriba personal.

Ahora bien, no quiero hacer aquí una defensa de Enrique Anderson Imbert. Primero, porque él es muy capaz de defenderse cuando se crea en peligro, y segundo, porque en el caso actual no creo que necesite defensa mía contra el lamentable ataque del señor Larrea. Al señor Larrea le incomoda que Anderson Imbert, argentino de nacimiento, sea ahora ciudadano norteamericano, y al señor Larrea no le gusta la *Historia de la literatura hispanoamericana*,

una de las muchas obras del señor Anderson Imbert. Estos hechos, unas frases exuberantes de Anderson Imbert, y quién sabe qué otros factores, le llevan al señor Larrea a dudar de la veracidad de casi todo de lo que el profesor contestó a la encuesta de *La Gaceta* y, a veces, a atacarlo de modo personal. (Se nacionalizó en los Estados Unidos "por... móviles prácticos de simple conveniencia individual"; nunca se identificó "con la esencia de[1] ser de los pueblos hispanoamericanos". "¿Por qué ha renunciado completamente al deber de dar a conocer su juicio crítico, objetivo, sobre los Estados Unidos, por el solo hecho de que enseña en una universidad de ese país?" Y no cito más).

Fui alumno del profesor Anderson Imbert por dos años y él dirigió mi tesis doctoral. Durante muchos años me ha honrado con su amistad. Creo conocerlo mejor que el señor Larrea. Pero no estoy de acuerdo con todo lo que dicho profesor ha escrito en sus libros ni en lo que responde a la encuesta. Opino que en varios aspectos presenta una versión demasiado optimista de la situación de la literatura iberoamericana en los Estados Unidos. Sin embargo, considero que sus contribuciones a esta literatura son grandes y valiosas, y sé muy bien que la admiración y el estimo que siente él para las magnas figuras de la cultura iberoamericana nada tienen del estrecho concepto de "nacionalismo" que nos propone el señor Larrea. Para mí, y creo que para Anderson Imbert y muchísimos más, lo que hace falta en Iberoamérica no es un nacionalismo angosto, miope, y belicoso, sino un amor patrio amplio e inteligente, abierto a las buenas corrientes del universalismo y cosmopolitismo. El chauvinismo nunca ha sido bueno, y menos cuando se nos presenta recalentado en el mundo contemporáneo.

Lo que deploro más en el artículo del señor Larrea es que sus conceptos sean tan poco originales, tan estereotipados, hasta el grado de ser, para mí, un *pastiche de clichés*. Dedicó la mayor parte de su escrito a un comentario apresurado y agrio de las universidades nuestras, su ambiente intelectual, su estudiantado, su profesorado, su administración, etc., etc., y se expresa en forma y estilo que convienen más a un propagandista antinorteamericano que a un investigador serio y objetivo de la alta enseñanza estadounidense. Poco o nada de lo que dice es original y casi todo es negativo. Por este camino no se llega nunca a la verdad. Además, no se puede hacer un análisis pormenorizado ni de nuestras 2,200 universidades y *colleges*, ni de la sociedad en que funcionan a vuela pluma, a brocha gorda, y en pocas páginas, como se ha propuesto el señor Larrea. El asunto es mucho más complicado y menos claro de lo que parece creer nuestro colega. La verdad es

que no pocos profesores norteamericanos en estos últimos años se han inquietado por las condiciones imperantes en nuestras universidades (y en nuestra sociedad) y han publicado centenares de artículos y docenas de libros sobre estos temas. Créame el señor Larrea: muchos profesores norteamericanos desean, más que él, que se mejoren nuestras universidades en toda la línea, y no pocos de ellos hacen lo que puedan para convertir sus deseos en realidad.

Corregiré, pues, unos de los errores más obvios del artículo que nos ocupa y pasaré entonces a expresar mis propias ideas sobre el tema de la polémica en la esperanza de colocarla otra vez sobre sus rieles originales y darle un tono menos tempestuoso y más apropiado a su naturaleza prístina.

La asistencia a nuestras universidades estatales y municipales no es "pagada" tal como lo afirma el señor Larrea. Se paga poco o nada por la *tuition* (o sea la colegiatura), pero sí se pagan el alojamiento y los alimentos en los dormitorios, los libros de texto, y otros gastos de índole personal. Para los *commuters* o estudiantes que viven en casa y sólo asisten a las clases, sin embargo, el costo de su educación es relativamente bajo —132 dólares por semestre en el caso de mi propia universidad, la del Estado de Connecticut. Y conviene recordar que en este mes de septiembre de 1965 asistirán unos seis millones de estudiantes a los *colleges* y universidades norteamericanas. Sospecho que el costo de la educación universitaria nuestra, excepto en las universidades de gran prestigio, no ha de ser tan exorbitante como le parece al señor Larrea.

No es verdad que las universidades norteamericanas "no le permiten (al profesor) formar sindicatos para formular reclamos basados en derechos sociales que están en boga en casi todo el mundo". Yo mismo pertenezco a dos organizaciones (no sindicatos, precisamente) de profesores, la American Association of University Professors y la Federation of University Teachers, cuyos socios suman más de cien mil y cuyas actividades en los últimos lustros (inclusive la formulación de reclamos y hasta procesos legales en defensa de los derechos profesoriales) han beneficiado muchísimo a todo el profesorado universitario nacional. (Me pregunto, por simple curiosidad, a qué "derechos sociales que están en boga en casi todo el mundo" se refiere el señor Larrea. Tenía yo la impresión que, desgraciadamente, existen millones y millones de habitantes entre los tres mil millones que pueblan el globo que todavía no han conquistado esos "derechos sociales" que nuestro autor cree estar tan difundidos por "casi todo el mundo").

No es cierto que "Las universidades de los Estados Unidos no abren sus puertas a los latinoamericanos sino por expreso pedido

del Departamento de Estado". Desde hace muchos años han enseñado latinoamericanos en nuestras universidades, y su número ha crecido apreciablemente en los años recientes. El Departamento de Estado interviene bastante poco en los asuntos universitarios, pues no tiene autorización para ello ni es su misión. Lo que sí es verdad es que cada *college* o universidad tiene una autonomía casi completa en cuanto a la selección de sus profesores y en no pocas instituciones estatales o municipales la ley prohíbe el pago de salarios a profesores que no tengan ciudadanía norteamericana. Poco a poco, afortunadamente, esta anticuada ley se va aboliendo.

Mucho de lo que escribe el señor Larrea acerca del "burocratismo y mercantilismo" que tienden a destruir la esencia misma de la universidad me parece bien, aunque creo que se podría expresar con más objetividad, menos pasión, y menos odio para los norteamericanos. ¡Dios mío, el mundo no es tan blanco-negro, bueno malo, como le parece a nuestro colega! Los defectos que él aduce existirán, sin duda, pero más por acá y menos por allá, no en el mismo grado máximo en todas partes. Además, me parece que no son privativos de Estados Unidos sino que se encontrarían en cualquier magna institución burocrática y jerárquica, docente o comercial, sea cual fuere su nacionalidad.

Tanto la Modern Language Association como la American Association of Teachers of Spanish and Portuguese desde hace muchos años desarrollan una campaña a favor de la enseñanza cada vez mejor de las lenguas en nuestro país y, entre otras muchas recomendaciones, proponen un máximo de 15 alumnos por curso. Este máximo todavía no se observa en todas las instituciones, pero sí se cumple en un número creciente de ellas (en mi propia universidad, por ejemplo). Es en las escuelas secundarias, más que en las universidades, que las clases son demasiado grandes. Y le aseguro al señor Larrea que a nosotros también nos encantaría que se aumentara mucho el número de profesores de español. Y la verdad es que esto se va efectuando, como indican las últimas cifras publicadas por la Modern Language Association.²

El problema de los textos de español y de literatura iberoamericana que se emplean en nuestras universidades tiene más facetas de las que se asoman en la precipitada descripción que hace de ellos el señor Larrea. Escribe "... todos los textos de español las tienen [se refiere a las lecciones] en formas muy farragosas.

² En 1950, por ejemplo, 2,193 de los graduados de nuestros *colleges* y universidades se dedicaron a la enseñanza de lenguas en las escuelas secundarias; en 1965 el número era 6,486, o un aumento de casi 300%. Es de notarse que el español es la lengua más popular en las escuelas y que tiene el mayor número de maestros.

muy largas y sin gradaciones concordantes con las dificultades inherentes a los contenidos de la materia del español". Esta afirmación exclusivista, como tantas de las de nuestro autor, hace suponer que él haya aquilatado *todos* los centenares de textos nuevos de español que se publican anualmente en el país, y además, que él haya sometido a semejante escrutinio los centenares (si no miles) de textos antiguos todavía en uso corriente. Ni él, ni yo, ni nadie ha hecho tal cosa. La verdad, escueta y exenta de retórica, es que hay textos buenos, malos, y medianos, unos escritos por norteamericanos y otros por hispanohablantes (españoles e iberoamericanos). Quisiera yo que todos fueran mejores y hago lo que puedo para que mis anhelos se realicen. Pero en nuestro país las casas editoras y los profesores se juntan con entera libertad para publicar textos. Algunas veces ganan dinero, otras veces lo pierden. Los departamentos de español examinan y eligen los textos que les parecen mejores pero no siempre aciertan en su elección. De todos modos, no hay libros "oficialmente" impuestos ni hay control o censura federales o estatales, sino "mercado libre" de textos.

Por motivos ya explicados, me interesa particularmente el párrafo corto pero sugestivo que dedica el señor Larrea a la revista *Hispania*, editada por la AATSP. Desea comprobar su "aserto" acerca del contenido de la revista "tomando para ello al azar cualquier número". ¡Lástima que no haya tomado menos "al azar" y que no haya examinado más de un número! De este modo creo que su juicio habría sido distinto y quizá menos negativo. Porque cualquiera persona que lea con cuidado varios números de nuestra revista y la compare con lo que era hace diez o quince años llegará, punto más, punto menos, a las siguientes conclusiones. La revista ha mejorado notablemente en calidad, y se ha duplicado su tamaño. Aunque se siguen publicando muchos artículos en inglés, el número de las colaboraciones escritas en español (y en portugués) está en aumento constante. Desde hace varios años se publican artículos solicitados a autores españoles e iberoamericanos (Guillermo de Torre, Rosario Castellanos, Wilson Martins, Carlos Solórzano, José Emilio Pacheco, Guillermo Díaz-Plaja, Juan Loveluck por ejemplo), y estas colaboraciones son pagadas. La revista no paga a los socios de la AATSP cuyos artículos publica. Tampoco son cortos todos los artículos, como afirma el señor Larrea, aunque sí es verdad que es costumbre imponerles una extensión máxima de 5,000 palabras, o veinte páginas mecanografiadas. *Hispania* tiene su contenido dividido en unos quince departamentos de acuerdo con los intereses principales de sus lectores, pues circula entre maestros de escuela primaria y secundaria y profesores universitarios.

Las notas bibliográficas son numerosas, pero organizadas en dos departamentos ("Books of the Hispanic World" y "Reviews"), y el único departamento que pueda tener cierto aspecto de miscelánea es "The Hispanic World". Esto se deriva del propósito que anima este departamento: dar al maestro o profesor de español un compendio de centenares de notas, citas, e informes acerca de la política, la economía, los problemas sociales, las relaciones internacionales, y la actualidad cultural del mundo que habla español y portugués que sólo podría obtenerse con la lectura de numerosas revistas, periódicos, y libros. Yo mismo dediqué mucho cuidado al desarrollo y ampliación de "The Hispanic World" porque siempre he creído que la enseñanza de los idiomas y la cultura debe confiarse a personas que, además de saber gramática y literatura, estén también orientadas acerca de la historia, la política, y los problemas sociopolíticos de los países cuyas lenguas enseñan.

Escribe el señor Larrea: "Pero no hay sino propiamente dos revistas [en los Estados Unidos] para los doctores del español". Hay, en verdad, una lista bastante larga de revistas donde pueden publicar sus artículos dichos maestros y profesores. Entre ellas se suman *The Americas*, *Books Abroad*, *Hispania*, *Hispanic Review*, *Journal of Inter-American Studies*, *Modern Language Notes*, *Modern Language Quarterly*, *Philological Quarterly*, *Publications of the Modern Language Association*, *Revista Hispánica Moderna*, *Revista Iberoamericana*, *Romance Notes*. Y hay más.

Afirma en otra página el señor Larrea que "*Don Quijote*, por ejemplo, es usada en la traducción al inglés porque los norteamericanos no son capaces de leerla y explicarla en sus clases de literatura". No sé si el señor Larrea cree que su aseveración no admite excepción, o si la escribe medio en broma, pero a mí me parece patentemente absurda. Claro que puede haber un curso de literatura en que la obra cervantina se lea en inglés, pero por cada uno de tales cursos hay cien o más en que el libro se emplea en edición española o iberoamericana. Y conste que no creo que *Don Quijote* sea de fácil lectura o explicación en ningún idioma.

Un problema que sí es grave para los ibero y norteamericanos que enseñamos la literatura y cultura hispanoamericanas en este país es el de la adquisición de textos. Es una lástima que nuestro autor dedique relativamente poco espacio a estudiarlo, y que sus renglones estén tan repletos de prejuicios negativos. Preferimos, por mucho, emplear libros hechos en Iberoamérica, sobre todo en los cursos avanzados y graduados, pero frecuentemente son difícilísimos de obtener, y por varias razones. En los tres lustros que llevo dictando cursos de literatura iberoamericana en varias universidades

ni una sola vez han podido mis alumnos principiar el curso provistos de *todos los textos* asignados. Y mi experiencia dista mucho de ser única. Como digo, las razones son varias: algunas veces, y no son pocas, se agotan las ediciones (recuérdese que todavía en Iberoamérica son raras las ediciones de muchos miles de ejemplares), otras veces huelgas marítimas en Estados Unidos o en Iberoamérica retrasan la llegada de los libros, en otras ocasiones errores hechos en las librerías universitarias dificultan el problema y, en todo caso, las remesas demoran mucho en tránsito. Aún así, los libreros dedicados a la venta de textos iberoamericanos a las universidades nuestras ahora venden más que nunca antes, y sus ventas siguen creciendo. Infórmese el señor Larrea con casas importadoras de libros extranjeros, tales como Schoenhof's de Cambridge, Massachusetts, y Stechert Hafner, Las Américas Publishing Company, y Franz Feger, todas de Nueva York.

En cierto sentido, la afirmación más grave y más exclusiva que se permite el señor Larrea aparece en uno de los innumerables ataques frontales o laterales que hace al profesor Enrique Anderson Imbert. Reza así: "¿Por qué no quiere admitir [Anderson Imbert], sobre la base de la reflexión objetiva, que el nacionalismo de los Estados Unidos hace uso de la literatura hispanoamericana, en sus universidades, como uno de los tantos instrumentos de penetración y expansión en la América Latina?" ¡Esto sí que es encontrarle cinco —y hasta cien— patas al gato! Me parece, y lo escribo con todo candor, que una "reflexión objetiva" dedicada a este rotundo alegato nos llevaría inevitablemente a la conclusión que el señor Larrea mismo padece un nacionalismo mucho más comprensivo y patológico que el que atribuye a nuestros profesores de literatura hispanoamericana. Yo conozco personalmente, como he dicho, a muchos de estos feroces profesores "supernacionalistas", y para mí constituyen un pequeño grupo de maestros (que ojalá pronto llegue a ser mucho mayor) dedicados a la noble y difícil tarea de explicar, con honda simpatía y fervor, la cultura iberoamericana en los Estados Unidos, porque anhelan y creen en la posibilidad de una siempre mayor y mejor comprensión entre las dos grandes y distintas culturas del Nuevo Mundo. Si esto es nacionalismo nocivo e imperialista, tal como parece entenderlo el señor Larrea, ¡que Dios lo haga prosperar!

Pasemos, ahora, a una visión más amplia del tema. Al ocuparme de varios de los puntos suscitados por el señor Larrea, me ha sido preciso obrar en un campo limitado, un área circunscrita por la naturaleza y el ámbito de su colaboración. Quisiera, en el resto de estas páginas, aumentar la escala de mis reflexiones y

considerar algunos problemas omitidos o soslayados por nuestro autor. Una parte de lo que escribo se basará en lo que han contribuido los profesores participantes en la encuesta (además de Anderson Imbert), a quienes ignora completamente el señor Larrea. Pero la visión general será mía, y me declaro ser el único responsable de ella. Me concentraré en tres grandes divisiones del problema principal: 1) estado actual de la enseñanza del español y cómo mejorarlo; 2) estado actual de la enseñanza de la literatura iberoamericana y cómo mejorarlo; 3) estado actual de la difusión de las obras literarias y la cultura iberoamericana en los Estados Unidos y cómo mejorar tal difusión.

Actualmente, el español es el idioma extranjero que se estudia más en los Estados Unidos. Es un fenómeno relativamente reciente y, en consecuencia, la enseñanza del español (y del portugués) es todavía una obra de pionerismo, y sus maestros y profesores todavía encuentran, de parte de sus colegas que enseñan otras lenguas y del gran público, celos, prejuicios y una amplia ignorancia general acerca de las ventajas y valores del estudio del español y su cultura. Los hábitos y actitudes sociales cambian lentamente, y me parece que esta etapa pionera ha de durar diez o quince años más, a lo menos. Dista mucho el español de enseñarse tan bien como quisiéramos que se enseñara, y son numerosos los maestros de escuela y profesores universitarios que conocen imperfectamente el idioma. Los textos verdaderamente superiores o buenos no son suficientemente numerosos, y los mediocres y malos a veces nos parecen incontables. Algunas veces las clases son grandes, muy grandes, y otras veces los oficiales de la administración escolar no están orientados favorablemente, que digamos, hacia el estudio de las lenguas, y mucho menos del español. Es patente que el ambiente vital de los que enseñan el español en los Estados Unidos no es precisamente utópico.

En una guerra no se ganan todas las batallas. Pero por muchas que sean nuestras derrotas, creo que los hispanistas de los Estados Unidos vamos ganando la gran guerra del español. Hay numerosas señales favorables y hasta prometedoras. Un número creciente de escuelas primarias por toda la nación está principiando la enseñanza del español en el tercer o cuarto grado (año), y actualmente hay más alumnos de español en la escuela primaria que en todas las escuelas secundarias, *colleges*, y universidades juntos. Esto significa que anualmente un número siempre mayor de estudiantes se matriculará en las universidades después de estudiar el español durante unos cinco o seis, y hasta nueve o diez años, seguidos. Este simple hecho tendrá inmensas repercusiones benefi-

ciosas, sobre todo cuando se recuerda que lo que antes se esperaba de los matriculantes eran dos años de estudio. En mis propios cursos de literatura ya comienza a haber *freshmen* (alumnos de primer año) perfectamente capaces de hacer el trabajo del curso —y huelga decir que hasta hace poco esto era un fenómeno casi inconcebible.

También aumenta el número de candidatos a la docencia (tanto en las escuelas como en los *colleges* y universidades), y se mejora su calidad. Esto se debe a varios factores. Suben los salarios de maestros y profesores; la Modern Language Association, por medio de su Foreign Language Program, y las organizaciones de maestros y profesores de lenguas, hacen cuanto pueden para divulgar métodos nuevos y mejores, recalcar el uso del idioma hablado, y promover el establecimiento de normas y *standards* nacionales para la certificación de maestros de lenguas, entre otras muchas cosas. También el gobierno federal, mediante la U.S. Office of Education, contribuye a mejorar la enseñanza de lenguas. En 1958 el Congreso aprobó la National Defense Education Act (NDEA) y en 1959, financiados por fondos de la NDEA, se establecieron los primeros institutos de verano para maestros secundarios de lenguas en varios *colleges* y universidades. Desde aquel año funciona el programa, y en los centenares de institutos se han perfeccionado, entre otros, la tercera parte de los 14,000 maestros de español. Los institutos ayudan a los llamados "participantes" a mejorar sus conocimientos orales, a profundizarse en la cultura, a estudiar la lingüística comparada del inglés y del español, y a enterarse de lo mejor de los nuevos métodos pedagógicos.³

Para terminar esta sección, y para dar una idea de las altas miras que tiene el Foreign Language Program de la Modern Language Association en cuanto a mejores metas profesionales, reproduzco la lista de atributos que según el Program debiera poseer todo buen maestro o profesor de lenguas:

1. Un conocimiento superior de la lengua que va a enseñar en todos sus aspectos: uso oral, comprensión oral, lectura, y composición escrita.
2. Una buena preparación en la literatura de dicha lengua.
3. Un conocimiento adecuado de la filología de la lengua.
4. Una buena preparación en los principios de la enseñanza de lenguas y de su aprendizaje.

³ Para un estudio amplio de estos institutos véanse mis artículos "Spanish Language Institutes under the National Defense Education Act", *Hispania*, March 1965, y "Second-level Spanish Institutes in Latin America under the National Defense Education Act", *Hispania*, March 1963.

5. Un conocimiento suficiente del análisis lingüístico.
6. Una preparación adecuada en los principios del análisis cultural.
7. Un buen conocimiento de los modos de presentar la literatura de dicha lengua en sus cursos.⁴

Si la enseñanza del español y del portugués en nuestro país actualmente está en una época pionera, puede decirse que la enseñanza de la literatura iberoamericana en los Estados Unidos hasta hace muy pocos años estaba en pañales.⁵ Expresada muy sucintamente, su situación es esta: la literatura iberoamericana, como asignatura o materia incluida en el *curriculum* de los "Spanish departments" nuestros, ocupa el mismo lugar inferior, con relación a la literatura española peninsular, que la literatura norteamericana ocupaba hace más de medio siglo en nuestras universidades respecto a la literatura inglesa. Es decir, es algo así como una hijastra o cenicienta en muchos de dichos departamentos. Huelga añadir que la literatura norteamericana se ha emancipado ya de su lugar de segunda. Todavía no pasa lo mismo con la literatura iberoamericana sino en contadas instituciones. Esta situación se debe a varios factores, de los cuales me parecen más importantes los siguientes: la novedad misma de la materia como asignatura fija en los departamentos de español; el hecho que todavía siete de cada diez "profesores de español" están orientados hacia la literatura peninsular;⁶ el hecho que hasta ahora la mayoría de los estudiantes graduados y candidatos al doctorado se prepara en el campo peninsular, y no en el iberoamericano; el hecho que todavía el número de cursos de literatura peninsular que ofrecen las universidades es mucho mayor que el de literatura iberoamericana; el hecho que, en general, la colección de libros españoles peninsulares en las bibliotecas universitarias es mucho más antigua, completa y selecta que la colección iberoamericana; el hecho que la adquisición de textos españoles peninsulares para los cursos es casi siempre más fácil que en el caso de libros procedentes de Iberoamérica. Y sin duda existen otros

⁴ Resumo las metas propuestas por Archibald T. MacAllister en "The Preparation of College Teachers of Modern Foreign Languages", *Publications of the Modern Language Association*, May 1964.

⁵ Para una exposición más larga del tema, véanse mi "Enseñanza y valor de la literatura iberoamericana en los Estados Unidos", *Cuadernos Americanos*, marzo-abril de 1956, y mi "Hacia una mejor comprensión intercultural en las Américas", en la misma revista, mayo-junio de 1962.

⁶ El profesor Luis Leal estudia muy bien los pormenores del problema en su contestación a la encuesta de *La Gaceta* publicada en ésta en enero de 1964 y reproducida en *Hispania*, May 1964, pp. 404-407.

factores que dificultan una instrucción mejor y más amplia de las letras iberoamericanas en los Estados Unidos.

Debe decirse una palabra acerca de los profesores que dictan cursos de literatura iberoamericana en nuestros *colleges* y universidades, colegas míos tan mal tratados por el señor Larrea. Son pocos —sospecho que sumen menos de mil— y entre ellos hay bastantes iberoamericanos y uno que otro español. No todos ostentan el doctorado ni tienen una preparación académica superiorísima. No niego que puedan existir algunos francamente inferiores y hasta malos. Casi todos tienen que luchar contra varias o muchas de las adversidades indicadas —y otras que no cito. Creo yo, y lo afirmo muy solemnemente, que la gran mayoría de este grupo relativamente pequeño es motivada por los siguientes ideales: comprender cada vez más de la vida y cultura iberoamericanas; conocer las grandes obras literarias antiguas y actuales de los países iberoamericanos, y saber interpretarlas con honda simpatía y comprensión espiritual; servir, con agudeza y eficacia crecientes, de puentes de comunicación entre las dos grandes culturas del Nuevo Mundo.

Para que se tenga una noción de las contribuciones ya hechas por los profesores de literatura iberoamericana, mencionaré varias sin alegar más que representan una labor importante dentro de la crítica e historia de la literatura iberoamericana. Auspiciada por la Unión Panamericana, y fruto de la colaboración entre profesores de Iberoamérica y los Estados Unidos, se está publicando una serie de tomos valiosos bajo el título general de *Diccionario de la literatura iberoamericana*; algunos de los profesores norteamericanos e iberoamericanos de nuestras universidades son autores de libros publicados por la benemérita editorial mexicana, el Fondo de Cultura Económica; la mayoría de la extensa y valiosa serie de textos publicados por la casa Studium de México, en sus "Manuales Studium" y "Colección Studium", se debe a profesores de nuestras universidades, norte o iberoamericanos; la *Outline History of Spanish American Literature*, en su tercera edición revisada y obra de cuatro profesores norteamericanos, ostenta una bibliografía crítica de centenares de libros, de los cuales la gran mayoría son de autores iberoamericanos; hace poco el Instituto Nacional de Bellas Artes mexicano editó un excelente estudio crítico de Ramón López Velarde hecho por Allen W. Phillips, profesor norteamericano; y, en 1964, la obra bibliográfica *Latin American Prose in English Translation*, compilada laboriosamente por el profesor norteamericano Claude L. Hulet, fue puesto en venta por la Unión Panamericana. En fin, para los lectores que quieran saber más de esta labor de lo poco que se aprende leyendo los apresurados e incompletos párrafos

del señor Larrea, les sugiero que consulten las secciones bibliográficas de la *Revista Hispánica Moderna* e *Hispania*, y que lean con cuidado el grueso número bibliográfico publicado anualmente en mayo por la Modern Language Association, en el cual aparece la lista de los centenares de artículos y varios libros publicados por nuestros profesores (ibero y norteamericanos) en el campo general de la literatura iberoamericana.

Para mí, y ya lo he afirmado públicamente, habrá mejores profesores de literatura iberoamericana en nuestro país cuando todos los "hispanistas" (sean de Iberoamérica o de Estados Unidos), de estudiantes, se hayan formado en un curso de estudios, tanto de la cultura peninsular como la iberoamericana. No debe graduarse ningún A.B., o bachiller, en "español" (o "portugués") en ninguna nación del hemisferio a menos que esté bien versado en la historia, lengua, cultura y vida contemporánea de la península ibérica y de toda Iberoamérica.⁷

Si el estudio del español, en gran escala, es una novedad en nuestras escuelas y universidades, y si la enseñanza de la literatura está todavía en una época de pionerismo, nada debe extrañarnos el hecho que no se conozcan mucho en nuestro país ni los grandes autores de Iberoamérica ni sus mejores obras. Tradicionalmente, los estudiantes norteamericanos están orientados hacia la literatura clásica inglesa, luego hacia la norteamericana, y de las literaturas extranjeras, se estudia más la francesa y, en grado menor, la alemana. Los cursos nuestros de literatura comparada generalmente recalcan las letras europeas. De literatura de lengua española, es la literatura peninsular la que atrae siete de cada diez estudiantes. De todo esto se deduce fácilmente que entre los graduados universitarios norteamericanos sólo un reducidísimo grupo se interesa por la literatura de las naciones iberoamericanas. Y se comprende, también, cómo origina la pregunta que varias veces me hacen personas bien educadas: "¿Existe una literatura en Latinoamérica?" Hasta los penúltimos años, es justo añadir, tampoco las revistas intelectuales ni los suplementos culturales de los periódicos dominicales han prestado mucha atención a los libros iberoamericanos. Todavía figuras tan señeras como Juárez, Martí, y Sarmiento apenas se conocen entre nuestro gran público.

Pero lo que hace creer que esta situación lamentable no sea eterna se puede resumir en una frase sencilla y optimista: en los últimos cinco años se ha hecho más para facilitar la difusión de la

⁷ Elaboro este tema tan importante en mi "Canto de Cisne: the AATSP Today and Tomorrow", publicado al dejar la dirección de *Hispania*, a fines de 1962.

literatura y cultura de Iberoamérica en los Estados Unidos que en todos los ciento cincuenta años anteriores. Veamos unas pruebas que justifican mi aserción.

Una labor que tendrá importantes consecuencias la lleva a cabo la American Association of University Presses. Hace unos tres años la Fundación Rockefeller donó doscientos veinticinco mil dólares para financiar el proyecto, un comité de profesores ibero y norteamericanos escogió una lista de más de cien de las obras iberoamericanas más destacadas (en varios campos), y las imprentas universitarias comenzaron a hacer traducir dichas obras al inglés para luego editarlas. Ya han aparecido muchos de estos libros y otros están por salir.⁸ Valioso también es el plan de la Twayne Publishers de Nueva York de publicar una serie de más cien títulos, estudios críticos dedicados a los escritores iberoamericanos de mayor fama. Esta serie Twayne se ha encargado a profesores de literatura iberoamericana en el país, tanto norte como iberoamericanos. Actualmente varias casas editoras norteamericanas están publicando novelas y cuentos de escritores iberoamericanos en traducción inglesa, obras que hace poco fueron premiadas en el concurso patrocinado por la Fundación William Faulkner. En 1960, por ejemplo, se divulgaron en nuestro país traducciones de tres novelas mexicanas: *La región más transparente* de Carlos Fuentes, *Balún Canán* de Rosario Castellanos, y *La sangre enemiga* de Luis Spota. Y en meses recientes versiones inglesas de *Coronación* de José Donoso y *Los Premios* de Julio Cortázar han aparecido. Y otros autores recién traducidos son Octavio Paz, Jorge Luis Borges, Samuel Ramos, Jorge Amado, Alejo Carpentier. En el mismo día en que escribo esto se reseña en el *New York Times* un libro de ensayos del finado Mariano Picón Salas, *Los salvajes ignobles*. En fin, de un modo cada vez más acelerado se va dando a conocer en los Estados Unidos una parte importante del patrimonio literario de Iberoamérica.

De manera parecida, en nuestras bibliotecas universitarias y públicas se van ensanchando las fuentes bibliográficas que se refieren a la literatura y cultura iberoamericanas. Hace sólo unos años había poquísimas obras de consulta de esta índole; ahora hay varias. *Libros en venta*, por ejemplo, publicado en 1964 por la casa Bowker, es un tomo de gran formato que contiene una compilación de más de 80,000 libros actualmente en venta en España e Iberoamérica. La obra está catalogada por autor, título, y materia y

⁸ A los que se interesen por saber más acerca de este valioso proyecto, les recomiendo la lectura del artículo del profesor RAYMOND A. MAZZARA, "Progress Report on Latin American Translations", en *Hispania*, September 1962, pp. 463-466.

periódicamente se prepararán ediciones revisadas. Como se comprenderá, *Libros en venta* es una fuente de incalculable valor para profesores, bibliotecarios, y todo investigador que se interese por Iberoamérica. La misma casa edita otra valiosa obra trimestral, *Fichero bibliográfico hispanoamericano*, que cataloga todos los libros publicados en Iberoamérica, según vayan apareciendo. Otras excelentes fuentes de consulta son el anuario *Handbook of Latin American Studies*, compilación razonada en los artículos y libros publicados en todo el mundo sobre temas iberoamericanos. Tanto ha crecido esta obra que en 1965 ha comenzado a publicarse en dos tomos, uno dedicado a las humanidades, y el otro a las ciencias sociales. También merecen señalarse los *surveys* o panoramas críticos de la producción literaria de España, Portugal, Brasil, e Hispanoamérica que publican las enciclopedias *Americana*, *Britannica* y *Collier's* en sus *Yearbooks* o anuarios. Las hemerotecas de las bibliotecas universitarias y de muchas de las mejores bibliotecas públicas del país reciben un número cada vez mayor de revistas iberoamericanas en varios campos. Para poner fin a este resumen de mejorías, debo mencionar otro hecho que tiene —y tendrá— repercusiones importantes. De un modo inusitado el lector norteamericano encuentra ahora en muchas de nuestras *little magazines* (revistas intelectuales) y en periódicos de mayor circulación como *New York Times*, *Book Review* y *Saturday Review* reseñas de libros iberoamericanos y traducciones de cuentos, poemas y ensayos de autores de Iberoamérica. El último día de junio de 1965 comenzó a publicarse en Nueva York *The Latin American Times*, dirigido por periodistas ibero y norteamericanos, el primer diario que registra la historia dedicado enteramente a noticias de Iberoamérica.

No creo que estos acontecimientos favorables vayan a convertir rápidamente a millones de norteamericanos en especialistas iberoamericanos. Pero sí creo que, con los años, estos esfuerzos pioneros formarán la base norteamericana de un sólido y maduro movimiento en pro de una mejor comprensión y simpatía entre nuestras dos grandes culturas novomundanas, un movimiento que tendrá raíces en nuestras universidades, casas editoriales, revistas y periódicos, y que se extenderá también a nuestra radio y televisión. Y la contribución de los profesores de literatura iberoamericana no será la menor.

Aunque el artículo del señor Larrea haya sido el origen parcial de estas páginas, con ellas no me propongo hacerle a él cambiar de parecer. Por equivocadas que me parezcan sus ideas, sospecho que procedan de unas convicciones muy arraigadas. Me dirijo, por lo tanto, a todos los iberoamericanos y norteamericanos que quieran

saber un poco más de los temas que se han debatido en *La Gaceta* y en *Cuadernos Americanos* antes de formular unas conclusiones firmes que, en algunos casos, pudieran ser inalterables.

El Nuevo Mundo, nuestra América, norte y sur, históricamente ha simbolizado la esperanza de una vida mejor para la humanidad. ¡Que no sea su destino defraudar esa esperanza! Unámonos los profesores de las lenguas y culturas ibéricas a todos los americanos que obran con inteligencia, empeño, y amor, contra muchas barreras y prejuicios, para que nos comprendamos y nos estimemos recíprocamente en un ambiente de paz y armonía. Y, en nuestros esfuerzos, inspirémonos en las palabras de tres grandes americanos: en Tomás Jefferson, que dijo "las opiniones erróneas deben tolerarse siempre que la razón esté libre para combatir las"; en José Enrique Rodó, que fundó su hermoso *Motivos de Proteo* en el concepto clave, "Reformarse es vivir"; y en Francisco Romero, insigne filósofo argentino, que en *Teoría del hombre* afirma que el ser humano en su larga historia va pugnando "por imponer la supremacía del espíritu", ese espíritu que es de "absoluta trascendencia".

Presencia del Pasado

SEMEJANZAS DE DISEÑO QUE NO INDICAN CONTACTOS CULTURALES

Por Alfonso CASO

EN el año de 1962, en esta misma revista, publiqué un artículo intitulado "Relaciones entre el Viejo y el Nuevo Mundo. Una observación Metodológica".

Sostenía que las puras semejanzas de diseño, aún en aquellos casos en que están unidas a una semejanza de concepto o de función, tienen muy escaso valor para probar contactos entre dos culturas distantes.¹

El mismo artículo, traducido al inglés, fue publicado en las Memorias del XXXV Congreso Internacional de Americanistas² por lo que ha recibido amplia difusión.

Ahora bien, desde entonces he encontrado o me han comunicado otros ejemplos que demuestran la poca efectividad de una prueba que se basa sólo en semejanzas de diseño.

Mi buen amigo don Manuel Romero de Terreros, llamó mi atención sobre la extraordinaria semejanza que existe entre una moneda griega de Agrigento de 415 antes de Cristo, y el anverso de un centavo mexicano (Fig. 1 a y b). En ambos tenemos el águila, representada de perfil, matando una serpiente y colocada sobre una piedra en la que hay *dos* puntos numerales. Si se recuerda que el águila devorando la serpiente, posada sobre un nopal que nace de una peña, es el símbolo de la fundación de Tenochtitlán y que esto ocurrió según el Códice Mendocino en el año *dos* Casa, se verá que las semejanzas son múltiples, pero que no por eso dejan de ser accidentales, a no ser que se sostuviera que los griegos de Agrigento, en Sicilia, influyeron sobre los sacerdotes aztecas para enseñarles el símbolo de la fundación de la ciudad, que por cierto no ocurrió hasta 1324 de nuestra era.³

Otra semejanza muy curiosa he encontrado entre una ceremo-

¹ CASO, A. *Cuadernos Americanos*. Año XXI, No. 6. 1962.

² *Id. Actas y Memorias del XXXV Congreso Internacional de Americanistas*. México, 1964.

³ 1927. *Catálogo de Monnaies de la Grande-Grece et de la Sicile*. París.

nia que está representada en ciertos petroglifos del sur de Suecia y de Noruega y atribuibles al segundo milenio antes de Cristo y el famoso palo del Volador que existe en muchas regiones de México y que se viene usando desde la época prehispánica. (Fig. 2a, b, c, d y e).

Evidentemente se trata de una ceremonia muy semejante que Bibby cree conectada con el culto del sol en el verano, como el Volador es también un deporte conectado con el culto solar.⁴ Se notará que no sólo se ve los hombres que están "volando" alrededor del palo, sino que hay uno arriba, como el que tocaba la flauta y el tambor desde la época prehispánica y están dando vueltas amarrados a las cuerdas que cuelgan y aun hay uno que parece haber sufrido una caída.

Volvemos a decir que a menos que se piense en una influencia de los escandinavos prehistóricos sobre los totonacos, tenemos que admitir aquí también, que las semejanzas son accidentales y no atribuibles a contactos culturales.

Un tercer ejemplo lo tenemos en una máscara egipcia publicada en la portada de la conocida obra de Pirenne⁵ y una máscara teotihuacana publicada por la Sociedad de Arte Moderno⁶ (Fig. 3 a y b).

La semejanza se vería más acentuada si la máscara teotihuacana conservara los ojos incrustados, como los tenía, y se ven por ejemplo en la cabeza de Ehecatl que reproducimos en la Fig. 4 tomada de esta última publicación (p. 58).

Por último mostramos tres ejemplos de la cultura minoana que son semejantes a objetos y dibujos de Mesoamérica. El primero es un anillo de oro (Fig. 5 a) que corresponde al minoano antiguo y que se encuentra reproducido en la obra de Higgins.⁷ Es muy semejante a dos anillos de oro que encontré en la Tumba 7 de Monte Albán (Fig. 5 b). El que reproducimos tiene el número 227, en el catálogo.

El segundo objeto (Fig. 6 a) es una incrustación de marfil encontrada en Micenas, mientras que las figuras 6 b y e, representan rayos solares de estilo azteca. Se notará que es más semejante a con b que a c, a pesar de que b y c son de la misma cultura.

Por último en la Fig. 7 a, reproducimos un motivo tomado de

⁴ BIBBY, GEOFFREY. *Four thousand years ago*. Collins. London. P. 201.

⁵ 1964. PIRENNE, JACQUES. *Histoire de las Civilisation de l'Egypte Ancienne*. París.

⁶ 1945. Sociedad de Arte Moderno. *Máscaras Mexicanas*. 2ª Exposición. México, p. 44.

⁷ 1961. HIGGINS, R. A. *Greek and Roman Jewellery*. London. Lám. 2 c.

un fresco de Tirinto que se conserva en el Museo Nacional de Atenas,⁸ mientras que en la figura 7 b, reproducimos un motivo muy semejante tomado de un hueso labrado que encontramos en la tumba 7 de Monte Albán.

Los ejemplos anteriores sirven para reafirmar la tesis que hemos sostenido desde nuestro primer artículo sobre esta materia: la semejanza de diseño, *aún reiterada*, no basta para afirmar conexión entre dos culturas.

La teoría de la difusión a través del Atlántico parece definitivamente abandonada y sólo se sostiene todavía por los partidarios de la Atlántida.

¡No sabemos si hay "verdades eternas", pero estamos seguros de que hay errores eternos!

Actualmente, aun los que como Gladwin hacen venir buena parte de la cultura de América traída por los marinos de Alejandro el Grande, no se atreven a quitarle a Colón la gloria de ser el primero que atravesó el Atlántico por aguas tropicales y prefieren que la dispersión de la flota griega sea en el Océano Indico y que la influencia venga por el Pacífico.

Como he dicho en mi artículo anterior, los polinesios no pudieron ser los que iniciaron las grandes culturas americanas, por la sencilla razón de que, cuando estas culturas alcanzaron su madurez, *todavía la Polinesia estaba despoblada*.

Se menciona también a los chinos, pero el doctor H. G. Creel del Department of Oriental Languages and Civilizations, de la Universidad de Chicago y especialista en cultura china, me dice en una carta:

1. "No conozco nada que indique que los chinos tenían entre 2,000 y 1,000 años antes de Cristo, barcos capaces de cruzar el Pacífico.

2. No conozco ninguna indicación de interés, durante los períodos Shang y Chou, de colonizar aun el Japón, por no decir nada de tierras más remotas".

Si ni chinos ni polinesios pudieron cruzar el Pacífico entre 2,000 y 1,000 años a. de Cristo, no se ve quiénes pudieron hacerlo.

Una nueva rama de las ciencias etnológicas ha surgido recientemente; me refiero a la Etnología Marítima.⁹ Esta nueva disciplina se propone, entre otros objetivos, el estudio del adelanto en materia de navegación de los pueblos, lo que explicaría la posibilidad de los contactos culturales.

⁸ 1962. MATZ, FRIEDRICH. *La Crete et la Grece Primitive*. París, p. 196.

⁹ 1963. CRESTON, R. Y. *Questions d'ethnologie maritime*. VI. Congrès International des Sciences Anthropologiques et Ethnologiques. París. Tome II, p. 527.

Evidentemente para que exista una navegación marítima eficiente, se necesitan ciertos conocimientos y ciertos instrumentos que permitan la construcción de barcos y la utilización de aparejos adecuados.

Está comprobado que el hombre europeo, en el neolítico, ya pudo cruzar brazos de mar para ir de una a otra isla, como lo hicieron los eolios en el Mediterráneo y los que pasaron de Inglaterra a Irlanda.¹⁰

En Noruega y quizás también en Inglaterra, canoas de pieles sobre armazones de madera, de tipo *coracle* u otras semejantes a los *umiak* de los esquimales, fueron usados en esa época y quizás también para cruzar el Estrecho de Behring.

En cuanto a la navegación en lagos y ríos, se utilizaron desde muy temprano, balsas hechas de junco, que dieron origen a los barcos egipcios y que se usaron y todavía se usan en muchas partes. Las canoas de *titora* del Lago Titicaca o las balsas que encontré y utilicé en la Laguna de Tuxpan, cerca de Iguala, Gro., son un ejemplo (Fig. 8).

Pero las canoas hechas de un tronco de árbol (*monoxilas*), son difíciles de hacer si no se dispone de hachas o azuelas de piedra pulida. Se conoce sin embargo una canoa atribuida al Mesolítico y también remos.

En la época neolítica en Dinamarca, seguramente existieron canoas que permitían pescar en aguas profundas el bacalao y veremos después que el hallazgo de espigas de especies que sólo viven en alta mar, permite suponer el conocimiento de canoas entre los japoneses en la época Jōmon.

Todos estos son sin embargo, viajes cortos, que se realizaron seguramente contando con el buen tiempo y sin perder de vista la tierra.

Lo mismo podemos decir de los viajes de circunnavegación de una isla y aun de un continente como Africa; pudieron emprenderse en una época bastante temprana, en cuanto fue posible construir barcos mayores y más resistentes, capaces de transportar tripulaciones más numerosas y agua y víveres para un viaje de varios días. La invención de la vela, que ya aparece representada en un barco egipcio predinástico de 4,000 años a. de Cristo, sin duda hizo posible la construcción de estos navíos.¹¹

Estos viajes en los mares interiores y a lo largo de las costas

¹⁰ 1963. COLE, SONIA. *The Neolithic Revolution*. British Museum. London. p. 39.

¹¹ 1961. LANDSTROM, BJOEON. *The Ship*. Doubleday and Co. New York. Fig. 11.

son posibles con barcos pequeños que pueden ser llevados a tierra, cuando se hace difícil la navegación o cuando se presentan vientos contrarios, que no se pueden dominar sin la vela latina, de invención muy tardía, que permite tomar el viento que sople prácticamente desde cualquier rumbo.

Pero los viajes transoceánicos ya requieren un conjunto de conocimientos técnicos, que no es creíble que existieran ni siquiera en la época chalcolítica.

Así por ejemplo en China, durante el neolítico, más o menos 3,000 años a. de Cristo, la navegación ya pudo existir con canoas impulsadas con pagayas, pero solamente pudo ser una navegación costera.¹²

La primera dinastía china propiamente histórica, la de los Shang, existió entre 1751 y 1111 años a. de Cristo. Pero en la obra de Chieng antes citada, no se mencionan siquiera las palabras *navegación*, *barco*, *canoas*, *vela*, *pagaya*, etc., lo que indica la poca importancia que tenía la navegación en esta época.

Por otra parte ni siquiera se había colonizado el Japón y sólo se le menciona una vez (II-105), como el lugar donde existen ahora varias colecciones de mármoles chinos.

Los peces encontrados en las exploraciones, son todos de agua dulce, exceptuando el *mugil*, que vive a lo largo de la costa o en la desembocadura de los ríos (II-92).

Como hemos dicho, no hay ningún dato que indique que en esta época se hubiera colonizado el Japón y por supuesto, sería imposible encontrar ninguna señal de colonización en Hawaii y en otras islas de la Polinesia. En cuanto a pensar que a pesar de lo anterior pudieron llegar a América, me parece una hipótesis que choca con lo que sabemos de la posibilidad de navegación de los chinos durante las dinastías Shang y Chou.

El último pueblo que habría de considerarse entre los que pudieron influir en la creación de la cultura Mesoamericana, es el Japón. Pero no parece posible la navegación transoceánica de los japoneses en el segundo milenio antes de Cristo.

Los japoneses, a la inversa de los chinos en esa época, por el hecho de vivir en las islas y ser pueblo de pescadores, sí estaban habituados al mar. Desde luego no nos importa considerar sino la primera cultura japonesa, la llamada *Jōmon*, puesto que la que le sigue, llamada *Yayoi*, con la que principia el cultivo del arroz, se inicia en 200 a. de Cristo, es decir cuando estaba en su apogeo la

¹² 1959 CHÊNGTÊ K'UN. *Archaeology in China*. Vols. I y II. Cambridge.

cultura olmeca en Mesoamérica, con una escritura y un calendario muy adelantados.

Es cierto que ya desde la primera cultura *Jōmon* se pescaban peces de alta mar y se encuentran conchas de moluscos que viven a profundidades hasta de 40 metros, pero esta profundidad y mayor hay en el "Mar interior" entre las islas de Honshu, Kyushu y Shikoka y además a unos cuantos kilómetros de las costas se encuentran grandes profundidades oceánicas, por lo que los pescadores pueden pescar peces de alta mar sin alejarse de la costa y sin perder de vista la tierra.

Se han encontrado pagayas y canoas monoxilas de dos tipos, en esta época antigua, y uno de esos tipos es semejante a la actual canoa *ainu*¹³ y canoas más importantes con dotación de varios remeros y hasta con velas, ya aparecen representados en vasos de bronce pero de la época *Yayoi*.

Ninguno de los arqueólogos especialistas en las viejas culturas del Japón afirma que en la época *Jōmon*, es decir antes del año 200 a. C., pudieran los japoneses tener barcos capaces de cruzar el Pacífico.

Volvemos a insistir en que no hay pruebas de que las viejas culturas asiáticas de 2,000 a 1,000 a. de Cristo, hayan podido influir en el nacimiento de la alta cultura mesoamericana.

¹³ 1959. KIDDER, J. EDWARD. *Japan*. Thames and Hudson. London.



b



a

Fig. 1



Fig. 2 a

Petroglifos del sur de Escandinavia.

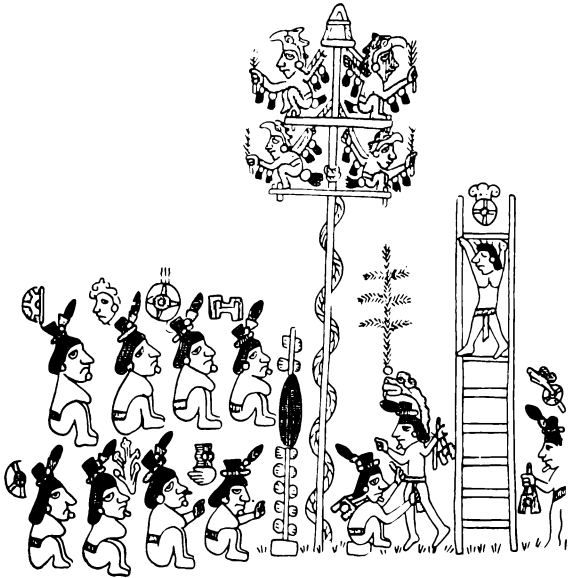


Fig. 2 b

El Volador prehispánico, Códice Fernández Leal, Fol. 4,5

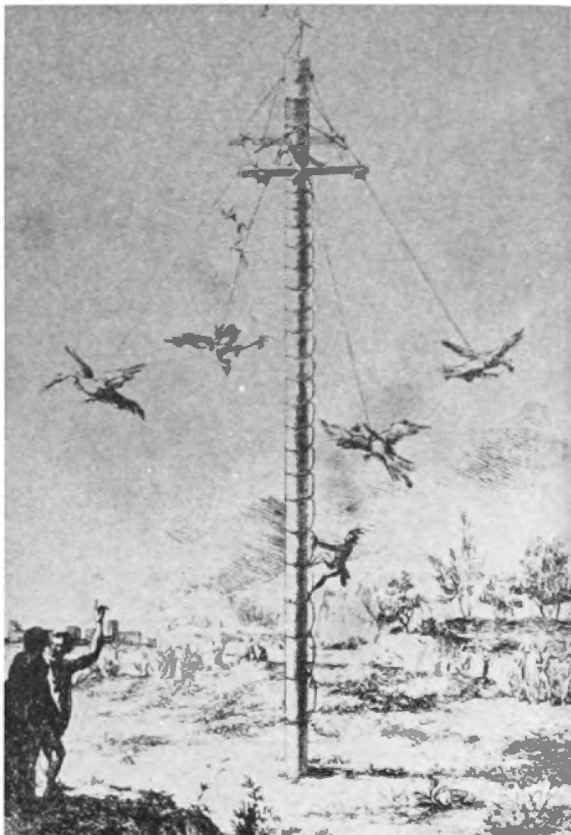


Fig. 2 c

El Volador prehispanico según Clavijero.

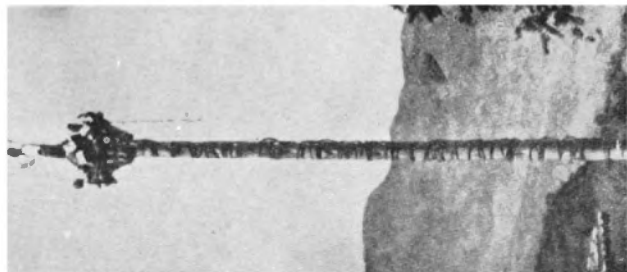


Fig. 2 c

El Volador actual.

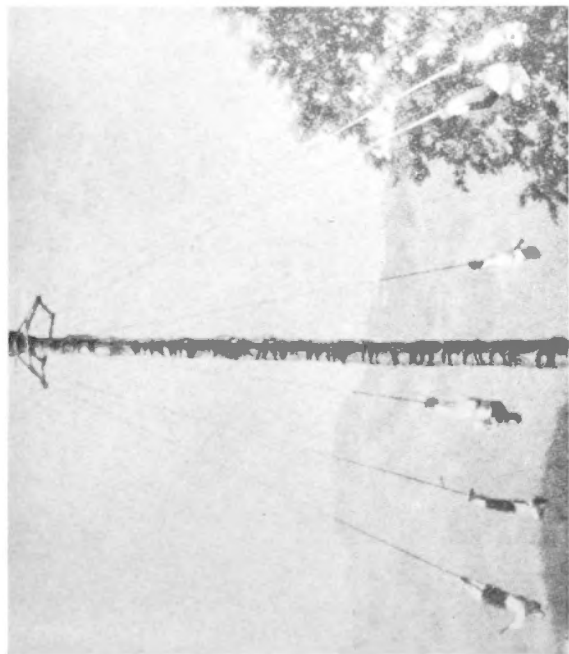


Fig. 2 d

El Volador actual entre los indigenas totomacos.



a



b

Fig. 3



Fig. 4

Ehecatl con incrustaciones en los ojos. Soc. de Arte Moderno, *Máscaras Mexicanas*, pág. 58.



a



b

Fig. 5

Anillos de oro. a) Minoano antiguo. Higgins, Lám. 2 c. b) Monte Albán, Oaxaca, Tumba 7, anillo 227. Higgins, R. A. *Greek and Roman Jewellery*. London, 1961.



a



b



c

Fig. 6

a) Incrustación de marfil, Micenas. b) Rayo solar, Museo Nacional. c) Calendario de Oaxaca.



Fig 7a

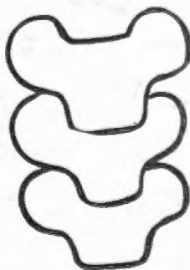


Fig 7b



Fig. 8

Balsa de tule. Laguna de Tuxpan (Iguala, Gro.).
Foto Maurilio Muñoz, 1965.

LA ÉPOCA DE LAS TRIBULACIONES Y EL FIN DE LAS CIUDADES*

Por S. PIGGOTT

"Una hueste cuya arremetida era como la del huracán; un pueblo que nunca había conocido una ciudad".

(Fechado en Ur, durante la Tercera Dinastía)

EL doble tipo de vida de la India Occidental prehistórica a comienzos del 2º milenio a.C., con la gran civilización urbana de Harappa en las llanuras y las sencillas comunidades campesinas de las montañas de Beluchistán, había permanecido inmutable durante setecientos u ochocientos años por lo menos; los establecimientos de Beluchi probablemente existían desde fecha tan antigua como el año 3000 a.C., y algunos de ellos quizás desde antes. En los registros arqueológicos de ese tiempo no hay ninguna prueba de que se haya producido algún cambio violento; las aldeas se abandonan, las ciudades se reconstruyen después de las inundaciones o aparecen nuevos establecimientos; pero las pequeñas sociedades que se bastan a sí mismas aisladas en los valles de las montañas o la vasta organización del Imperio de Harappa en las anchas llanuras, siguen viviendo sin que les afecte nada el mundo exterior.

Pero en la estratificación del montículo de Rana Ghundai se encuentran indicios de lo que ocurrió para que se rompiera este largo aislamiento de las pacíficas pero estancadas comunidades. Porque allí había habido una ocupación continua acompañada de un estilo evolutivo en la cerámica, desde una época que data probablemente de fines del 4º milenio hasta los tiempos más contemporáneos de una parte de la civilización Harappa, la fase R G IIIc, que tuvo lugar aproximadamente en el año 2000 a.C. Hay indicios de que por entonces el establecimiento fue saqueado e incendiado: "Por todas partes, encima del nivel de los cimientos... (de la fase R G IIIc) se encuentran montones de cenizas, como si se hubiera

* Capítulo de la prehistoria de la India, obra que en breve publicará el Fondo de Cultura Económica.

producido una conflagración", dice el brigadier Ross, al describir la estratificación del sitio. Sobre esa capa de ruinas calcinadas, en la fase RG IV, los tipos de la cerámica se apartan enteramente de los que quedaron debajo; aparecen tazones y escudillas toscos con pinturas "atrevidas y no del todo desagradables dentro de un estilo algo charro". Pero, una vez más, el establecimiento fue destruido por las llamas, y en la fase siguiente, la RG V, el cambio radical en los tipos de la cerámica (los cacharros están sin pintar y tienen adornos en relieve pegados en su superficie) indica el establecimiento de gentes nuevas en el antiguo "tell" de Rana Ghundai, tantas veces asolado por las llamas.

Estos indicios de violentas destrucciones y de rápidos cambios de población sólo pueden significar que las fases RG IV y RG V representan tiempos de disturbios, de inseguridad e irrupciones, de incendios y pillaje en el norte de Beluchistán. A las pruebas de Rana Ghundai puede agregarse la de Nal, donde la última fase del establecimiento con alfarería de Zhob, fue también pasto de las llamas, a tal extremo que el tell todavía se llama Sohr Damb, el Montículo Rojo, debido a la tierra enrojecida por el fuego. La capa superior de dos metros en el corte transversal del tell de Dabar Kot, dejó ver no menos de seis gruesas capas de cenizas, lo que indica las repetidas destrucciones de los últimos establecimientos, y allí, entre las ruinas quemadas, se encontraron abundantes fragmentos de cacharros con adornos en relieve del tipo de la fase RG V. También en ese sitio, uno de los últimos establecimientos fue el de los habitantes de Harappa, de manera que la fecha del saqueo y la destrucción puede establecerse con cierta aproximación.

En los últimos establecimientos de los sitios del sur de Beluchistán no aparecen pruebas de incendios y destrucciones, pero debe tenerse en cuenta que allí se han hecho pocas excavaciones. Sin embargo, en uno de los sitios, un pequeño tell de Shahi-tump, cerca de Turbat, se había cavado un cementerio en las ruinas de una población abandonada por habitantes de la Cultura de Kulli, que puede relacionarse con la presencia de los habitantes de Harappa en la región, puesto que allí se encontró el fragmento de una carreta de juguete modelada en arcilla, del tipo característico. De manera que el cementerio de Shahi tump es posterior a la Cultura Kulli y a algunas fases de la de Harappa. En la zona excavada por Stein se encontraron doce tumbas con sus correspondientes esqueletos, y siete grupos de piezas de cerámica enterradas, pero sin restos humanos reconocibles.

Las inhumaciones identificadas parecen todas ser de esqueletos completos yacentes de espaldas o de costado con las piernas encor-

gidas. La mayoría de los objetos depositados en las sepulturas eran grupos de ollas, pero también había herramientas y ornamentos de cobre y bronce, cuentas de piedra y copas de alabastro.

En dos tumbas, las A y B de Stein, se encontraron ofrendas mucho más ricas que en las demás. Al parecer, el esqueleto que ocupaba el entierro A pertenecía a un hombre al que enterraron tendiéndolo sobre el costado derecho, inclinado hacia adelante y con las piernas plegadas; junto a él se dejaron más de cincuenta escudillas, copas y jarros de arcilla, un sello de cobre, una mano de almirez de piedra, una cuenta hecha con una piedra semejante al rubí y un grupo de doce conchas marinas (*Natica asellus*) junto a la cabeza. En el entierro B había un esqueleto de hombre rodeado por un verdadero conjunto de ceramios agrupados en pilas de siete escudillas cada una, un collar de cuentas de lapislázuli, ágata y ónix, una punta de lanza de cobre y un hacha, también de cobre, pesada y con orificio para el mango. Dentro de algunos de los recipientes de arcilla que acompañaban a este y a otros esqueletos, había huesos de animales, quemados algunos de ellos, lo cual indica que tal vez se hayan dejado en la sepultura junto al cuerpo, trozos de carne asada.

La cerámica de todos los entierros es coherente y característica (fig. 25). El material es muy bueno, duro y delgado, de un color que varía entre el gris y el rosado, pero hay algunas piezas de un color ante amarillento claro. La forma más común es el tazón bajo, sostenido por un pie de anillo, y las formas asociadas son escudillas más profundas, que a veces alcanzan un tamaño considerable, o tazas pequeñas pero con la misma forma. Había dos tipos de jarros; el esférico y el cónico, y característicos "potes panzudos" combinados con botellas de cuello corto, pie bajo y cuerpo globular. Formas excepcionales eran las escudillas con pedestal, una con cuatro patas y un par de vasos triples.

La decoración pintada está hecha con un pincel suave y pintura negra, sepia o pardo rojizo, y un rasgo muy característico es el borde suave y esfumado de las líneas pintadas, como si la delgada capa de pintura hubiera sido absorbida por la arcilla porosa. La técnica es descuidada, a veces francamente desaliñada; en vano se buscará el terso vigor de las cerámicas iránias que, como veremos, son sus parientes más próximos. El ornamento en la parte exterior de las vasijas está por lo general dispuesto en zonas, pero a veces en paneles; y en el interior el centro de las escudillas lo ocupa una svástica u otro motivo similar, y más arriba motivos dispuestos en franjas, o todo él está dividido en cuatro partes, dentro de cada una de las cuales aparecen motivos circulares, o hay un motivo

circular o un adorno que se conoce con el nombre de "cuadro de Malta". En las franjas y paneles del exterior se encuentran svásticas y espirales angulares, además de los frecuentes cheurones, rombos y triángulos. En uno de los vasos, los cheurones están pintados en dos colores: negro y rojo.

Este tipo de cerámica tiene su paralelo más cercano en el cementerio de Khurab, cerca del Bampur, a unos 240 kilómetros al

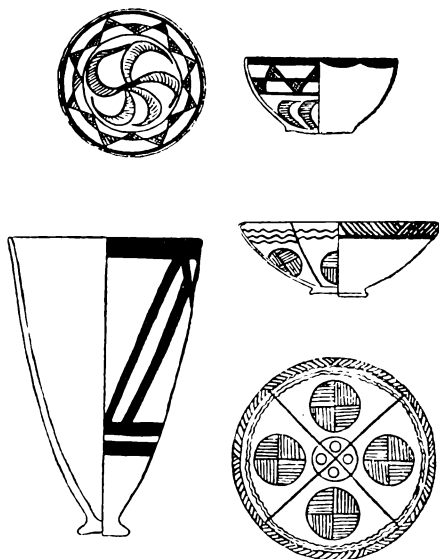


Fig. 25. Piezas de cerámica del Cementerio de Shahi-tump.

oeste, sobre la frontera con Persia y cuya fecha parece aproximarse a las de Kulli y Harappa. Las ollas encontradas en Khurab eran muy similares a las del cementerio de Mehi, que pertenecen a la última fase del sitio y posiblemente sean posteriores al abandono de lugar por sus últimos habitantes. Puede decirse que el cementerio de Khurab y otros cercanos a Bampur pertenecen, en conjunto, al año 2000 a.C., o quizás a muy poco después. Pero en definitiva

las cerámicas de Shahi-tump y otras similares descienden del gran grupo de cerámica antea que se halla mejor representado en Susa I y demás sitios de Fars y desde más lejos, de la de Samarra. La forma de los vasos, la disposición de los adornos y buena parte del repertorio de motivos de decoración, permanecen relativamente inalterables, pero las decoraciones bastardeadas, los rasgos poco firmes del pincel y la aplicación de pintura delgada que se advierten en las ollas de Shahi-tump demuestran que éstas son arcaizantes, no arcaicas, y nos permiten aceptar con confianza la fecha posterior que implican los hallazgos relacionados con ellas. En realidad, esa cerámica representa la expresión final de una tradición que subsistió en el sur de Persia, tal vez desde el 5º milenio a.C., hasta principios del 2º. A esa tradición pertenecen también los pequeños vasos cónicos de alabastro que se encontraron en el cementerio, sin cambio alguno en su forma y material desde sus representantes más antiguos.

Entre los demás objetos encontrados en el cementerio, la punta de lanza y el hacha de batalla con ojo para el mango, ambas de cobre, halladas en la tumba B, indican que aquella fue la sepultura de un guerrero (fig. 26). La punta de lanza, de 23 centímetros de largo, carece de costilla central de refuerzo y recuerda a los tipos de Harappa, pero la fuerte hacha, con un orificio de 3 centímetros de diámetro, se deriva posiblemente de prototipos de Sumer y Accad, aunque sus paralelos más próximos proceden, cosa muy significativa, de las tumbas de jefes de tribus bárbaras, más allá del límite de la zona de civilizaciones urbanas orientales, en Maikop y Tsarskaya, en el sur de Rusia. En la floja estructura de la sociedad bárbara y seminómada extendida por la estepa y a lo largo de las fronteras de las comunidades más fijas y sedentarias de Mesopotamia y de Persia, esos tipos, originados en definitiva por los metalúrgicos sumerios, habrán tenido una distribución amplia y con frecuencia rápida.

Los cinco sellos de cobre procedentes del cementerio de Shahi-tump, indican más explícitamente sus relaciones con el Occidente (fig. 26). Todos tienen el mismo tipo característico y es significativo que el único ejemplar procedente de Baluchistán pertenece a la última fase del Sohr Damb, en Nal, y quizás deba asociarse con destrucción del establecimiento por un incendio. Los sellos son todos de forma circular y llevan un motivo muy sencillo hecho con tiras salientes de metal; sellos de tipo similar a éste se encontraron en Hissar IIb, en Anau III y en Susa, en niveles que sugieren una fecha hacia el año 2000 a.C., o poco después. Más adelante veremos que se conoce por lo menos un sello semejante del Sind, de fecha pos-

terior al período de Harappa. Por todo esto vemos que las pruebas son muy favorables a considerar esos objetos metálicos del cementerio de Shahi-tump como si pertenecieran a una fecha posterior al año 2000 a.C., y como asociados a movimientos de población desde el Oeste.

¿Representan esos objetos comercio o migración? Anticipando otras pruebas que estudiamos más adelante, lo segundo parece lo más probable, y, ya que la cerámica representa una tradición local,

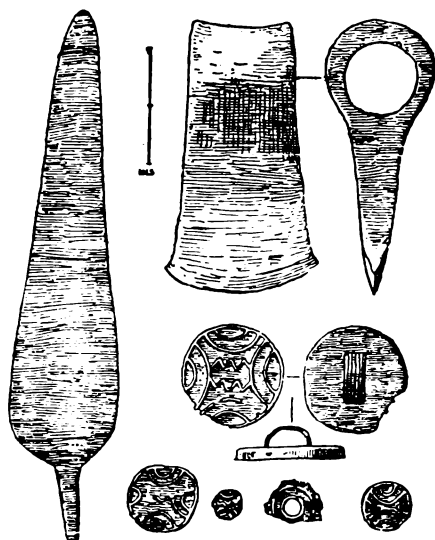


Fig. 26. Una punta de lanza y un hacha con agujero para el mango hechas de cobre. Abajo se ven algunos sellos para estampados. Todo del Cementerio de Shahi-tump.

también parece lo más probable que la migración haya sido de gentes que viajaban con poca impedimenta y que sólo llevaban consigo objetos portátiles como sellos, puntas de lanza y hachas de combate. ¿No serían esos "inmigrantes" miembros de bandas guerreras que esclavizaban o desposaban a las mujeres de la localidad, que hacían las escudillas de barro, y está el cementerio de Shahi-

tump relacionado de alguna manera con el saqueo de las aldeas de Beluchistán? Los cráneos nos suministran pruebas muy endebles, y las deducciones que pueden sacarse de sus medidas deben tomarse con precaución; pero el anatomista que examinó el cráneo del hombre de Shahi-tump enterrado con su lanza y su hacha de combate, informó que mostraba "rastros de un origen mixto y, en ciertos aspectos, tiende a aproximarse al tipo de cráneo del Cáucaso o nórdico". Por desafortunado que parezca este último adjetivo en un contexto moderno, por lo menos parece probable que el cementerio de Shahi-tump fue un cementerio de los nuevos habitantes de la región y no de la antigua población, con algunos tipos nuevos de sellos y de armas adquiridas en los mercados.

En relación con lo antedicho, quisiera llamar la atención del lector sobre las pruebas mencionadas en el capítulo anterior; ya vimos que durante las últimas fases de Mohenjo-daro hubo un repentino fortalecimiento de las relaciones entre las culturas de Harappa y de Kulli, y que las ollas de barro y los vasos de piedra del sur de Beluchistán, aparecieron en los últimos niveles de ocupación de la ciudad. ¿Puede esto estar totalmente desconectado con los indicios de una situación de perturbaciones y desórdenes en Beluchistán, y con el establecimiento en el sur de esa región de recién llegados, sospechosos por lo menos de no ser sólo pacíficos inmigrantes campesinos? ¿Hubo una corriente de refugiados que entraban por los pasos del Bolán, de Lak Phusi y del Valle del Gaj en la llanura del Indo, buscando amparo en las poblaciones con las que habían tenido relaciones comerciales durante tanto tiempo? Si en realidad fue así, las ciudades de la India no tardaron mucho en sufrir las verdaderas invasiones de esos "refugiados", porque en el Sind se encuentran pruebas claras de que las montañas de Beluchistán no fueron más que un lugar provisional de descanso para los invasores procedentes del Oeste. Tan pronto como escalaron los montes de la cordillera de Kirthar, contemplaron a sus anchas, al otro lado, los valles y las planicies donde se hallaban, prontas para el saqueo, las prósperas comunidades al lado de las cuales las poblaciones de Beluchistán no eran nada. Se hallaron ante las fronteras de la civilización pero delante de un reino inhábil para la defensa e imprevisto para el ataque. En Chanhudaro, Jhukar y Lohumjodaro, sitios de la Cultura de Harappa en el Sind, la arqueología nos muestra algo de lo que fue el fin de cada una de esas ciudades donde se establecieron los invasores después de haberlas saqueado y destruido.

El sitio de Jhukar dio su nombre a una cultura característica e intrusa en el Sind, que aparece estratificada encima de las ruinas

de los abandonados establecimientos de Harappa en los tres sitios mencionados, pero fue en Chanhu-daro donde se obtuvo el mayor número de pruebas. Por lo tanto, en la descripción siguiente se atenderá principalmente a ese sitio, acudiendo a los otros siempre que sea necesario.

Siguiendo las normas acostumbradas en esta materia, la estratificación en Chanhu-daro puede expresarse de la siguiente manera:

Chanhu-daro Ia	
Chanhu-daro Ib	Cultura de Harappa
Chanhu-daro Ic	
Chanhu-daro II	Cultura de Jhukar
Chanhu-daro III	Cultura de Khangar

La última fase de ocupación de este sitio se describe más adelante y, por el momento, nos ocupamos de la fase Chanhu-daro II, establecimiento de gentes de la Cultura de Jhukar.

Fue ése un establecimiento de "advenedizos" entre las ruinas de la fase Ic de Harappa, y si bien parece que hubo alguna tosca reconstrucción de las paredes de las casas con los ladrillos quitados de otras partes del sitio, parecen haberse hecho nuevas chozas de paredes muy poco sólidas, probablemente de esteras, irregularmente dispuestas en torno de una plataforma rectangular de ladrillo, que llega a medir en una ocasión 5 por 2 y medio metros. Estos pisos de ladrillo podían servir también como plataformas sobre las cuales se levantaban las tiendas; pero sea como fuere, indican que en el sitio se levantaron viviendas muy precarias y que de ninguna manera puede considerarse el establecimiento como permanente. Innovación interesante son los hogares algunas veces desmañadamente contruidos en los quicios de las puertas, o en huecos de los muros derruidos de casas ruinosas, o hechos con pequeños cercos rectangulares o circulares de ladrillo.

La cultura material que se halla representada entre esas viviendas primitivas, incluye una cerámica abundante y característica, sellos para estampar, amuletos, cuentas, herramientas y alfileres de metal, punzones de hueso y un apoyo de cerámica para la cabeza (fig. 27). Todo esto forma un conjunto de objetos curiosos y característicos, que contrasta fuertemente con el de la Cultura de Harappa a la que suplantó y, sin embargo, no deja de tener clara relación en él. La cerámica pertenece al grupo de piezas anteadas y tiene un variado repertorio de ornamentos pintados en negro y rojo. Las formas incluyen jarros con pedestal corto y potes de diversos tipos que, por regla general, tienen sus paralelos en Belu-

chistán; pero también se encuentran algunos platos para las ofrendas de alto pedestal con un adorno ondulado en relieve sobre el borde, que descienden de Harappa o de la Cultura de Kulli en su fase de influencia de Harappa. El repertorio ornamental es muy variado, y emplea motivos geométricos y formas estilizadas de plantas, que en general tienen gran parecido con los árboles pintados en los cacharros de Kulli. Otros motivos geométricos sencillos, acompañados de anchas franjas horizontales de color rojo ciruela, recuerdan el estilo de Amri; las franjas de cheurones en apretada hilera, pintados en negro y rojo brillante son exactamente compa-



Fig. 27. Hacha de cobre con agujero para el mango, y alfileres del mismo metal; sellos y cuentas de piedra y de faenza; descanso para la cabeza hecho de arcilla. Cultura Jhukar. (Según Mackay y Majúndar).

rables con los dibujos de un fragmento procedente de Zayak, en el sur de Beluchistán, donde se encontraron otros motivos que también podrían ser comparados a los que nos ocupan: las ondas múltiples y unas bolas con tallo, de Jhukar, por ejemplo, encontraron en Sar-Parom y Jai-damb. Una de las dos representaciones de animales en los ceramios de Chanhu-daro es parecida a la que aparece en una olla de Periano Ghundai, en el norte de Beluchistán.

Por regla general, pues, la alfarería de Jhukar procedente de los sitios de Sind, parece combinar diversidad de elementos entre los que predominan los motivos de Kulli y probablemente los de Harappa, con vestigios del estilo de Amri. Es, en realidad, lo que podría esperarse de un substrato nativo, ajeno a la civilización de Harappa, intruso en la población local, con cierta infusión de nuevas tendencias del sur de Beluchistán. Más hacia el oeste se encuentran motivos aislados, por ejemplo, el dibujo de una planta hecho con dos espirales que se encontró en Sialk III y en Hissar Ib, y después aparece en un cementerio de fecha posterior, descubierto en Kiwan-ri, en el Makrán, al que nos referiremos después. En conjunto parece que no hay razón para considerar la cerámica del Jhukar sino como un producto indígena que surgió del movimiento de pueblos y el estado de perturbación que se produjo tras la caída del Imperio de Harappa, cuando las tribus de refugiados abandonaban Beluchistán para instalarse en el Sind.

Los sellos de Jhukar y los amuletos asociados a ellos que se encontraron en abundancia en Chanhu-daro II (fig. 27) nos ofrecen un contraste y una comparación muy interesantes con Harappa. Los sellos son de cerámica, porcelana, piedra y metal, y completamente distintos de las bien conocidas series de Harappa en sus motivos ornamentales; también carecen de inscripciones. Pero son sellos para estampar, casi siempre circulares y algunas veces cuadrados, de la gran familia de tales objetos en el occidente de Asia, y pueden señalarse ciertos paralelismos. Uno de los sellos de porcelana tiene un motivo que puede compararse exactamente con el de los sellos de cobre del cementerio de Shahi tump; el tratamiento de los animales en otros dos sellos, recuerda el empleado en Súmer y el Elam más bien que el de India; el motivo de un entrelazado en otro sello, tienen su paralelo en los contextos hititas de Asia Menor, y esta misma región ofrece otros muchos paralelos menos precisos para los tipos de sellos y amuletos de doble faz de Chanhu-daro II. Dígase lo que se dijere de la cerámica, los sellos de Jhukar son extraños a la India y su presencia implica la llegada de gentes nuevas del oeste, no desconectadas de las que enterraron a sus muertos en el cementerio de Shahi-tump.

Las cuentas apuntan hacia la misma dirección. En Lohumjodaro se halló una cuenta ornamentada de piedra que tiene sus análogos en Hissar IIIc y Anau III; y las cuentas largas de porcelana en forma de barril burdamente ornamentadas, para imitar formas segmentadas, procedentes de Chanhu-daro II, recuerdan otras semejantes encontradas en Jemdet Nasr y en los estratos correspondientes a la Dinastía Primitiva en Súmer. Es más difícil encontrar un paralelo a las cuentas largas divididas en segmentos, procedentes del mismo sitio, a pesar de que en Egipto por lo menos aparecen esas formas chabacanas en una fecha muy posterior. Así pues, las cuentas, lo mismo que los sellos, nos sugieren la introducción de nuevos tipos y estilos desde el occidente, desde las fronteras del reino de Súmer y Accad.

Un hacha de cobre con orificio para el mango nos ofrece otro vínculo con el cementerio de Shahi-tump, mientras que la serie de alfileres contrasta con los usos indumentarios de Harappa, que no conocían rofas que se sujetasen con esos instrumentos (fig 27). Hay siete alfileres con la cabeza enroscada de una manera conocida en Súmer desde el Período Dinástico Primitivo por lo menos; pero ese tipo de alfiler hizo su primera aparición, muy significativamente por cierto, en la fase IIIb de Hissar. Resulta difícil decir algo sobre los otros tipos, a no ser que uno de ellos recuerda vagamente a un alfiler hallado en Sialk IV.

Los numerosos punzones de hueso pueden tomarse también como una innovación, puesto que no se encontró ninguno en los niveles de la Cultura de Harappa. Macay sugiere que se usaron como leznas para tejer las esteras. Esos instrumentos tan simples subrayan el carácter bárbaro de la Cultura de Jhukar, sugerido ya por aquellos cobertizos construidos entre las ruinas de las ciudades desiertas. Lo que sí es un hallazgo notable es el reclinatorio para la cabeza hecho de cerámica y adornado con alegres dibujos; es difícil encontrarle un paralelo, y aquí se acentúa una vez más el contraste con todo cuanto conocemos de las culturas de Harappa o de Beluchistán.

El panorama que nos ofrece el material de Jhukar no es muy distinto al que nos pintan las menos abundantes reliquias del cementerio de Shahi-tump. En ambas culturas, la cerámica parece representar un tipo más o menos indígena en una etapa posterior de evolución o tal vez de degeneración, pero los pequeños objetos portátiles como los sellos, las cuentas, los implementos y las armas de metal, así como los hábitos indumentarios sugeridos por el uso de los alfileres, indican la llegada de sangre nueva a la región. Uno de los rasgos más interesantes de Chanhu-daro es el uso de la porcelana

por el pueblo de Jhukar, y esto no puede explicarse de ninguna manera a no ser suponiendo que los invasores reclutaban artesanos locales, o bien que estaban en condiciones de adquirir este producto de ellos, hábiles en esta técnica que sobrevivió a los desastres de Harappa, y se pusieron a imitar, lo mejor que pudieron, los tipos de cuentas que pedían sus nuevos amos aunque es posible que los recién llegados conocieran de vista la porcelana, es dudoso que trajeran consigo a los artesanos que pudieran hacerla, y, como hemos visto, algunas cuentas de porcelana pueden haber sido importadas a la India desde la región del Mediterráneo Oriental. En los tres sitios del Sind donde se encontraron vestigios de la Cultura de Jhukar, tenemos la impresión de que estamos asistiendo a la llegada de los bárbaros, bien como destructores de la civilización de Harappa o siguiendo de cerca a los primeros invasores. Los pequeños objetos que trajeron consigo son precisamente los que nos dan la clave sobre sus orígenes. Aquí podemos, por una vez, relegar la alfarería a un segundo término, al estimar el contenido de esas culturas aliadas.

Conviene decir aquí algunas palabras sobre la Cultura Jhangar que aparece en Chanhu-daro III como la última de las ocupaciones del sitio, inmediatamente posterior al establecimiento Jhukar. Es muy poco lo que se sabe de esta cultura, a la que se reconoció únicamente en Chanhu-daro III, en el sitio tipo y en el Sind, excepto que señala una ruptura con las viejas tradiciones de la cerámica decorada, y que en vez de ella tiene una cerámica gris o negra con ornamentos hechos por incisión. Esta cerámica parece primitiva, pero como su fecha es totalmente desconocida, muy bien puede representar una cultura puramente local, restringida a una o dos tribus pequeñas, y puede no ser anterior a uno de los siglos inmediatamente anteriores a la Era Cristiana. En el propio sitio de Jhangar se encontraron fragmentos, aparentemente asociados con la cerámica primitiva, que tienen una sospechosa semejanza con los cacharros de la época de Sunga, en el Siglo II o III a.C.

Las evidencias sobre las últimas fases de la historia de Mohenjo-daro son mucho menos abundantes que las de Chanhu-daro, y se diría que en las ruinas que quedaron tras la caída de la Cultura de Harappa, no se hizo ningún nuevo establecimiento, por lo menos en las zonas excavadas. Sin embargo, hay varios indicios significativos de un estado de perturbación seguido por el desorden y la destrucción, en ese sitio como en otros. Ya hemos hablado de los tesoros de joyas y otros objetos preciosos que fueron escondidos en el último estrato de Mohenjo-daro, y advertimos que la ocultación de tales riquezas es un indicio característico de los tiempos de per-

turbaciones e inseguridad. Hay un buen paralelo antiguo en la propia India, de la ciudad de Rairh, del Estado de Jaipur, donde numerosos tesoros de monedas pueden atribuirse a las perturbaciones y que siguieron a la caída de la dinastía Maurya, a principios del Siglo II a.C. La mayoría de los grandes enterramientos de objetos de cobre hallados también en Mohenjo-daro, pertenecen a las últimas fases de la historia de la ciudad y ponen de manifiesto los sentimientos de temor e inseguridad de que debe haber sido presa la población de aquel entonces.

Asimismo se advierte una decadencia en los edificios y su construcción en aquellos días postreros de la cultura: ya deja de observarse estrictamente la alineación de las fachadas de las casas; las construcciones con ladrillo son malas y no se cuida sino la apariencia, y las grandes casas están divididas en una serie de pequeños cuartos para que pudiera vivir allí el mayor número de personas con el mínimo de comodidades. Las autoridades permiten que los hornos cerrados para cerámica se construyan dentro de los límites de la ciudad, en las mismas zonas residenciales, y aun en mitad de la calle, desagradable muestra de decadencia, que no hubiera sido tolerada por los Padres de la Ciudad de una generación anterior. La inseguridad, la amenaza de incursiones, la división de las grandes casas en múltiples compartimientos, el relajamiento del orgullo cívico y la transformación de las zonas residenciales de la ciudad en barriadas industriales, son signos bastante familiares de decadencia y de inminente caída.

Y hay pruebas concretas de que se sufrían constantemente incursiones, si no algo más, en los montones de esqueletos de personas muertas en la calle o en una escalera, asesinadas en circunstancias en que nadie se cuidó de enterrarlas, porque todos estaban ansiosos de huir y salvar la vida.

Hay algunas piezas de significativa evidencia arqueológica que pueden relacionarse con aquellos "tiempos de tribulación" en Mohenjo-daro. En uno de los últimos niveles se encontró un hacha-azuela de cobre, con orificio para el mango y una prolongación para sujetarlo mejor, instrumento completamente extraño entre las herramientas de metal de la Cultura de Harappa, pero es característico de gran número de sitios del norte de Persia, como los de Hissar III, Shah Tepe y Turang Tepe, que son aproximadamente contemporáneos del período de Accad en Mesopotamia; y sobrevivió en otros sitios (por ejemplo en Assur y en el cementerio B de Sialk) hasta fecha probablemente tan tardía como el siglo IX a.C. El hacha-azuela es sin duda una importación del oeste, un arma de combate probablemente del 2º milenio a.C., y debe clasificarse

juntamente con las hachas simples con orificio para el mango encontradas en Shahi-tump y Chanhu-daro II. También hay un grupo de armas que sólo pueden llamarse espadas, las cuales miden hasta unos 46 centímetros de largo, provistas de una costilla central de refuerzo de una manera completamente extraña a la tradición de Harappa, encontradas una vez más en los últimos niveles de ocupación, y constituyen un problema cuando uno les busca paralelos en otras partes. Lo que más se les parece son unas espadas o dagas con una espiga y roblones para sostener el mango, procedentes de Palestina y que datan de 1800 a 1500 años a.C., donde con frecuencia aparecen vinculadas a la época de los huesos; pero Palestina está muy lejos de la India, y uno esperaría que se encontrarán algunos ejemplares intermedios. Sin embargo, con seguridad se les puede considerar intrusas en Mohenjo daro, y probablemente llevadas por invasiones desde más allá de las fronteras occidentales del reino de Harappa.

Bajo los escombros del patio de una casa de la zona HR, se descubrió una tumba que parece perteneció más bien a los invasores que a los invadidos. Entre un confuso amontonamiento de fragmentos de una vasija grande y muchos otros objetos, como vasos pequeños, cuentas, una cuchara de concha, etc., se hallaron unos cuantos huesos humanos y un cráneo. Junto a éstos se encontró un pote (el único registrado) de un tipo que aparece de nuevo en Harappa en un cementerio positivamente posterior a la principal ocupación de la Cultura de Harappa en la ciudad, a pesar de que sus ornamentos recuerdan más bien los motivos de Kulli y de Jhukar. Cosa por demás sorprendente, el cráneo hallado en aquel entierro pertenece al tipo mongólico, comparable, por ejemplo al moderno tipo de Naga. Si realmente esta es la tumba de uno de los atacantes del reino de Harappa en sus últimos días, indica que la fuerza invasora era muy mezclada y que posiblemente incluía mercenarios. ¿Acaso no pudo haber sido aquél un gurkha?

En el curso de sus excavaciones en Harappa, Vats hizo notar que los depósitos superficiales del montículo que representa las ruinas de la Ciudadela, contenían fragmentos de piezas de un tipo característico, diferente a los que se encuentran en los niveles de la ocupación de Harappa (la ciudad), pero idénticos a los que el propio Vats encontró en un importante cementerio situado fuera de los límites meridionales de la población: El "Cementerio H" que, demostrablemente es posterior al período de Harappa. Stone advirtió que las excavaciones de Wheeler en las capas superficiales del montículo de la Ciudadela proporcionaron varias cuentas segmentadas de porcelana, un tipo enteramente comparable con el de la

cuenta minoica de porcelana de hacia 1600 a.C. Los ladrones de ladrillos revolviéron a discreción la cima del montículo de la Ciudadela, y Vats no determinó ningún nivel de ocupación al cual pudieran asignarse los mencionados cacharros, pero en 1946 Wheeler demostró que el cuarto y último período de construcciones en el sector de la Puerta Occidental y las terrazas, se caracterizaba precisamente por ese tipo peculiar de cerámica. Esta última fase "siguió a un intervalo durante el cual las estructuras correspondientes a las terrazas se habían derrumbado, cubriéndolas una capa de escombros. Está representada por ruinas de casas mal construidas, probablemente viviendas, cuyos muros sólo tenían a veces el espesor de un ladrillo".

UNA SEMBLANZA DE BENITO JUÁREZ*

Por *Jesús SILVA HERZOG*

EL 21 de marzo de 1806 nació en Guelatao, un pequeño pueblo zapoteca del Estado de Oaxaca en el cual sólo unos pocos vecinos hablaban español. Benito quedó huérfano de padre y madre cuando apenas tenía 3 años, viviendo al amparo de sus parientes cercanos. Desde muy niño sintió vehementes deseos de instruirse y de aprender el castellano. Él sabía que para lograr sus propósitos el único camino era trasladarse a la capital de la provincia. A los 12 años de edad se fugó de su casa y marchó a Oaxaca donde encontró hospedaje en la casa en que una hermana mayor trabajaba como sirvienta. Posteriormente, por su propio esfuerzo y en una escuela primaria aprendió, mal que bien, a leer y a escribir; y en octubre de 1821, con la ayuda de su padrino don Antonio Salanueva, ingresó como alumno externo al seminario de aquella ciudad. Durante alrededor de 7 años estudió en el seminario gramática latina, filosofía, física y teología; pero como según sus propias palabras sentía repugnancia por la carrera eclesiástica, en 1828 se pasó al Instituto de Ciencias y Artes para hacer la carrera de jurisprudencia. El Instituto acababa de ser establecido y abría sus cátedras renovadoras a la juventud, resultado de las nuevas ideas progresistas después de la Independencia. Después de terminados sus estudios fue electo miembro del Ayuntamiento y más tarde diputado al Congreso local. En 1834 vio coronados sus esfuerzos al obtener el título de abogado. Más tarde fue secretario del gobierno, miembro del Tribunal Superior de Justicia del Estado, y a fines de 1847 gobernador interino. En este alto cargo no escatimó esfuerzos para levantar tropas que lucharon contra los invasores norteamericanos en defensa de la entidad que gobernaba.

Don Benito Juárez fue electo por el pueblo gobernador constitucional para el período de 1848-1852. Su gestión se caracterizó por la obra constructiva que llevó al cabo, por su constante dedicación al trabajo, por su respeto a la ley y por su honradez inmaculada; fue un gobernante ejemplar. Aquel niño zapoteca, huérfano

* Del libro en preparación *El Pensamiento Social Mexicano*.

e ignorante, merced a su esfuerzo sin tregua, a sus prendas morales y a su voluntad acerada se elevó gracias a sus altas virtudes a la suprema magistratura de su Estado natal. La obra admirable que realizó ha sido reconocida aun por sus críticos más severos, tales como Francisco Bulnes, polemista audaz e hiperbólico.

A fines de 1853 el señor Juárez fue desterrado del país por órdenes de Santa Anna. Después de permanecer unos días incomunicado en el castillo de San Juan de Ulúa fue obligado a embarcarse rumbo a La Habana donde después de breves días de estancia se reembarcó para Nueva Orleans. Allí se encontró con otros desterrados víctimas de la tiranía santannista: Ocampo, Arriaga, Prieto y Mata. Estos ciudadanos íntegros y patriotas no dejaron de luchar por todos los medios a su alcance contra el gobierno instaurado en la capital de la República. En mayo de 1855 Juárez dejó Nueva Orleans y se embarcó para Panamá y después para Acapulco con el fin de reunirse a los revolucionarios de Ayutla. Desde luego comenzó a prestar a la causa revolucionaria servicios eminentes, siempre modesto, siempre laborioso, siempre atinado en sus juicios políticos. Triunfante la revolución y designado Presidente el general Juan Alvarez, don Benito, con Ocampo, Prieto y Comonfort fue nombrado miembro del gabinete, con el carácter de Ministro de Justicia. La obra que al frente del ministerio realizó fue de enorme trascendencia y tal vez puede considerarse como la primera ley de la Reforma, puesto que significó limitar considerablemente los fueros militares y eclesiásticos.

Por otra parte, obedeciendo instrucciones del gobierno federal tuvo que hacerse cargo por corto tiempo del gobierno de Oaxaca. Lo primero que hizo fue restablecer el instituto que había sido clausurado por los reaccionarios santannistas.

En su discurso de toma de posesión se refirió a la instrucción pública como cimiento del adelanto de los pueblos en todos los aspectos de la existencia individual y colectiva. El interés y la preocupación por fomentar la enseñanza en todos los niveles fue constante en el ánimo del Benemérito, como lo comprobaremos en el curso de este capítulo.

Como es bien sabido, la ley de desamortización de los bienes eclesiásticos fue expedida el 25 de junio de 1856 y aprobada por el Congreso Extraordinario Constituyente. Los antecedentes de la desamortización los encontramos en el curso de la historia de México Independiente en Lorenzo de Zavala, en Francisco García Salinas y sobre todo en el insigne doctor José María Luis Mora. El clero, como también se sabe bien, se opuso desde luego a la ley precitada acudiendo a la rebelión, afirmando que era herética y contraria a

la religión. Ya hicimos notar en otra parte de este libro que no se trataba de privar a la Iglesia de sus bienes puesto que se le dejaba el producto de la venta de los mismos; de lo que se trataba era de ponerlos en circulación con apoyo en el principio de que riqueza que no circula es una riqueza muerta. Don Benito Juárez, liberal y reformista, lógicamente se pronunció a favor de la mentada ley y le dio todo su apoyo.

El día 3 de noviembre de 1857, Juárez tomó posesión del Ministerio de Gobernación en una atmósfera cargada de rumores y de negros presagios, precursores del golpe de Estado de Comonfort. El 1º de diciembre el Congreso lo designó presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación; y al salir para el extranjero el autor del fracasado golpe, el moderado don Ignacio Comonfort, Juárez, por ministerio de la ley quedó como Presidente legítimo de la República. Desde ese momento comenzó la gran odisea del extraordinario caudillo oaxaqueño. Tuvo que salir de la capital de la República acompañado de sus leales y protegido por su investidura presidencial. Después Querétaro, Guanajuato, Guadalajara donde estuvo a punto de ser asesinado por la soldadesca, Colima, Manzanillo, Panamá y al fin el Puerto de Veracruz. En dicho Puerto se estableció el gobierno legítimo en lucha abierta contra el gobierno ilegítimo de Félix Zuloaga, engendro de un cuartelazo. Y desde una ciudad frecuentemente sitiada y en peligro y mientras luchaban en todo el país liberales y conservadores; aquéllos apoyados por la ley; éstos por el clero y los elementos más retardatarios del país, se inició y se llevó a término la gran obra reformista de Juárez y de sus leales colaboradores en la pugna renovadora, fecunda y formidable. Desde aquel año de 1859, trágico y glorioso, la nación mexicana inició su camino por nuevos derroteros históricos. A nuestro parecer puede hacerse la siguiente enumeración de las leyes de reforma:

1. De limitación de los fueros militares y eclesiásticos.
2. De desamortización de los bienes del clero.
3. De nacionalización de los bienes del clero.
4. De separación de la Iglesia y el Estado.
5. Del registro civil.
6. De secularización de los cementerios.
7. De las fiestas públicas laicas.
8. De la libertad de cultos.

Posteriormente don Sebastián Lerdo de Tejada, siendo Presidente de la República, completó la obra reformista por medio de algunas leyes complementarias.

El famoso tigre de Tacubaya, Leonardo Márquez, asesino de Melchor Ocampo, Leandro Valle y Santos Degollado; asesino de médicos, practicantes y enfermos en la jornada trágica de Tacubaya, hombre tan fanático como malvado, reunió a sus jefes y oficiales en Guadalajara en su calidad de jefe del cuerpo del Ejército de Occidente para comentar las leyes reformistas del mes de julio de 1859. De la reunión salió un documento en el cual entre otras lindezas se dice que en las ideas que campean en tales leyes se advierte que son de origen *comunista*.* Vale la pena subrayar que los primeros mexicanos satanizados con la etiqueta de comunistas —con excepción de Morelos así motejado por Alamán— fueron nada menos que Juárez, Ocampo, los Lerdo de Tejada, González Ortega, Ignacio Zaragoza, Santos Degollado, Manuel Doblado, Ponciano Arriaga, Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto, Francisco Zarco, Porfirio Díaz y otros patriotas que en el campo de las ideas o de la lucha armada defendieron las leyes de reforma y la independencia de México contra el Imperio y los invasores franceses; y que uno de los primeros anticomunistas en México fue el execrable y traidor Leonardo Márquez. Bueno será que tomen nota de lo anterior los señalados como comunistas por la estulticia de ciertas grandes potencias, y que los anticomunistas se sientan orgullosos de ser émulos y seguidores de Márquez.

Continuemos con nuestro biografiado. Después de la batalla de Calpulalpan en la cual González Ortega derrotó a Miramón, don Benito Juárez estableció el gobierno en la capital de la República; pero la lucha continuó sin descanso en buena parte de nuestro territorio. El clero y la reacción no se daban por vencidos y acudieron a Napoleón III para que estableciera un imperio en México. Después la intervención francesa y la batalla gloriosa del 5 de mayo. Juárez no se dio por vencido ante la llegada de miles y miles de soldados franceses; nunca se dio por vencido. Abandona la ciudad de México e inicia su éxodo heroico. Establece su gobierno en Querétaro, San Luis Potosí, Saltillo, Monterrey, Chihuahua y al fin en Paso del Norte, hoy Ciudad Juárez, seguido de los soldados franceses y de los comandados por mexicanos adictos al Imperio. Juárez jamás desmaya, jamás pierde la serenidad, jamás se aleja de su ánimo la fe en la victoria final. Las guerrillas liberales no cesan de hostilizar a los adversarios. Al fin, después de varios años de lucha los ejércitos franceses regresan a su patria y Maximiliano se queda tan sólo protegido por Miramón, Mejía, Márquez y otros militares imperialistas. La lucha de los liberales mexi-

* Remitimos al lector al libro de GASTÓN GARCÍA CANTÚ, que lleva por título *El Pensamiento de la Reacción Mexicana*.

canos por la independencia de su patria ante la agresión extranjera es vista con simpatía y recibe el apoyo moral de las naciones latinoamericanas. En Paso del Norte, Juárez recibe el célebre documento del gobierno de Colombia, el cual parece oportuno incluir a continuación:

"LA REPUBLICA DE COLOMBIA CONSIDERA
MERECE EL BIEN DE AMERICA

"Ministro de Relaciones Exteriores y Gobernación.

"Decreto de 2 de mayo de 1865, en honor del Presidente de México, Sr. Benito Juárez.

"El Congreso de los Estados Unidos de Colombia, decreta:

"Art. 1º El Congreso de Colombia, en nombre del pueblo que representa, en vista de la abnegación y de la incontrastable perseverancia que el Sr. Benito Juárez en calidad de Presidente constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, ha desplegado en la defensa de la independencia y libertad de su Patria, declara que dicho ciudadano ha merecido bien de la América, y como homenaje a tales virtudes y ejemplo a la juventud colombiana dispone que el retrato de este eminente hombre de Estado sea conservado en la biblioteca nacional con la siguiente inscripción: 'Benito Juárez, ciudadano mexicano. El Congreso de 1865, le tributa, en nombre del pueblo de Colombia, este homenaje por su constancia en defender la libertad e independencia de México'.

"Art. 2º El Poder Ejecutivo hará llegar a manos del Sr. Juárez, por conducto del Ministro de Colombia, residente en Washington, un ejemplar del presente decreto.

"Art. 3º En el presupuesto que ha de votarse por el Congreso para el año económico próximo, se incluirá la cantidad suficiente, para que el Poder Ejecutivo pueda dar puntual cumplimiento al presente decreto.

"Dado en Bogotá, a primero de mayo de 1865.

"El Presidente del Senado de plenipotenciarios, Victoriano de D. Paredes. El Presidente de la Cámara de representantes, Santiago Pérez. El secretario del Senado de plenipotenciarios, Juan de D. Riomalo. El secretario de la Cámara de representantes, Nicolás Pereira Gamba.

"Bogotá, dos de mayo de 1865.

"Publíquese y ejecútese. Manuel Murillo. El secretario de lo Interior y Relaciones Exteriores. (L.S.)—Antonio del Real.—Es

auténtico. El secretario de lo Interior y Relaciones exteriores.—Antonio del Real.—El oficial mayor, Emeterio de la Torre”.

Don Benito Juárez comenta con modestia: “He visto el decreto que me consagra el Congreso de Colombia —escribió a su familia—. Yo agradezco este favor, pero no me enorgullece porque conozco que no lo merezco, porque realmente nada he hecho que merezca tanto encomio: he procurado cumplir mi deber y nada más”. La modestia fue una de las muchas virtudes del patricio. El decreto colombiano lo honra en gran medida; mas no es cierto que lo declaró Benemérito de América como generalmente se ha escrito en múltiples ocasiones. La declaración en tal sentido corresponde a la República Dominicana como se prueba sin dejar lugar a duda con el documento que aquí se inserta:

“Congreso Nacional Dominicano. Sesión del 11 de mayo de 1867.

“Presente la mayoría compuesta del Presidente (Juan Bautista Zafra) y de los diputados Carlos Nouel, Pedro Valverde, Antonio D. Madrigal, Jacinto de Castro, Melitón Valverde, Manuel M. Castillo, Wenceslado de la Concha, Deogracia Linares, Faustino de Soto, Telésforo Objío, Alvarado Fernández, Ramón Mella, Olegario Pérez y Juan Bautista Morel, se declaró abierta la sesión.

“Leyóse el acta anterior y fue aprobada.

“Luego el diputado Madrigal tomó la palabra y dijo: que ponía en conocimiento de la Cámara la plausible noticia recibida últimamente de que Juárez acababa de conseguir un espléndido triunfo, dando un golpe de muerte al imperio en mala hora fundado en México; que el Presidente Juárez por este hecho se hacía acreedor a los víctores de toda la América, pues que destruyendo para siempre la preponderancia de Europa en este hemisferio, mataba cuantas esperanzas de dominio pudiera ésta abrigar en lo sucesivo; que al llamar la atención de la Cámara sobre este hecho, era con el objeto de que el Congreso dominicano por su parte aclamase a Juárez ‘Benemérito de la América’; que la República Dominicana estaba en aptitud para ello y podía tomar la iniciativa, dando así el ejemplo a las demás Repúblicas, sus hermanas, que quisiesen mostrar su simpatía por la causa de la libertad de México, a la que no dudaba debía seguirse la de toda la América de uno a otro extremo.

“El diputado Melitón Valverde habló en el mismo sentido, demostrando que acogía con entusiasmo la idea emitida por el diputado Madrigal.

“A invitación de la Presidencia que puso de manifiesto la identidad de causa en que se hallaban México y Santo Domingo, la

Cámara toda se puso de pie en honor del Presidente Juárez, aplaudiendo de este modo el triunfo de la causa republicana en México y tomando en consideración lo propuesto por el diputado Madrigal”.

Recojamos otra vez nuestro relato. El drama de Maximiliano llegó al tercer acto al encontrarse sin el apoyo de Francia, entonces una de las naciones más poderosas del mundo. Los juaristas fueron avanzando en todas partes hacia el centro de la República, derrotando a las fuerzas imperialistas y ocupando las principales ciudades. Maximiliano se refugia en Querétaro. Vino el sitio a la población y después la captura y la prisión del Habsburgo y de sus generales. Porfirio Díaz ocupa Puebla y la ciudad capital. Se sabe que la vida del archiduque está en peligro. Y las cancillerías europeas acuden en su auxilio, lo mismo que Washington. Víctor Hugo escribe a Juárez una hermosa carta de poeta solicitando se respetara la vida de aquel hombre caído en desgracia. Lo mismo hace el gran Garibaldi. Muchas de las peticiones llegan tarde. Juárez se mantiene firme resistiendo todas las presiones de dentro y de afuera. En San Luis Potosí firma la sentencia de muerte de Maximiliano, Miramón y Mejía. Y el 19 de junio de 1867, la sangre azul del rubio personaje fecundó la simiente de la libertad de la patria.

Semanas más tarde el Presidente Juárez entró triunfante a la capital de la nación, siendo recibido por el pueblo con alborozo y vítores entusiastas. Juárez, en esos días, llegó al momento culminante de su gloria. Desde ese momento hasta su muerte ocurrida el 18 de julio de 1872, gobierna a México con facultades extraordinaria que le concede el Congreso ante la precaria situación de la hacienda pública y los levantamientos castrenses, entre ellos el de Porfirio Díaz con apoyo en el “Plan de la Noria”. Todos esos levantamientos son vencidos, pero no logra el prócer la completa pacificación del país.

El carácter de hierro del indio de Guelatao se transparenta en el relato impresionante que de las últimas horas de su vida escribió su médico de cabecera Ignacio Alvarado. El relato dice:

“Terrible enfermedad la que nos arrebató al Sr. Juárez. La angina de pecho, que con más o menos crueldad ataca a otras personas, desplegó su más extraordinaria energía cuando tuvo que habérselas con un héroe, como si fuera un ser racional que comprendiera que, para luchar con éxito con aquella alma grande, era indispensable ser también grande en la crueldad.

“Dos horas hacía apenas que estaba yo a su lado, cuando la opresión del corazón con que empezó, se transformó en dolores agudísimos y repentinos, los que veía yo, más bien, los que adivi-

naba en la palidez de su semblante. Aquel hombre debía estar sufriendo la angustia mortal del que busca aire para respirar y no lo encuentra; del que siente que huye del suelo en que se apoya y teme caer; de que, en fin, está probando, a la vez, lo que es morir y seguir viviendo. La enfermedad se desarrolló por ataques sucesivos; los sufre en pie. Vigorosa es su naturaleza, indómita su fuerza de voluntad y aún desplegada toda ésta, no le es dable sobreponerse por completo a las leyes físicas de la vida y al fin tiene que reclinarse horizontalmente en su lecho para no desplomarse y para buscar, instintivamente, en esta posición, el modo de hacer llegar a su cerebro la sangre que tanta falta le hace. Cada paroxismo dura más o menos minutos, va desvaneciéndose después poco a poco, vuelve el color a su semblante y entra en una calma completa; el paciente se levanta y conversa con los que lo rodeamos de asuntos indiferentes, con toda naturalidad y sin hacer alusión a sus sufrimientos; y tal parece que ya está salvado, cuando vuelve un nuevo ataque y un nuevo alivio, y en estas alternativas transcurren cuatro o cinco larguísimas horas, en que mil veces hemos creído cantar victoria o llorar su muerte.

"Serían las once de la mañana de aquel luctuoso día 18 de julio, cuando un nuevo calambre dolorosísimo del corazón lo obligó a arrojarse rápidamente a su lecho; no se movía ya su pulso, el corazón latía débilmente; su semblante se demudó, cubriéndose de las sombras precursoras de la muerte y en lance tan supremo tuve que acudir, contra mi deseo, a aplicarle un remedio muy cruel pero eficaz: el agua hirviendo sobre la región del corazón; el señor Juárez se incorporó violentamente al sentir tan vivo dolor y me dijo con el aire del que hace notar a otro su torpeza: "Me está usted quemando". "Es intencional, señor, así lo necesita usted", le contesté. El remedio produjo, felizmente, un efecto rápido, haciendo que el corazón tuviera energía para latir y el que diez minutos antes era casi un cadáver, volvió a ser lo que era habitualmente, el caballero bien educado, el hombre amable y a la vez enérgico.

"Después de este lance, el alivio fue tan grande y tan prolongado, que se pasaron cerca de dos horas sin que volviera el dolor; la familia se retiró al comedor, y quedando yo solo en compañía suya, me relataba, a indicación mía, los episodios de su niñez, la protección que le había dispensado el señor cura de su pueblo, etc. Cuando yo estaba más pendiente de sus labios, se interrumpió repentinamente y clavando en mí fijamente su mirada, me dijo casi imperativamente: "¿Es mortal mi enfermedad?" ¿Qué contestar al amigo, al padre de familia, al jefe del Estado? . . . Pues la verdad, nada más que la verdad; y procurando disminuirle la crueldad de

mi respuesta, le contesté con la vacilación consiguiente a lo imprevisto de la pregunta: "No es mortal en el sentido de que ya no tenga usted remedio". Comprendió, no obstante, que ella quería decir: "Tiene usted una enfermedad de la que pocos escapan". Continuó inmediatamente su interrumpida relación, en el punto mismo en que la había dejado, como si la sentencia de muerte que acababa de oír, hubiera de ser aplicada a otra persona que no a él mismo. No le vi inmutarse; no le vi vacilar una palabra; ni trató siquiera de pedirme las explicaciones que tanto deseaba yo darle. Esperó para conocer su sentencia, a que su familia no estuviera presente para no acongojarla; y aprovechó la distracción de mi atención, para que, al hacerme de improviso la pregunta, no tuviera yo tiempo de estudiar la respuesta.

"Aquella calma de tres horas pronto desapareció y un nuevo ataque, más formidable, más repentino y más prolongado que el de la mañana, vino a perturbar la reciente tranquilidad de los que lo rodeábamos, e inútiles cuantos medios empleé antes de ocurrir otra vez al agua hirviendo; fue al fin preciso venir a él, porque ya no sentía yo el pulso debajo de mis dedos. Le anuncié lo que íbamos a hacer y con la más perfecta indiferencia y con la calma más imponente —y la llamo imponente porque la palidez de su semblante, la falta de pulso y su respiración anhelosa, estaban anunciando que el término funesto se acercaba a grandes pasos.

"Se tendió en el lecho, él mismo se descubrió el pecho sin precipitación y esperó, sin moverse, aquel bárbaro remedio. Le apliqué sin perder tiempo y aún me parece que estoy mirando cómo se crispaban y extendían alternativamente las fibras de los músculos sobre las que hacía la aplicación, señal evidente de un agudísimo dolor; dirigí mi vista a su semblante . . . ¡nada!, ni un solo músculo se movía; ni la más ligera expresión de dolor o de sufrimiento; su cuerpo todo permanecía inmóvil y esto cuando al quitar el agua se levantaba una ámpula de varias pulgadas sobre su piel vivamente enrojecida.

"Entre tanto, desde por la mañana había volado por la ciudad la noticia de la enfermedad del presidente y ocurrieron a verlo sus ministros y sus incontables amigos políticos y personales y por razones que no es difícil comprender, se ocultó tan cuidadosamente al público la gravedad de la situación, la que solamente conocíamos la familia y yo, que todos quedaron creyendo que simplemente se trataba de un reumatismo y para que no se desvaneciese esa creencia, a nadie se le permitió la entrada a la recámara. En esa inteligencia, uno de los secretarios de Estado, el de Relaciones, según recuerdo, quería hablarle de algún asunto de su ramo y el señor

Juárez le mandó suplicar que lo dispensara por aquel día. En la tarde, el mismo ministro insistió en verlo manifestando que era un negocio muy urgente, precisamente en los momentos en que el dolor del corazón era muy intenso, en que la respiración era jadeante y en que había desaparecido completamente el pulso. Aquel hombre, que llevaba ya doce larguísimas horas de ser la presa de una muy dolorosa enfermedad y que por esto su energía debería estar agotada, se levantó con calma, sin demostrar ni impaciencia ni contrariedad, arregló su corbata, cubrióse con una capa; se sentó en un sillón; ordenó que entrara el ministro y haciéndole sentar frente a él, escuchó con atención el asunto que llevaba, discutiendo los principales puntos y dándole por último, su resolución definitiva. No había en su semblante, en esos momentos, nada que revelara el espantoso dolor que le estaba carcomiendo una de sus entrañas, nada que diera a conocer que esa entraña era ya impotente para hacer llegar la sangre hasta la cabeza, y si no hubiera sido por las gotas de sudor frío que yo le enjugaba de su frente y por la palidez indisimulable de su semblante, aún yo mismo habría creído que estaba sano, pues que a impulsos de su voluntad llegó a dominar toda manifestación de sufrimiento.

"Aún hay más. Una hora después de haber salido el ministro, solicitó hablarle uno de los generales más distinguidos, a fin de pedirle sus últimas instrucciones para la campaña que iba a emprender inmediatamente, no obstante que le faltaba el pulso hacía ya varias horas y que su situación era completa y absolutamente desesperada.

"Lleno de admiración vi al señor Juárez discutir con él, de la manera más tranquila, lo que era más conveniente hacer; todavía no comprendo cómo pudo su cerebro casi exangüe, recordar qué personas residían en las poblaciones que iban a ser en breve el teatro de la campaña, cómo podía traer a la memoria las cualidades morales y los antecedentes políticos de esas personas, con tanta exactitud, que pudo indicar al general a quiénes desconfiar y a quiénes tener como amigos. En una palabra, dio los pormenores que daría una persona que tiene concentrada por completo su atención en un asunto de interés, y que está libre de toda preocupación; es decir, hizo abstracción de su persona en los momentos de morir, para no pensar más que en el bien público en cumplimiento de su deber.

"Concluída aquella conferencia, pálido y vacilante se arrojó por la postrera vez en su lecho, para no levantarse jamás de él, lecho que cinco horas después, no era ya lugar de descanso del presidente, sino el lecho mortuorio del hombre grande, del patricio

que desaparecía de entre nosotros, pronunciando sus últimas palabras, en bien de la República, del varón esforzado y justo que nos dejó un ejemplo muy difícil de imitar.

"Así pasó Benito Juárez de la vida transitoria a la inmortalidad, con la tranquilidad de conciencia con que muere todo hombre justo y honrado que, como él, supo siempre cumplir con su deber".

La muerte del señor Juárez causó honda consternación a lo ancho y a lo largo de nuestro territorio. Durante 14 años había sido Presidente de la República; había sido defensor de la legalidad y adalid de las leyes de Reforma; había luchado sin descanso contra la intervención extranjera y puesto a salvo la independencia de México. Por su obra magnífica merece ser clasificado como el hombre, con José María Morelos y Pavón, más grande de la historia de México y uno de los próceres de mayor estatura de América. Recojamos en seguida algunas opiniones acerca de su personalidad.

De Guillermo Prieto:

"Juárez en el trato familiar era dulcísimo, cultivaba los afectos íntimos, su placer era servir a los demás, cuidando de borrar el descontento hasta en el último sirviente; reía oportuno, estaba cuidadoso de que se atendiera a todo el mundo, promovía conversaciones joviales y después de encender, callaba, disfrutando de la conversación de los demás y siendo el primero en admirar a los otros. Jamás le oí difamar a nadie y en cuanto a modestia no he conocido a nadie que le fuera superior.

"Juárez, con toda su elevación, se imponía a mi memoria; su frente despejada y serena, sus ojos negros llenos de dulzura, su impassibilidad de semblante, su cuerpo mediano, pero desembarazado y airoso, su cabello lacio y como de azabache, cayendo en abiertos hilos sobre su frente".

De Francisco Bulnes:

"En el gobierno de Oaxaca, Juárez fue un patriarca inimitable, un verdadero pastor apostólico de ovejas amadas y tiernas. En el ministerio de don Juan Alvarez, Juárez fue un liberal firme, valiente, reformista, casi audaz si hubiera tenido nervios. En Veracruz, durante la guerra de Reforma, Juárez fue un revolucionario imponente por su impassibilidad, por su resolución, por lo gigantesco de las leyes que amparaba con su fe, con su autoridad, con su honradez, con sus principios entonces inquebrantables. Durante la guerra de intervención, Juárez fue una figura sostenida por el heroísmo de los combatientes; siempre sereno, augusto como la virtud, intransigente como la verdad, inmutable como candidato a mártir. Después de 1867 hasta su muerte, Juárez se precipitó con una violencia salvaje en el plano inclinado de una triste decadencia.

Juárez no supo llegar a la muerte como había sabido llegar a la vejez, sin miedo, sin reproche y sin mancha, como el Bayardo americano de las revoluciones sociales. No pretendo llevar la voz de la historia; pero ésta tiene que ser muy severa para el período gubernamental de Juárez de 1867. Al llegar a ese período histórico, las figuras de Ocampo y de Juárez se separan para siempre. El primero ha ido al martirio, el segundo va a la tiranía; el primero se hunde en el caos de la revolución como un sol en un horizonte de tormenta, el segundo recoge del féretro de Maximiliano la ley de 3 de octubre de 1865, y dice: ¡ésta será mi arma contra los enemigos de mi ambición personal!"

De Justo Sierra:

"La Revolución era reformista, toda ella estaba animada por el aliento de la Reforma; a la cruzada católica que temerariamente predicaba el clero, respondía en las huestes, que suscitaba dondequiera el impulso de los reformistas, un gran grito de emancipación anticlerical, antirreligiosa casi; el espíritu de Ocampo y Ramírez soplaba sobre aquel caos de sangre y ruina. Faltaban las fórmulas precisas, las que definirían los **DESIDERATA** del partido progresista en marcha, y Juárez, que no había vacilado un momento sobre esa necesidad, pero que se había reservado el escoger la oportunidad de satisfacerla, a mediados de 59 expidió el código que despojaba al clero de sus bienes, que disolvía las comunidades religiosas, que separa el Estado de las iglesias, que instituía el matrimonio civil. Juárez, poniendo el sello de su autoridad a aquellas leyes que estudiaban y preparaban sus magnos colaboradores, les daba ser y vida; les hacía andar.

"Juárez fue siempre religioso; cuando llegó a emanciparse, la Patria, el Deber, la lucha por realizar un ideal de justicia y de razón no fueron en él un fanatismo, no; no fue ni un alucinado, ni un profeta, fue un consciente, pero tomaron en su espíritu la forma de un mandato superior, de la obediencia a un decreto del Altísimo; y así han sido y serán cuantos sirvan de núcleo o de guía a los hombres. Juárez fue un núcleo; pero puso todos los elementos constitutivos de la psicología de su raza, la astucia, el recelo, el tesón, la reflexión lenta, pero firme y decisiva, en la realización de la obra que cada vez tomaba ante él aspecto más complicado y grandioso, ensanchando el horizonte del convento hasta convertirlo en el del seminario y el horizonte del seminario hasta esfumarlo y perderlo en el del instituto, en el del Estado, en el de la patria, en el de los grandes ideales de libertad, de transformación política y social que dieron a su empeño el alcance de una empresa humanitaria y mundial.

"¡Gran Padre de la Patria, visto el triunfo de tu perseverancia, de tu obra, de tu fe; en ese triunfo te dejamos; en esa luz de apoteosis perdurará tu memoria! Tu vida posterior no fue, no, indigna de tu gran época de luchador; hombre de gobierno, quisiste fundar una administración y vencer para siempre los elementos de la guerra civil, por tus armas primero, luego por leyes de sabiduría y de justicia; y trataste de levantar al pueblo mexicano, cuya substancia era tu raza, al grado superior a que tú habías ascendido, transformando las condiciones del trabajo nacional, protegiendo las grandes empresas de progreso material; y a la plena conciencia de sí mismo, abriendo de par en par ante su camino las puertas de la escuela.

"El Reformador fue Juárez. El, lo mismo que los otros, grandes clarividentes, sin duda, pero no creadores intelectuales, ha sido, como se expresa con denominación que nadie define y todos comprenden, un genio; su genio, como en este mismo sitio dijo en grandilocuente oración fúnebre un estudiante de derecho, "fue el genio de la voluntad". Forjóse su mentalidad en la fragua de su carácter; en esa hoguera iluminó su inteligencia un "querer", del que entra lentamente en conciencia, un querer que se agiganta y crece con los acontecimientos, una inmensa energía psíquica jamás inferior a su obra, una energía inmensa en la que se funden, como en crisol incandescente, mezquindades, egoísmos, ambiciones, debilidades, todo lo que es humano, todo lo que ancla al hombre a la tierra en su aleteo perpetuo hacia un ideal".

De Héctor Pérez Martínez:

"La figura de Juárez cobra hoy, no sólo para México, sino para América misma, un valor trascendente. No puede estar ausente el apóstol de la libertad, ni olvidado, en momentos en que la propia libertad se recrea y es la causa primera e íntima del hombre.

"El, como nosotros, luchó por afirmar sus principios; combatió una intervención extranjera; levantó la esperanza en una patria insigne y respetable".

Ahora bien, después de la breve semblanza biográfica y de las opiniones recogidas sobre la personalidad del señor Juárez, bueno es que nos ocupemos de algunas de sus ideas económicas, sociales y políticas. Durante los años en que fue gobernador de Oaxaca se preocupa del abatimiento de la producción de la grana y del algodón en el Estado, así como también del tabaco y del desmedro de la renta del mismo que sufría el fisco local. De aquí que sugiere la necesidad de fomentar la producción de tal producto, principalmente con el objeto de mejorar las condiciones de vida de los labriegos oaxaqueños. También considera deseable comprar las salinas

de Tehuantepec que se encontraban en manos de particulares, pues dice que éstos siempre prefieren su interés personal al de la comunidad. Es pertinente hacer notar que cuando don Benito se ocupa de la producción de mercancías, siempre lo hace pensando en la suerte de las familias de la entidad que gobierna y con el deseo de atender a la satisfacción de sus necesidades. En otras palabras, siempre toma en cuenta no sólo los problemas de la producción de riqueza sino al mismo tiempo de los que atañen a su mejor distribución. Y al informar al Congreso local del atraso de la agricultura, dice: "Notable es el atraso de este ramo importante; pero explicadas sus causas, llamará menos la atención y removidos algunos inconvenientes se encaminarán al estado floreciente a que está llamado. La falta de población produce la falta de consumo; así es que los agricultores sólo cultivan la parte de terrenos muy necesarios para cosechar las semillas suficientes para el abasto, bajo la pena de que toda abundancia considerable disminuya los valores y los precise a perder las existencias, mal que sufren aún con el limitado cultivo en los años que las cosechas son fecundas. La exportación es muy difícil por lo escabroso de los caminos; así es, que cuando suele hacerse la de semillas y algunos otros frutos, resultan en las plazas para donde se exportaron con un valor excesivo, que impide su venta, si no es pérdida de consideración, mal que embaraza este medio de progreso en el ramo". La necesidad de construir caminos está siempre presente en su ánimo, razón por la cual pone en conocimiento de los legisladores el haber nombrado una junta de expertos con el fin de que estudie la construcción de un camino carretero de la ciudad de Oaxaca al puerto de Huatulco, a fin de hacer posible la exportación de mercancías. También les manifiesta su propósito de comunicar a la capital del Estado con la población de Tehuacán por medio de un camino de ruedas. Junto con los caminos cree aconsejable la supresión de las alcabalas para lograr la prosperidad de nuestro país. En otra ocasión solicita del Congreso local la expedición de leyes "sabias y bien combinadas para la colonización de nuestros despoblados y fértiles terrenos", solicitando del Congreso General que se mantengan las leyes tutelares de la industria nacional y no se cometan nuevos errores con respecto a prohibiciones. El cree que la libertad fecunda todos los ramos de la economía y que es la base del progreso de la nación.

En algunas ocasiones como antes se anotó, propone la supresión de las alcabalas; mas en otras, quizá como resultado de mayores reflexiones y en contacto más directo con la realidad, considera que dicha supresión es difícil mientras no se encuentre la manera de sustituirlas con ventaja. Ya sabemos que este problema fue casi

resuelto muchos lustros después y que, aún en nuestros días suelen encontrarse casos de impuestos alcabalatorios en algunos lugares del país, no obstante la prohibición de las leyes.

Ya en la ciudad de México y en su carácter de Presidente de la República, el 15 de junio de 1861 se dirige al Congreso de la Unión en los términos que siguen:

"Respecto de la Hacienda, el gobierno vive rodeado de angustias por los gastos enormes que tiene necesidad de erogar, para obtener la completa pacificación del país, y porque la guerra civil de cerca de siete años ha agotado casi todas las fuentes del Erario. Este mal necesita un remedio pronto y radical; ese remedio difícil, pero posible, debe sacarse de la reducción de aranceles, del establecimiento de contribuciones directas y supresión de alcabalas, de la reorganización de las otras rentas federales, de la consolidación de la deuda pública, de la moralidad y economía en el régimen hacendario, de la reducción de casi todas las oficinas y supresión de algunas y del castigo eficaz del peculado y de cualesquiera otros abusos en el manejo de caudales. La parte principal de estas reformas corresponde a la asamblea nacional: yo estaré siempre dispuesto a secundarlas y nada omitiré de lo que pueda en el círculo de mis facultades".

Los años pasan sombríos: la intervención francesa, el imperio y la lucha constante y sangrienta; la victoria y otra vez el señor Juárez ocupa la ciudad de México y el Palacio Nacional. De diferentes informes rendidos al Congreso de la Unión queremos destacar algunas iniciativas presidenciales de 1869 a 1871, porque ponen de relieve sus opiniones acerca de cuestiones económicas necesarias al progreso de la República: el deslinde de terrenos baldíos y el fomento de la colonización; la construcción de un canal en el Istmo de Tehuantepec para comunicar los dos océanos; el establecimiento de bancos hipotecarios para movilizar y acrecentar la riqueza pública; reglas a efecto de que el Ejecutivo pudiera hacer concesiones para la construcción de ferrocarriles; y la relativa a extender las líneas telegráficas en varias direcciones y hasta los más remotos lugares de nuestras fronteras. Todo lo anterior, por fortuna con excepción de lo de Tehuantepec, se llevó a cabo por otros gobiernos y varios años más tarde. Por supuesto que no olvidamos que el ferrocarril mexicano de México a Veracruz fue inaugurado por el presidente Lerdo de Tejada en septiembre de 1873.

El señor Juárez, tal y como antes lo apuntamos, se ocupa frecuentemente de la educación de las grandes masas que forman la inmensa mayoría de la sociedad mexicana. Dice que él jamás olvidará ser hijo del pueblo y que siempre cuidará de que ese pueblo

se ilustre, se engrandezca y sea capaz de crearse un porvenir, abandonando la carrera del desorden, los vicios y la miseria a que lo han conducido quienes falsamente han dicho que son sus amigos y sus libertadores, pero que en realidad han sido sus tiranos más crueles. Afirma que "la instrucción es la base de la prosperidad de un pueblo", así como también el medio más seguro de evitar el abuso de los poderosos. Y en otro lugar escribe:

"El hombre que carece de lo preciso para alimentar a su familia, ve la instrucción de sus hijos como un bien muy remoto, o como un obstáculo para conseguir el sustento diario. En vez de destinarlos a la escuela, se sirve de ellos para el cuidado de la casa o para alquilar su débil trabajo personal, con que poder aliviar un tanto el peso de la miseria que lo agobia. Si ese hombre tuviera algunas comodidades; si su trabajo diario le produjera alguna utilidad, él cuidaría de que sus hijos se educasen y recibiesen una instrucción sólida en cualquiera de los ramos del saber humano. El deseo de saber y de ilustrarse es innato en el corazón del hombre. Quitensele las trabas que la miseria y el despotismo le imponen, y él se ilustrará naturalmente, aun cuando no se le dé una protección directa".

Esa era la situación de la mayoría de los mexicanos cuando Juárez escribió las palabras anteriores; y si bien es cierto que después de un siglo mucho hemos mejorado en materia de instrucción pública, cierto es también que todavía hay millones de analfabetos, de niños que no pueden ir a la escuela porque necesitan ayudar a los padres en las diarias faenas, y porque por ende aún no hemos podido establecer el número de escuelas necesarias ni contamos con el número indispensable de profesores, particularmente en las zonas rurales. No puede negarse que los esfuerzos han sido grandes para resolver el problema del analfabetismo a partir de 1921, no obstante lo cual estamos en 1965 distantes de la meta que es menester no escatimar esfuerzos para alcanzar. Esa meta consiste en que no haya ninguna persona en el país que no sepa por lo menos leer, escribir y las cuatro operaciones fundamentales de la aritmética, además de saber cómo utilizar en su provecho los recursos del medio circundante.

La necesidad de elevar el nivel cultural de la mujer no es ajena a las preocupaciones del ilustre reformador. Piensa que su educación nunca debe descuidarse, porque formarla "con todas las recomendaciones que exige su necesaria y elevada misión", es formar el germen de regeneración social. De manera que el señor Juárez —vale la pena subrayarlo—, figuraba en la vanguardia de los reformadores de su tiempo que luchaban contra los prejuicios

seculares que habían condenado a la mujer a una situación de inferioridad con respecto a la del hombre.

Es indudable que el progreso y la civilización han sido obra preponderantemente masculina, lo cual a nuestro parecer explica, porque ello es ilógico, las grandes fallas de ese progreso y de esa civilización. Lo lógico estriba en que en nuestro pequeño mundo la obra de la civilización y del progreso se realice por el hombre y la mujer para bien de la mujer y el hombre, cooperando la una con el otro en la obra suprema de la cultura.

Sabe bien que "los ricos y los poderosos ni sienten, ni menos procuran remediar las desgracias de los pobres" y que nunca son capaces de romper lanzas para ayudar a los necesitados, preocupándose tan sólo, egoístamente, de su propia riqueza. En relación con el indígena, cargado de contribuciones y sumergido en la ignorancia, dice que desearía que el protestantismo lo conquistara, porque necesita una religión que le obligue a leer y no a gastar sus ahorros, sus pobres ahorros "en comprar cirios para los santos". Juárez fue católico, fue cristiano, fue creyente; pero fue anticlerical. Entre el clero, institución política y la esencia de la religión del Cristo del calvario, siempre ha habido en la historia de México una antinomia sin posible conciliación. Juárez tiene la convicción de que los gobiernos civiles no deben tener ninguna religión porque siendo su deber garantizar la libertad de conciencia y la práctica de cualquier credo religioso con plena imparcialidad, no cumplirían con su deber si fueran "sectarios de alguna". Esto nos parece ahora sencillo y plenamente justificado, mas no lo era hace algo más de un siglo. Para exponer tales ideas era menester una honda convicción y un valor a toda prueba. Ya sabemos que la separación de la Iglesia y del Estado y las otras leyes de Reforma trajeron al país la guerra de tres años y más tarde el imperio y la intervención francesa, todo ello provocado por el clero y los elementos más reaccionarios de la sociedad mexicana. Sabemos bien que esto ya lo hemos dicho en este y en otros capítulos del presente libro; pero creemos que debe repetirse una y muchas veces para que no se olvide y porque constituye una enseñanza que es aconsejable tener siempre presente.

Bueno es que pasemos ahora a recoger y examinar la parte política del ideario de don Benito Juárez. En 1847, año cargado de negros nubarrones en el horizonte de la patria por la invasión del ejército norteamericano, nuestro gran caudillo a la sazón gobernador de su Estado natal, dirigió a su pueblo vibrante manifiesto invitándolo a luchar contra los invasores. De este interesantísimo documento tomamos el párrafo siguiente:

"Oaxaqueños: sabéis las afflictivas circunstancias en que se ve nuestra patria. Sabéis que un invasor injusto ocupa la Capital de la República y tal vez a esta hora, ha dictado sus órdenes para invadir nuestro Estado. ¿Y permaneceremos indiferentes a tanta desgracia? ¿Veremos con frialdad que viles mercenarios vengan a saquear nuestras casas, a violar a nuestras esposas y a nuestras hijas, y a echar sobre nuestro cuello la coyunda de la servidumbre y de la afrenta? No, oaxaqueños. Resolvámonos a perecer, pero a perecer con honor y con gloria. Trabajemos día y noche para prepararnos al combate y, si el enemigo pisare nuestro territorio, hagámosle la guerra sin descanso, disputémosle palmo al palmo el terreno, incendiemos si fuere necesario nuestras poblaciones, para que sólo reine sobre ruinas. Yo os juro, compatriotas, que mi resolución es morir en defensa de la independencia y libertad de la patria. Esta resolución es irrevocable. Cualesquiera que sean los peligros que nos amaguen, me encontraréis siempre en el puesto que me corresponde y no os abandonaré jamás".

Es el mismo tono del manifiesto de Melchor Ocampo al pueblo michoacano en la misma hora dramática. No podía ser de otra manera tratándose de dos grandes de la historia de México. Era menester reunir todos los recursos posibles, luchar sin descanso y con valentía contra los intrusos; y si acaso no hubiere otro camino, habría que incendiar las poblaciones para que los invasores reinaran sobre ruinas. Juárez, Ocampo, Arriaga, Otero, verdaderos patriotas, recojamos una vez más sus nombres con respetuosa y encendida admiración, por haberse opuesto al tratado de paz de Guadalupe Hidalgo.

En agosto de 1858, cuando el triunfo liberal estaba aún lejano, Juárez recibe una carta de un norteamericano fechada en San Antonio Béjar (hoy San Antonio, Texas), ofreciendo organizar un regimiento de voluntarios de caballería compuesto de diez compañías. Juárez le contesta: "no puedo aceptar el ofrecimiento de usted ni tomar fuerzas extranjeras para sostener una contienda civil, ni menos ahora que bastan los recursos nacionales del gobierno para restablecer la paz y el orden constitucional que en vano intentan derrocar". Otra vez aparece con luz meridiana el patriotismo del prócer.

En esta última parte de la semblanza del licenciado Benito Juárez, vamos a transcribir textualmente algunas de sus ideas seleccionadas por nosotros de diferentes libros y de su archivo. Estas transcripciones completan a nuestro parecer la personalidad del hombre insigne:

Del folleto de Andrés Henestrosa titulado *Flor y Látigo*:

"El primer gobernante de una sociedad no debe tener más bandera que la ley; la felicidad común debe ser su norte, e iguales los hombres ante su presencia, como lo son ante la ley; sólo debe distinguir al mérito y a la virtud para recompensarlos; al vicio y al crimen para procurar su castigo.

"La democracia es el destino de la Humanidad futura; la libertad, su indestructible arma; la perfección posible, el fin donde se dirige.

"La emisión de las ideas por la prensa debe ser tan libre, como es libre en el hombre la facultad de pensar.

"El mundo entero aclamará nuestra honra, porque de verdad no es pequeño un pueblo que dividido y trabajado por largas y desastrosas guerras civiles, halla en sí mismo bastante virilidad para combatir dignamente contra el monarca más poderoso de la tierra; un pueblo que en esta situación de inmensa gravedad, mantiene incólume su derecho público, hace brillar la sabiduría en sus consejos, da pruebas insignes de magnanimidad y no consiente más ventaja a sus enemigos, que la de sus iniquidades en que no quiere parecersele, porque sabe muy bien que en el siglo en que vivimos, ese camino es de deshonor y perdición y que sólo hay gloria para aquellas naciones que, como México, defienden el derecho y la justicia.

"La dominación de esta República y su pacificación es empresa superior a las fuerzas del austríaco. El tiempo y nuestra constancia lo derrotarán al fin.

"Como hijo del pueblo, nunca podría yo olvidar que mi único título es su voluntad, y que mi único fin debe ser siempre su mayor bien y prosperidad".

Del *Epistolario de Benito Juárez*, recopilado por Jorge L. Tamayo:

"Como creo que el progreso es una condición de la Humanidad, espero que el porvenir será necesariamente de la democracia, y tengo cada día más fe en que las instituciones republicanas del mundo americano, se harán extensivas a los pueblos infortunados de Europa que aún conservan a pesar suyo monarcas y aristocracias.

"Es verdad que todavía habrá necesidad de luchar porque hay dificultades que vencer, pero las dificultades no harán más que aumentar la gloria del triunfo, porque es indudable que acabará por triunfar la causa del derecho, que es la causa de la Humanidad".

Del archivo de Juárez existente en la Biblioteca Nacional. Manifiesto dirigido a la nación con fecha 12 de abril de 1862:

"Espero que preferiréis todo género de infortunios y desastres, al vilipendio y al oprobio de perder la independencia o de consentir

que extraños vengan a arrebatarnos vuestras instituciones y a intervenir en vuestro régimen interior.

"Tengamos fe en la justicia de nuestra causa; tengamos fe en nuestros propios esfuerzos y unidos salvaremos la independencia de México, haciendo triunfar no sólo a nuestra patria, sino los principios de respeto y de inviolabilidad de la soberanía de las naciones".

Discurso pronunciado ante el Congreso de la Unión el 31 de mayo de 1862:

"De los países de América, con los que nos unen vínculos de fraternidad, México recibe continuas pruebas de simpatía y puede decirse que todo el continente se siente amenazado por la injusta agresión que nosotros tenemos que rechazar. ¡Plegue a Dios que el triunfo de México sirva para asegurar la independencia y respetabilidad de las repúblicas hermanas!"

Desde Chihuahua a sus compatriotas en enero 1º de 1865:

"Compréndalo bien el hombre incauto que ha aceptado la triste misión de ser el instrumento para esclavizar a un pueblo libre y advierta que la traición, la falta de la fe prometida en los preliminares de la Soledad y las actas de reconocimiento y de adhesión dictadas por las bayonetas extranjeras que lo sostienen, son los únicos títulos con que pretende gobernar, que su trono vacilante no descansa sobre la voluntad libre de la nación, sino sobre la sangre y los cadáveres de millares de mexicanos que ha sacrificado sin razón y sólo porque defendían su libertad y sus derechos".

Del Epistolario ya citado. Carta dirigida desde Chihuahua el 26 de enero de 1865 al señor Matías Romero, representante de México en Washington:

"Por su carta de 14 de noviembre ppdo. y por las comunicaciones oficiales, que remite al Ministerio, quedo impuesto de que las cosas han cambiado en ésa de un modo favorable a nuestra causa, lo que celebro mucho, pues estaba yo muy inquieto por las noticias que corrían, de que ese gobierno estaba dispuesto a reconocer el imperio de Maximiliano. Así tendremos a lo menos, una cooperación negativa de esa República, pues en cuanto a un auxilio positivo, que pudiera darnos, lo juzgo muy remoto y sumamente difícil, porque no es probable siquiera que el sur ceda un ápice a sus pretensiones y en tal caso, ese gobierno tiene que concluir la cuestión por medio de las armas y esto demanda mucho tiempo y muchos sacrificios.

"La idea que tienen algunos, según me dice U. de que ofrezcamos parte del territorio nacional para obtener el auxilio indicado, es no sólo antinacional, sino perjudicial a nuestra causa. La nación

por el órgano legítimo de sus representantes ha manifestado de un modo expreso y terminante, que no es su voluntad que se hipoteque, o se enajene su territorio, como puede U. verlo en el decreto en que se me concedieron facultades extraordinarias para defender la independencia y si contrariásemos esta disposición, sublevaríamos al país contra nosotros y daríamos una arma poderosa al enemigo para que consumara su conquista. Que el enemigo nos venza y nos robe, si tal es nuestro destino; pero nosotros no debemos legalizar ese atentado, entregándole voluntariamente lo que nos exige por la fuerza. Si la Francia, los Estados Unidos, o cualquiera otra nación se apodera de algún punto de nuestro territorio y por nuestra debilidad no podemos arrojarlo de él, dejemos siquiera vivo nuestro derecho para que las generaciones que nos sucedan lo recobren. Malo sería dejarnos desarmar por una fuerza superior pero sería pésimo desarmar a nuestros hijos privándolos de un buen derecho, que más valientes, más patriotas y sufridos que nosotros lo harían valer y sabrían reivindicarlo algún día”.

Del archivo citado. Manifiesto a la nación el 15 de julio de 1867 al restablecer su gobierno en la capital de la República:

“Que el pueblo y el gobierno respeten los derechos de todos.

“Entre los individuos, como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz”.

Creemos firmemente que el diseño que hemos trazado de la vida, de la obra y de las ideas de Benito Juárez, son más que suficientes para que el lector imparcial y sin prejuicios coincida con nosotros en que se trata del hombre más grande de México junto con José María Morelos y de uno de los próceres de mayor estatura continental. Nosotros nos inclinamos respetuosos ante su memoria.

LOS PROBLEMAS NACIONALES Y LA JUVENTUD*

Por José ORTEGA Y GASSET

(Conferencia en el "Ateneo" madrileño,
el 15 de octubre de 1909)

Yo no puedo dirigirme sino a la gente moza: ¿cómo podía atreverme a conducir a este torpe tropel de mis palabras hacia las almas ya hechas de los hombres maduros? Para ello me falta en absoluto la autoridad: permitidme añadir que me falta también el humor. Moralmente es deber de todos mientras nos queden unos pocos alientos reformar en mejoría la constitución de nuestra morada interior: pero *realmente* suele ocurrir que esto no es posible. Bajo nuestro paralelo, al menos, los espíritus al tomar la vuelta de los cuarenta años se obliteran definitivamente. Y la reforma española, señores, exige en mi opinión un cambio tan radical en el sistema de preocupaciones y de maneras de querer, de pensar y de converse que es psicológicamente imposible esperar este cambio en las almas ya hechas.

Insisto pues, en advertir que me dirijo a los jóvenes, so pena de que pareciera inaudito que quien no es político ni entiende de política viniera aquí a dar en tono ejemplar sus ingenuas opiniones. El otro día el señor Madinaveitia, ayer el señor Simarro, solicitaban de todas partes la colaboración: nos pedían que contribuyéramos a

* Como es sabido, don José Ortega y Gasset dejó a su muerte una extensa obra que se va publicando con carácter póstumo. Próximamente, el Fondo de Cultura Económica editará en México un tomo que albergará su "Obra política", en parte inédita y en parte nunca reproducida desde su primera edición. Uno de los textos que aparecen en esa parte inédita es la conferencia que a continuación reproducimos. Agradecemos a los herederos de Ortega y al Fondo de Cultura Económica la autorización para anticipar esa conferencia a nuestros lectores, en homenaje a Ortega al cumplirse en el mes de octubre el décimo aniversario de su muerte.

Inédita en su primera mitad, que se transcribe según un texto mecanografiado, corregido a mano por el autor, la segunda parte se publicó en la revista *Vida Socialista*, nº 6, Madrid, 6 de febrero de 1910.

rectificar el ánimo público, cada cual con su voz y en su círculo. Esto hago yo ahora y vengo a ofrecerlos, amigos de mi tiempo, "el cornadillo de mi pobreza" como decía el Cartujano.

En estos tristísimos días que han pasado, pensaba yo en los deberes de nuestra generación... Era en medio de aquel silencio pavoroso y como siniestro que gravitaba ominosamente sobre nuestro país, silencio tan lúgubre como amasado con presagios crueles, que nos hacía pegar el oído a la tierra, sospechando si el corazón que bajo ella debía latir se había parado. ¡Pobre corazón viejo y endeble que bate torpemente sólo escarnios! Como a la mugre y la miseria el cuerpo del caído, las almas, señores, se acostumbra a todo lo vergonzoso cuando una sociedad viene de largo atrás rodando por su decadencia. Cuando se nace en un país donde nada está bien, la sensibilidad se embota y acabamos por olvidar que todo está mal. Y es menester que el Demiurgo rector de la historia envíe alguna terrible desazón nacional para que volvamos a percatarnos de la inmensa y profunda mengua en torno. La sicología del sentimiento religioso sabe muy bien que la conversión suele iniciarse en instantes de aguda perversión.

A decir verdad nada de lo ocurrido en estos meses crueles ha debido sorprendernos. ¿Por ventura lo necesitábamos para averiguar que España no existe como nación? ¿Es que alguien llama nación a una línea geográfica dentro de la cual van y vienen los fantasmas de unos hombres sobre los cadáveres de unos campos, bajo la tutela pomposa del espectro de un Estado?

Hay gentes, señores, que parecen haber traído a la quintaesencia toda su energía virtuosa cuando dicen que no se debe hablar mal de España. Por desgracia, suelen ser los que menos se afanan en mejorar su pueblo. Cierto: hay una virtud que debe acompañar siempre nuestra patriótica maledicencia: la piedad. Tenemos que descubrir los vicios más negros de nuestra casta pero piadosamente, con amor y con respeto, no mirándolos despegadamente como faltas que nos son ajenas y que descubrimos en alguien que no nos interesa. Después de todo, los pecados de España no son sino los pecados de los españoles. Y los españoles no son los de la provincia de al lado ni los de la casa vecina, sino que el español más a mano es siempre uno mismo.

Muchas veces he meditado cómo pueden algunos seres humanos moverse sobre la vida con el corazón tan abyecto. Comprendo la falta, la caída, el pecado. ¡Pobres de nosotros, somos tan distraídos! Yo me complazco imaginando que casi todas las cosas malas que han cometido los hombres se deben a nuestra enorme capacidad de distracción. El mismo padre Adán, tan noble y de tan bella in-

terioridad, que llevaba una vida tan fácil en el jardín de Edén, allá entre el Tigris y el Eufrates, ¿pudo faltar por motivos tan agrios como se le atribuyen? Prefiero creer que fue un distraído y nada más. Pero la abyección es más difícil de explicar: el hombre abyecto es el que no puede levantarse, no el que cae; es el incapaz de resurrección y de renacimiento.

Dándole vueltas a esto he llegado a pensar que el síntoma último de la abyección es el haber perdido la facultad de carearse consigo mismo, de meditarse severamente a sí mismo, de reconocer los duros estratos de podredumbre bajo los cuales serán sepultados el espíritu vivaz, la sensibilidad para la honradez, los impulsos valientes y dignos.

Oyendo a los que aún creen que no se halla tan enferma España como otros decimos, cabe pensar amargamente si habremos llegado a ese último extremo de la abyección.

No; no creo que haya sorprendido a nadie que un gobierno envíe a un pueblo a una guerra cuyo motivo y cuyo fin ignora todo el mundo. Nadie tenía seriamente derecho a esperar de nuestros políticos ni un alto sentido de moralidad social, ni una gran complejidad intelectual, ni siquiera ese amor y ese respecto hacia los gobernados que es la virtud mínima de los hombres de Estado.

A nadie habrá sorprendido que so pretexto de restaurar la tranquilidad en la fisiología de Barcelona se encarcelen unos cuantos millares de ciudadanos, docenas de ellos sobre los que no pesan ni aun aquellas sospechas o indicios de culpabilidad que permitan incoar un proceso; sean otros deportados y confinados en pueblos donde no han podido hallar ni alojamiento ni medios de vivir, se fomente la expatriación de muchos miles, se cierren más de cien escuelas y se hostiguen todos los bajos instintos de las clases elevadas; que se suspendan por larguísimo tiempo aquellos derechos que dan su dignidad a la vida moderna, que se entreguen las decisiones de la justicia al juicio de Dios de los tribunales militares; que se amenace a la prensa y se la trate con gestos y frases de rey de taberna, como si la prensa fuera sólo una industria de una sociedad anónima y no fuera además un derecho de los ciudadanos; y sobre todo, que se aproveche esta violencia jurídica para inyectar en el pueblo español las mentiras oficiales.

No he de insistir sobre estos hechos, porque, aun cuando haya quien intente explicarlos, no temo que nadie ensaye su negación. Además, yo no he venido aquí, principalmente, a hacer crítica de ningún gobierno. ¿Cómo había de hacerlo? Yo no soy más que un pobre español mozo que convoca a examen de conciencia a los que tienen las mismas amarguras que él y algunas de sus esperanzas,

a los que llevan desde niños pesando sobre sus corazones la gran pesadumbre étnica y no han hallado todavía una hora clara en la cual ensanchar una sonrisa entera, a los que no han asimilado en este país luminoso donde nacieron otra cosa que desconfianza y negación, a los que no han tenido maestros, a los que poseen el valor de confesarse que no han aprendido en español apenas nada que les haga más delicados, más inteligentes ni más virtuosos. A éstos no puede sorprenderles nada de lo ocurrido: no han visto desde que nacieron otra cosa. Un poco más o un poco menos ¿de qué puede servirles?

Y no sé de qué pueda servirnos esta agudeza del mal nacional si no es para decidirnos al cabo a intervenir en la vida pública. ¿Querrá esto decir que yo espere de la juventud grandes y perfectas hazañas? Estos días, señores, he escuchado muchas conversaciones, muchos juicios sobre los hechos acaecidos y declaro con amargura que he hallado a mi generación muy mal preparada en política y en moral. Yo suponía que del '98 al presente había vivido España once años de examen de conciencia nacional, de crítica aguda de aquel régimen de prejuicios que nos trajera a tantos males. Por lo visto no es así: yo he oído con grave dolor que vuelven a correr victoriosamente los tópicos más viejos, los que nunca tuvieron sentido, y he presenciado la aceptación de ellos por los jóvenes, y cuando no la aceptación, la perplejidad en que quedaban por no saber qué oponerles.

Es lo cierto que la generación anterior no nos ha dejado en herencia ninguna virtud moderna. Cada generación llega al mundo con una misión específica, con un deber adscrito nominalmente a su vida. Los deberes no son para escogidos sino para cumplidos. El contenido de la moralidad, de lo humano, no es nunca un montón de fórmulas abstractas, sino que en cada momento aparece concretado en tareas precisas y perentorias que es preciso al punto emprender. Sólo al través del cumplimiento de estos deberes inmediatos, precisos, perentorios, llegamos a merecer íntegramente el soberano título de hombres. A los españoles que hoy gozan los cincuenta años sólo de una manera les hubiera sido posible elevarse a esa dignidad: trabajando un día y otro, de la mañana a la noche, en la europeización de España. No se sabe que lo hayan intentado; se sabe muy de cierto que no lo han hecho.

Reservo una ilimitada cortesía para los individuos que hoy ejercen las funciones nacionales, desde la gobernación a la literatura y la enseñanza; acaso en el privado recinto personal hayan cumplido espléndidamente con sus obligaciones, pero como generación han fracasado.

Pero no voy a maldecir a los viejos, como es uso de esos jóvenes que agrupados en torno de una mesa de café se dedican a la triste labor de ponerse al rojo las soberbias. ¡Qué vergüenza me daría, señores, si lo creyérais así! Mirad: si por cualquier momento de la historia hacemos un corte hallaremos una generación de hombres ya hechos, que parecen constituir la "realidad histórica" de aquel momento. Esos hombres tienen una manera peculiar de sentir lo divino, de comportarse en el trato humano, de resolver los problemas públicos; una manera genuina, en fin, de soñar, de anticipar el porvenir en la sutil especie del ideal. Mas para saber en qué consiste, qué valor tiene esta "realidad" en cada caso, tenemos forzosamente que investigar de dónde viene aquella manera suya de pensar, de querer y de sentir. La realidad histórica, señores, no es el montón de los hechos: la muerte de César aislada, en sí misma, es un hecho biológico, un problema que sólo puede interesar a la medicina legal. Lo histórico en la muerte de César es su sentido, su valor, el por qué fue asesinado y el cambio de la Constitución romana que motivó. Del mismo modo, la realidad histórica de una generación consiste en ser el punto de intersección de una generación anterior que la ha preparado y de otra subsecuente que mana y deriva de ella: cada generación es discípula de una más vieja y maestra de otra más joven. Esta doble función de maestro y discípulo es lo importante, lo serio en la historia. Por eso Lessing la interpretaba como el proceso de educación del humano linaje, y, en tal sentido, nada más cierto que ver en la pedagogía la médula de la historia. Cada cual hace lo que es capaz de hacer, pero su capacidad depende completamente de su preparación: esto nos obliga a mantener despierta la conciencia de nuestra solidaridad con las fuerzas y hasta con los vicios del pasado.

¿Veis cómo mi intención al censurar a nuestros mayores era, más que afán de censurarlos, una introducción a la humildad y una invitación a la modestia? Decía Goethe que para hacer algo grande es preciso valer mucho y, además, ser heredero de algo grande y fuerte. De antemano sabemos, pues, que sólo pequeñas hazañas podemos realizar. Comencemos por reconocer nuestra terrible limitación: tras una generación inepta no puede venir una generación potente, tras una generación de distraídos, sólo es probable una generación de vanidosos. "Considera, hermano Sancho —decía con unción Don Quijote— que nadie vale más que otro mientras no haga más que otro".

Yo creo, amigos de mi tiempo, que valemos muy poco: nuestros padres nos han dado ya muertas algunas partes de nuestras almas y no lograremos galvanizarlas; al menos, no veo por ningún

lado esas vigorosas idealizaciones que han sido siempre síntoma de una mocedad apta para reformar la historia de su pueblo. Nos falta entusiasmo, energía, pureza, sensibilidad para las instancias morales, y, como los dioses homéricos iban en medio de una nube, caminamos nosotros por entre las cosas desde que nacimos ceñidos de desesperanza. Hemos perdido las arcaicas virtudes y aún no hemos allegado los gustos modernos. La nueva edad no ha logrado aficionarnos a las ideas, a la suprema virtud laica de la ciencia; sólo hemos aprendido a dudar de la belleza de nuestro ímpetu, aquel ímpetu acerado de España que súbito surgía e iba recto a su objeto. Hoy quisieramos querer y nuestro esfuerzo se retuerce, se dobla sobre sí mismo como suelen los sarmientos en las vides muy viejas.

Si no hemos tenido maestros ¿dónde buscar la disciplina que es necesaria para mejorarnos? Abandonados a nosotros mismos, nos perdemos en sempiternas vaguedades: es falso que pueda uno educarse a sí mismo. La dualidad de que antes hablaba es forzosa: sin maestro no hay discípulo.

¿Dónde recurrir para orientarnos? A las cosas que nos rodean. No hemos heredado ideales ni virtudes; pero, ciertamente, hemos heredado problemas. Tenemos que sacar de los problemas nacionales aquella disciplina que una tradición nunca rota y progresiva de cultura debiera habernos dado.

Repito que lo ocurrido últimamente en nuestro país es sólo una manifestación más aguda de lo que venía aconteciendo. ¿Qué ha ocurrido? Tres cosas me parecen las más graves: 1º, la manera como se ha llevado al pueblo a la guerra de Melilla, que ha hecho patente de un modo cruelísimo la constitución intolerable de nuestra vida política. 2º (Falta el texto). Y 3º, el hecho más grave a mi modo de ver, el que acaso esperéis menos: el fracaso de la huelga general en Madrid y gran parte de las provincias. Es el más grave para mí, desde ahora lo digo, porque aquellos dos hechos acusan sólo la mengua del presente político y cultural de España, mientras éste hace sospechar que seguimos sin intentar una preparación seria del porvenir. Además hablo a los jóvenes, que son menos culpables de aquéllo que de éste.

Sea cual sea el resultado de la guerra de Melilla, el hecho mismo de la guerra quedará como ejemplo de toda villanía gubernamental. Hoy los gobiernos suben al poder bajo la condición de no violentar la voluntad de los ciudadanos. Este es el principio corno de todo el derecho moderno. La voluntad de los ciudadanos es la ley única: jefes de Estado, ministros, representaciones, etc., no están ahí para otra cosa que como elementos anatómicos del ór-

gano que ha de expresar y ejecutar esa voluntad. Ahora bien, el gobierno ha llevado a la guerra al pueblo español, no sólo con violencia y rompimiento de su contraria voluntad, sino que le ha llevado sin consulta, sin aviso, sin explicación. Ha abusado, pues, de su fuerza, ha roto su contrato constitucional, se ha comportado villanamente. Esto, repito, no es lo que puede extrañarnos. Lo extraño es que haya podido realizarlo.

Estamos gobernados por una comunidad gobernante de cuya totalidad ignoramos qué pensamientos tiene, por un gobierno sin ideas políticas, sin conciencia política. En cuanto a los ministros tomados individualmente, nos consta que algunos de ellos no piensan ni han pensado nunca nada. El cierre de las tabernas y la persecución de los periódicos no son principios suficientes para la construcción de una metafísica ni aún de una mísera sociología.

Nos rigen, señores, ahora, y nos regirán probablemente cuando el gobierno cambie, gentes respecto a las cuales no podemos aunque queramos ejercitar esta virtud del respeto, constructora de ciudades, virtud socializadora por excelencia. Platón quería que gobernasen los filósofos; no pidamos tanto, reduzcamos al *minimum* nuestro deseo, pidamos que no nos gobiernen analfabetos.

¡Y aún peor, señores, que los analfabetos intelectuales son los que a la vez practican el analfabetismo moral!

Mas si la comunidad gobernante ha cometido esta falta que la condena definitivamente a la execración pública, ¿cómo los otros partidos no han ejecutado la voluntad de la nación? Esto es muy importante.

Dentro de pocos días caerá probablemente el partido . . . ¿Cómo llamar a este partido? ¿Puede ser conservador quien destruye la vida de los ciudadanos en Melilla y Barcelona, quien tira al estrecho los dineros ajenos, quien acaba de quebrar ante Europa la maltraída ampolla del honor nacional? Yo no veo que conserve nada este partido: sólo hallo aumentada hoy, gracias a sus desvelos, la fama de la barbarie pública española.

Esta comunidad gobernante abandonará probablemente el poder; el ánimo público, ya de suyo tan vergonzosamente exiguo, sentirá acaso un alivio y me temo que se renueve la pertinaz maldición de nuestra historia: que en España son infecundos hasta los crímenes y las desdichas.

El partido que suba al poder será una sombra chinesca de éste que ahora se va. Pues qué: ¿no son igualmente responsables de cuanto ha ocurrido todos los partidos que hoy tienen representación en la Cámara? ¿Han cumplido los jefes liberales y republicanos con los deberes más elementales de guardianes jurados del tesoro libe-

ral? Todos sabéis que hace no muchos días, en una reunión de la minoría republicana, exigía cierto prohombre que se le indicara una sola acción antiliberal del señor Maura.

Los liberales y los republicanos actuales han regido sus actos con tanta parsimonia que ningún joven habrá de permitirse el alistamiento en sus banderas.

España necesita una larguísima era de reconstitución liberal. Es preciso apoderarse del poder firmemente para lograr en una labor de muchos años ir recreando de sus ruinas bárbaras la nación, valiéndose de la libertad, como instrumento pedagógico. A mí me parecería muy bien que cada día de la próxima semana hinchiera las calles de Madrid una manifestación: creo además que ha de empezarse por ahí, que a los oídos de Europa tienen que llegar inmediatamente algunos gritos nuestros. Pero no me parece serio esperar de esos movimientos reflejos el cambio sustantivo que necesitamos; yo pido movimientos reflexivos, y para esto hace falta un plan y una dirección. Roguemos que nos los ofrezcan quienes puedan.

El gobierno liberal que suceda a este gobierno de la comunidad inconsciente, ha sido su cómplice. Pero además, ¿no podemos prever con toda exactitud lo que ocurrirá? El partido liberal se compone también de gentes sin unión política, sin ideas políticas: ¿no recordáis el programa del bloque, que era más bien un programa de circo? El partido liberal no hará nada porque no sabe qué hacer. Sin embargo, admitamos que quiera emprender alguna cosa: por ejemplo, una modestísima campaña contra los privilegios de las órdenes religiosas. ¿Qué ocurrirá? Unas cuantas señoras, unas cuantas damas, abrirán con sus firmas un pliego, y tras de sus firmas vendrán otras muchísimas firmas, todas de damas; el partido liberal caerá antes de los seis meses de resultas de tanta firma. Y ya no podremos indignarnos; ahora mismo nos sentimos reconfortados porque las últimas tristezas son siquiera trágicas: dentro de seis meses viviremos dentro de una comedia incalculable, en la bufonada de una isla de San Balandrán.

Y separada del poder otra vez esta sombra de liberalismo, volverá a regirnos el gobierno actual, volverán las casacas bordadas de pupilas a encerrar corazones de jaques. Porque en cada país sólo pueden ser duraderos aquellos gobiernos que representan como una proyección plástica y bajo la especie de personas, el estado íntimo de su alma. En España sólo tenemos tradición de valentía: por un gesto de un valentón vendemos el alma nacional al diablo.

El hecho de la guerra de Melilla y de la inacción de los partidos parlamentarios pone de manifiesto que España está en todas

partes menos en el parlamento, que la ciudadanía no tiene intervención en la política, que no vivimos un Estado legal moderno.

Si constituye el último deseo del anarquismo la unión libre de los egoístas —como decía Max Stirner—, la unión sin sometimiento a una ley firme de aplicación universal y automática, yo digo que la época que quisiéramos ver cerrada para siempre no es ni más ni menos que la triste experiencia de ese ideal realizado. La masa-pueblo, no ha vivido vida política e histórica en nuestro país; no ha sido republicana, ni monárquica, ni demócrata; ha vegetado, simplemente, de una manera infrahumana; sólo de cuando en cuando ha parecido que su epidermis retemblaba como la de una enorme bestia que tiene los sueños inquietos o le turban la modorra. Además, la masa-pueblo es por definición la que no tiene opiniones políticas originales, la que necesita de los pocos, de los elegidos, de las aristocracias morales para que concreten y orienten su volición hacia un ideal social determinado.

Ahora bien, en España esos pocos, esos elegidos, esos poderosos han vivido el anarquismo y no se han cuidado de educar políticamente al pueblo. No, no ha sido oligarquía la forma del régimen público en España; en la oligarquía los pocos hacen leyes imperialistas que les son beneficiosas, pero una vez dadas, las cumplen. En España no se han cumplido las leyes; España es la tierra donde el señorito, al ser detenido por escandaloso, toma el número del guardia para que lo dejen cesante al otro día.

Por eso, a mi modo de ver, no basta que movidos por los últimos sucesos pidamos libertad de conciencia. La libertad de conciencia es una ley: ahí está en nuestra Constitución desde el año 12, como nos recordaba ayer don Luis Simarro con palabras a que prestaban doble emoción enérgica la indignación y la ironía. Es una ley, y sin embargo, no hay libertad de conciencia.

Cuando veo que una libertad ya estatuida en los Códigos no se cumple, sólo me ocurre pensar que son necesarias nuevas libertades, nuevas conquistas políticas para que las antiguas no sean burladas.

Yo protesto de ese concepto de las libertades públicas que da a éstas un significado meramente pasivo; para los demócratas atenienses, libertad y democracia querían decir sólo esto: que cada cual viva como quiera. Mas nosotros tenemos obligación de mayor experiencia; para nosotros libertad debe significar dos cosas: con respecto al individuo, licitud extrema de sus acciones —libertad negativa—; con respecto al Estado, obligación de poner al individuo en condiciones cada vez más perfectas para usar de esa libertad. En el caso presente es la cuestión bien clara: ¿por qué la libertad de

conciencia conquistada hace un siglo no existe realmente? Porque no ha existido ni existe una organización política fuerte que eduque en el pueblo español la conciencia de la libertad.

Esto no es sólo un juego de palabras. Conciencia equivale a sensibilidad, capacidad para darse cuenta, conocimiento. Ved aquí el deber de la europeización de España concretado en esta cuestión política del momento. Hay que educar la conciencia pública española; esta es la labor que desde hoy mismo tiene que iniciar la juventud.

Estos días se ha respondido a nuestras palabras contra la guerra diciendo que Inglaterra, Alemania y Francia han realizado análogas fechorías. Lo mismo se ha repetido a propósito de la represión en Cataluña. ¿Dónde está la barbarie?, se nos ha dicho. Señores, un pueblo es bárbaro y es abyecto no tanto por lo que hace como por lo que no sea capaz de hacer. Inglaterra, mejor dicho, el capitalismo inglés, movió la guerra brutal de avaricia contra los *boers*, cierto; pero Inglaterra, la otra, la que piensa y trabaja, protestó indignada. En Francia ha ocurrido lo propio con la última campaña de África.

En Europa, el pueblo tiene una conciencia política y no tolera que le arrebaten la libertad de conciencia, porque, como usa de su conciencia, necesita de la libertad.

Es preciso educar la conciencia política del pueblo español. Desde hace dos años, mi pluma, que salva su torpeza con el entusiasmo, apenas si se ha movido para clamar otra cosa. ¿Cómo hemos de educar al pueblo?

Pero antes de responder a esto hay que hablar del ensayo de revolución de Barcelona. No es lícito a la hora en que hablamos, juzgar las revoluciones de una manera tan simplista como se ha hecho estos días. Notad que los códigos modernos han abierto cuenta aparte para los crímenes políticos, y que la sensibilidad pública, que siempre va delante llevando los códigos al estricote, no considera jamás como criminal al criminal político: Yo diría que sin percatarse de ello, las gentes incluyen los actos revolucionarios en la sección de los crímenes pasionales y les otorgan la misma indulgencia plenaria. Un hombre que mata a otro porque solicitó los garridos secretos de su novia no parece a las gentes ciudadano repulsivo, y la libertad política, señores, es desde lo eterno la novia arisca de todos los grandes entusiastas.

No quiero que os asusten mis palabras. Yo soy, o quisiera ser al menos, un pacífico: la labranza de esta miel espiritual de la paz es para mí el destino del hombre. Paz y cultura tienen un valor recíproco en mi vocabulario: paz es la postura del alma culta, y cultura es cultivo, es labranza de la paz. *Homines ex natura hostes.*

Por naturaleza son los hombres hostiles; sólo la cultura los hace amigos. Nuestros cuerpos manan enemistad, nuestros instintos segregan desvío y repulsión. ¡Qué importa! Alojada en el órgano material es cada alma una hilandera de ideal, productora de hilos sutilísimos que traspasan otras almas hermanas, como rayos de sol, y luego otras y otras. Lentamente los hilos se multiplican, el tejido de la cultura se va haciendo más prieto, más firme, más extenso, hasta que un día la Humanidad entera se halle tramada y, como con un manto místico, cubra con ella sus lomos desnudos el Gran Artífice, el Promotor del Bien.

Pax hominibus! La unidad de los hombres está en formación, no existe aún, no existirá mañana todavía, cierto; pero la vamos haciendo; la distancia entre los hombres disminuye progresivamente. *Pax hominibus!* La barbarie nos rodea: ¿qué importa? Sabremos aprovecharla como el ingeniero aprovecha la brutalidad de un salto de agua; para eso están sobre la tierra los hombres de buena voluntad, a modo de fermento pacífico que va descomponiendo los enormes yacimientos de mala voluntad.

Mas es preciso ir la construyendo, ir levantando los muros de esta gran ciudad interior de la paz donde quepan todos los hombres. Y para esto es preciso que vayamos a construirla, no sobre los inertes —la inercia, la paz de las piedras, la paz pasiva e idiota, es la blasfemia de la paz humana— no sobre los inertes, digo, no sobre los conformes, sino que precisamente, hay que ir a buscar a los inquietos, a los descontentos, a los que sacan de sus entrañas las quejas más graves y las sacuden fieramente contra aquéllos, en forma de revoluciones.

No opongáis, pues, a los revolucionarios las torpes vaguedades que se han escuchado estos días: asesinos, violadores, incendiarios, ladrones. No hay nada que existe tanto a la rencilla como repetir cosas evidentes; las cosas evidentes por sí mismas las llaman los filósofos tautológicas, y añaden que no hacen adelantar un mal paso a los razonamientos. Cuenta Kierkegaard que un loco, decidido a escaparse de un manicomio pensó así: Yo necesito que cuantos me encuentren conozcan que estoy en mi juicio, y para esto es menester que yo les diga algo que sea indudable. Habiendo pensado así, se echó al bolsillo una naranja y salióse tranquilamente por la puerta del establecimiento. Apenas topaba con algún transeúnte, sacaba del bolsillo la naranja y le decía: la tierra es redonda. Señores, este pobre loco de evidencia fue al punto reintegrado al manicomio; los transeúntes hallaron incongruente su evidencia.

El que asesina, es evidentemente un asesino, el que incendia lo ajeno un incendiario. Las revoluciones, para rubor de los hombres

de orden, son un amasijo de los crímenes más horrendos, más bajos. Y, sin embargo, quíerese o no, la sociedad moderna ha ido formando una noble religión cívica en torno a las efemérides revolucionarias de los dos últimos siglos. Estas sociedades burguesas que tan fácil tienen el espanto cuando la incongruencia toma brutales formas plásticas —el asesinato, el incendio—, no se espantan en cambio de lo que a todas horas acaece en su seno: el pecado de estas sociedades burguesas es la inconsciencia, ese pecado que subido a una potencia infinita caracteriza a los españoles y muy especialmente a mi generación.

Desde hace casi un siglo, en todas las escuelas de Europa se enseña a los niños que los dos hechos culminantes de la Historia, los dos hechos que sirven como divinas espadas para tajar en edades la evolución humana, son el nacimiento del Cristo, allá en una aldehuela de Siria, y la Revolución francesa. ¿No es atroz que pesen igualmente para la gloria del hombre la mansedumbre infinita del que predicaba por las alquerías galileas y las matanzas del 93, de aquel año abierto en la Historia como un lago de sangre?

No sé si será esto un error; pero creo firmemente que ideas tan arraigadas y tan extendidas no pueden ser plenamente errores. Otra cosa sería pesimismo. Un individuo puede equivocarse de medio a medio, esto no tiene importancia. Pero señores, pensar que la humanidad tomó una manía durante siglos y que esa manía es completamente absurda, me parece muy grave. Ello sería declarar que la Humanidad es imbécil. Tal cree el pesimismo y por eso nos induce a separarnos lo antes posible de la vida, a fin de no colaborar en tan terrible inercia.

Aunque no sea más que como *working hypothesis*, según ahora se dice, como hipótesis fecunda para la investigación, me parece preferible suponer que las grandes masas de hombres no se equivocan nunca enteramente, que los errores de la Humanidad contienen siempre un profundo sentido, el sentido y la anticipación de algo no llegado todavía a punto de madurez y perfecta sazón.

Si glorificamos, pues, las revoluciones, es porque tenemos la oscura sospecha de que representan altos valores de cultura.

No es lícito desgranarlas en la serie de actos bestiales que las componen. Las revoluciones tienen dos caras: una de ellas es esa torva exposición de crímenes que cometen unos hombres en protesta del régimen existente: los revolucionarios son por esta cara criminales. Mas, por la otra cara, una revolución pone de manifiesto que el régimen existente es tan injusto, tan perverso, tan criminal que incita a cometer los desmanes revolucionarios; por esta cara, los hombres de orden, las gentes felices y acomodadas, aparecen

reos de un crimen sordo y continuo, que no tiene ni siquiera, como los otros, la disculpa de la exaltación.

No es lícito, señores, contentarse con dibujar la faz sangrienta de las revoluciones; tienen además, un semblante ideal y sagrado que es el que mueve a masas de hombres a sustituir la organización política dada por otra menos injusta y más noble. Aquellos crímenes son los *hechos* de las revoluciones, pero este es su *sentido*, su valor histórico profundamente moral. Y fijaos bien, este sentido de las revoluciones, como constatación de las injusticias tácitas de la sociedad, nos obliga a reconocer que cuanto más horribidas sean ellas más culpables somos nosotros los ordenados, los gubernamentales, los inertes.

Por eso Herman Cohen, tal vez el más grande filósofo actual, escribe en su libro de *Ética* estas palabras aladas: "Las revoluciones son los períodos de la Ética experimental". En ellas se intentan nuevas soluciones al grave problema de la justicia, a aquel problema, el más humano de todos, que elevó hasta la incandescencia el corazón reseco de Alonso Quijano El Bueno. Yo no pido a los jóvenes sino que al modo del santo orate manchego vengán a hablar entre los cabreros de este problema cruel del tuyo y el mío.

Sería muy triste, señores, que antes de que secase sobre la tierra de los fosos de Montjuich ese licor rojizo con que ahora se la riega para que dé germinaciones de odios inextinguibles, no resonara en España una voz tranquila que repitiera este principio de la ética moderna: las revoluciones son justas.

Lo son, pero lo son en su *sentido*: las muertes, los incendios son siempre criminales, cométanse en las calle de Barcelona o en los barrancos y aduares del Rif.

Por esto es moralmente obligatorio evitar los hechos revolucionarios, de un lado, y de otro justificar su sentido. Tal es a mi modo de ver la misión histórica del radicalismo democrático, del socialismo: las revoluciones sólo se evitan organizando partidos revolucionarios. El dilema es de hierro: ¿Qué se prefiere, la revolución o la amenaza de la revolución? Pues bien, todo poder constituido que no se siente amenazado equivale a la seguridad de una revolución.

Ved por qué ha sido, en mi opinión, lo más grave de todo el fracaso de la huelga general. Púsose aquel día de manifiesto que el pueblo no está organizado, que el pueblo carece de ideales políticos, que el pueblo es sólo una pasión, ayer en Madrid de miedo, en Barcelona de venganza. ¿Quién sabe si mañana ocurrirá lo contrario? ¿Quién puede garantizar los cambios de lo que es sólo pasión?

La juventud ha comenzado ya a pecar: un español no es culpable de no haber tenido tiempo para llegar a ser presidente del

Consejo, pero nadie le impedía sentir amor y curiosidad por el pueblo, llevarle sus ideales y sus estudios, dedicarle los ocios de una vida menos opresa.

Europa, señores, es ciencia antes que nada: ¡amigos de mi tiempo, estudiad! Europa es también sensibilidad moral, pero no de la vieja moral subjetiva, de la moral cristiana —acaso más bien jesuítica— de las intenciones, sino de esta otra moral de la acción, menos mística, más precisa, más clara, que antepone las virtudes políticas a las personales porque ha aprendido —¡Europa es ciencia!— que es más fecundo mejorar la ciudad que el individuo.

Mejor hubiera sido, claro está, haber hallado en nuestra patria, cuando despertamos a la curiosidad, hombres sabios y solícitos en quienes encontraríamos ya aposados los problemas de la existencia, espíritus serios y ágiles. ¿Cómo empezar a vivir, si no hallamos desde luego preparados esos altares del respeto? ¿Qué energía puede pedirnos a nuestros ánimos si no hemos tenido dónde aprender la seriedad y la veneración?

Pero no nos exculpemos. Sin respeto y sin seriedad no es posible la cultura. Puesto que no podemos aprender esas virtudes en español, estamos obligados a buscarlas donde quiera que se hallen. Tomando el bastón de hacer camino, echémonos por el mundo y peregrinemos, como Ibn Batuta, en busca de los santos de la tierra.

Y luego, a nuestra vuelta, encendamos la pura alma del pueblo con las palabras de idealismo que aquellos hombres de Europa nos hayan enseñado.

El epitafio de Fernando Lassalle, de aquel gigante socializador que comenzó la organización del pueblo alemán, debe servirnos de divisa: "Aquí yacen los restos mortales de Fernando Lasalle, pensador y luchador".

Dimensión Imaginaria

LAS RELACIONES PERSONALES Y LA CRÍTICA MUTUA ENTRE DARÍO Y UNAMUNO

Por Norman LITZ

AMBOS, Darío el modernista, y Unamuno el noventiochista, representan la dualidad psicológica típica del dilema del hombre moderno. Los dos llevan, dentro de su personalidad más íntima, la continua lucha entre "el uno" y "el otro"; un conflicto que no se resuelve nunca y cuyo estado mismo de irresolución sirve del resorte de su respectiva producción poética. En el caso de Rubén, la dualidad arranca del choque entre el espíritu y la carne, entre un anhelo erótico insaciable que, de una manera clásica, está enamorado del amor en sí, más bien que de ningún objeto fijo y el deseo de algo más alto y perpetuo. Este conflicto se vislumbra a lo largo de la poesía rubeniana; se observa en la fase plenamente hedonística, en la fase mitológico-helenista y en la exótica y se culmina en la etapa religiosa y existencial de la cual un ejemplo por excelencia es "La Cartuja".

La dualidad de Unamuno es la que consiste en "el sentimiento trágico de la vida", el choque entre la fe y la razón, entre el hombre vital y el racional. El vasco expresa su angustia en el poema "El mal de pensar", que pertenece a su *Rosario de sonetos líricos* (Madrid, 1911):

Lo que trajo la muerte fue la gula
de la ciencia, que es muy mala costumbre;
para el ayuno de pensar no hay bula

que valga; hay que matar la incertidumbre;
Dios nos dio el pensamiento como prueba.
¡Dichoso quien no sabe que le lleva!

Este poema de Unamuno, que recuerda el sentimiento, "dicho-
so el árbol que es apenas sensitivo" de "Lo fatal", la composición
final de los *Cantos de vida y esperanza* (Madrid, 1905), muestra
la afinidad espiritual que existe entre el vasco y el nicaragüense,
a pesar de la vasta diferencia en sus estéticas personales. En su mu-

tua preocupación con los enigmas eternos de la vida, la obra de Darío y la de Unamuno representan el cruce de caminos de lo que, en el caso del primero, se considera como esencialmente una poesía de superficies y de cultura y lo que, en el caso del segundo, se concibe como la poesía íntima de experiencia personal y vital. En el caso de Rubén, si no en el de la mayoría de sus discípulos, el culto modernista a las superficies sirve de disfraz para ocultar muchos de los mismos temas profundos y universales asociados tan íntimamente con la "poesía desnuda de Castilla" de la generación del '98. Una consideración de las relaciones personales entre los dos poetas y un estudio de la crítica mutua entre ellos, manifiestan un conocimiento siempre creciente, por parte de los dos, de la afinidad espiritual que les enlaza.

Por lo que toca a las relaciones personales entre los dos poetas, hay que señalar aquí que, antes de 1904, ya se conocían personalmente en Madrid, como indica la carta de Unamuno del 3 de septiembre de dicho año. También conviene notar que, según el número de cartas ya encontradas y conocidas, había una correspondencia entre el nicaragüense y el vasco desde 1899 hasta 1909. Dicho epistolario ahora se publica, en su mayor parte, en *El archivo de Rubén Darío* (Buenos Aires, 1943); y varias de dichas cartas, en particular, demuestran el crecimiento continuo de la comprensión mutua entre los dos espíritus atormentados. Por ejemplo, en la ya citada carta de don Miguel del 3 de septiembre de 1904, se identifica el profesor salmantino con el poeta nicaragüense, dirigiéndose a éste de esta manera:

Nada me es más grato que reanudar conversaciones interrumpidas, ni hay palabras que me lleguen más a lo hondo que las paridas por un largo silencio. A usted le recuerdo con frecuencia, depurado, claro está, por la distancia y el tiempo que hace que no lo veo. Los que una vez nos encontramos en la vida, donde se cruzaban nuestros caminos que viniendo del infinito al infinito van, seguimos siempre en la vida juntos; cada uno se lleva al otro y lo mejor del otro, lo que de él pudo hacer propio.¹

Y Rubén, desde París, se dirige a Unamuno de esta manera en una carta del 9 de octubre de 1907:

Mi querido amigo: Mucho me satisfizo su gentil carta del 26 del pasado. Creo que con quince días pasados con usted estaríamos

¹ ALBERTO GHIRALDO (ed.), *El archivo de Rubén Darío* (Buenos Aires: Editorial Losada, 1943), p. 44.

completamente de acuerdo en todo, esto no lo puedo realizar por ahora...

Hasta la vista, pues, mi querido amigo, y gracias por su libro de poesías, del cual he de decir en breve lo que todavía no he visto que nadie haya dicho. Le advertiré que los salmos han sido para mí de un gran alivio moral.²

En 1909, se llevó a afecto la tarea ya anunciada por Rubén en la carta anterior; y apareció en *La Nación* de Buenos Aires su ya famoso ensayo sobre "Unamuno, poeta". Dicho ensayo fue incluido por Rubén en su libro *Semblanzas* (1912); y, actualmente, sirve de prólogo para la colección *Teresa* de Unamuno (1924). Es sobresaliente este ensayo y el documento quizás más importante de todos los que tratan de las relaciones entre los dos autores, porque aquí es Rubén el primero en expresar la convicción de que es don Miguel, ante todo y sobre todo, poeta; un juicio enteramente opuesto a la opinión entonces corriente. Y, de esta manera, anticipa Darío a uno de los primeros y de los mejores críticos de Unamuno, don Julián Marías, que, en su estudio *Miguel de Unamuno* (Madrid, 1943), afirma también que el profesor salmantino es básica y fundamentalmente poeta, aunque sea en el sentido más amplio de la palabra. Refiriéndose a la obra unamunesca, apunta Marías:

Sus principales géneros literarios son, junto al ensayo, la poesía y la novela, y también el drama. Este es un hecho de suficiente volumen para no pasar sobre él. Se trata de unas odas, unos sonetos, unos dramas y unas novelas que lo son cumplidamente. Y no se crea que constituyen la obra literaria de Unamuno junto a otra que pudiera ser, por ejemplo, filosófica, sino que hay la más perfecta unidad en toda ella. Por eso se ha dicho, con plena razón, que todo en Unamuno es poesía, y que hay honda relación entre *Del sentimiento trágico de la vida* y *El Cristo de Velázquez*. No sería excesivo considerar también el primero como un poema, a pesar de sus constantes referencias al pensamiento filosófico y teológico y de sus citas en varias lenguas; pero acaso se podría también decir, con no menor razón, que toda la obra de Unamuno excede y trasciende de la poesía y de la literatura en general.³

La obra literaria que "excede y trasciende de la poesía" es la más poética de todas; y así se ve que todo en Unamuno, tanto el

² *Ibid.*, pp. 54-55.

³ JULIÁN MARIÁS, *Miguel de Unamuno* (Madrid: Espasa-Calpe, 1960), pp. 20-21.

verso como la prosa, es poesía en el sentido más alto de la palabra y que don Miguel es el poeta por excelencia. Es de alta significación que Rubén, tantos años antes de Marías, llega a la misma conclusión respecto al espíritu esencialmente poético de Unamuno, una conclusión tan opuesta a las de sus contemporáneos. Empieza Rubén su ya citado ensayo, afirmando que la aparición del tomo de *Poesías* de Unamuno de 1907 ha precipitado "algunas admiraciones e infinitas protestas". Contradice Darío a los "verdugos del encasillado", los que mantienen que un individuo sirve sólo para una cosa, los que sostienen que una persona puede ser o ensayista o novelista o poeta, pero no todos a la vez. Aquí manifiesta Rubén gran penetración al anticipar el juicio expresado más tarde por todos los estudiosos perspicaces de Unamuno —el de que, cuando se trata de un genio, no caben las clasificaciones estrechas y dogmáticas, cosas que siempre son tan convenientes como erróneas. Afirma el nicara-güense que, cuando expresó su juicio de que, a su parecer, era don Miguel "ante todo un poeta y quizá sólo eso", recibió miradas de extrañeza y que los "verdugos" dogmáticos creyeron encontrar en su juicio "una ironía". Pero, en dicha opinión de Rubén, no se trata de ironías sino de sinceridades. Anticipando la tesis de Marías, reitera Darío su convicción de que don Miguel es poeta.

Si poeta es asomarse a las puertas del misterio y volver de él, con un vislumbre de lo desconocido, en los ojos. Y pocos como ese vasco, meten su alma en lo más hondo del corazón de la vida y de la muerte. Su mística está llena de poesía, como la de Novalis. Su Pegaso, gima o relinche, no anda entre lo miserable cotidiano, sino que se lanza siempre en vuelo de trascendencia. Sed de principios supremos, exaltación a lo absoluto, hambre de Dios, desmelenamiento del espíritu sobre lo insondable, tenéis razón si me decís que todo eso está muy lejos de las mandolinas. Pero las mandolinas no son para la poesía. Mandolina y viola de amor tocan para las horas que pasan en lo ligero de la vida. Y cuando suene la trompeta final, la aún simbólica y apocalíptica trompeta, tened por seguro que no existirá un solo rosal plantado sobre la tierra.⁴

Así se ve hasta qué punto el Rubén espiritual se preocupa con los mismos enigmas eternos de Unamuno y hasta qué punto se esfuerza por entender y apreciar la obra de éste. Manifiesta Rubén la agudeza de reconocer que lo distinto no es, por fuerza, ni lo malo ni lo menos estimable:

⁴ MANUEL GARCÍA BLANCO (ed.), *Obras completas de Unamuno* (Madrid: Afrodísio Aguado, 1958), XIV, pp. 257-258.

En Unamuno se ve la necesidad que urge al alma del verdadero poeta, de expresarse rítmicamente, de decir sus pensares y sentires de modo musical. Y en esto hay diferentes maneras, según las dotes líricas del individuo; y no porque una música no se parezca a la del autor por vosotros preferido, hemos de concluir que no es buena. No todas las aves tienen el mismo canto, como todas las flores no tienen la misma forma ni el mismo perfume.⁵

De una manera respetuosísima, explica Darío la naturaleza de la poética unamunesca:

Una frecuentación concienzuda de los clásicos de todas las lenguas, ha dado a la expresión poética de Miguel de Unamuno cierta rigidez que hay quienes suponen dificultad, en la expresión rítmica de su palabra. Yo no he visto escribir versos al rector de la Universidad de Salamanca, ni conozco su método de trabajo, ni sus bregas con el pensamiento y con el verso. Pienso, sin embargo, que debe escribir sus composiciones con facilidad, pues las teorías de estrofas, en su ordenación que parece forzada, marchan holgadamente en la procesión poemática. No es, desde luego, un virtuoso, y esto casi me le hace más simpático mentalmente, dado que, tanto en España como en América, es incontable, desde hace algún tiempo a esta parte, la legión de pianistas. El no da tampoco superior importancia a la forma. El quiere que se rompa la nuez y vaya uno a lo que nutre.⁶

Aquí el modernista, el que profesa el arte por el arte, se esfuerza por entender y apreciar al noventiochista, el que profesa la vida por la vida. Concluye Rubén su ensayo, explicando que todo lo anterior no indica ningún cambio en su "personal estética". Mostrando su generosidad de espíritu, afirma:

Tengo, gracias a Dios, una facultad que nunca he encontrado en tantos sagitarios que han tomado mi obra por blanco: es la de comprender todas las tendencias y gustar de todas las maneras. Todas las formas de la belleza me interesan, y no sé por qué razón habría de desdeñar la orquídea por el girasol o el girasol por la orquídea. Yo me deleitaría en Versalles con los violines del Rey, mas ya mi espíritu vendría de lo lejano del Tiempo, de escuchar el canto de las sirenas, o las trompetas de Jericó.⁷

⁵ *Ibid.*, p. 259.

⁶ *Ibid.*, pp. 259-260.

⁷ *Ibid.*, p. 263.

No se vislumbra el espíritu esencialmente ecléctico de Darío en ninguna parte mejor que en su ensayo sobre "Unamuno, poeta". En efecto, siempre se muestra Rubén nada menos que generoso y cordial en su relación con el rector de Salamanca. Por desgracia, no se puede afirmar lo mismo respecto a la actitud de don Miguel hacia Rubén. Por ejemplo, en un artículo de 1899, uno de los muchos que surgen de la visita a España que hace Rubén, como corresponsal de *La Nación*, para formular sus impresiones sobre el estado del país después de la derrota, habla el nicaragüense con elogio de la primera novela de Unamuno, *Paz en la guerra* (Madrid, 1897); y le compara Darío al rector de Salamanca con otro insigne vasco, San Ignacio de Loyola.⁸ La manera en que responde Unamuno a este elogio por parte de Rubén es la de escribir una reseña en la cual sostiene que la *España contemporánea* (París, 1901), el libro que resultó de todos los ya mencionados artículos rubenianos encuadrados, es "caleidoscópica", superficial y sin originalidad.⁹

También conviene señalar que, a pesar del esfuerzo constante de Darío por entender la lírica de Unamuno, nunca reciproca éste la actitud ecléctica y conciliadora de aquél. Los juicios expresados por don Miguel sobre el modernismo son tan conocidos que ni hace falta mencionarlos aquí. Se encuentran a lo largo de su obra ensayística, como por ejemplo, en el artículo "Los melencidos", que se publicó originalmente en *El Tiempo* de Buenos Aires en 1901, y en el trabajo titulado "El modernismo", que apareció por vez primera en *El Nuevo Mercurio* de París en 1907 y que se dirigió a Gómez Carrillo, el fundador de dicha revista. Ahora se recogen ambos artículos bajo el título colectivo de *La vida literaria* (1900-1923) en el quinto tomo de las *Obras completas* de la editorial Afrodísio Aguado (Madrid, 1958). En el primer artículo citado, escribe don Miguel:

No conozco impotencia mayor que la que se oculta bajo eso que llaman modernismo. De originalidad, ni chispa; parecen unos a otros los modernistas como un camarón a otro camarón. Ni son más complicados que los camarones. Ya el aceptar ese u otro mote cualquiera es prueba más que suficiente de falta de originalidad y de impotencia.¹⁰

No reciproca la austeridad vasca de Unamuno la ternura india de Rubén. Continúa el profesor salmantino expresando sus juicios

⁸ RUBÉN DARÍO, *La España contemporánea* (París: Casa Editorial Garnier, 1921), pp. 229-230.

⁹ GARCÍA BLANCO, *op. cit.*, VIII, pp. 120-121-122.

¹⁰ *Ibid.*, V, p. 830.

rigurosos e inflexibles en el segundo artículo citado, el del *Nuevo Mercurio* de París:

Sólo sé que los escritores que eran hace diez o doce años jóvenes, los de la generación que empieza a entrar en la madurez, a los que parece se refiere lo de modernistas, me producen, en conjunto, una impresión de blandenguería, de molicie, de indecisión, de vaguedad y de desorientación. Rara, rarísima vez los encuentro apasionados.¹¹

El no ser "apasionado", el subordinar la experiencia vital y la vida al arte y a la cultura: esto es el pecado capital según Unamuno. Sigue don Miguel, en el mismo artículo, condenando a los modernistas:

Me parecen, en general, falsos. No creo en su alegría, no creo en su tristeza, no creo en su escepticismo, no creo en su fe, no creo en sus pecados ni en sus arrepentimientos, no creo en su sensualidad.¹²

Una de las cartas más conmovedoras de todas las que se encuentran en el epistolario de Darío a Unamuno surge del ya demostrado desequilibrio entre la cordialidad del nicaragüense y la de su amigo vasco. Dicha carta data del 5 de septiembre de 1907 y reza así:

Podrá haber diferencias mentales entre usted y yo, pero jamás se dirá que no reconozco en usted —sobre todo, después de haberle leído en estos últimos tiempos— a una de las fuerzas mentales que existen hoy, no en España, sino en el mundo.

Mas yo quisiera también de su parte, alguna palabra de benevolencia para mis esfuerzos de cultura. Yo nunca diría que usted había sido tomado en serio en ningún momento de su carrera humana, porque los que nacen para dirigentes en las naciones son siempre, por su desgracia, víctimas de lo que hay más serio: la influencia de la vida ambiente. Y luego, yo soy uno de los pocos que han visto en usted al poeta. Que le ofrezcan a usted del sabio y del profesor, no me extraña. Su función universitaria le hace acreedor a ello, y nunca es de desdeñar una mayor cantidad de ciencia. Mas ¿quién ha de ver en un hombre tal, el don de poesía si no los poetas? Y en cuanto a lo que a mí respecta, una consagración de vida como la mía merece alguna estimación.

¹¹ *Ibid.*, V, p. 867.

¹² *Loc. cit.*

La independencia y la severidad de su modo de ser le anuncian para la justicia. Sobrio y aislado en su felicidad familiar, debe comprender a los que no tienen tales ventajas.

Usted es un espíritu director. Sus preocupaciones sobre los asuntos eternos y definitivos le obligan a la justicia y a la bondad. Sea, pues, justo y bueno.¹³

Es reveladorísima esta emocionante carta no sólo del deseo de la "estimación" sino también de la humildad, de la soledad y del infantil candor que siempre manifiesta el nicaragüense —cualidades que va llevar Rubén hasta la tumba nueve años después de la fecha de dicha carta.

La muerte prematura de Rubén el 6 de febrero de 1916, una tragedia tan literaria como personal, fue especialmente penosa para Miguel de Unamuno que, ya atormentado por su conciencia, se arrepiente de no haber sido "justo y bueno" con su fallecido amigo. Y, de este estado de remordimiento, surge su artículo "¡Hay que ser justo y bueno, Rubén!", una elegía que se publicó por vez primera en la revista madrileña *Summa* el 15 de marzo de 1916 y que se encuentra ahora en el homenaje *La ofrenda de España a Rubén Darío* (Madrid 1916) y en el octavo tomo, *Letras de América y otras lecturas*, de las *Obras completas* de la ya mencionada editorial Aguado.

José Balseiro, en su ensayo titulado "Unamuno y América", caracteriza dicho artículo de don Miguel como "la más emocionada elegía en prosa castellana desde aquella que dijo Pleberio a la muerte de su hija Melibea en las páginas postreras de *La Celestina*".¹⁴ Hay que señalar que, a pesar de toda su crítica adversa del modernismo durante la vida de Rubén, no se trata aquí de hipocresía por parte de Unamuno. No representa dicha elegía una refutación de las notas negativas ya expresadas sobre el modernismo en sí, sino más bien una acentuación de las positivas referentes al hombre Rubén. Por desgracia, nunca antes se esforzó Unamuno por diferenciar claramente entre los dos. Representa también dicha elegía la revisión y la fruición de ciertos juicios que, al articularse originalmente, no eran nada más que el acto de condenarle a Rubén con un poco de elogio. Una de las raíces de los sentimientos que ahora expresa Unamuno sobre su difunto amigo es una carta que dirigió el vasco al nicaragüense el 5 de septiembre de 1907. Esta carta, en parte, reza así:

¹³ GHIRALDO, *op. cit.*, pp. 53-54.

¹⁴ JOSÉ AGUSTÍN BALSEIRO, "Unamuno y América", *La Torre*: revista general de la Universidad de Puerto Rico, Año IX. Núms. 35-36 (Julio-Diciembre, 1961), p. 498.

Sí le diré que en usted prefiero lo nativo, lo de abolengo, lo que de un modo o de otro puede ahijarse con viejos orígenes a lo que haya podido tomar de esa Francia que me es tan poco simpática y aún de ésta mi querida España. Pero basta de esto.¹⁵

Otro germen de los sentimientos expresados en esta elegía es acaso el único elogio escrito por Unamuno sobre Rubén durante la vida de éste, algunas palabras insertas en el comentario a la tesis doctoral del peruano Riva Agüero. Así escribe Unamuno:

¿Quién no sabe que, por debajo de su afrancesamiento, más aparente que real, Darío ha sido y va cada vez más siendo profundamente español? ¿Quién no sabe que ha ido a buscar fuerzas para renovar sus formas líricas, en antiguos cantores españoles del mister de clerecía?¹⁶

Empieza Unamuno su elegía comparándole a Rubén con su maestro francés, el simbolista Verlaine. Afirma don Miguel que ambos eran tan entrañadamente buenos como débiles. Curiosísimo es aquí el paralelo entre el nicaragüense y el francés, porque no marca la primera vez que hace Unamuno dicha comparación. La hizo don Miguel muchos años antes; y, después, a punto en que va a ser Darío embajador, se dio cuenta el vasco de que no le convenía a Rubén dicha comparación, al menos en lo vital, y la rescindió en un trozo de la ya mencionada carta del 5 de septiembre de 1907. Aquí, al principio de la elegía, se encuentra esta comparación por segunda vez; pero no cabe duda alguna de que la hace don Miguel con la más alta intención.

Acude inmediatamente Unamuno al Rubén que era el hombre de carne y hueso y confiesa que no le conoció ni le trató a éste lo bastante. Lo hace claro el vasco que su elegía se dedica al "óptimo poeta y hombre mejor". Recuerda ahora don Miguel la ya citada carta de Darío en la cual pidió el nicaragüense "alguna estimación" por parte de su amigo. Ya se arrepiente Unamuno de su severidad desdeñosa:

¿Alguna estimación? ¿Nada más que alguna estimación? ¡Noble Rubén! ¡Con qué dignidad, con qué nobleza se quejaba de una conducta que, en verdad, no debí haber para con él seguido!¹⁷

¹⁵ ANTONIO OLIVER BELMÁS, *Este otro Rubén Darío* (Barcelona: Editorial Aedos, 1960), p. 160.

¹⁶ GARCÍA BLANCO, *op. cit.*, III, p. 1096.

¹⁷ JUAN GONZÁLEZ OLMEDILLA (ed.), *La ofrenda de España a Rubén Darío* (Madrid: Editorial América, 1916), p. 27.

Continúa el vasco expresando su remordimiento:

Han pasado más de ocho años de esto; muchas veces esas palabras de noble y triste reproche del pobre Rubén me han sonado dentro del alma y ahora parece que las oigo salir de su enterramiento, aún mollar. ¿Fui con él justo y bueno? No me atrevo a decir que sí.

Quería alguna palabra de benevolencia para sus esfuerzos de cultura de parte de aquéllos con quienes se creía, por encima de diferencias mentales, hermanado en una obra común. Era justo y noble su deseo. Y yo, arando sólo mi campo, desdeñoso en el que creía mi espléndido aislamiento, meditando nuevos desdenes, seguí callándome ante su obra. ¿Fue esto justo y bueno? No me atrevo a decir que sí.¹⁸

Mejor tarde que nunca, le agradece Unamuno a Rubén por los favores recibidos de éste:

El, por su parte, no se calló ante la mía. Ante mi obra poética, quiero decir. Cuando publiqué mi primer volumen de poesías, lo mejor, sin duda, lo más cordial que sobre ellas se dijo, fue lo que dijo Rubén en un artículo de *La Nación*, bonaerense. No lo olvidaré nunca . . . Y es que aquel óptimo poeta era un hombre mejor.¹⁹

Le reconoce ahora Unamuno al Rubén espiritual, el que siempre padece, como el vasco mismo, de una lucha irreconciliable contra sí mismo. Habla don Miguel de Rubén:

Le acongojaban las eternas e íntimas inquietudes del espíritu y ellas le inspiraron sus más profundos, sus más íntimos, sus mejores poemas.²⁰

Ya se entera Unamuno de la verdadera profundidad universal de la fase religiosa y existencial de la poesía rubeniana, una etapa a la cual pertenecen, además de los dos ejemplos ya citados de "La Cartuja" y "Lo fatal", composiciones como "Spes", "Nocturno" y "Augurios", cada una de las cuales se encuentra en los *Cantos de vida y esperanza*. No obstante, queda el vasco resuelto en sus juicios respecto a las fases más bien culturales que vitales del nicaragüense: la mitológica y la exótica.

¹⁸ *Ibid.*, p. 28.

¹⁹ *Ibid.*, pp. 28-29.

²⁰ *Ibid.*, p. 29.

Rechaza don Miguel esas poesías de Darío que no son, a su parecer, sino

esas guitarradas que se suele citar cuando de su poesía se habla, eso de "la princesa está triste; ¿qué tendrá la princesa?", o lo del "ala alevé del leve abanico", que no pasan de leves cosquilleos a una frívola sensualidad acústica; versos de salón sin intensidad ninguna.²¹

Por fin alcanza Unamuno diferenciar entre el movimiento modernista y el innovador de ello; y se observa que, en efecto, le molesta más al vasco el discípulo que el maestro:

Porque el pobre Darío tuvo la triste suerte de todos los que de verdad remueven y ahondan y renuevan, y es que de lo suyo adquiera más pronta y extensa boga por lo menos suyo y lo más flojo. Si me hubiera dejado guiar por lo que de él me recitaban los que decían admirarle más, no le hubiese leído nunca. ¡Fortuna grande que le conocí y descubrí al hombre, y éste me llevó al poeta!²²

En el caso de Rubén, para acudir al hombre de carne y hueso, es forzoso acudir al indio, porque dicho origen indio del nicaragüense, tanto como la raíz vasca del profesor salmantino, ayuda a explicar el germen de la dualidad psicológica de la persona. Por ejemplo, ya describe Rubén en su *Autobiografía* (Barcelona, 1915) las fuertes e indelebles impresiones que engendraron, en el espíritu inocente e impresionable del niño, los cuentos de viejas de la madre de su tía abuela, una anciana influida simultáneamente por su piedad católica y por la indígena superstición india de su país.²³ Por su parte, habla Unamuno, en la segunda parte de sus *Recuerdos de niñez y de mocedad* (Madrid, 1908), de sus recuerdos infantiles del bombardeo, durante la segunda guerra carlista, de su ciudad natal, Bilbao, entonces una ciudad liberal en una región tradicional.²⁴ No cabe duda de que el conflicto entre las dos Españas de aquella época, tan sangriento en la ciudad principal de la tierra vasca, contribuye, al menos en parte, al desarrollo de la dualidad psicológica en el entonces niño Unamuno. Así, por su propia experiencia infantil, sabe don Miguel dónde reside el resorte del carácter íntimo de Rubén, no en lo que tiene el nicaragüense de cultura

²¹ *Loc. cit.*

²² *Ibid.*, pp. 29-30.

²³ M. SANMIGUEL RAIMÚNDEZ (ed.), *Obras completas de Rubén Darío* (Madrid: Afrosidiso Aguado, 1950), I, p. 21.

²⁴ GARCÍA BLANCO, *op. cit.*, I, p. 289.

sino en lo que posee de abolengo. Continúa Unamuno su elegía, acudiendo a las entrañas indias del fallecido poeta:

Al indio —lo digo sin asomo de ironía, más bien con pleno acento de reverencia—, al indio que temblaba con todo su ser, como el follaje de un árbol azotado por el cierzo, ante el misterio. Pues para él era el mundo en que erró, peregrino de una felicidad imposible, un mundo misterioso.²⁵

Como ya se ha dicho, el espíritu de Rubén es esencialmente ecléctico, tanto en el hombre como en el artista. De un modo personal, reconoce el nicaragüense el mérito de la labor de los que se apartan, hasta el punto más extremo, de su propio método de creación. De una manera estética, acude Darío a todas las formas de la poesía europea del siglo pasado, desde el romanticismo al decadentismo, para adoptar la mejor parte de cada una y para desarrollarla y embellecerla hasta que se crea algo enteramente nuevo. En su elegía, señala don Miguel este espíritu liberal de Rubén:

Era justo; capaz, muy capaz de comprender y de gustar las obras que más se apartaban del sentido y el tono de las suyas; capaz, muy capaz de apreciar los esfuerzos en pro de la cultura que iban por caminos, los al parecer más opuestos a los suyos. Tenía una amplia universalidad, una profunda liberalidad de criterio. Era benévolo por grandeza del alma, como lo fue antaño Cervantes. ¿Sabía que él se afirmaba más afirmando a los otros? No; ni esta astucia de fino egoísmo había en su benevolencia. Era justo, esto es, comprensivo y tolerante, porque era bueno.²⁶

Sigue Unamuno elogiando las ya mencionadas cualidades del difunto:

Aquel hombre, de cuyos vicios tanto se habló y tanto más se fantaseó, era bueno, fundamentalmente bueno, entrañadamente bueno. Y era humilde, cordialmente humilde. Con la grande humildad que, a las veces, se disfraza de soberbia. Se conocía y ante Dios —¡y hay que saber lo que era Dios para aquella suprema flor de la indianidad!— hundía su corazón en el polvo de la tierra, en el polvo pisado por los pecadores. Se decía algunas veces pagano, pero yo os digo que no lo era.²⁷

²⁵ GONZÁLEZ OLMEDILLA, *op. cit.*, p. 30.

²⁶ *Ibid.*, pp. 30-31.

²⁷ *Ibid.*, p. 31.

Son conmovedoras estas declaraciones del profesor salmantino, porque dichas afirmaciones equivalen a confesar que él mismo no posee estas virtuosas cualidades del espíritu. Ya no se calla don Miguel ante la obra de Rubén. Concluye su apasionada elegía, rompiendo su silencio desdeñoso y egoísta:

Nadie como él nos tocó en ciertas fibras; nadie como él sutilizó nuestra comprensión poética. Su canto fue como el de la alondra; nos obligó a mirar a un cielo más ancho, por encima de las tapias del jardín patrio en que cantaban, en la enramada, los ruisñores indígenas. Su canto nos fue un nuevo horizonte, pero no un horizonte para la vista, sino para el oído. Fue como si oyésemos voces misteriosas que venían de más allá de donde a nuestros ojos se juntan el cielo con la tierra, de lo perdido tras la última lontananza. Y yo, oyendo aquel canto, me callé. Y me callé porque tenía que cantar, es decir, que gritar acaso, mis propias congojas y gritarlas como bajo tierra, en soterraño. Y, para mejor ensayarme, me soterré donde no oyera a los demás.²⁸

No se terminan las relaciones y las influencias mutuas entre Unamuno y Darío con esta emocionante elegía sobre Rubén. Se iluminan dichas relaciones e influencias en lo que escribe el profesor madrileño don Antonio Oliver Belmás en su estudio *Este otro Rubén Darío* (Barcelona, 1960):

Unamuno comprendió la poesía de Rubén, la del Rubén hispánico y cantor de dos mundos; la del Rubén hondo y filosófico; la del Rubén amorador de Grecia y de Roma. Por la conferencia que pronunció el doctor Marañón en la Semana Dariana de Madrid de 1959, hemos podido conocer que el culto rubeniano de Unamuno permanecía vivo y aumentado por los años de su destierro. En Francia, Marañón escuchó recitar poesías de Darío al hombre que en vida del poeta no tuvo apenas palabras de comprensión para ese verso.²⁹

Una de las mejores paradojas unamunescas es el hecho de que, durante su destierro del régimen de Primo de Rivera, la época de su segunda y más severa crisis religiosa de la cual surge su angustiado *Cómo se hace una novela* (1927), búscase consolación don Miguel en los versos de Rubén —un espíritu poético que no sólo el rector salmantino, en el pasado, sino también tantos otros, al presente, consideran como la antítesis del suyo propio.

²⁸ *Ibid.*, pp. 32-33.

²⁹ OLIVER BELMÁS, *op. cit.*, p. 166.

THOMAS MANN Y OTROS RECUERDOS*

Por Fedro GUILLEN

SUPIMOS de él cuando acabábamos de cruzar el Cabo de la Buena Esperanza de los quince años, que eran, por entonces, sombríos para el mundo y para nosotros. A tropiezos sempiternos de estudiante —¡mal estudiante!—, se unió un desliz de tintes metafísicos propio de esa hora crepuscular de vacilaciones: afición por las ciencias ocultas y su zodiaco brumoso, visitas a centros espiritistas con sus ritos en pos de una rendija hacia el más allá. Estaba en su apogeo el profeta Krisnamurthi que trasuntaba, en medio de un aire casi mundano, la majestad del Ganges.

El fragor de adolescencia y su épica locura competía modestamente con los signos del cosmos. Primero España. Después los nuevos bárbaros a paso de ganso, y las hordas de camisas negras, invasoras de Etiopía.

Desde la dulce Venecia y sus aguas malvas se revivían sueños imperiales con un Duce que soñaba, dentro de una vida espectacular, con la imagen del "superhombre" y los amoríos paganos del Renacimiento.

El creador de ese molde filosófico resucitado por vesánicos adalides, hablaba de sumas grandezas mientras caminaba envuelto en nieblas que lo llevarían al sanatorio.

En esos días inolvidables por amargos, dimos con los tomos de *La Montaña Mágica*, cuyo autor había huido de Alemania. Vivía en Suiza y sus cantones hospitalarios para todo perseguido —ribazo de civilización que también se presta, a veces, a guardar el oro de mandrines, bajo siete llaves. Mann vendría más tarde a América para quedarse por muchos años.

Hasta el refugio silente de una biblioteca de albos muros, de cúpula agujereada por los bronces de un reloj antiguo, llegábamos a diario a empaparnos de la excitante grandeza del libro más vasto de nuestro tiempo.

Vibraban en el aire de la calle noticias de España en armas, del fallido Frente Popular, de la División Cóndor, del Cuartel de

* De un libro de Ensayos en preparación.

la Montaña. Eran los preludios de la catástrofe mundial, el comienzo de una época en la que el nombre de Dios iba a servir para atropellar ideas y personas. Luego vendría la jerigonza malévola encendiendo hogueras con palabras machacadas —“¡comunista!”— a manera de piras donde un poco después, los libros serían echados al fuego.

Sin duda el asiduo lector de aquellos días no captaba todo el peligro, pasando de frente junto a grupos que se paraban a leer y oír las últimas noticias. Sin duda, también, lo mejor del mensaje del libro de Thomas Mann escapaba a los ojos del nuevo devoto. Mas la furia de hincar el diente en la pulpa de una gran novela, el dédalo de diálogos malignos por astutos, la verdad movediza según la eficacia del polemista, el amor teutónico del joven Castorp, nos pegaban al pupitre hasta la hora en que oíamos cerrar la enorme puerta de la biblioteca. Grande, sí, como antes se hacía todo.

Dejábamos entonces Davos-Platz, un poco mareados de altura, para bajar a la calle con ademán del místico que abandona su ermita y se mezcla con el turbión humano.

Ese aprisionamiento de libros que transfieren su voz, su himno, en una suerte de susurro conspirativo, produce una hipnosis grata y tonificante. Se quisiera no salir de ella, como quien aprovecha hasta lo último una voluta de humo tóxico. Es la transposición que tiende un puente ficticio a cualquier hijo de vecino para que viva otras idas, se exalte y sucumba con ellas, recuerde personajes y frases para siempre, poseído por páginas hermosas que se abandonan, al final, un poco con el atisbo patético de toda despedida.

Sólo el rugido de las calles, el oxígeno contaminado de la ciudad, sus murmullos que crean una red inconsutil, van asentando los pies en el suelo en descenso que algo tiene, por fantástico, de los saltos que se dan durante el sueño.

Desde la biblioteca y su enjambre de voces quedas solíamos buscar el contraste de una sala de billar con los teoremas que plantea el juego de elásticas bolas deslizándose sobre la virtual alameda del verde paño.

Entre esas cuevas dramáticas donde nunca falta una maldición en el aire, hallábamos amigos que hablan de política. Eran universitarios y portaban gruesos libros bajo el brazo. Mencionaban nombres, echaban lumbre discutiendo y el público que se acercaba como no queriendo la cosa, tenía una imagen minúscula del ágora y sus sentencias al vuelo.

Algo se aprendía. Y un oscuro instinto nos alejaba del nombre de Franco que rebotaba sobre el paño, llevado por simpatizantes

y enemigos, a semejanza de las bolas tocadas furiosa o amorosamente por los golpes de los jugadores.

Uno de los contertulios nos hizo partícipes de un valioso obsequio. Nos supo lectores de Thomas Mann —¡en esa hora en que se exhiben lecturas con humos de erudición!— y nos regaló un trabajo del gran escritor en torno a España. Es un cuaderno viejo editado en Chile y aún lo conservamos. Algunas de sus frases nos pusieron a cavilar y ahora hallamos que tienen singular vigencia:

"La democracia se encuentra realizada, por cierto, en cada uno de nosotros, pues la política ha pasado a ser cuestión de todo el mundo. Nadie puede evadirse de ella; la presión inmediata que ejerce sobre cada uno es demasiado fuerte. ¿No es cierto que nos parece 'cuento viejo' el hombre que declara, como todavía ocurre a veces: '¿No me preocupo por la política?' Tal punto de vista no sólo nos parece egoísta e irreal, sino también un engaño asaz estúpido".

Ni la devoción por Thomas Mann ni la brujería de las "tres bandas" perdieron terreno en estos años tan sobrados de historia. La pseudometafísica, sí, un poco. Dudosos de lo que sucede en mesas hinchadas de hipnotismo, "mediums", fuegos fatuos en recámaras oscuras no exentas de truculencia.

El culto por el formidable escritor de Lubeck fue en aumento a medida que penetramos senderos de su obra. Dar con un libro suyo ha sido una fiesta óptica y en el olimpo que cada cual construye a lo largo del tiempo no perdió su sitio: prueba de fuego que derrite otros héroes de la primera juventud.

Esa lectura fiel —ya sin hondas respiraciones orientalistas— fue conjugándose con noticias de Thomas Mann, el perseguido, el humanista afianzado a un mástil de principios en medio de una tormenta de odios.

El furor hitlerista iniciaba una pendiente que iba a sembrar cruces por millones en todo el mundo. Y quien, en la lúcida página que citamos nos había indicado que la neutralidad no era posible, entró a la lucha. No obstante haber escrito en su *Advertencia a Europa*, en tono de sentida confesión: "He nacido más para atestiguar en la serenidad que en el martirio, para aportar al mundo un mensaje de paz que para alimentar la lucha y el odio".

Quiso al principio guardar silencio. Rehuir en lo posible el contacto con el aire hitlerista. "Tal era mi intención —dice en el mismo panfleto—. Pero no pude atenerme a ella. No hubiera podido vivir ni trabajar. Hubiera sido para mí, un verdadero envenenamiento, no poder, de vez en cuando, 'lavar mi corazón', como dicen los Antiguos, no poder expresar sin reticencias mi desagrado

por esos miserables discursos que resonaban en mi país y por los actos más miserables todavía que en él se cumplían”.

¡Dramática encrucijada en la que el mundo colocó a espíritus de la talla de Thomas Mann! Hermosa respuesta, también, la del novelista levantando altivamente la palabra y la pluma desde su patria de adopción situada a este lado del Atlántico —aguas que llevarían el nombre de una Carta llena de esperanzas desgraciadamente olvidadas más tarde.

Las líneas de la vida del escritor alemán lo habían llevado por senderos comunes al que se abre camino. A la muerte de su padre se trasladó con los suyos a Munich —nombre clave en la mitología del Nacional Socialismo. Ahí sus coetáneos lo vieron trabajar con una cartera bajo el brazo: agente meritorio de seguros contra incendio. ¡Las cosas que hay que hacer para *sobrevivir*...!

En ese trecho de embestir a las gentes con un posible manual “del perfecto convencimiento” en las manos, tuvo que poner a prueba su capacidad oral, sus recursos de sicología callejera. Yendo y viniendo llevado por su ocupación *meritoria* escribió su primera obra.

Es el caso patético de quien evade la aspereza diaria, buscando lo suyo. Prófugo de un trabajo duro, asegurar contra incendios, en tiempos de burguesa tranquilidad social. Entre paso y paso olfateando clientes, anotando guarismos, descubriendo argumentos para que temieran la sirena de bomberos, el novelista iba aprendiendo la ciencia del vivir. Y como un pecado que se comete en las sombras, agrandaba su manuscrito que iba a revelar el talento de uno de los máximos escritores de la época.

Abandonó, por fin, la aventura de los seguros y se inscribió en la Escuela Superior de Munich para estudiar Literatura, Historia, Crítica de Arte. El gran reflexivo entraba en contacto con el claustro que allega ciencia, disciplina y algo mejor: espíritu de serenidad contra todo fanatismo.

El día que Mann ingresó a la Escuela Superior, la ciudad de letras bajó su puente levadizo para que pasara quien iba a honrarla. Y los asegurados de la primera etapa alguna vez tendrían que reparar, en el futuro, que el joven agente era el mismo que un día recibiría el toque de varita mágica del Premio Nobel de Literatura.

Italia con su cielo de belleza atrajo al novelista. Pisar esa tierra es abrir la fuente de un manantial inagotable. Un aire vetusto filtra lecciones al viajero y cuando éste es un Thomas Mann la vendimia tiene que ser mayor.

Vivir cercano a antiguas academias donde se resucitó lo mejor de la antigüedad; hacer armas en el periodismo que es también

escuela, llenar de apuntes la libreta, ir capturando la levadura de una raza deslumbrante, habrá sido una constante revelación para quien posea un espíritu distinto al latino.

"No puedo aguantar —escribió a propósito del meridionalismo—, a esos hombres terriblemente vivaces, con su negra mirada animal. Esos pueblos latinos no tienen conciencia de los ojos". (Cita que figura en el libro *Mocedades*, de Ortega y Gasset).

En Italia moldeó seguramente el patrón de una de las figuras de *La Montaña Mágica*; a mitad de un diálogo bajo el añorado cielo hizo el esbozo de Sttembrini, figura cardinal de su obra, dentro de la alquimia misteriosa y múltiple de toda creación.

Viene después el ascenso. El fluir de gloria que resulta fácil biografíarla, difícil conseguirla, cuando se está en la brega sin más armas que la pluma. Llegaron los honores académicos y en 1929 —año que coincidió con el derrumbe de la Bolsa de Valores— la concesión, por demás justa, del Premio Nobel.

Lo último auspició traducciones de sus libros, comentarios y críticas. Mario Verdager fue uno de los pioneros desde España. Y mientras aquella existencia ascendía, el aire de Alemania se poblaba de signos amenazadores y un veloz armamentismo presagiaba la "revancha" y por ende, la hecatombe mundial.

En 1933 se expatrió del suelo natal. Obtuvo la nacionalidad checoslovaca; fue residente de los alrededores de Zurich. En Kusmatch lo vio André Gide. "Volví a encontrar con emoción, esa dulzura de modales, y esa amenidad exquisita que recubren amablemente una gran firmeza de carácter, una inflexible resolución". Palabras del escritor francés que prologó la respuesta de Mann al mensaje siguiente, cuando fue publicado en folleto:

"Universidad Federico Guillermo, Facultad de Filosofía. Bonn, 19 de diciembre de 1936. De acuerdo con el señor rector de la Universidad de Bonn, debo notificar a usted que la Facultad de Filosofía se ha visto en la obligación de eliminarle de la lista de Doctores Honoris Causa, debido a la excomunión nacional contra Ud. Su derecho a este título queda derogado de conformidad con el artículo VIII de nuestros estatutos. El Decano. Firma: ilegible".

Gide concluye su Introducción así: "No, Thomas Mann, no; nuestro mundo no está perdido todavía; no puede estarlo en tanto que una voz como la tuya se alce para advertirle. Mientras sigan despiertas y fieles conciencias como la tuya, no desesperaremos".

El peregrino se instaló en California. Adoptó la nacionalidad del gran pueblo norteamericano solidificada con la voluntad de hombres de todos los rumbos. En realidad Thomas Mann era universal, podía haber sido de cualquier país con honra para el mismo;

mas, la hospitalidad nacional siempre debe resaltarse. Como esencia noble de un pueblo, en este caso, sujeto a gobiernos de los que mejor ni acordarnos.

Regresó a Europa en 1949 y fue agasajado en la zona occidental y en la soviética: muestra irrefutable de una ciudadanía mundial. Después, para morir, estuvo de nuevo en la tierra que engrandeció con su genio, la Alemania de otros perseguidos, la tierra de tantos fanatismos pero, también, de tantas excelsitudes.

Antes de llegar por primera vez a Estados Unidos de Norte América la Universidad de Harvard le había conferido el Doctorado Honoris Causa en Filosofía. En el diploma en latín se hacía constar: "... a Thomas Mann, el escritor universalmente conocido que, al esclarecer con su obra, para muchos de nuestros ciudadanos, los problemas que plantea la vida, ha resguardado con un número muy pequeño de sus compatriotas, la alta dignidad de la cultura alemana".

Era la hermosa respuesta de América en aquella hora patética, por voz de una institución de altos timbres, al agravio inferido a Thomas Mann en su propio suelo.

En la Misiva a Bonn flota el dolor del alemán de cepa herido a mansalva: "Soy un escritor —dijo al Decano de firma ilegible— habituado por el cuidado de la lengua, a tomar mis responsabilidades. Soy un alemán cuyo patriotismo se manifiesta, cándidamente, tal vez, en la convicción profunda de que todo lo que se realice en Alemania es, desde el punto de vista moral, de una importancia única".

De esa misma tinta es el párrafo siguiente: "Mis libros son, en efecto, el producto de una unión estrecha entre la nación y el autor. Viven en un clima particular que yo mismo he contribuido a crear en Alemania".

Proféticamente, en 1936, el "excomulgado nacionalmente" escribió refutando a Bonn: "Pero desgraciado del pueblo que, por no encontrar verdaderamente otra salida, creyera encontrarla en la horrible guerra, aborrecible para los hombres y para Dios. Sería derribado y ya jamás podría reincorporarse".

Quien así hablaba presentía la catástrofe de su patria, las cenizas cubriendo al Tercer Reich, el fin de los jefes nazis, la hendedura de las dos Alemanias.

Instalado en California continuó su admirable obra, su ritmo cotidiano de trabajo, viendo crecer a los hijos en el seno de un nuevo hogar, honrando la cátedra entre la atmósfera deportiva y opulenta de las universidades yanquis.

Temas y libros fueron surgiendo. La gran trilogía de José, el Jacob, igualmente bíblico. La figura protéica del Doctor Fausto. O el escenario de Weimar. Novelas y asuntos históricos como el de Gregorio V.

Desde ese rincón californiano vio pasar la segunda guerra mundial. A través del océano, por medio de un micrófono, hablaba a sus angustiados compatriotas en discursos llenos de valor y esperanza. La vieja lengua alemana volaba sobre el mar llevando el mensaje del mayor escritor de su tiempo, borrado de los registros civiles de su patria.

Tuvo que iniciar nueva existencia cuando había cruzado los setenta años, le habían arrebatado sus bienes en Baviera, sus derechos, su nacionalidad.

"Jamás hubiera podido imaginar —anotó en su respuesta a Bonn—, jamás se predijo en mi cuna que, en mis días de anciano, desposeído y maldecido por mi patria viviría como emigrado, erguido en una actitud de protesta política cuya necesidad profunda me sería impuesta".

Lo peor fue que el caso de Thomas Mann no fue único. Una ilustre grey de hombres geniales fue perseguida con saña por la Gestapo. Un torbellino desencadenó la diáspora hacia diversos rumbos, a veces —Zweig— hacia la muerte. Algunos pudieron ver el fin de la guerra. Otros, se marcharon de este mundo con la duda terrible de que todo estaba perdido para la libertad.

En el rostro de Thomas Mann se advertía algo de lo expresado por Gide. Occidental austero, moldeado en disciplinas vitales, alto, fuerte y algo en su mirada delata una afabilidad de espíritu, una personalidad acogedora. Los labios plegados en ademán de energía, poblado el bigote que perdió su bosquejo conservándolo un poco "a la alemana".

Tal conjunto parece avisar en torno a ese humor difuso de su obra apuntando hacia la ironía que blandió como arma desde *Los Buddenbrook*. Hombre modesto a carta cabal, vivía en California como tantos de la clase media y para descansar paseaba con un perro, sucesor en el afecto del amo de aquel "Belcán" de un relato de 1919.

Los Buddenbrook, historia de la declinación de una familia, fue una saeta juvenil que reveló madurez en el tiro del flechador. Fue a dar a un estrado de un juez con todo y esa necedad de acarrear las aguas de la moral para calificar pliegos literarios.

Tales juicios alarman a unos cuantos cándidos; después causan irritación, o pena que debían evitar los de la grey moralizadora. Ence-

rrar entre códigos lo que es del mundo soberano del arte —que en definitiva es bueno, o malo— es querer aprisionar a las nubes...

La muerte en Venecia recuerda otro claroscuro de nuestra época. (Otra reminiscencia, podría decirse, de los días italianos del autor). Flota un aire de poesía entre las páginas, mientras el laberinto de un alma superior traicionada por una atracción *contra natura*, sobrecoge. El enigma es tratado con mano sutil y sabia. El lector queda impregnado de una profunda tristeza, de un licor embriagante, si a ratos acerbo, producto siempre de la vid inacabable de la vida.

Hay quienes han preguntado por qué Mann rozó un tema erótico erizado de riesgos. ¿Y por qué no? El aspaviento, el morbo, tienen su gruta. La gama misteriosa y colorida de la existencia debe ser esclarecida y todo tema es susceptible de ser tocado por la belleza, si se acerca al mismo un elegido.

Quien, como Thomas Mann, bajó a subsuelos de dolor, no tenía por qué rehuir las tinieblas de abismos que se nombran en voz baja. Y en medio de la fiesta pagana del sol en una playa y de la prosopopeya de un suntuoso hotel de verano, discurre, como ha sucedido siempre, el episodio oculto para la mayoría, sacado a flote por el ojo profundo del novelista.

Sin duda, la obra que trajo a este lado del mar —y a nosotros, como contábamos— el renombre de Mann fue *La Montaña Mágica*. Obra trascendental labrada con paciencia de quien trabaja con el escoplo más de dos lustros royendo una cantera hasta darle forma definitiva.

El concentrado espíritu del autor aguzado por las dudas de su tiempo, plasmó personajes y diálogos clásicos en el pensamiento literario contemporáneo. El desorbitado genio latino, el nórdico racionalista y la enigmática eslava que mantiene inflamado el corazón de Castorp, "mimado por la vida".

Hay en el enamorado, semilla de una juventud que preocupaba en general al novelista. Años después escribió y la alusión sigue vigente: "Esta generación no desea sino librarse para siempre de su propio yo. Lo que quiere, lo que ama, es la embriaguez".

En la nutrida novelística del siglo, hay pocos personajes que hayan conmovido a tantos como los de *La Montaña Mágica*. Están dibujados por un maestro que veía al mundo a través de su visual germana, proyectada hacia ese humanismo que practicó siempre.

Ellos, el pedagogo mediterráneo —"esos hombres terriblemente vivaces, con su negra mirada animal"—, el judío equilibrado y la evanescente Madame Chauchat, hablan y hablan y el lector cae en un laberinto. Parece que se untaran las frases al oído, que se

percibiera la pasión escondida tras el diálogo. Saltan las páginas fosforeciendo como unguidas con fósforo. Y se vislumbra hasta la efígie señorial del sanatorio amurallado de nieve, donde el tiempo se alarga o se detiene dentro de las alas negras de la enfermedad y de la muerte.

Las contumaces proposiciones del brillante Sttembrini y socios se aúnan al eco de toses cavernosas que anuncian que se está en un elegante invernadero humano. Con la amenaza del termómetro que fija su rayita luminosa, dramática, en cotidianos y nocturnos registros de la temperatura del enfermo.

Entre tanto el mundo de *La Montaña Mágica* bulle con personajes simpáticos y hasta pintorescos—¡aquel silbo agudo que producía alguien en el comedor!—, encadenados todos como fatalidad al dolor común que planea en las salas y pasillos del Sanatorio Internacional Berghof.

Surge el amor con su claridad quemante de llama, mueren unos y desfilan nieve abajo, arrojados y silenciosos para siempre; llegan otros como el primo visitante, con el aire despreocupado del que va del mundo de afuera y cae de pronto en la malla de quienes padecen. ¿Quién no ha sentido el aire, casi de reproche, del enfermo que contempla al visitante de los hospitales?

El lector ve por instantes dilatarse el tiempo como un globo que se hincha, sufre el olor a asepsia, se amista con batas médicas y llega hasta participar con un disfraz cualquiera de la noche de Walpurgis que se organiza. Ahí, el tímido Príncipe Carnaval, enrojecidas las mejillas por la euforia colectiva, declara su amor a su Dama. Y ella, dejando caer su frase en gasa de ironía, califica el arrebato de Castorp con frase socarronamente germánica.

Libro de tiempo moroso que va creciendo como una sinfonía. Un lector sensitivo puede sentir las punzadas de la inquietud, la irritación, síntoma de desvíos patológicos. Y junto al esteta que hace atravesar el arroyuelo de la poesía por el mundo de la Montaña, aparece el profundo pensador que da a la novela solidez de cristal de roca.

Los personajes de este libro fundamental, como los demás creados por el fecundo escritor alemán, aparecen en la urdimbre de sus construcciones henchidos de Humanidad, recorriendo la escala de la vida y de la muerte, quemados por su propio frenesí. Las voces de todos se unen y forman una gran conciencia del mundo ideal—inalcanzable para la mayoría—, ese mundo que tanto asæteó al autor, como él con algunos de sus héroes, entre los polos de la luz y de la sombra.

Cuando Thomas Mann dobló ese otro cabo de la desesperanza de los ochenta años, pensó ir a morir a su tierra, llamado por la vieja Europa, aún en escombros. El *ciudadano norteamericano* no pudo olvidar su fuente primigenia, su escenario, su comarca llena de huesos calcinados por el tiempo.

Halló apagado —¡semiapagado!— el incendio de *Mario y el Mago*, como caricaturizó al naciente Führer en un libro lejano. Cuando éste iba alzándose de la derrota nacional con un puño de odio en alto y el fetiche racial como escudo.

Ahora, al retornar definitivamente a Europa la hallaba en ruinas, como predijo aquel año viejo de 1936 al escribir su respuesta al indecoroso Decano de la Universidad de Bonn.

El artista nacido para la paz tuvo que hacer, a su modo, la guerra. El humanista, gloria de su siglo, se convirtió en nómada sin derechos. Opuesto a las flechas del sectarismo, en hermosa alocución pronunciada en el Instituto Internacional de Budapest, hizo luz en torno a la vieja posición del hombre.

"El humanismo —dijo— no es nada escolástico y nada tiene que ver, directamente, con la erudición. El humanismo es más bien un espíritu, una disposición intelectual, un estado de ánimo que implica justicia, libertad, conocimiento y tolerancia, amenidad y serenidad; implica duda, también, no en cuanto es fin, sino en cuanto es búsqueda de la verdad, esfuerzo lleno de solicitud para desprender esta verdad por encima de todas las presunciones de quienes ponen esa verdad a ocultas". En la misma meditación se preguntaba, con toda razón: "¿No sería acaso mejor y más sencillo mirar al humanismo como lo contrario del fanatismo?"

Al dejar para siempre el Continente donde halló nueva casa, América, quedaron herencias entrañables. Un flamante documento que lo acreditaba ciudadano de esas tierras, manuscritos de libros madurados entre el aire de una sociedad nueva cuya despreocupación vital se vio oscurecida, también, por la guerra. Una hija escritora y hasta donde sabemos, un hijo que hizo la guerra contra Hitler bajo la bandera de las barras y las estrellas.

Thomas Mann vivió como muchos de sus coetáneos en un tiempo de combate ideológico. Surgió el capitalismo mientras declinaba el liberalismo. Apogeo y descenso de imperios coloniales. Las mixtificaciones del socialismo en su propia patria. Vio elevarse al marxismo, ya no sólo como teoría. Del último declaró con serena franqueza:

"No puedo, personalmente, considerar a la economía y la lucha de clases como las realidades fundamentales de la vida —*Notas en torno al Cristianismo y al Socialismo*—, y no ver en las obras del

espíritu y de la cultura más que una 'superestructura ideológica'. Desde el punto de vista histórico puede haber en ello algo de cierto, pero, a mi juicio, las obras del espíritu no pertenecen a clase alguna, ya sea en el terreno científico o en el artístico".

Lo anterior confirma un sentido de la vida perenne en el novelista alemán norteamericano. Y al reclamar para las obras creadoras un área netamente espiritual, está confirmando el miraje de muchos hombres que han hallado en el humanismo la más cabal expresión de sus ideas y sentimientos.

Thomas Mann, como Albert Einstein, otro emigrado de Alemania nazi a EE. UU., confundieron su aliento y su trabajo entre la más noble levadura del pueblo norteamericano. Algunas veces habrán disentido de la política norteamericana y en el caso del matemático, se alarmó del fatídico invento atómico, al que no fue ajeno. Ambos europeos que hallaron alero en América escogieron el mismo año para marcharse definitivamente: los igualó el pesar de la emigración y la orilla del sepulcro.

Einstein, cabellera desmadejada y lapicero cabalgando sobre el sweater típicamente estudiantil, era un genio de aire juguetero, acaso porque llevaba un cosmos en la cabeza. Murió con palabras alemanas en los labios, retraído a su terrón natal en el minuto último, prueba, la mayor, del cariño insepulto en el forzado a dejar su patria.

El novelista buscó nieves familiares de Zurich, igualmente doblegados por el amor de una tierra impregnada de evocaciones, de hermanos de batalla creadora bajo los rayos del sol germánico.

El postrer acorde de su estancia en este mundo que embelleció con su pluma, fue espectacular por sencillo. Su tránsito conmovió a todo rincón donde hay un lector devoto, mas, el ciudadano ejemplarmente modesto, supo evitar el plinto de mayúsculas periodísticas, a veces formadas hasta por forasteros huracanes.

En pequeña parroquia se le tributaron exequias de acallada liturgia. Un viejo amigo, dramaturgo, dijo el adiós final sin protocolos ni salvas, al hijo del senador por Lubeck, devuelto a la nacionalidad europea, no por papeleos legales, sino por algo más eterno y humano: el amor intrasferible por la propia tierra.

Acaso sobre su tumba pueda escribirse un día su conmovedora declaración acerca del socialismo; lo equipara lleno de fe en el credo de toda su vida, con el deber de "estar con los que quieren dar a la tierra un sentido, un sentido más humano . . ."

ALGUNAS APRECIACIONES SOBRE ARTE EN CUBA

Por Loló DE LA TORRIENTE

*A Cintio Vitier, poeta
y ensayista.*

I. La Colonia

NUESTRA pintura, en sus comienzos, nada tuvo que ver con la belleza desconociendo los empeños estéticos. Cuando comenzó la construcción de La Cabaña, la reconstrucción del Morro y se proyectó el Castillo de Atarés, que se iniciaron en julio de 1763 y se concluyeron en diciembre de 1774, los comisionados buscaron ayudantes que delinearan las "trazas" y fueron éstos los primeros "dibujantes" que se conocieron. Las "casas capitulares" iban abandonando los bohíos que ocupaban empezándose la construcción de edificios (militares y civiles; puentes, calzadas; templos y hasta residencias para funcionarios y familias que iban haciendo fortuna). Gente de condición humilde tallaron la madera y la piedra y realizaron obras de artesanía. Había comenzado la producción de imágenes, barandales, altares y sillerías y los talleres proporcionaron trabajos reconocidos por los contemporáneos. El obispo Morell de Santa Cruz elogiaba el "exquisito adorno de las imágenes", comparándolo con los de Puebla y México. En la Catedral de San Cristóbal de La Habana, reconstruida y vuelta a reedificar, lo churrigueresco y barroco alcanzaban gran profusión. Ya cuando la escuadra inglesa se presentó frente a La Habana, Serres pudo captar, para sus documentales, baluartes, campanarios y torres que predominaban en la ciudad y barrios adyacentes. Pero fue la Casa de Gobierno, modificada varias veces desde que en 1791 fue inaugurada por don Luis de las Casas, la que dio prestancia arquitectónica a La Habana. La sencillez de su fachada herreriana tiene ornamentación churrigueresca y los pontones barrocos que decoran sus huecos, se asemejan a los de la catedral pero en su conjunto recuerda la Casa de Ayuntamiento de Salamanca aunque el friso superior tiene como único

adorno el cuadrifolio americano y los moldes de sus columnas no presentan las molduras tan frecuentes en España, para el orden dórico, lo que hace suponer que el Palacio o Casa de Gobierno, aunque proyectado en Cuba, se construyó bajo la influencia que a mediados del siglo XVIII ejercía Italia sobre España.

Fue este palacio el primero que se alhajó con obras de arte. Para su salón de recepciones pintaron retratos de capitanes generales Escobar, Vermay, Ferrán, Rosales, los que recibían "encargos", mientras el francés Vermay era director de "San Alejandro". Los templos de San Francisco, Santo Angel, Espíritu Santo, Paula; conventos como La Merced y Santa Clara, con suntuosos alfarjes mudéjares y el cementerio Espada, con pinturas al fresco y crucifijo de marfil sobre cruz de ébano, eran lo único artístico con escasas residencias que comenzaban a edificarse con elegancia y belleza. No podemos pues, hablar de tradición artística. Esta sólo se define en las construcciones que más que a la grandeza del arte corresponden a la necesidad del clima, las costumbres y los hábitos, a lo que García Enseñat llamó "la comprensión del clima". Casonas espléndidas, amplios ventanales, galerías, patios con fuertes y sembrados de parra o higueras; portales y anchos portones para facilitar el paso de la brisa, balcones y aleros por los que escurría la lluvia. Todo, si se quiere, un poco primitivo pero sin que faltara "la encantadora sensación de la frescura". El arquitecto Evelio Govantes ha explicado la pobreza de nuestro pasado artístico. Es comprensible. Cuba no era, como Perú y México, un virreinato emporio de riqueza. Cuba era, solamente, una capitania general que comenzó a merecer la atención de la Metrópoli después que Bolívar libertó al Continente Sudamericano y que México se convirtió en nación independiente. A los comienzos de nuestro mejoramiento económico corresponde, en España, una época muy accidentada políticamente y cuando las instituciones liberales se afianzan con la restauración y el reinado de Alfonso XII, en los últimos lustros del siglo XIX, ya las ideas separatistas estaban arraigadas en Cuba y los cadáveres y mártires cubrían la etapa que va desde 1826 a 1895.

Algunos pintores de aquella etapa que podríamos llamar primitiva llegaron a adquirir fama. José Nicolás de la Escalera (1734-1804) pintó para templos y conventos y decoraba interiores. La iglesia de Santa María del Rosario es su trabajo de mayor interés en el que evoca el primer conde de Casa Bayona y aparece la leyenda de las virtudes curativas de las aguas termales y la presencia, por primera vez en nuestra pintura, de negros esclavos. Condensó, el pintor, lo científico y lo religioso tocando a la vez el misticismo agudo del siglo XVIII y un presagio del panteísmo romántico del

XIX. Trabajaron también en los albores de la pintura: Juan del Río y Vicente Escobar (1757-1854), que llegó a ser nombrado por la reina María Cristina, pintor de la Real Cámara. Se distinguió como retratista, más que como pintor religioso, reuniendo una obra que supera en calidad y cantidad a la de todos los pintores de su época. Vermay creó la tendencia hacia "lo académico", pintura "culta" que se enseñó con disciplina y rigor, con influencia tanto de David como de Delacroix pero, en general, no hay que buscar en nuestros primeros artesanos y pintores, trabajos perfectos ni conocimientos del dibujo o el claroscuro. Tampoco fueron grandes creadores. No tuvieron, como los mexicanos, dominio técnico ni maestros tan poderosos como aquel Baltasar de Echave que inició una verdadera dinastía de pintores. Tampoco tenían, los cubanos, ese sentimiento religioso de que hicieron derroche los colombianos de fe angustiosa y ardiente, y por tanto, no contaron con un Antonio Acero de la Cruz, ni con talleres como el de los Figueroa, donde alcanzó su madurez un Gregorio Vázquez Arce, cuya unidad espiritual puede compararse con la de los maestros de la llamada Escuela del Cuzco. Nuestros pintores buscaron en las colecciones, importadas a todas las colonias, el modelo de realización proyectado dentro de aquella exigua cultura colonial que organizada e intervenida por el Estado Español y la Iglesia, era de suyo "cerrada e individualista", inapta para la difusión amplia que no pudo crear grupos definidos ni escuelas que señalaran normas.

Las claras lecciones del presbítero Félix Varela¹ explican, en parte, los prejuicios de nuestros artistas del siglo XIX que prácticamente carecían de la libertad de trabajo dependiendo de encargos ya determinados no sólo en cuanto a los temas sino, también, en relación al estilo. Aquellos artistas no habían entrado en contacto con obras de arte. Sólo reproducciones escasas (especialmente Murillo, algún anónimo, tal vez algún Goya), pero ni éstas ni lo arquitectural era suficiente porque lo barroco es todavía muy complejo y no desempeña el primer lugar en momentos de transición en que lo salmantino influye en nuestra ciudad como puede observarse en muchos patios que ostentan, todavía, los arcos de transición gótico renacentista. Tampoco las enseñanzas de Vermay y Colson determinan una orientación para los autodidactas que recibían encargos. Había, en el fondo, un invisible pero sensible forzamiento y los alumnos que se formaban en "San Alejandro" y eran favorecidos con becas, caían en "San Fernando", en cuyas escuelas eran dirigidos por ancianos ilustres. Los jóvenes se sentían acorra-

¹ FÉLIX VARELA: *Miscelánea Filosófica*. Edición de la Universidad de La Habana. 1944.

lados por el prestigio de los maestros, por el ambiente, por los claustros rígidos, la enseñanza estricta, sujeta a cánones antiguos, todo lo cual acababa por crearles una atmósfera convencional de la que difícilmente podían escapar. Los graduados más dotados, al regresar a Cuba, sólo encontraban, para ampararse de la miseria, el profesionalismo de la Academia San Alejandro o los encargos de la Iglesia, de las personas influyentes o determinantes en los negocios pero con ideas prejuizadas e ignorantes con respecto al arte ("No haga usted mi retrato con sombras" pedía un caballero adinerado a un pintor).

Aquellas personas eran las rectoras de las ideas, pues no hay que olvidar que la división del trabajo, que se manifiesta como una de las fuerzas principales de la historia, se encuentra igualmente en la clase que gobierna como "división del trabajo espiritual y del trabajo material". En aquella sociedad colonial que estaba en ascenso, tendiente a consolidarse; unos, los pensadores e ideólogos, imponían las ideas y los gustos; otros, se comportaban, en forma pasiva, recibiendo y produciendo dentro del marco de aquellas ideas y aquellos gustos elaborados por la *élite* dirigente que empezaba a hacerse rica y fuerte partícipe de las actividades económicas y, por tanto, de la distribución de las ideas que cobraban fuerza a través de gobernantes, funcionarios, sacerdotes, profesores, intelectuales y hombres de acción que tenían en sus manos todos los resortes del arte y la cultura. Así se explica que casi todos los cuadros —sobre todo los de la primera mitad del siglo XIX— se refieran al culto católico o a retratos de personajes influyentes. Constituyen una galería iconográfica de damas, caballeros, canónigos y gobernantes, muchos de los cuales hubieran pasado al olvido si la Guía de Arte del Museo Nacional no recoge sus nombres. Aquellos iniciadores de la pintura en Cuba no podían hacer otra cosa y no hay que mostrarse muy exigentes con ellos que respondían al medio y a la época como elementos receptivos de las ideas dentro de las cuales se formaban y tenían que producir y a cuyos designios estaban amarrados por irremisible dependencia.

LA aristocracia criolla va transformando la ciudad dándole cierto valor arquitectónico al construirse casas señoriales con entre-suelos, zaguán, portal y gracioso balcón corrido en la planta principal con barandales de hierro forjado, que va sustituyendo a la madera y columnas que sostienen rojizos tejados. Ahora, de las escaleras puede decirse que son monumentales en el desarrollo del barroco doméstico. Los portales se cierran con mediopuntos y, en

la misma forma, terminan las ventanas y las alegres galerías de los interiores que se construyen con vistosas mamparas de vivos colores permitiendo un ambiente tamizado de bella penumbra mientras en los exteriores, los rayos solares festejan el júbilo de la perenne primavera con la dispersión y el quebrantamiento de todas las formas. En las calles y plazas próximas al puerto se desarrolla la principal actividad con la carga y descarga de mercancías que enriquecen la colonia y en los bosquesillos y calzadas extramuros, desplazados de la periferia en busca de brisa y solaz, los caballeros bien trajeados, las damas con lujosas sedas, los caleseros pintorescos y los carruajes lustrosos haciendo el abigarrado barroco que aún está ausente de las costas donde crecen hicos y uvas caletas y, expandiéndose aquí y allá, en los reductos escondidos o en plazas abiertas, en los ultramarinos pueblos de Regla, Casablanca y Guanabacoa, las ferias de los santos patronos; en la plazuela de Santo Angel, la de San Rafael y, en sus *studios*, en Peña Pobre o la Plaza del Cristo, los pintores huéspedes, franceses que han llegado a La Habana, para recoger en sus dibujos —grabados en Europa—, la pimentosa esplendidez de aquellas mulatas maravillosas y sensuales, bravías en el despliegue de la tradición y el color que articulaba lo supersticioso a lo religioso católico.

Ha surgido el mecenaje. El oficio de las artes goza de mayor aprecio y estimación. Se venden los grabados que hace Boloña. A la salida de la misa de Santo Domingo un hombre "chiquito, en una venduta, exhibe estampas litográficas". "—Dos reales... ¿quién ofrece más...?" En muchos estanquillos se expenden libros, revistas ilustradas, imágenes barnizadas y coloreadas, marcos, misales. Cuba ha visto nacer un hermoso cultivo: el tabaco. Tabaco y azúcar son contemporáneos en su desarrollo e inicio aunque ambos iban a tener una trayectoria distinta, pues mientras el primero sufría estancos y monopolios el segundo disfrutaba de privilegios y beneficios no obstante lo cual crecen los vegueríos y se multiplican acreditándose la dorada hoja como la mejor del mundo. Al desarrollo de la economía se apareja la del arte y la cultura y, como ha sucedido casi siempre, fueron exponentes del auge o decadencia de nuestros ciclos políticos. Se imprimen revistas, libros y se hacen encargos particulares. *La Moda o Correo Semanal del Bello Sexo* (1830) traía grabados que si bien "dejaban mucho que desear a los amantes de las artes" —decía Bachiller y Morales— no es menos cierto que poseen cierta gracia y estilo propio de la época y una fijación, en el colorido, que aún se conserva. Hacendados y manufactureros enriquecidos compitieron en la producción gráfica propagando sus productos, abriéndose nuevas fuen-

tes de trabajo para "marquistas" que rivalizaron en "anillas" y "vitolas" usando el oro y la plata en profusión, pigmentos coloristas en esplendor de azules y rosas, de verdes simbólicos del campo así como de ocre y tostados de la hoja prodigiosa. Miahle, Collot, Marquier, Moreau, Lamy, Laplante y otros fueron "marquistas" que trabajaron la litografía con limpieza y calidad insuperable expresándolo todo: geografía y tradición, aristocracia y pueblo; blasones e instrumentos de trabajo y entre cielos azules y mares profundos, entre atardeceres carmesíes, la palma enhiesta y la ironía haciendo guiños a la picaresca con despecho de la pornografía.

No quedaron atrás los libros referentes a otras actividades. Con una colección de dibujos —cuidadosamente realizados aunque un poco sombríos— se imprimió el *Paseo Pintoresco por la Isla de Cuba* (1841) que pinta y describe los edificios, monumentos, los campos y costumbres del país y el famoso libro *Los Ingenios* (1857) demuestra la perfección técnica y la superior calidad de los dibujantes en una época en la que el azúcar iba dominando y, a través de su poder, estableciendo los privilegios de clase con el consiguiente control de todas las actividades de la Colonia. El dibujo —la pintura— está desempeñando una función social que se aparta sensiblemente de templos y conventos produciéndose en contacto, más estrecho, entre la naturaleza y la población anexando el artista a las actividades los materiales (materia prima) que le son necesarios y útiles. Cuba ha comenzado una etapa nueva y el anhelo libertador está haciendo conciencia en grupos más numerosos no sólo pertenecientes a las clases elevadas, sino también al pueblo medio, trabajadores humildes y labradores del agro. Los pintores son invitados a visitar las haciendas y reciben el impacto de la naturaleza. Nace el paisaje. Chartrand pinta en el ingenio de Mariano Averhoff, en Canimar, a "la hora crepuscular" que Cirilo Villaverde apuntó como la melancólica y profunda para la comunicación del alma y el paisaje. Barañano recorre la provincia matancera, que es centro azucarero del país y de hermosos panoramas, tratando con toda seguridad los verdes naturales. A Sawkins, el inglés, Gaspar Cisneros Betancourt lo lleva a su Camagüey legendario para que evada la celosa vigilancia de las autoridades que lo tienen por abolicionista y allí, entre sabanas y potreros, "descubre" el secreto de la belleza que escondido se acomoda en el "sentido interno de lo bueno" que "radica en Dios".

Todo aquel que puede sale al campo. A conocer el paisaje que en la capital se ha apretado y puesto triste. Está en formación la conciencia nacional despertada por Varela y Cuba camina hacia su destino aunque la paz que reina es "la de los cementarios" y pin-

tores, grabadores, escritores y poetas buscan el espacio libre de la poética de Heredia, Plácido y Milanés² que está prendiendo en el alma del pueblo. Se está conquistando un nuevo estilo de vida en ruptura con lo anterior. Ahí están, en nuestros museos, los paisajes de Matanzas (el valle de Yumurí) y los de Santiago de Cuba (la bahía) y los de Puerto Príncipe y Trinidad con la solera de los años retraídos y quietos. A través de una búsqueda apasionada los artistas se encuentran con su intimidad en un modo evadido y algo escéptico de honda sinceridad. Pero todavía nuestros pintores no saben lo que son ni lo que pueden aunque algunos, por la índole peculiar del talento, pugnen por manifestarse espontánea y hasta inconscientemente como esencia de la vocación innata. Cuando visitan ingenios y plantaciones se encuentran en plena naturaleza y la sienten en sus ríos y cañadas, en sus arboledas y lomeríos, en sus sabanas de exuberante madurez. Ven y admiran la acción del sol y de las aguas sobre la tierra dejándose arrastrar por lo que los ojos les muestra como instrumentos de la inteligencia, en espera de lo inefable entre "peñascos y hierbas", pero aunque es entonces que surge en nuestra pintura el paisaje éste no tendrá todavía, en la interpretación que le daba José Martí ("El arte no es más que la naturaleza creada por el hombre") un sentido vital de recreación que sólo podía entenderse como análoga del hombre, como un sistema de coherente unidad que comprende en sí las actividades todas del espíritu cuya meta final es la plena conciencia. La campiña se ha adueñado de la imaginación del artista, pero sólo filtra la anécdota sin cobijar lo espectral y visionario, lo complejo de sus derivaciones, dándole asiento, junto a viejas raíces, a la historia del momento aunque el entendimiento esté alerta y la fantasía surja como producto de ese entendimiento entre la sensación y el sentimiento para al fin revestirlo en forma plástica mediante el esfuerzo de la voluntad.

Para ajustar sus cuadros colocaron grandes árboles —ficus, caobas, majaguas, algarrobos— sin que faltaran las típicas piedras de nuestras apartadas soledades donde la palma es acariciada por la brisa. Dulcificaron las sombras como los neoplatonianos ("en el ojo existen principios luminosos"), matizaron la paleta y contrastaron con bastante habilidad los contornos sacándole al verde de nuestros campos, que parece neutro pero tiene armonías, un gran partido que los pintores de comienzos del siglo xx aprovecharon muy bien aunque sin comprender todavía, de manera completa, los efectos del aire sobre la pintura. Empezaron aquellos pintores a

² CINTIO VITIER: *Lo Cubano en la Poesía*. Edición de la Universidad de Las Villas. 1958.

recoger y expresar el azul de la bóveda celeste, los blancos y transparentes de las aguas y los tintes purpúreos del sol prodigando la naturaleza los más brillantes colores de los pájaros y dándole a las aves (el gallo) la jerarquía artística que alcanzó en época posterior. Los pintores menos fuertes debilitaron los tonos recurriendo a lo vaporoso que procuraba una atmósfera delicadísima y sutil (influenciados, tal vez, por Corot) y los más vigorosos (Sanz-Cartas) afirmaron la espesura de sus pastas (a lo Fortuny) sin que faltaran los que pintaron con tintes terrosos y grises degradando, hasta lo enteco, la calidad plástica. Estos artistas se libraban de algunos prejuicios y preocupaciones estableciendo obstinadamente la lucha por la expresión que buscaban no tanto por la multiplicidad del estilo como por la coherencia de las ideas establecidas que venían a ser —como decía Baudelaire— “la moral aplicada a la naturaleza” y que se hacía tanto más factible cuanto más fueron comprendiendo las intenciones de aquella naturaleza inédita que se entregaba con todo el raro y majestuoso artificio, la sensibilidad y la distribución, de que hablara Varela y que, después de Tejeda y Peoli, estableció Melero y, sobre todo, sus discípulos Miguel Angel Melero y José Arburu. Armando Menocal y su discípula Juana Borrero y, de manera excepcional, Leopoldo Romañach.

Los nexos que se rompían iban convirtiéndose en conquistas y, entre las formas del pasado próximo y los elementos que afluían, el artista debía recoger los nuevos valores pero, esos valores, todavía no pertenecían a nadie menos al artista que aún no los expresaba y las obras que iban sucediéndose no lograban otra cosa que rozar aspectos del presente en busca de un porvenir que los acontecimientos iban presagiando en la medida en que era posible una nueva visión de lo cubano. Algunos de los cuadros habían representado el campo, sedentario y monótono; las costumbres, el ritmo colonial, pero era preciso sintetizar esos elementos generales y hasta contradictorios despertando la conciencia de los valores plásticos que había que reunir, seleccionar, transformar hasta lograr la creación de imágenes capaces de mostrar lo verdadero bajo formas sensibles de un estilo nuevo. Muchos artistas lucharon por encontrar el camino pero se sintieron aislados, arrinconados, sin estímulo, encerrados en su propio yo (cosa, por otra parte, común en casi todos los artistas) y, en medio de las constantes corrientes de renovación las obras creadas no acertaron a retener la muchedumbre de rostros y acontecimientos que agitaban la vida de la Colonia. La pintura prácticamente no existía. Tejeda pinta en el extranjero sus mejores telas. Chartrand y Peoli mueren en Estados Unidos. Sanz Cartas, identificado con las luchas independentistas, se ve precisado a emi-

grar y muere también en Estados Unidos. Menocal ha permanecido en Europa larga temporada. Juana, muy joven, fallece también en tierras extrañas. Romañach ha logrado una beca para estudiar en Roma. Es la época en que un "misticismo estoico" —dice Dulce María Borrero— va integrando contentidamente el sentimiento nacional presagiando las grandes transformaciones que se avecinaban no sólo desde el punto de vista del *status* político sino también en lo espiritual de su población. Son los largos años que corren entre las dos guerras durante los cuales nace el folklorismo. Se cuele por paleta extranjera el populismo y la gracia criolla. Sin dar precisión ni hacer evolucionar grandemente las imágenes que crea, sin alusión a lo dramático, aunque no dejará de pintar algún que otro cimarrón perseguido por los perros de presa, Víctor Patricio Landaluze³ recoge lo que está en la calle o lo que palpita secretamente en el corazón del pueblo. La tradición le aporta algunos materiales pero no la idea, como tampoco su forma verdadera, no obstante lo cual reúne el documental más real y cubanísimo dando a nuestra historiografía valiosos elementos para la interpretación del carácter y la vida criolla.

Su obra representa lo popular dentro de una calidad que el tiempo ha respetado y hasta acrecentado con la pátina ennoblecedora. El dio a la pintura cubana nervio y alegría sacudiéndola de la inercia y estableciendo la legitimidad que llega y procede del mismo pueblo. Su pintura estremeció aquella placidez paisajista creando un orbe plástico que impartió la sensualidad y la belleza, la frescura, el ritmo y color de blancos y negros, de caballeros y esclavos. No pretendió hacer crítica ni pintar "buenos" y "malos", ni dividir la sociedad en "oprimidos" y "opresores". Pero ahí, en la obra que dejó, están todos porque Landaluze aspiró (y lo logró con creces) a captar la realidad como la veía, como presente estaba en la calle, la plaza o el campo, a la que dio una idealidad creadora que refresca las viejas formas puramente imitadoras. El pintor pudo decir, si hubiese querido defender su pintura de críticos airados, lo que Baudelaire replicó ("Yo escribí en aquella época") al francotirador inconforme que disparó contra los escritores de 1840, porque la grafía de Landaluze aflora de lo más recóndito y escondido de su tiempo, de lo más inmediato y contradictorio del alma popular que ciega, pero confiadamente, marchaba hacia su destino. Sólo que Landaluze —bilbaíno, capitán de milicias, caricaturista bien

³ Llegó a Cuba en 1862. Era hombre adulto, de atractiva presencia y maneras arrogantes. Federico Martínez dejó un retrato en que se observa el rostro recio y las facciones bien definidas, frente amplia y mirar profundo. Murió en Guanabacoa en 1889.

pagado contra la propaganda revolucionaria de la Independencia— se distinguió por su crítica hiriente y mordaz contra los cubanos que lo silenciaron y repudiaron, pero transcurrido un siglo su obra merece un juicio imparcial y desapasionado porque él aportó a la plástica nacional valores de calidad desconocida hasta entonces y, quizás si a su pesar, legó a nuestro patrimonio artístico la colección más preciada y vehemente en lo que a riesgo y aventura conquistadora se refiere en el estrato del alma nacional.

II. La República

Al terminar la dominación política española en Cuba el paisaje estaba fraccionado, como las ideas, y un dramático acontecer presidiría el discurrir de los días amenazando el porvenir. Testigos presenciales describieron escenas desgarradoras y la vida animal parecía haberse extinguido quedando solamente del trabajo de las generaciones "torres solitarias, muros destrozados, montones informes de hierro y ladrillos rotos o calcinados". Todo está por edificarse pero corren los meses y los años y el hombre construye, con la frustración de sus esperanzas, la casa sin techo en que establece su hogar. El pesimismo era general producto de imposiciones, fraudes electorales, sublevaciones, nueva intervención yanqui, demoralización, negocios ilícitos, quiebras y la presencia, siempre airada, del derrochador, el ostentoso, el politiquero y el extranjero explotador y aprovechado cuya cotidianidad sirvió de sustrato para la realización de la novela, el drama y la caricatura de la época.⁴ Con lentitud van creándose las instituciones del arte y la cultura: la primera, la Biblioteca Nacional (1901); más adelante la Academia Nacional de Historia (1910) y la de Artes y Letras, ese mismo año, otras de iniciativa privada y la Revista *Cuba Contemporánea* (1913-1927) que da la tónica intelectual de la época. En 1918 La Habana contaba con una buena publicación dedicada a las artes plásticas en la que dejaría la huella de su capacidad crítica Bernardo G. Barros y en 1915 se origina la Asociación de Pintores y Escultores que anima el espíritu culto y entusiasta de Federico Edelman Pintó.

No obstante estos esfuerzos, Cuba, en lo intelectual y artístico, continuaba siendo colonial. De un lado se movían los "practicistas" hombres que consideraban que el momento era de "reconstrucción,

⁴ MIGUEL CARRIÓN: *Las Impuras*; CARLOS LOVEIRA: *Juan Criollo*; LUIS FELIPE RODRÍGUEZ: *La Conjura de la ciénega y Marcos Antillas*. JOSÉ ANTONIO RAMOS: *Tembladera* (teatro) y *Escenas, tipos y caricaturas* de RAFAEL BLANCO y JAIME VALLS.

no de arte" y que debía atenderse, sobre todo, a las inversiones extranjeras, los negocios y empresas; del otro lado agitábanse los "idealistas" que miraban hacia la cultura y el arte como "Expresión de la vida nacional" y "fuente nutridora de su desarrollo y progreso" pero la realidad era que las bases económicas de la joven República no se establecían y que en aquel revuelto mar de aspiraciones y penetración extranjera los artistas se encontraban desorientados, evadidos y confundidos produciendo una obra que en su esencialidad era tan colonial como la producida con anterioridad. No había transformación. No había sufrido metamorfosis. Todo era foráneo y hasta la arquitectura abandonaba su viejo estilo cubano, de frescura y comodidad, para entregarse a la nueva influencia norteamericana o francesa. Los pintores de la época no pudieron superar la situación y la obra, en total, se resintió de esa falta de vuelo en que se anquilosan las alas. No demostraron interés, o quizás no tuvieron fuerza, para romper con la rutina, con los malos hábitos preestablecidos, con un método y un estilo que casi permanecía estático desde Colson. No pudieron, con tan estrecha visión, producir la obra de arte definitiva que una excesiva teoría iba anunciando y, por tanto, la mayoría de los pintores del inicio republicano quedaron con una obra fragmentada, sin unidad ni cohesión, sin sentido nacional.

El arte fue una actividad de grupo separada del quehacer del pueblo. Se levantó un culto fervoroso y aristocrático al artista considerándolo guía, representante de la oligarquía dominante. Se le consideró —sobre todo a Armando Menocal—⁵ la cima más elevada de la evolución humana desligado de la realidad. Establecieron un romanticismo infecundo y, con todo y la avidez de lejanía y la sensibilidad exacerbada, desembocaron en la más árida geografía de la naturaleza. Aquella pintura "épica", preferida por José Martí, y a la que hubiera dado tema las hazañas libertadoras, no tuvo éxito. Los que la cultivaron (Menocal, Valderrama, Hernández Giró, García Cabrera) carecieron del gran aliento. Menocal, que conocía la técnica, no trascendió en su aspiración de narrar la epopeya de la que él mismo había sido actor y en los frescos del Palacio Nacional, en los temas de conjunto, asignaba lugar secundario al soldado anónimo y sin poner ojo en el heroísmo de la tropa mambisa hacía prevalecer, más que la conciencia libertadora, la acción más o menos arriesgada de algún general favorecido en la victoria lo que restó a la obra artística vigencia y carácter nacional; el cuadro *Muerte de Maceo*, lejos de satisfacer, levantó diatribas aparte que técnicamente se contagió de la modalidad cautelosa y violácea de sus re-

⁵ Nació en La Habana en 1863. Murió en la misma ciudad, en 1942.

tratos. Hombre culto hizo esfuerzos por animar el ambiente obligándolo a reaccionar en lo que trabajó con tenacidad pero le había tocado nacer y luchar por el arte en un país nuevo de muy escaso cultivo de las facultades intelectuales y cuando abrió los ojos al mundo del color y la forma se vio triturado por un medio limitado, sin perspectiva artística. Y, esto, no se escoge. Nos toca en suerte por circunstancias del todo ajenas a uno mismo. Pero por encima de aquella situación estaba poseído de la fe y hasta de la desesperación del verdadero artista que siente, en lo oscuro de la noche, el ansia de algo que es incontrolable escapando a nuestra dominación.

Menocal trató de hacer luz en el ambiente y machacó sobre el "gusto bueno o malo" pero sus opiniones no rebasaban más allá de los círculos académicos. Caían en el vacío. Señalaba que cada época y cada pueblo tenían su sensibilidad y que había cuadros "malos y feos que gustaban" explicando que el "buen gusto" era la facultad de expresar el "justo medio" donde abriga "el efecto producido por la armonía de las cosas" y a cuya captación se llega por el estudio y la observación, por el contacto con las obras de arte, pero ¿quién en Cuba disfrutaba de ese contacto? Ya Rafael Montoro —en 1916— había aclarado reconociendo que el arte, entre nosotros, no había sido más que "el secreto de algunos iniciados". Junto a Menocal se proyectó la figura de su contemporáneo Leopoldo Romañach⁶ que en 1890 sale para Roma donde se forma con el viejo maestro Filippo Properi quien le enseña a "mirar la naturaleza" ordenando, dentro de sí, ese ímpetu creador que da la juventud y el ideal hasta llegar conscientemente a la propia responsabilidad. Vive Romañach en los rústicos pueblos de las montañas. El tiempo es delicioso y los días claros y transparentes. Camina por las calles; se pierden en los mercados y cuidan los olivos los modelos de Miguel Angel y Rafael. Goza, el cubano, en aquel ambiente aldeano la antigua Roma y en temporada de vendimia concurre a las grandes fiestas de la cosecha contemplando cómo bajan por la montaña, buscando el valle, los pueblos en masa, con sus bacantes maravillosas cuajadas de frutos y perfumadas de azahares y pomarrosas.

Visita museos y busca el secreto del Tiziano que muy viejo retomaba mucho de lo que no había dado en la juventud no obstante que había destruido el primado de la línea. Con Tintoreto, Romañach quiere llegar a la idealización del dibujo, a la transfiguración de la luz, al lirismo del color. Reconoce en el Miguel Angel

⁶ Nació en Caibarién —Las Villas— en 1862. Murió en La Habana, en 1951.



El barroco colonial influyó en el arte cubano y en Camagüey este santo sepulcro es motivo de veneración.



La niña de las cañas. Oleo. Romañach cerró la etapa academicista.



Victor Manuel inició (en 1924) la pintura moderna en Cuba.



Gallito Enano. Oleo. Abela.



Figura. Oleo. Amelia Peláez retomó de lo colonial y anexó las enseñanzas de los maestros de la Escuela de París.



Wifredo Lam en su casa-estudio en La Habana.



Lo real e imaginario, lo comunicable e inco-
municable, que en Lam se anima con el color.



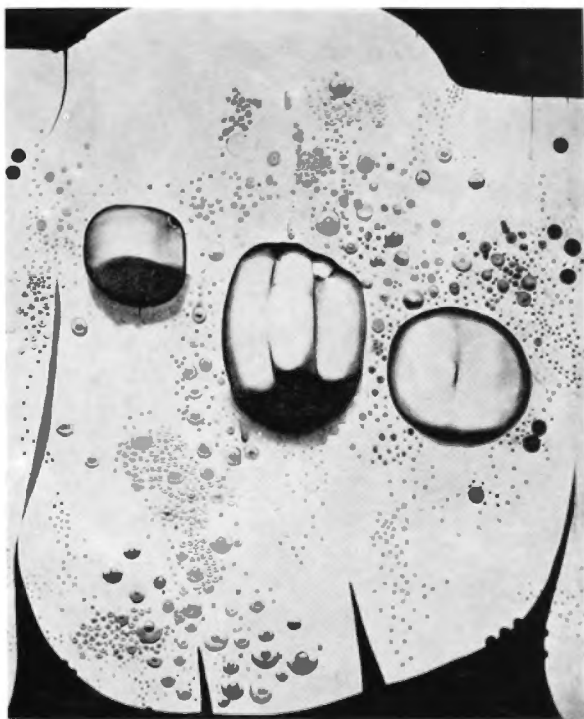
Un mundo petrificado. Dibujo. Mario Carreño.
Exposición en Santiago de Chile, 1965.



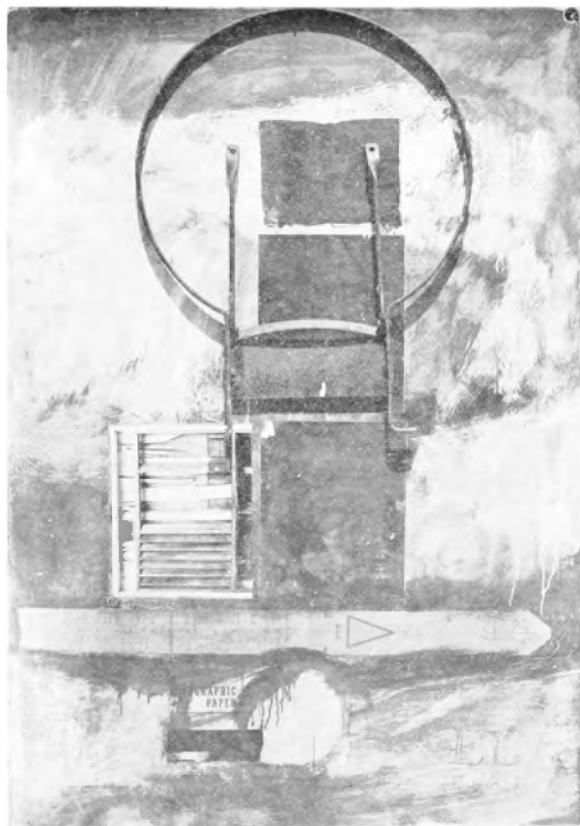
Collage. Exposición, en La Habana, 1965. José Mijares.



Carrusel. Oleo. Angel Acosta León. Exposición en La Habana (1963); en París (1964).



Agustín Fernández. Exposición Salón de Mayo (París, 1965). Oleo.



El Final. Pop-Art. Raúl Martínez. Exposición, en La Habana, 1964.

de la Capilla Sixtina al maestro único de aquel veneciano que le enseña a mirar a "ras de la tierra" en un movimiento ascendente que va de izquierda a derecha y de abajo arriba y comprende, con Rafael, que el estilo es una expansión. Su vínculo es con Miguel Angel pero no deja de observar a los primitivos donde cree hallar la clave de todo acontecer artístico conectado con la tradición. Pero, ¿habrían de ser estos contactos los únicos? Romañach sabía que la fantasía, la imaginación, la poesía propia, era lo inmovible y valedero en arte que anexaba los elementos más fabulosos del alma humana y dentro de las limitaciones del medio artístico cubano trató de poner en marcha estos elementos haciéndolos confluír en una obra de creación que agarró su novedad en Sorolla. Si lo producido por Romañach no alcanzó la grandeza del ideal plástico a que aspiraba dio, en cambio, con sus enseñanzas y vocación, aliento a sus discípulos. Educó a varias generaciones (Valde-rama, Manuel Vega, Olivera) que trabajaron en los primeros años de la República y tuvo también, en sus aulas, a los jóvenes talentosos de la segunda etapa (1925) que comprende el período de la pintura moderna entre los que se contaron Víctor Manuel García, Amelia Peláez, Eduardo Abela, Mirta Cerra, Jorge Arche y varios más.

LA nueva generación empieza a exponer en 1924: Víctor Manuel. En las obras de estos pintores Cuba aparece transformada en lo *interno*, con pincelada rica y materia aparente, con mucha más audacia que anteriormente había sido presentada en lo *exterior* y, esta metamorfosis, quiere ser expresiva de un sentimiento capital del hombre, de una aspiración colectiva fundamentada en ese sentimiento. La autonomía que va a distinguir las nuevas obras representa la conquistada expresión del desacuerdo entre dos estilos: el colonial y el innovador. Es a partir de entonces que nuestro arte está llamando a un mundo plástico exclusivo de la intimidad nacional. Nace entonces, a los creadores, su vigilante profundidad espiritual y ninguno, por desposeído que esté, renunciará a comunicarse con lo mágico y maravilloso que si alguna vez rectifican (Ponce, Diago) en no pocas ocasiones producirá un subjetivismo colectivo producto de un trabajo en el cual el artista elaborará esquemas que rompen con los existentes. Es un arte, en total, que entra en posesión no de "lo que puede verse", y que los pintores coloniales habían captado con bastante fidelidad, sino de lo que "no puede ser visto" pero que palpita en el alma del pueblo. Para los "nuevos" las formas que tanto admiraban estaban muertas y eran ellos los

llamados a devolverles la vida a través de un tratamiento simbólico que, conservando gran parte de lo recogido, debía convertirse en evidencia ordenando cuantos elementos nos rodean hasta el extremo de asegurar una especie de "enfoque" concebible solamente como el resultado de una virtualidad convertida en vida.

La poesía menciona y el estilo plástico emerge de la entraña y oscura individualidad para organizar el pensamiento mientras la pintura, en el puro trazado de sus líneas o en sus superficies coloreadas, complace por su simplicidad y belleza el secreto de la inconformidad constante. La poesía alimenta a la pintura y ambas se corresponden como formas particulares de un poder del cual son testimonio. Poesía y pintura vitalizan la vida nacional descubriendo lo resucitable, aprehendido en lo íntimo, no para embellecer sino para salvar el principio de génesis y transformación sustituyendo lo que hasta entonces "no había" por un lenguaje inmediato, directo y necesario, que se transformaría en gusto. Era claro que los jóvenes, en medio de las conmociones que sufría la pintura universal, de las conquistas del cubismo, de las excursiones introspectivas del expresionismo y de las especulaciones de Freud, no podían subordinarse a la estética envejecida de normas académicas a las que los viejos maestros habían permanecido amarrados, ajenos al movimiento renovador que transformaba el orbe plástico y, a partir de 1930, pintores, constructores, músicos, poetas y creadores elaboran en común una expresión en la que las relaciones van a ser distintas y particulares a las existentes hasta entonces sellando sus búsquedas por un mismo rechazo a todo lo gastado, convencional y empobrecido. Cada artista, por su cuenta, quiere con "el espíritu del descontento" llegar al "descubrimiento" empezando el arte a cumplir su destino como expresión social, de calado profundo, en la vida nacional que ya desde la Exposición de la "Revista Avance 1927" se hacía evidente en las ochenta y dos obras presentadas que no aspiraban a "definir" ni "señalar", como privativas, determinadas tendencias sino a "procurar unir el esfuerzo" de los jóvenes pintores que sin duda respondían a una actitud substancial frente al destino del arte y la cultura nacional.

Muchos cuadros de aquella época son perdurables. Víctor Manuel pinta *La Gitana Tropical*; Abela, *Los Guajiros*; Carlos Enriquez articula su producción entre "paisajes" y "desnudos". Ponce pinta *Pianista, Los Niños, San Ignacio de Loyola*, su legión de beatas, frailes y tuberculosos. Wilfredo Lam, además de su fabulosa colección "negrista" que marca (*La Manigua*) un viraje en su carrera de pintor y su consagración universal, hace *La Silla* trabajada con un procedimiento colorista de la mejor calidad logrando un

suntuoso fondo verde de la combinación de azules y amarillos a los que ha hecho desaparecer la oposición y dureza para dar al cuadro, con la caña como ornamento, la relación ideal con la naturaleza esfumando las partes exteriores del objeto para dejar, sin embargo, la referencia de la realidad. Felipe Orlando realizó su cuadro *El perro azul* y en *La casa de las Carolinas* dejó su sentido del color y la composición. Cundo Bermúdez amalgamó colores en *La Barbería* y *Retrato de María Luisa*. Carreño hizo su espléndida colección de "ciclón", caracoles, paisajes, dibujos con tallos y raíces. Amelia Peláez sus "naturalezas muertas" con los elementos del medio cubano e insertó los vestigios del barroco colonial lo mismo que Portocarrero que trata, en el barroquismo de sus memorias infantiles, "mariposas" y "ángeles"; "catedrales" y "apóstoles" y esa admirable "teoría de poéticas y primaverales vírgenes, surgidas del concepto espiritual más puro y delicado". Mariano Rodríguez hace su colección de "gallos" y Luis Martínez Pedro revela excepcionales condiciones para el dibujo.

Pronto van a pintar Roberto Diago, José M. Mijares y Servando Cabrera Moreno. Continúan la trayectoria Hugo Consuegra, Angel Acosta León, Adigio Benítez, Héctor Molné, Antonia Eiriz, Güido Llinas, Juan Tapia Ruano y otros más jóvenes moviéndose la pintura —a partir de 1950— entre lo figurativo y abstracto —con reaparición del surrealismo—, pero es el abstraccionismo el que gana las más dilatadas aspiraciones en su lucha por el "poder del arte y la cultura" y en su "aspiración por un mayor enriquecimiento espiritual del hombre". Pero es el color —como en toda la pintura moderna— el que da a la cubana su fuerza expresiva más original. Los pintores del siglo XIX habían usado tonos suaves, pardos y secos; azules débiles o verdes tímidos para representar el sentimiento cubano, lo que encubría una mentira que había que destruir no precisamente por acusación, sino sencillamente, por desacuerdo con respecto al arte colonial cuya ilusión había que reemplazar por otros esquemas en los que la luz habría de convertirse en color. Los nuevos son grandes coloristas y vinculan una gama de colores puros, brillantes y diversos, violentos casi, con los que tratan de esconder planos afirmando el dibujo en el contorno espiritual y material de nuestra tierra cuya exuberancia siguen en un proceso de inquietante conquista. El paisaje cubano es muy repetido —decía Carlos Enríquez— pero, "¿qué sería mi pintura sin el verde de los palmiches; sin el azul cristalino de nuestro cielo; sin esa policromía propia de los gallos en combate; sin el rojo de la Guerrerita que se desangra de una puñalada?" Y, unos pocos años después, Angel Acosta León presentará, de manera furtiva, el lenguaje del

color dándole, dentro del dominio de lo cubano, la expresión dramática. El color empezó a desempeñar un papel preponderante que no se podrá ignorar y acaso Menocal o Románch, que fueron grandes coloristas, se asombrarían, si vivieran, de la alegría de los azules modernos, de los rojos goyescos, de los verdes fragantes y hasta de los grises-azulinos que Aristides Fernández estrenó en su cuadro *La Familia se revata*. De pardos-dorados y cadmios que Amelia Peláez y Portocarrero retoman y transforman de la tradición barroca decorativa; los amarillos de girasol y los nácar rosado de la gran noche diurna cubana. El blanco de zinc contrasta con grises y negros (Mijares) y el azul constituye, él sólo, una intensa gama cromática que Martínez Pedro (Exposición "Aguas Territoriales", La Habana, 1964) llevó a su máxima expresión trabajando, posteriormente, con una escala azul-ultramar, blanco y morado que le permite el juego misterioso de una armonía singular. Ponce estrenó, en nuestra pintura, tierras y rosas deliciosos, glaucos apacibles, ocres sutilísimos y esos perlas, oro y marfil que giran en sus mejores telas.

LA política del Gobierno Revolucionario ha sido definidora con respecto al arte y la cultura y en asamblea con los intelectuales el Primer Ministro, doctor Fidel Castro, después de escuchar pacientemente las diversas opiniones de los asambleístas, expresó que "la preocupación" por la libertad artística "no tenía razón de ser", pues la Revolución no puede "asfixiar" el espíritu creador y que, por el contrario, "su aspiración es que marchen, junto a ella, todos los revolucionarios; todos los artistas e intelectuales, sin renunciar a los hombres y mujeres que teniendo una posición filosófica distinta de la Revolución muestran una actitud favorable por estar de acuerdo con las cuestiones económicas y sociales que plantea". Los revolucionarios —dijo el doctor Castro— "son la vanguardia del pueblo pero deben aspirar a que marche junto a ellos todo el pueblo tratando de ganar, para sus ideas, la mayor parte del pueblo".⁷ No obstante esta política de captación y respecto a la forma y estilo artístico, a los ensayos y experimentos formales y a las búsquedas en el más amplio campo de la expresión la polémica no ha faltado⁸ y algunos trabajos⁹ han sido muy oportunos para poner luz en el

⁷ FIDEL CASTRO: *Palabras a los Intelectuales*. La Habana, 1961.

⁸ JOSÉ ANTONIO PORTUONDO. "Contrarréplica a Fornet", *Revista Gaceta de Cuba*. Enero-febrero de 1965.

⁹ ERNESTO CHE GUEVARA, "El socialismo y el hombre en Cuba". Periódico *Revolución*, edición 13 de abril de 1965. (Reproducido del semanario *Marcha*, de Uruguay).

confuso y dilatado horizonte de la creación artística. La constante de la pintura cubana, desde la Colonia, ha sido la evasión —dicen críticos autorizados— y es necesario “el compromiso” el más estrecho abrazo entre el artista y el pueblo no precisamente para recoger, con “fidelidad de grabadora” los detalles de existencia de nuestros campesinos, obreros, estudiantes o soldados, sino “para que abran su sensibilidad a los nuevos estímulos”. Considera el doctor José Antonio Portuondo que “a un tiempo y a una sociedad nuevos corresponde una nueva expresión, que no puede derivarse de la que refleja la alienación del mundo capitalista”. Tiene que ser otra —dice— algo aún indeterminado que toca descubrir a los escritores y artistas cubanos y aunque el distinguido profesor está “persuadido” de que ese empeño será más hacadero para las nuevas generaciones, crecidas dentro de la nueva realidad, entiende que es “deber de los escritores y artistas ya formados luchar por alcanzarla”. Lograr, por caminos de dura penitencia, lo que otros conseguirán sin esfuerzos, “por vías de inocencia”.

El arte, como toda nuestra cultura, ha estado cogido en la rueda dentada de fuerzas extrañas. La Metrópoli española impuso sus normas y la censura tachó cuanto le parecía “sospechoso”. Después, bajo el signo de un absorbente proceso económico éste imprimió “su causa” a todas las actividades de la vida nacional y aunque el arte tiene función particular que le permite discernir lo esencial y lo accidental, entre lo permanente y lo fortuito no está en absoluto “por encima de la historia” y aunque suele escapársele —y la pintura cubana se le escapó varias veces— es indudable, y nuestra historia artística lo revela, que todo apego a presiones determinadas —“sean cuales fueran”—¹⁰ está reñido con la tarea de hacer una síntesis de muchos años de desarrollo humano y de presentar nuevos contenidos en formas nuevas. El arte —se ha dicho— nace de la fascinación de lo inalcanzable, del rechazo de la copia de espectáculos; “de la voluntad de arrancar las formas del mundo que el hombre padece” para hacerlas entrar en el mundo que él gobierna; pero el artista, para alcanzar esta meta, tiene que liberarse y obtener su independencia, garantizarla y asegurarla. ¿Hasta qué grado el artista cubano ha logrado esta redención individual y social? Es necesario que nuestros artistas tengan una clara conciencia de nuestra lucha en el terreno político y de la historia de nuestras artes, pues de la capacidad que demuestren en tan importante cuestión dependen las respuestas concretas y lúcidas que pueda ofrecer el arte nacional.

¹⁰ ERNEST FISCHER, *La necesidad de arte*. La Habana, 1964.

Sin duda que todo creador presiente los límites de sus aspiraciones, pero su vocación está vinculada en su origen, y después con menor intensidad —cree André Malraux—, al sentimiento violento de esa aventura libertadora. La violenta hazaña de conquista la emprendieron los pintores cubanos de la primera generación de "modernos", pero no puede decirse que, en la actualidad, la continúen con "menor intensidad" porque ni decae en los mayores ni es tibia en los jóvenes la pasión por la libertad de expresión, por la ruptura con valores ya gastados y exhaustos y por el logro de un estilo propio que permita a nuestro arte cumplir fiel y libremente su destino histórico.

CLAMOR HACIA EL OTRO LADO DEL MURO INVISIBLE

Por *Bernardo VERBITSKY*

BAJO la lluvia corrieron sobre la pelada pista de cemento del aeródromo. Los zapatos se afirmaban en la rugosidad de ese mojado suelo gris. En la mitad de ese inmenso espacio se apilaban sobre dos grandes baúles de madera unos bultos y cajones de empaque y a un costado una mujer gorda y una muchacha se guarecían bajo un paraguas.

—Vamos, hombre —le gritó el fotógrafo al darse cuenta que no lo seguía.

Rivas se arrancó del lugar donde se detuvo para contemplar a las mujeres. Esta desolación —pensaba— el paraguas la acentúa. Se ubicaron bajo un ala del gigantesco avión, amplia como la marquesina de un cine. Allí se amontonaban unas cincuenta personas. En media docena de camillas estaban los heridos más graves. Rivas se acercó a uno que se quejaba a gritos articulando lamentos agresivos y no palabras.

—Tiene la columna rota —informó una mujer embarazada a su lado.

Un quejido agudo llamó su atención en el otro extremo de las camillas. El Globe Master se llevaba los heridos y enfermos. Unos y otros, mal protegidos de la lluvia y el viento en ese reparo de las alas y el largo cuerpo de la máquina, aguardaban. Se abrió una ancha puerta en el costado del avión y desde adentro colocaron una planchada en plano inclinado por la que descendió después un gran camión rojo, con un hombre al volante, que se alejó. Rivas buscó con la mirada a las dos mujeres bajo su paraguas, empujadas por la distancia. Descargado el camión se ordenó la subida de los que aguardaban.

—Están locas —dijo la mujer embarazada señalando a un grupo de cinco mujeres a quienes un hombre y una mujer encaminaban juntas a la escalera ya colocada para ascender.

—Buena compañía. Todos esos que suban primero.

Un hombre que vendía café les entregó un vasito de cartón y les sirvió de un termo, café claro y turbio, pero bien caliente. Lo

saborearon agradecidos, pero cuando el vendedor supo que eran argentinos no les quiso cobrar, y parecía ni escuchar la insistencia de ellos.

—Estas máquinas antes llevaban tropas. "Ellos" —no creyó necesario aclarar a quiénes se refería— hacen esa *buevúa* del ensayo de un puente aéreo. Ustedes, los argentinos, sí nos ayudan.

—Pero en este aeródromo ¿los aviones descienden a dedo, o mejor dicho, a ojo? ¿No se comunican antes con tierra? —preguntó Rivas, ocultando con palabras la emoción que le causó el cafetero y su sobrio rechazo del dinero.

—Allá están los aparatos —dijo el hombre señalando a un costado de la pista, dos carpas.

En ellas funcionaban los equipos transmisores y receptores con los cuales dos técnicos ejercían el radio control de la pista.

—Linda caravana —protestaba Gaibizo mirando a los que se movían lentamente en la escalera.

Rivas y su fotógrafo fueron los últimos en subir y desde arriba saludaron al cafetero y al grupo de enfermeros que quedaban en tierra.

La pista de hormigón y el cielo tenían el mismo color que la lluvia, y el gran avión gris.

—Pero, ¿esto qué es? ¿La playa en Mar del Plata? Hay que tener cuidado de no pisar a nadie —rezongó suavemente Gaibizo.

Sentados o acostados estaban todos sobre el piso del larguísimo Globe Master. Se ubicaron por la mitad al lado de la mujer embarazada que les había chistado de lejos; ella ocupaba uno de los asientos de lona que se insertaban por uno de sus lados en la pared del avión y se alzaban movidos por su resorte cuando los abandonaban.

—Las locas están atrás —les informó, mientras acomodaba en su falda un bolsón.

En la parte final del avión estaban las cuchetas de la tripulación y en ellas habían acomodado a los heridos más graves.

—Están tranquilos —siguió la mujer que parecía obsesionada por el grupo de cinco mujeres que no eran declaradamente locas sino que habían sufrido shocks por el terremoto; se las veía sentadas, juntas, más al fondo.

El Globe Master sin asientos eran un inmenso ómnibus destaralado. La cabina estaba totalmente ocupada por las mujeres sentadas de espaldas a la carlinga, en hileras como en los transportes de tropas. El centro del aparato ocupado por dos largos bancos de madera atados con sogas, donde también espalda contra espalda se formaban dos filas más o menos ordenadas. El resto, verdadero

hospital de campaña con enfermos tirados por todos lados. ¿Qué es un hospital de campaña? —se dijo Rivas. Se amontonan los heridos al aire libre, bajo una carpa si la hay y se los atiende como se puede. La palabra hospital los protege y están menos desamparados que si advirtiesen que estaban bajo el cielo de Dios y nada más.

Diez minutos más tarde, cuando se acostumbraron a la idea de que ese hospital de campaña ya estaba en vuelo alejándose de Puerto Montt con su carga dolorida y trastornada en la que cada uno se llevaba su mundo maltrecho y desgarrado por el cataclismo, prestaron atención a los gritos que venían de las cuchetas. Eran tres los que tenían la columna vertebral fracturada y sus quejas transmitían al ánimo de los demás la propia laceración. Todos escuchaban. Al lado una mujer con un niño en brazos, verde por el mareo, contaba que su marido quedó en el aeropuerto con sólo la ropa puesta. Su casa de madera en el barrio Niebla se la llevó el agua cuando el maremoto cubrió la orilla.

—Es horrible —dijo la mujer embarazada, cerrando los ojos.

Un momento después los abrió clavándolos redondos en Rivas que observaba inquieto su palidez, las gotas de sudor que veía en su frente.

—Llame a la enfermera —dijo ella.

Rivas caminó trabajosamente moviéndose entre tanta gente sentada o tirada hasta dar, al lado de uno de los heridos, con una mujer cuyo corpacho se advertía viéndola de atrás, inclinada como estaba poniendo una inyección. Se irguió, era alta, poderosa. Siguió a Rivas al oír su explicación.

—No se te ocurra parir acá arriba tu guagua —dijo autoritaria.

La mujer le respondió con un quejido.

—Pero ¿tienes dolores o es miedo?

—Acá está su ropita —dijo la mujer tendiéndole el bolso.

—Bueno, por las dudas vamos allá, hay una cucheta libre. Vamos, álzate, no tengas tanto susto, ya ves que tu hijo es tan valiente que se anima a nacer a esta altura.

—Allá están las locas —contestó, viéndose cuanto la crispaban los gritos de los heridos que no dejaban de quejarse.

La enfermera la ayudó a levantarse abarcando su cintura.

—Usted lléveme esto —dijo la enfermera al fotógrafo; Gai-bizo mirándola extrañando sin embargo obedeció, tomando el bolso. Se alejaron los tres.

—Es contagioso, yo también gritaría —no pensó sino que murmuró Rivas, mirando la luz sucia de la ventanilla del avión, mientras a su alrededor otros empezaban a quejarse.

—Se está poniendo feo —le dijo Gaibizo al regresar— el médico allá en el fondo se rompe todo, pero uno ya espichó —le dijo bajando la voz al volver a sentarse a su lado.

—¿De veras? —preguntó incrédulo mientras mentalmente evaluaba esta novedad en semejante viaje.

—Lo vi, le tapó la cara, el médico. Será mejor que todos éstos no lo sepan.

—¿Y la mujer?

—La acostamos, iba a revisarla el doctor. Esta es ella —dijo Gaibizo individualizando un grito distinto.

—Si usted me ayuda a levantarme —dijo una de las mujeres a Rivas— voy hasta allá, no estoy tan mal, puedo ayudar.

—Yo la acompaño —dijo Gaibizo tendiéndole la mano que ella tomó.

—Voy con ustedes, a lo mejor sirvo de algo yo también.

—Una vez llegué a tiempo para fotografiar a la madre y al chico que nació en un ómnibus. La partera fue un cabo, que viajaba en el coche. Hizo bajar a todos, se arremangó, y ayudó como pudo mientras venía la Asistencia.

—Si es fácil nacer, el parto no es ninguna enfermedad —dijo la mujer a la que acompañaban.

Un alarido agudísimo, infantil pero penetrante, los detuvo. En uno de los asientos laterales de lona, yacía una niña atendida por la enfermera y varias mujeres.

—Se va a tragar la lengua —dijo una de ellas.

La chica, con espuma en los labios, se ponía morada.

—Hay que ponerle un pedazo de madera entre los dientes.

Rivas fue a buscarlo sin saber dónde dirigirse. Alguien le alcanzó un tenedor de madera; al ir a dárselo a la enfermera fue ésta la que dio un grito, pues la niña en pleno ataque de epilepsia le había mordido dos dedos apretándolos como en un cepo de acero.

—Deme eso —dijo la enfermera recuperando su calma. Tomó el cubierto de madera, y maniobrando ella misma con la mano izquierda, pudo separar las mandíbulas de la chica y retirar su mano.

—Se ve el hueso, y si no me trae esto a tiempo, creo que los quiebra también —comentó simplemente mientras derramaba alcohol sobre sus dedos heridos directamente del frasco.

Rivas indeciso volvió a su lugar donde lo encontró Gaibizo un rato más tarde.

En medio de los gritos regulares de los heridos se oyó de nuevo el de la mujer.

—Qué le parece. Habrá que poner un registro civil en el avión. Uno sonó y otro que quiere nacer a toda costa. Allá está el médico trabajando.

Rivas lo miró sin contestar, pero al fin dijo:

—Si al menos pudiera ayudar en algo. Esto parecía, al subir, una villamisería, un hospital, la cárcel de Devoto. Esto es la locura, el manicomio. Y hay un solo médico y una enfermera.

—¿Quiere comer algo? Elija: salamín o unos bizcochos. Así se consuela.

—Bizcochos. Pero... ¿de dónde sacó todo eso?

—¿Se acuerda de aquel boliche clausurado en Puerto Montt? Mientras usted charlaba con el agente...

Mientras mordía, un relámpago vivísimo, un trueno, y el sacudimiento del avión, inquietó a todos.

—Terremoto, maremoto. ¿Esto será un airemoto? —dijo Gaibizo.

El avión vibraba en medio de los relámpagos. Caídas verticales bruscas llevaban a los amontonados en el suelo de un lado a otro. Hombres y mujeres expresaban su propio terror que discordaba con el de los demás en los gritos. La enfermera de lejos los llamaba y Rivas y Gaibizo se arrastraron hasta donde ella estaba tratando de dominar a las cinco shokadas que ahora, vencido todo control, gritaban desesperadas y se desgarraban las ropas y se arañaban la cara, el cuello, sacándose sangre.

—Están enloquecidas, y hay que enchalecarlas. Ayuden ustedes.

El médico estaba allá dirigiendo la operación mientras el aparato parecía a ratos estabilizado. Había que vestir a las dementes el extraño ropaje que ellas rechazaban, para atarles las manos por detrás.

Trató Rivas de inmovilizar las manos agitadas de la enferma, pero cuando por fin ajustó esas muñecas, sobre su cara se abrió la vasta boca de la mujer en un alarido. El aullante boquete desapareció al vestirla la enfermera la camisa con un capuchón, y sólo se oyó un estertor ahogado. Reapareció la cara descompuesta. La enfermera forcejeó sola para introducirle los brazos en las largas mangas que Rivas también ayudó a atar. La loca pareció darse por vencida. Y repitieron con otra mujer ese trabajo. Esta vez la enfermera sujetó las manos y tocó a Rivas ponerle la camisa; trataba de cumplir en la menor cantidad de movimientos precisos y este empeño le reveló la absoluta desconexión de cada uno de los hechos que se sucedían, aun aquellos en los que participaba. Pensaba que estaba "funcionando" de un modo raro y no sólo en ese momento sino en todo el vuelo y acaso desde que llegaron a Chile,

Había desaparecido la ordenación orgánica de los actos propios y ajenos, su articulación en un todo. Era tranquilizador comprender que todo cuanto ocurría formaba parte, era un capítulo más de una catástrofe, sí, la que ponía en orden las informaciones, un terremoto con una destrucción sin precedentes, ciudades deshechas, marremotos que arrojaban el océano sobre la tierra. Pero esto...

Empeñado una y otra vez en dominarlas, en el esfuerzo de conservarse tranquilo y cumplir eficientemente los movimientos que exigía el objetivo buscado, Rivas sintió que estaba absolutamente loco como las mismas mujeres, o más, como lo testimoniaba la calma con que había logrado maniobrar. No había ningún cataclismo sino hechos y actos aislados, menos que actos, los movimientos que los realizaban. Terror, terror convulso sintió al comprenderlo. Y esto era más terrible que todo lo que vivieron o que cualquiera de los relatos escuchados. En lentos segundos se le fue desvaneciendo su pavoroso miedo mientras aplicadamente ponía como un capuchón, la camisa a la mujer que inmovilizaba la enfermera.

—Ya están empaquetadas. Y ¿ahora las tiramos por la ventanilla? —preguntó Gaibizo.

Con ayuda de la enfermera, el médico aplicó inyecciones a las cinco enfermas.

—Este sedante las mantendrá tranquilas hasta Santiago. Vamos a ver cómo sigue la parturienta y el chico.

—¿Pero ya fue el parto?

El avión volaba ahora sin sacudimientos y por las ventanillas entraba una mayor claridad.

Su viaje había sido resuelto en diez minutos y por casualidad. Nunca estaba en el diario a las 4 de la tarde, pero anduvo cerca y como necesitaba ver, antes de que estuviese en la calle, el ejemplar del día, subió hasta la redacción. El Secretario al verlo se dio un golpe en la frente, exclamó: "¡Rivas!, aquí está el hombre" y gritándole "espéreme" salió corriendo a la Dirección, como le explicó al volver con esta orden: "A las seis y media sale un avión con periodistas para Chile, ya está todo arreglado". Hubiera podido argumentar en contra, pues no tenía la menor gana de ir ni le gustaba que le fletaran de ese modo. El viaje le parecía lleno de riesgos, y tampoco se sentía capaz de desempeñarse o siquiera de conservar la calma en medio de tanto desastre como describían los cables, pero aceptó resignadamente esta imposición de un azar del que fue voluntario instrumento, al ir al diario sin que nadie lo llamara, justo cuando allí desesperaban de encontrar a alguien adecuado. Sólo pudo telefonar, pues si iba hasta su casa no alcan-

zaba el avión, pero su mujer se ingenió para llegar al aeródromo trayéndole un impermeable aunque él ya llevaba un sobretodo puesto. Realizó el vuelo afrontando resignado una sensación de grave peligro, accidente o desastre inevitable. "Hay que dejarse llevar" decía con los ojos cerrados seguro al menos que se dirigían a Chile. Pero el viaje pareció realizarse a tumbos con anuncios repetidos sobre descensos imprevistos. Sí, el primero fue en San Luis, a pesar de que debían entrar por el sud de la cordillera, para ir directamente a Valdivia o más bajo aún, Puerto Montt, que soportó los peores daños, por lo cual debían acercarse a la altura de Bariloche donde también hubo destrozos por el colazo del sacudimiento. ¿Por qué, pues, ese desvío hacia el norte? Hay que dejarse llevar como un bulto —era el resumen de sus reflexiones en el fondo de las cuales rumiaba un recuerdo impreciso: en algún terremoto anterior un avión argentino cargado de medicinas y también de médicos y enfermeras, cayó a tierra sin que se salvara nadie. ¿O fue en el de San Juan? El hecho era que el auxilio terminó en desastre. Hubo otro descenso en Neuquén. Nunca había estado en esa gobernación, ahora provincia, que sólo podía imaginar con la forma de su mapa. Pero antes se creyó en otro descenso forzoso sobre una salina. Y esto era todo lo que recordaba, pues entre el miedo, la sensación del absurdo del inesperado viaje, y la botella de ginebra que Gaibizo su fotógrafo subió al avión, lo llevaban del desconcierto al mareo y del aturdimiento a una especie de soñolencia. Oía las cosas como a través de un vidrio. Después le dijeron que cuando cruzaban la cordillera estaba durmiendo. No había, pues, ninguna cordillera. Nada mejor podía desear. Pero cuando llegaron, por fin, estaba bien despierto. Era el aeródromo de Puerto Montt, pero a veinte kilómetros de la ciudad. Nadie estaba esperando a los señores periodistas, que debieron arreglarse como mejor lo entendieron. Rivas se dejó arrastrar por su fotógrafo, satisfecho de que Gaibizo siempre expeditivo resolviese qué hacer. De allí salía un camión abierto, cargado de paquetes (alimentos, dijo alguien) y ropa de abrigo amontonada en cuatro o cinco bultos. Corrieron y detrás de ellos un periodista uruguayo, Velazco, que conocieron minutos antes. Treparon acomodándose encima. Rivas cumplía cada movimiento entre el desaliento y la irritación que a menudo se combinaban en él, y su efecto depresivo se agravó pocos minutos después: apenas había recorrido el camión 200 metros, se descolgó la lluvia. Tenía el impermeable al brazo, lo elevó por encima de su cabeza y los tres quedaron cubiertos por el improvisado palio. Estaban en la castigada tierra chilena, pero lo único cierto era que viajaban en un camión descubierto bajo un aguacero que ya era

torrencial. Lo único que existía era el agua, pues hasta el paisaje se esfumaba a su alrededor. Se presentía el barro en la marcha dificultosa del vehículo. Fueron a buscar una imagen de la catástrofe y sólo encontraron frío, barro y lluvia. Lo demás eran palabras, conceptos. Hechos inmediatos: él en medio de la lluvia al lado de Gaibizo que se desahogaba puteando. Seguramente era un modo de ser uno mismo, algo más que un punto suspendido en algún lugar incierto del mundo. Desde que había salido de Buenos Aires se sentía desintegrado, ausente de sí mismo y sin conexión con nada. La lástima que empezó a sentir de sí mismo atemperó su rabia. Y la resignación que en el aire lo llevaba a convertirse en bulto inanimado fue ahora resignación por su inevitable muerte próxima por una neumonía a la que estaba condenado. ¿Puede un tipo de 51 años, sedentario y reumático, aguantar todo ese traqueteo? Y encima la horrorosa mojadura. Como más tarde dedujo, también sus temores debían ser parte de esa excitación que lo protegía. Lo que en circunstancias normales podía enfermarlo, ahora no alcanzaba a causarle un enfriamiento. Aunque su sensación más visible parecía la pasividad frente a los hechos que lo arrastraban, era pasividad frente a la aventura, era dejarse llevar por la aventura, a cualquier riesgo. Lo deprimente era no ver la totalidad hacia la que venía, sino el instante en que se fragmentaba, y el instante era incomprendible y sin relieve. Esa fue su reflexión al meter en el bolsillo una mano libre, que palpó algo que al tacto reconoció como las tabletas de chocolate que a su mujer se le había ocurrido llevarle. Hacía muchas horas que no la recordaba, pero esto era recuperarla vivamente. Y así también se recuperó a sí mismo volviendo a saber quién era, cosa que por momentos se volvía muy dudosa. La sensación global de catástrofe la tenía más fácilmente en el recuerdo, que, sin traer una síntesis, acumulaba imágenes. No podía distinguir totalmente lo que había tomado del medio en que se había movido, y de lo que vivió personalmente. Soportaron varios temblores. Mientras temían que se repitiesen, el fotógrafo resultaba por su despreocupación un compañero inestimable. Los primeros sacudones que soportaron no llegaron a asustarlos. Este desastre no es nuestro, es asunto de ellos, pobres; la catástrofe respeta al peperiodista —razonaba Gaibizo. Rivas delegaba en él tanto el miedo como el valor, y eso le ayudaba a permanecer cerca de la impasibilidad. En realidad, como después creyó comprenderlo, actuaba en un raro desdoblamiento. El que escapaba con la multitud enloquecida por el terremoto, no era él sino la animalidad liberada, el instinto de conservación y recuperaba la conciencia de su Yo habitual cuando todo pasaba, pudiendo asombrarse entonces de la dis-

tancia cubierta en pocos minutos, o de los gritos salvajes proferidos. No se vigilaba a sí mismo y resultaba cómodo perderse en el loco pánico colectivo cuando todos corrían a la calle buscando alejarse de las paredes. Cuando de nuevo pasaba, y hasta tanto el temblor volvía a borrar todos los límites de su propia personalidad, recuperaba la de todos los días. Recordar, si es que se podía recordar, era estar viendo a otro que realizaba cosas raras, por encima o por debajo de lo normal. Ya tembló, y están en la calle esperando que tiemble de nuevo. Tembló, y ahora llueve. Su pavor de hace un rato no tiene nada que ver con este otro momento. Ahora en la lluvia está tan ensimismado o indiferente como una gallina bajo el agua, sintiendo que cae pero sin otra conexión con el mundo y con el tiempo. Aún no ha regresado a sí mismo. Y así está igualmente en la duermevela de este retorno a Santiago en el Globe Master y puede aceptar como experiencias propias las que oyó relatar en tierra y ahora se repiten en el avión. Durante uno de los peores sacudimientos de una ciudad las campanas de sus dieciocho iglesias resonaban desenfrenadamente al ritmo de las vibraciones del suelo, pero se mezclaban al violento concierto, cubriéndolo, truenos formidables que salían de la tierra. Alguien sorprendido por el terremoto en lo alto del cerro observó cómo la ciudad ondulaba durante interminables minutos. De cerca los edificios oscilaban como si casitas sueltas de juguete fuesen agitadas como dados, en su caja. El pavimento de las calles era un río con elevaciones y depresiones que ondulaban como oleaje agitado. En el campo millares de animales quedaron heridos, pues caían lastimándose. Una inmensa grieta abriéndose en pleno centro de una ciudad despanzurra la calle dejando al aire sus cañerías rotas. Centenares y millares de personas que se arrodillaban en una plaza proclamando a gritos sus culpas se golpeaban el pecho a puñetazos y, desesperados, se arrancaban mechones de pelo.

Se le reiteraba una sensación muy clara: cuando llegaba la tregua, agradecía en cierto sentido el temblor, pues entonces él, espectador de una catástrofe extranjera, se convertía en decidido actor. No era la tierra la que tuvo un acceso, fue él quien realmente lo vivió. Pero esto duraba poco y cuando volvía a ser él mismo, la catástrofe resultaba nuevamente ajena a su persona y no era más que un observador objetivo al que además nada le podía pasar, pues estaba protegido —coincidía con Gaibizo— por el cumplimiento de su deber profesional. A pesar de la confusión en que se debatía le resultaba muy claro en cambio que todos esos que vagaban como fantasmas seguían perteneciendo a la catástrofe por intermedio de sus muertos, de los escombros de sus casas, que cubrían cadáveres.

Con esa misma perspectiva de desastre ajeno había contemplado la amenaza de que el lago Riñihue se volcase sobre Valdivia. Confiaba en escapar antes, no importaba que los habitantes de la ciudad estuviesen condenados a permanecer allí. Esa agua que amenazaba arrasarlos era de ellos, y la amenaza misma les pertenecía. Al hablar con el ingeniero que dirigía los trabajos de defensa, se dio cuenta que ese hombre que trabajaba y movía piedras o tal vez sólo palabras, pertenecía también a esa tierra convulsionada. Ni turista, ni "enviado especial".

—El jefe de la región militar —Gaibizo al informarle le confirmaba sus esperanzas— pone a nuestra disposición un Apache cuatriplaza.

—¿Qué es un Apache cuatriplaza?

—Bucno, la verdad, no sé, supongo que es algún avión, lo importante es que nos saque a tiempo, pues cuando el aeródromo se inunde quedamos en esta ratonera.

El avión aún no había llegado y dieron una última vuelta por la ciudad, sometida a un doble castigo. El río Valdivia en su desembocadura estaba ensanchado y desbordado. Al hundirse el terreno, las aguas del Pacífico habían invadido la desembocadura del río, sometido ahora a la fluctuación de la marea del océano. El terremoto y el maremoto ahondaron la profundidad del río en su acceso al puerto, de cinco a doce metros, y el puerto es ahora estación marítima para buques de gran calado —explicó el ingeniero que agregó: la naturaleza realizó en minutos una obra que se viene estudiando hace un siglo. Valdivia era un puerto sobre el río Calle Calle hasta el 22 de mayo. Entonces la ciudad se hundió en algunas partes metro y medio y en otras hasta tres metros y su hermosa avenida costanera quedó cubierta por las aguas del Pacífico. Pero crece además otra amenaza: las aguas del lago Riñihue —le había costado aprenderse ese nombre, pero ahora le era familiar— las aguas del lago Riñihue suben, pues su desagüe natural, los ríos San Pedro y Calle Calle quedaron bloqueados. Sobre el lecho del San Pedro fueron cayendo en sucesivos sismos millones de metros cúbicos de tierra, de rocas, árboles, casas, formando grandes represas y ahora suben. El río tiene un cañón de bajada brusca, muy empinado, y las aguas podían precipitarse a más de cien kilómetros por hora con fuerza devastadora. No se detiene el trabajo de las excavadoras para dar salida a las aguas acumuladas del Riñihue a través de los canales artificiales que se están abriendo en el barro y la arcilla de tres cerros que al derrumbarse taponaron varios kilómetros de río y elevaron la altura del San Pedro hasta los 40 metros. Hay dificultades. Algunos bulldozers quedaron atra-

pados en el barro. Pero los ingenieros y los peones confundidos no se interrumpen, trabajan 24 horas al día. Constituyen el comando suicida. Rótulo impresionante, pero lo importante es su tenacidad. Excavan un canal de 14 metros de profundidad que servirá para controlar —se supone— el monstruoso alud, varios millones de metros cúbicos de lago. A 4 kilómetros de allí y a 70 metros por encima de ese nivel las aguas siguen subiendo. Pero desde aquí no se ven y aunque en este paseo de despedida veo trabajar a las cuadrillas, y distingo las máquinas empantanadas, no puedo imaginarme la avalancha temida y sólo veo una enorme zanja y gente metida en el barro. Pregunto al ingeniero si lo que se teme agravaría el cuadro general de la catástrofe. Contesta con indiferencia otra cosa:

—No se puede saber la resistencia del taponamiento.

Luego agrega en el mismo tono:

—Pero tal vez conseguimos detener el peligro.

Hay que hacer el trabajo, y se hace. Bulldozer, un bulldog bestial con las abiertas fauces de acero, bien abiertas. Palabras. Gente con una pala en medio del barro, eso es todo. No se sabe la resistencia del taponamiento, por eso se ha evacuado a millares de habitantes de Valdivia en la que ya no quedan niños. De todos modos lo difícil es comprender qué hago yo en Valdivia, y que todo eso es Valdivia. Llegó el Apache cuatriplaza cuando aún se temía que el Riñihue arrasase la ya destruida ciudad. Gaibizo aseguraba que el piloto, llamado Augusto, de apellido alemán impronunciable, era un extraordinario aviador. Rivas dormitó en ese viaje, pero despertó a tiempo para sobresaltarse al comprender que aterribazan en plena calle. Era Puerto Montt. Elegido el lugar, que el piloto conocía, maniobró con facilidad, pero en el momento de descender pareció que iba a enredarse en las copas de unos árboles, que logró evitar sin embargo cuando sus acompañantes se daban ya por estrellados. Se salvaron por poco y de nada servía dramatizar ese regreso a Puerto Montt, la ciudad a la que arribaron desde Buenos Aires. La primera visita fue al pequeño diario que ya conocía, pues desde allí había enviado su primera correspondencia. Su edificio, con las paredes hendidas, se mantenía milagrosamente erguido entre dos montañas de escombros, una a cada lado. Rivas fue rodeado por las cinco personas que formaban el personal del diario, deseosas de saber la situación de Valdivia, ansiosos por conocer su impresión sobre la probabilidad de impedir el arrasamiento de Valdivia por el Riñihue.

La redacción era pequeña, pero no había dudas, estaba en la sede de un diario. Una máquina de escribir sobre la pequeña mesita

—más baja que los escritorios— y una silla delante. Lo invitaron a ocuparlo y no hubo que repetírselo. Ya estoy al volante, al comando. Lo mismo que ese aviador Augusto. El movimiento automático de sentarse lo reintegraba a su mundo habitual. Desde allí podía teclear una información y así ordenar el caos en el que hasta ahora se había debatido sin poder hacer pie.

Un periodista se reajusta en el mundo a través de una máquina de escribir —pensaba Rivas, testigo lúcido de sus sensaciones. Unos minutos más tarde le dieron el texto de un telegrama en el que se hablaba de un golpe militar gorila contra el gobierno argentino, y la detención, desmentida en otro despacho, de un militar que aspiraba a la presidencia de la República. No entendió nada al principio y necesitó cierto esfuerzo para reinstalarse en las noticias de Buenos Aires y su clima político. Golpe militar, mientras aquí una humanidad entristecida necesita ayuda, cooperación.

Al recorrer después la ciudad volvieron a causarle la mayor impresión los edificios que aparentaban estar intactos. Había sobre todo un sector en el cual la mayoría de las paredes frontales se mantuvieron en pie. Los derrumbes fueron hacia el interior de las casas por hundimiento de techos y paredes interiores. Las cosas están, y flanquean la calle, pero realmente asusta cuando se descubre que están ligeramente ladeadas, dislocada la uniformidad de su natural alineamiento. Una casa de dos pisos parece intacta pero luego se advierte que las dos plantas están desajustadas. Otra casa parece bizquear imperceptiblemente. Tardó en darse cuenta que el piso de arriba seguía la vertical, mientras que el de abajo se inclinaba levemente con una oblicuidad siniestra. Eso le impresionaba más que las manzanas pulverizadas. El dislocamiento se veía luego en todo ese martirizado paisaje, con su distintivo secreto, pero ya visible desde cualquier lugar que mirara.

Como si fuera un perrito en la última fila de un raleado mitin, una niñita pequeña andaba cautelosa y observadora detrás de un grupo detenido en una esquina. La gente le daba la espalda y ella seguía rondando como si quisiera reconocer a alguno de esos hombres. Advirtieron su figura minúscula y graciosa, su modo furtivo. Tendría cinco años, melanita larga y espesa, morena la cara y las piernas. Hacía frío y ella caminaba sin medias ni zapatos en medio de la calle maltratada por el temblor. Parecía espiarlos, pero Rivas pensó que tal vez sólo quería que alguna persona mayor reparase en ella; nadie sin embargo, la miró ni le preguntó nada, y entonces él se dijo: "Esta niña es el terremoto, esta niña es el cataclismo". Esta era la imagen global que hasta ahora no había obtenido de la catástrofe, en ese escenario sin sentido en medio del cual se en-

contra y en el que desfilaba gente aturrida con aire de paseantes distraídos. Quiso hablarle pero vaciló en acercarse y la criatura se alejó. Se detuvo entonces a contemplar un pequeño radio puesto sobre una mesita en medio de la calle, un radio desconectado, por supuesto. En ese lugar como en otros, había sectores de casas arrasadas, con la mampostería pulverizada, pero más aún abundaban los edificios que cayeron quebrados, y allí estaban por todas partes, amontonados esos grandes trozos, techos a dos aguas unidos por un segmento de frente, secciones enormes de edificios de dos plantas, exhibiendo las entrañas, los interiores con sus muebles. Muestra de un capricho arbitrario, y en conjunto un mensaje indescifrable. Parecía lograrse una visión más armónica en las frases que anotó al oírlas a un geólogo llegado de Santiago que explicaba a otros: cataclismo de grado 11, con hundimiento de territorio, cerros que cambiaron de lugar y otros derrumbados, valles hundidos, fisuras en la corteza terrestre con hundimiento entre 2 y 3 metros desde el golfo Arauco a la península de Taitao (¿dónde era eso?), aparición de un nuevo volcán mientras cuatro se tornaban activos. Desplazamiento de cumbres, islas desaparecidas y polvareda, no tenían ningún sentido. Sólo la personita descalza armonizaba con esa destrucción.

—¿Se sirve?

Rivas abrió los ojos. Velazco, un periodista de Montevideo, con quien se cruzó varias veces en Valdivia pero al que no había visto subir al Globe Master, le alargaba un mate copetón. Rivas sorbió golosamente el jugo amargo, cálido, espeso, reconfortante.

—Y esto, ¿de dónde? —preguntó al devolverlo.

—Llevaba el termo y conseguí el agua caliente en Valdivia. Y estaba mezquinándola esperando un momento bueno para servirlo.

—Dame uno que se lo llevo al médico, se lo merece. No para, desde que subió. O mejor dame el mate y el termo, se lo sirvo allá. En seguida vuelvo —prometió Gaibizo.

Lo vieron alejarse con el termo bajo el brazo izquierdo, abriéndose camino con el mate en ristre en la mano derecha por el larguísimo corredor que formaba el interior del avión.

—Lo asaltan y se lo quitan —dijo Velazco.

—Usted sacando este mate, parecía un prestidigitador. Necesitaba un trago caliente, pero no es sólo eso, porque al ver el mate me pareció que todo lo demás no había existido y que de pronto volvíamos a una normalidad en la que ya no podía creer.

—Un mate siempre viene bien, pero veremos qué nos espera en Santiago, cómo están allí las cosas. Esto más que un avión pa-

rece un camión, son buenas máquinas para traquetear. Tuvimos suerte en medio de todo.

—¿Suerte? Sí, sobre todo con el temporal. Esto vibraba, zumbaba, parecía que iba a despedazarse.

—¿Tuvo miedo?

—¿Miedo? Puede ser, pero cuando a cada paso usted está viendo que lo normal es lo peor, y que lo peor no es lo último sino lo siguiente creo que hubiera visto partirse esta pared sin ningún asombro —dijo golpeando con la cabeza hacia atrás—. Ayudé a enchalecar a estas pobres, ¿qué le parece? Sí, pienso que... —se interrumpió. En realidad mientras hablaba lo asediaba informe una pregunta insistente sobre la verdadera relación entre él, testigo, y todos esos hechos acumulados. Calló al tener la inesperada revelación de que alguien había preparado tan complicado espectáculo en su exclusivo honor, mientras simultáneamente reaccionaba atemorizado con el molesto pensamiento de que semejante seguridad, que perdió de golpe, era altamente sospechosa. Volvió a recordar cómo había ayudado a inmovilizar a las mujeres, y luego le pareció inútil y hasta peligroso seguir hablando.

—Vuelve, y trae el mate.

Gaibizo tardó en recorrer la distancia que los separaba, ahora empuñando el termo en una mano y el mate en la otra. Avanzaba cuidadosamente entre la gente desparramada. Al llegar, alargó los administrativos a Rivas, pero en seguida advirtió:

—No, son tuyos —entregándoselos a Velazco. Y se sentó entre los dos.

—Y ¿Le serviste unos mates? Me parece que este termo está casi vacío.

—El médico no quiso, la enfermera tomó varios, después que el doctor le dijo que dejara al chico, que estaba muerto y no había nada que hacer.

—El recién nacido, ¿murió?

—Murió, estaba azul, casi negro. Y también murió otro de los que tenían la columna quebrada. Así que vamos con tres encima. Esto es la morgue, es la muerte.

La cara de Gaibizo tenía un color ceniciento y al advertirlo Rivas iba pensando como si canturreara:

—Todo ocurre y yo lo registro. Un hecho, dos hechos, tres hechos. ¿No soy el centro del mundo? Yo no soy el centro del mundo. Nada ocurre sólo para que yo sepa que ocurre. Yo no soy el causante ni el responsable de todo esto, y si alguno hay no le importa nada de mí, ignora que existo. Pero yo sigo funcionando como receptor. Siguió luego su reflexión en voz alta:

—¿A qué altura estaremos volando?

Un alarido horadó su cabeza y Rivas tuvo un profundo escalofrío de terror. Luego pensó lentamente: yo soy el alarido. Una mujer al lado se desmayó y a los gritos de los que la rodeaban, Rivas, reaccionando, se levantó y fue a buscar ayuda. Encontró a la enfermera en la mitad del camino.

—Sí, estos ya saben que llevamos tres muertos a bordo, se lo dicen unos a otros. Nos darán quehacer.

La enfermera siguió hasta donde la requerían y Rivas se acercó a la madre de la niña epiléptica a la que tenía en brazos envuelta en una frazada.

—¿Cómo sigue?

—Duerme —dijo, descubriendo su cara pálida, sufrida, de expresión borrosa, ausente.

—¿Es la única?

—Tengo otra, la mayor, está en Santiago con mi hermana. Salió después del primer temblor.

—¿Y su marido quedó en Puerto Montt?

—Quedó, sí, pero en Valdivia. Murió.

—Parpadeó Rivas sin saber cómo seguir.

—Los bomberos vinieron a avisarnos. Corrimos a la loma y cinco minutos después fue horrible ver llegar la primera ola. Vimos cómo fue arrojada la goleta cerca de nuestra casa. Vinieron tres oleadas. Después mi marido se empeñó en bajar. El agua sólo subía medio metro sobre la entrada, pero la marejada empujaba escombros, que así se lo llevó.

—Y usted —pudo articular finalmente Rivas— ¿piensa quedarse en Santiago?

—No, cómo me voy a quedar en Santiago. Voy a ubicar a las niñas, a ésta la tienen que tratar, y luego regreso a Valdivia. Tengo que levantar mi casa otra vez.

Le deseó buena suerte y se alejó. ¿Estoicismo? ¿Heroísmo? ¿Cómo se llama eso? O es inconsciencia y ni se da cuenta que su marido ya no existe. ¿O quiere estar cerca del hombre muerto? De todos modos le emocionó. Habían presenciado la misma obstinación en mucha gente que aún aturdida, parecía impaciente por rehacer lo destruido. Los chilenos, oscuros, escuetos, tenían algo de asiáticos. Sobre un fondo de multitudes que vagaban sonámbulas se imponía la imagen de gente voluntariosa que construía reparos provisionarios, apartaba escombros, alzaba armazones de madera, claveteando.

Cuando Rivas se acercó, la enfermera le estaba diciendo a Gai-bizo que mostraba una cara casi verde:

—Vos m'hijito no estás bien. Te voy a hacer probar un tónico especial.

Sacó de un bolsillo interior del impermeable que llevaba sobre los hombros, un frasco chato. Tendió una mano al fotógrafo que asiéndola se levantó; corpulenta, poderosa —era más alta que él— le puso una mano en el hombro mientras le entregaba la botella.

—Vamos, sin miedo, es cognac, y del bueno.

Gaibizo se tomó dos tragos. Viéndolo beber, Rivas recordó lo que era para él la imagen más característica y temible del terremoto: no sale agua de ninguna canilla. Abría todas las que encontraba. Hundimiento del continente, la tierra se ha roto varias costillas y otros huesos frágiles, y de las canillas no sale una gota.

El mar se les vino encima a los chilenos —recapitulaba Rivas en lo que llamaba el testimonio del Hombre de Papel— y los sucesivos temblores quebraron ese puntiagudo collar de vértebras hueudas que forman su litoral sureño. No es algo verdaderamente imprevisto. ¿Por qué hasta aquí? —le pregunta uno al mar. ¿Y será siempre hasta ese borde que marca el festón de la espuma? El maremoto es en cierto modo una respuesta a esta pregunta. De pronto el mar avanza más allá de su límite natural y aparentemente estable. La contemplación de las imponentes constancias de la naturaleza trae siempre algo así como la premonición de catástrofes, las que le dieron nacimiento, tal vez. Es terrible lo de Chile. Un terremoto devastador a lo largo de una costa de 800 kilómetros. Enmudecemos en el espanto, en la consternación, en tanto sólo se escucha el lenguaje primario del Universo, las voces de la geología. Los sacudimientos de este litoral volcánico pusieron en movimiento las colosales masas de agua del Océano Pacífico, dispuestas una vez más a desmentir su nombre. Olas gigantes han llegado hasta Hawaii y se han extendido hasta el Japón al norte y Nueva Zelandia al sud. Y desde la costa de América a la de Asia hay una furiosa danza de barcos que se alzan y se hunden como livianas maderitas, de puertos que son arrasados, de muelles que son descuajados, de zonas bajas que quedan sumergidas con sus casas y habitantes.

La tierra reajusta su nivel subterráneo y el espacioso océano oscila de una orilla a la otra, tan distante; en una inmensa marejada. Pero ocurre que entre la vastedad de los elementos se encuentra al hombre, cuya capacidad de dolor es conciencia del Universo. Esto es lo que a la Naturaleza le resulta indiferente. El 1º de noviembre de 1755 un terremoto —que en el otro extremo de Europa fue registrado por el sismógrafo supersensible de los nervios de Goethe quien por misteriosa comunicación lo supo a la distancia—

destruyó la ciudad de Lisboa. El suceso tremendo conmovió al mundo de entonces, y en todos los sentidos, pues tembló y vaciló la religiosidad de muchos. Todo tuvo el aspecto de una burla sangrienta, pues ocurrió el Día de Todos los Santos y la mayor cantidad de muertos se registró precisamente en los 30 templos atestados, y 30 mil seres, hombres, niños, mujeres, expiraron con su oración en la garganta, para siempre interrumpida. Entre las ruinas parecía sepultada la fe en Dios, pero también la posibilidad de admitir un principio de armonía en el Universo cuya existencia proclamaba el hombre común, pero también filósofos y poetas. Un biógrafo de Voltaire, la figura intelectual más destacada de ese siglo —el Hombre de Papel tiene su biblioteca y sabe ubicar sus libros, se burlaba Rivas de sí mismo— señalado como el gran descreído, salva su fe en su famoso poema sobre el terremoto de Lisboa.

Humilde en los suspiros, sumiso en el sufrimiento.

No me rebelo contra la providencia.

Todo estará bien algún día; ésta es nuestra esperanza.

Angustiado, más que imprecuar se interrogaba en voz baja, y frente al sufrimiento del hombre no podía decir como otros, que todo estaba bien, pero en la esperanza de comprenderlo algún día de todos modos acataba la voluntad de Dios. Eso no es extraño. Hechos tan magnos convocan todas las dudas y por otro lado la fe verdadera ha sido siempre testimonio de una lucha frente a todo cuanto la pone a prueba. Pero algo ha cambiado en tanto, fundamentalmente, y hoy el hombre maneja poderes más temibles y desencadena catástrofes peores que los terremotos. Mientras se encontraba en Chile, ante los sucesivos paisajes de la desolación que cayó sobre esa tierra castigada, ante el estoicismo de los chilenos que parecen haber aprendido a convivir con el desastre, bien sabía Rivas que una y otra vez, fugazmente, pero con insistencia, el asombro se mezclaba con la informada protesta contra una inaudita injusticia. Alguien ha permitido todo esto. ¿Por qué? Preguntas dirigidas a alguien, preguntas a la nada, lanzadas hacia el otro lado de un muro invisible. Podía envidiarse la actitud de Voltaire inclinándose en inesperado y sin embargo lógico sometimiento ante un supremo poder. ¿Pero qué sentido tiene hoy, hoy —se preguntaba Rivas— repetir ese ejercicio de humildad cuya recompensa sería comprender algún día, hoy que el hombre tiene en sus manos el poder de causar en pocos minutos un daño infinitamente mayor que el de los terremotos? Todo esto tan terrible que había visto

puede el hombre superarlo con sólo tres bombas de hidrógeno con la diferencia que una sola de ellas causaría infinitamente más muertos que los tremendos sismos que sugerían una potestad irresistible. Todo ese panorama era nada comparado con el de las explosiones nucleares. Ya no se puede como en tiempos de Voltaire encararse con Dios y repetir interrogaciones temerosas. Sólo queda encararse consigo mismo. Es el hombre el que hoy está a solas frente a esa enorme responsabilidad. ¿Puede Dios, o no, evitar un terremoto? No hay respuesta, y la pregunta misma no parece tener el menor sentido. Pero el hombre, este nuevo cataclismo quizá esté aún a tiempo de detenerlo. Su responsabilidad puede ser una nueva forma de la fe.

LO HISTÓRICO EN UN LIBRO DE WALTER MUSCHG

DIEZ años después de publicada la tercera edición alemana (1955) del voluminoso libro —más de setecientas páginas— que su autor, Walter Muschg, denominó *Historia trágica de la literatura*, el Fondo de Cultura Económica ha impreso e incluido la correspondiente edición española, gracias a la traducción de Joaquín Gutiérrez Heras, en su Sección de Lenguas y Estudios Literarios.

Las aclaraciones de mayor interés que el autor sirve para los lectores de su obra, son las que señalan la diferencia entre una historia trágica de la literatura y una historia de la literatura trágica, la valoración personalísima suya acerca del poeta o del literato y su creación, el sentido del concepto "historia" y, por último, los posibles o mediatos antecedentes del proyecto de su libro en lo tocante a la tesis central.

Respecto a estos últimos, Muschg recuerda al humanista italiano Piero Valeriano que en 1525 escribió un tratado donde aludía a la desgracia y mala suerte de los literatos, al holandés Cornelius Tollius que ya en el siglo XVII agregó un apéndice en el tratado de Valeriano, al angustiado Schopenhauer que deseó que alguien escribiera una *historia trágica literaria*, al joven Nietzsche reclamante porque la historia de los grandes hombres no es otra que la historia de su maltrato, al discutido Burckhardt de la deprimente *Historia de la cultura griega*; sin embargo, Walter Muschg advierte que él no es un simple continuador de estos inconformes, agregando:

"Como vemos, no soy el primero a quien ocurrió la idea de una historia trágica de la literatura. Pero la idea tampoco me vino leyendo a Burckhardt o Nietzsche, sino estudiando la literatura alemana. No puede quedar oculto a un observador crítico que ella es la menos adecuada para una descripción optimista, y su fatalidad social y política también fue la que primero despertó en mí dudas sobre su concepción tradicional. Hay pocos alemanes de altura que no hayan contemplado con dolor su propia situación y el papel que desempeña el poeta en Alemania".

Este párrafo del autor no sólo defiende cierta originalidad sino que anticipa tres datos: que se abordará una literatura que "es la menos adecuada para una descripción optimista", que se difiere de su concepción tradicional y que se tratará de la historia trágica de la literatura alemana. La persistencia de tales datos se revela páginas adentro; por cierto, vale hacer notar que uno de ellos, la carencia de optimismo, refleja un punto de vista individualísimo para enfocar el proceso literario y, no obstante, se integra con firme coherencia a los dos restantes que, hasta en sus simples enuncia-

dos, reflejan a su vez el nexo histórico. ¿Cómo intentar oponerse a una concepción tradicional y entender una literatura nacional olvidando la ubicación histórica de ambas? Muschg se enfrenta así a su primer rompecabezas, pues mientras por una parte su preconcebida visión no optimista lo aleja de la imparcialidad que exige la índole histórica de su libro, por la otra tácita y espontáneamente se acerca a la historia a fin de rebatir la tradición y de explicar la literatura local.

A partir de esa contradicción, el autor elaborará conceptos que siempre lo conducirán a conclusiones mutiladas, a nuevas contradicciones; notaremos desde su amplio Prólogo que en veces refuta que se vincule explicativamente el fenómeno poético con el suceso histórico o el enfoque filosófico, y en otras, será él de hecho quien los vincule al decirnos que su obra no es una historia literaria como suele acostumbrarse, pues no es cronológica "ni abarca todo el material" ni resulta "edificante para la mayor gloria de una nación", pero tiende a ser todo un tratado que contiene las leyes vitales de la poesía y que se basa en el mecanismo de la comparación histórica.

En otras páginas, descubriremos que si Muschg con su *Historia trágica de la literatura* pretende un nuevo enfoque de ésta, es porque desconfía de los puntos extremos, desconfía tanto de la exégesis histórica como de la validez interpretativa de la contemplación estética; en este punto, de lo bello por lo bello, nos vuelve a sorprender al no aceptar a Benedetto Croce por su prédica en contra de lo histórico y a favor de lo perfecto, eterno e inmutable que se contiene en lo poético. Una nueva posición surge cuando después de haber rechazado esos extremos modela su propia interpretación de la poesía, expone su tesis de la *intención espiritual*; "la poesía —sostiene— es inimaginable sin intención espiritual"; cualquier forcejeo de la posibilidad estética como interpretación "sólo conduce a su antecámara". Ese elemento subjetivo de la "intención" ayuda a comprender estos razonamientos suyos: lo "trágico" equivale aquí a lo "humano" y éste, en la poesía, al estudio del sentimiento y la emoción íntima que estimula al poeta durante su creación artística; asimismo, lo "trágico" también es "crítico" en cuanto que desconoce el aspecto adorativo circundante en la personalidad de cada gran autor.

Con todo, ya antes hemos deducido que Muschg identifica lo "trágico" con los sufrimientos, insatisfacciones y desgracias que mortifican la existencia de los literatos; no desmiente el "toque" mágico de la creencia de los poetas que se consideran receptores específicos del mal, especie rara de "elegidos" para el sacrificio y no simples individuos que reciben la parte proporcional de perjuicios correspondiente a los hombres de una sociedad determinada. "La esencia de lo trágico —escribe— sólo puede destilarse de la obra poética, pues lo trágico es una manera de pensar de los poetas... una historia trágica de la literatura tendrá que dedicar especial atención a la poesía trágica. Establece la fundamentación de la esencia poética en lo

trágico, y de allí explica tanto el destino que rige sobre la historia literaria como la variada desdicha personal de los poetas".

Pero lo trágico no se manifiesta uniforme en todos los literatos, los motivos de la esencia poética que Walter Muschg localiza en el sufrimiento son variados. Para este aserto tan obvio y explicable más adecuadamente sobre una base sociohistórica sensata, el autor ha debido construir toda una teoría de la relatividad de lo trágico según la cual no es justo considerar de igual intensidad y valor la forma demoníaca que la desdicha personal adopta en Shakespeare, la heroica en Corneille y la religiosa en Calderón.

Historia trágica de la literatura es interesante y útil por la cantidad enorme de documentos que se descubre en las expresiones de cada capítulo; denominaciones de capítulos son: Los magos, Los videntes, Los cantores, Los prestidigitadores, Los sacerdotes, Los poetas cisnes, La pobreza, El sufrimiento, La culpa y La fama.

Interesante y útil, mas no por ello menos desconcertante respecto a las omisiones y contradicciones de Muschg al concebir lo histórico rechazando la historia, al estructurar una historia particular; Muschg confunde la historia en sí de la literatura con la historia social de la humanidad, recurriendo para su explicación de lo histórico a un elemento común en aquellos desarrollos: lo cronológico. Utiliza lo histórico dentro del entendimiento de una nueva acepción, o sea como dato necesario para ubicar cronológicamente la acción temporal en la que se desenvuelve lo poético creado por el artista, nunca como parte esencial explicada en la relación de la historia con la elaboración artística o literaria; así, cuando nos cita a los autores no distingue entre sus conductas armónicas o no con los acontecimientos sociales de su tiempo; alude a todos como talentos individuales y no hace distinciones de quienes además del talento tuvieron una posición ideológica consecuente, representaron en su momento a los hombres progresistas de su clase.

Lo histórico, sostenido sobre la distinción del talento y la subjetividad de la "intención espiritual", podría ser un juego limpio si el autor no pasara de la aparente ingenuidad literaria a la defensa de una posición política, pero no es así; por el contrario, procura aprovechar sus propias reglas para enredar y ganar el juego; no duda el falsear los contextos históricos al opinar respecto a la conducta responsable de ciertos escritores; por ejemplo, de Schiller en relación a la Revolución francesa y al período napoleónico omite la verdad de su posición revolucionaria, y como sin pensarlo escribe "Schiller, el más grande activista político de la literatura alemana, ni siquiera dio valor a los temas nacionales", cuando bien se sabe que, precisamente, su nacionalismo le coloca en contradicción consigo mismo, pues mientras por una parte estaba de acuerdo con el avance napoleónico que destruiría el atrasado mundo feudal, por el otro no podía conformarse con que los franceses invadieran a Alemania.

En cuanto a ese otro gigante de la inteligencia alemana que es Goethe, Muschg procura desposcerlo de su progresista ideología mostrándolo, incluso, decadente o acomodaticio; entre sus explicaciones tergiversadas acerca de Goethe y su admiración por Napoleón, trata de hacer ver que al celebrar el poeta al emperador sólo ha cambiado *idealizadamente* el tema heroico: antes admiraba a los dioses y los héroes y, ahora, quizá como estímulo mítico le atrae la figura de Napoleón; según eso Goethe no tiene conciencia de lo histórico y se deja seducir por el redoble y los clarines; le atrae Napoleón como vencedor, como un dominador; después, cuando Napoleón se hunde y pierde su deslumbramiento mítico, pseudoheroico — juzga el autor —, el poeta no le recuerda más. Georg Lukács, en su libro *El joven Hegel y los problemas de la sociedad capitalista*, escribe estas líneas que valen tanto para entender lo relativo a los poetas alemanes mencionados como para apreciar la concepción histórica de Walter Muschg; leamos:

"Y si bien las conquistas napoleónicas eliminan los restos feudales y cumplen así objetivamente tareas auténticas de la revolución burguesa, la conquista en sí misma no puede dejar de intensificar la división y la impotencia de la nación alemana... Esas contradicciones objetivas se encuentran en la vida, el pensamiento y los hechos de todos los alemanes destacados del período. Trátase de generales y estadistas... de poetas como Goethe y Schiller, de filósofos como Fichte y Hegel".

Por Roberto VENEGAS

Libros y Revistas

LIBROS

Por *Mauricio DE LA SELVA*

FEDERICO HEUER, *La industria cinematográfica mexicana*, Edic. del Autor, 435 págs., México, D. F., 1964.

El cine, arte, técnica e industria, que conjuga un conjunto de esfuerzos culturales para crear un nuevo sentido interpretativo de las proyecciones éticas y estéticas del hombre, viene siendo estudiado, desde el momento de su origen, en las diversas y complicadas manifestaciones que lo integran; nos referimos, es obvio, al cine en el escenario internacional.

En México no han faltado estudiosos, observadores, críticos y censores preocupados por el cine nacional, preocupación que comprende una gama de intereses que van desde el gacetillero "listo" para elogiar la película negativa a cuya exhibición no asistió, hasta los exigentes teorizantes de la *nueva ola*. Entre esa gama de intereses hay, sin duda, dos que pueden agruparse en estas posiciones: filmar *buen cine* y filmar para hacer *buen dinero*.

El error de ese enfrentamiento encuentra, como uno de muchos puntos a debatir y aclarar, explicación en este libro del economista Federico Heuer, quien no sólo ha recurrido a la instrumentación que le proporciona la ciencia económica sino a la experiencia obtenida en su gestión de depositario del crédito que el gobierno mexicano concede a la cinematografía nacional. Heuer demuestra que la producción del buen cine es posible sin grandes inversiones pero siempre y cuando la responsabilidad del productor sujete la tendencia de, ante todo, el enriquecimiento ilimitado.

La industria cinematográfica mexicana enuncia en su título el estudio que, sobre el cine nacional, no se había realizado; es decir, el estudio que relaciona estrechamente al cine como industria importante en la transformación social con la filmación y producción condicionadas por la estética inherente a todo arte. Dentro de esa relación no se omiten, por supuesto, las derivaciones del cine como difusor educativo, político, turístico, etc. Queda, pues, entendido, que Federico Heuer ha escrito un libro con el que pretende señalar lo esencial o económico que debe superarse a fin de superar la crisis actual del cine mexicano.

El novelista Mauricio Magdaleno, en su Prólogo, recuerda que el cine mexicano creció al "calor de la Segunda Guerra Mundial" debido a que los países grandes productores se dedicaron a las filmaciones bélicas, como co-

respondía a los intereses de sus respectivas propagandas; Magdaleno considera que en México no se aprovechó aquella oportunidad "para fundar un instrumental en la realidad de su economía", no se apreció que el crecimiento era transitorio. La falta de planificación, el desprecio de lo previsor, no plantean hoy una crisis sólo económica sino también artística; "la temática de nuestro cine—escribe el prologuista—...devino deformación de lo mexicano; una temática que no rebasa lo vulgar y suele solazarse en lo grosero. Lo indio, lo nativo, lo terrígena, ha dado calidad sentimental y fotográfica; todavía no se produce, sin embargo, una película de lo indio, lo nativo, lo terrígena". Refiriéndose al libro de Heuer, Mauricio Magdaleno concluye asegurando que quien desee entender la naturaleza del cine mexicano y sus complicaciones debe adentrarse en las páginas de *La industria cinematográfica mexicana*.

En verdad, el esfuerzo de Federico Heuer es considerable si reflexionamos en que su investigación ha partido, para decirlo gráficamente, de cero: no sólo en México, también en Europa y Estados Unidos es difícil localizar escasa bibliografía alusiva al cine en su aspecto económico de estructuración industrial; como se sabe, la bibliografía abundante se refiere a los aspectos técnicos, históricos, mecánicos, teóricos y estéticos. El volumen escrito por este economista y funcionario público responsabilizado del manejo del crédito a la producción cinematográfica mexicana, está dividido en seis capítulos y tres anexos que adjuntan la Lista de Premios Internacionales otorgados al Cine Mexicano, la Ley de la Industria Cinematográfica y la Bibliografía.

El capítulo I, "Las magnitudes económicas e industriales del Cine Mexicano", se subdivide en dieciocho subtítulos que abarcan desde el significado de la industria en relación con el ingreso nacional y la balanza de pagos, pasando por el proceso y costo de producción, hasta la inversión gubernamental, el sindicato, la exhibición y la imposición fiscal.

El capítulo II, "La problemática del Cine Mexicano", procura analizar y delimitar los problemas que obstaculizan el desenvolvimiento de la industria, problemas agrupables en substancialmente económicos y no económicos o extraeconómicos; la valoración de estos últimos aborda cuestiones de interés como la función estética y la deformación de México y lo mexicano, la crisis cualitativa en los argumentos, carencia de "artistas taquilleros" y desenfreno en la proliferación de "nuevos valores", supervisión cinematográfica e intervención estatal en la industria.

Los capítulos III y IV, "El cine en otros países" y "Naturaleza y proyección de la cinematografía", se dedican, respectivamente, a comparar las circunstancias históricas que han rodeado al cine nacional y al del extranjero, y a investigar, como se anticipa en los dos subtítulos, el Cine como arte y como industria y la Naturaleza del cine contemporáneo.

En el capítulo V, "La estructuración integral para la Industria Cinematográfica Mexicana", el autor considera que toca "el aspecto más espinoso

del esfuerzo realizado", pues aquí aconseja lo conveniente o positivo para lograr la salvación del cine mexicano:

... surge como convicción en mí enraizada, la de la economía mixta, considerando y haciendo hincapié, en que tal solución es típicamente mexicana, en cuanto que arranca de lo más profundo de la historia de México... preconizamos una mejor y más precisa delimitación de los campos jurisdiccionales, señalando la conveniencia de la directriz técnica a cargo del Gobierno, en atención al interés público de la industria, dejando en manos de la iniciativa privada la ejecución de las orientaciones adoptadas... nos pronunciamos en este trabajo por la desaparición de privilegios y ventajas indebidas para aquellos que persigan sólo servir a sus intereses personales.

En el capítulo VI, "Las soluciones aconsejables", Federico Heuer afirma que no se debe intentar una reestructuración de "dudosa eficacia" sino, más bien, una estructuración integral; al enumerar las metas posibles, sugiere, entre otras, las siguientes:

Considerando que la industria cinematográfica mexicana es una actividad de interés público, a cuya calidad de tal concurren consideraciones de orden económico, político, social y educativo, las normas de estructuración integral para la industria que se preconizan, están sustentadas sobre bases que permiten el logro de las siguientes finalidades:

Mantener la condición legal corriente, de economía mixta en la cinematografía, en armónica cooperación entre la iniciativa privada y la pública... La planificación de la misma a fin de planificar armónicamente la temática, los repartos, las categorías de filmación, etc.

Participar en las altas metas que persigue el gobierno en sus planes educativo y cultural, contribuyendo así el cine mexicano a la elevación espiritual del pueblo mexicano.

A la especialización funcional de los distintos órganos de financiamiento y distribución, así como al saneamiento económico y financiero de las distribuidoras... mejoría en los ingresos de los trabajadores afectos a la industria de acuerdo con la capacidad económica de la misma.

A la incorporación de valores técnicos y literarios al cine mexicano, así como a la renovación vital e indispensable de los elementos que concurren a la creación artístico-comercial del cine mexicano... El debido cumplimiento de la función social y de impulso al cine mexicano por parte de la exhibición.

La ayuda que la industria debe recibir del Estado debe ser transitoria, en el grueso de las medidas que se recomiendan. La industria debe capacitarse con el tiempo a florecer por sí misma y devolver a México con creces lo que México, a través de su gobierno, otorgue en el futuro inmediato.

OSCAR DELGADO, *Reformas agrarias en la América Latina*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 756 págs., México, D. F., 1965.

Treinta y cinco autores intervienen en la formación de este conjunto de estudios que el sociólogo colombiano Oscar Delgado ha reunido en el bien

planeado volumen; los treinta y cinco son profesionales responsables y conocedores a fondo de sus respectivas especialidades vinculadas a la reforma agraria como posibilidad cada día menos insoslayable. El libro se divide en tres partes; la primera cubre un aspecto puramente teórico, mientras la segunda y la tercera exponen estudios empíricos sobre situaciones problemáticas locales; la finalidad que persiguen la editorial, los autores y el coordinador de los trabajos es divulgar y analizar la realidad agraria continental.

Cualquier esfuerzo que se encamine a contribuir al debate que presupone la divulgación del problema agrario en América Latina, será siempre mínimo si reparamos en que de la resolución de éste dependen no sólo abstractos pronunciamientos a favor de un vacío bienestar sino, también, y esto es fundamental, la vida misma de millones de hombres. Por eso es necesario presionar con los medios a nuestro alcance para que se vaya más allá de la promesa, de la engañosa perspectiva que es la simple buena voluntad; sí, necesario, como lo es procurar la redistribución de la tierra entre las masas campesinas; lo exige así ya no el atraso cultural de nuestros pueblos cuanto la más conmovedora miseria que aflora ante los ojos de quien se asoma al campo o escudriña en los datos estadísticos; sin duda, esa miseria constituye buena parte de un problema antiquísimo, pero el problema íntegro y su urgente solución está totalmente constituido por la incompreensión de los terratenientes que se niegan a aceptar cualquier modificación en el derecho de propiedad de sus tierras. Todos los intentos encaminados a lograr cambios favorables para los núcleos de campesinos paupérrimos, chocan contra muro; lo más que los latifundistas permiten son las promulgaciones de leyes cuya vigencia nunca obra; en casos excepcionales, se promueven simulacros de reparticiones de tierras que, momentáneamente, sólo han obedecido a un temor pasajero ante determinado y efervescente descontento popular.

Oscar Delgado y los economistas, sociólogos, políticos, abogados, antropólogos, ingenieros agrícolas y administradores públicos que intervienen con sus investigaciones en *Reformas agrarias en la América Latina* expresan muy claramente, por una parte, la preocupación que despierta el atraso y la miseria vergonzosa en que transcurren los días del campesinado explotado y, por otra, la obstaculización que los grandes propietarios de tierras oponen hasta a los más tibios proyectos de legislación agraria. Precisamente, uno de los méritos de este libro consiste en la documentación sobre la que basa las afirmaciones contenidas en sus páginas, pues bien se sabe que los terratenientes de cada país se ocupan de que sus argumentos injustos, ilógicos e inhumanos no trasciendan las fronteras. Por cierto, y esto no lo consigna el volumen que comentamos, el sistema feudal funciona de tal manera en ciertos países que ni siquiera se permite la organización sindical de los trabajadores del campo; un ejemplo de ese funcionamiento lo deducimos de la

noticia que el 5 de febrero publicó en El Salvador el periódico *Diario Latino*; el Presidente de la República, coronel Julio Rivera, al ser entrevistado por algunos diputados de la oposición respecto a la libertad de organización sindical en el campo, acudió al viejo expediente que consiste en declarar que los comunistas se aprovecharían, para luego agregar: "...no existe la suficiente madurez para ir a esa organización y creo más bien que un ensayo de esa naturaleza haría tambalear nuestra incipiente democracia"; pero, lo ilustrativo e interesante, que manifiesta la presencia y presión de los terratenientes, se localiza en estas palabras del Presidente Rivera: "Si entra el comunismo en el campo, dirán que este gobierno es comunista. Julio Rivera irá a la cárcel o al destierro".

Como este dato los lectores podrán conocer una adecuada selección en las *Reformas agrarias en la América Latina*; repetimos, los documentos constituyen una aportación valiosa, máxime esas reproducciones de los textos elaborados por los latifundistas, quienes tratan de probar y difundir lo inconveniente de las reformas agrarias. En el Prólogo, Oscar Delgado anticipa que la obra se integra "con estudios extraoficiales y no convencionales que afrontaran el problema con claridad, objetividad y decisión. Se buscó asimismo la divulgación de documentos que, no obstante su trascendencia, semiocultos en restringidas ediciones en mimeógrafo, o en revistas cuya circulación se ha limitado de hecho a especialistas. Se incluyen, además, originales especialmente escritos para esta colección".

En el capítulo VI, denominado "La política antirreformista", hay un subtítulo que reproduce los documentos elaborados por quienes se oponen a la reforma agraria; el subtítulo es: El punto de vista de los terratenientes, y en una de sus secciones, la dedicada a Colombia, el vocero Alvaro Gómez Hurtado concluye, después de asegurar que el problema del campo en Colombia es un problema de eficacia, del Estado que "puede ser eficaz", en la siguiente forma:

No estamos de acuerdo en colocar un grave problema como éste en el peor terreno de la lucha de clases. En eso, no sólo como conservadores, que no gustamos de la lucha de clases, sino como cristianos, como católicos, nos es muy difícil aceptar ese planteamiento; aceptar que a los legítimos derechos del pueblo a poseer la tierra, se les enfrenta el legítimo derecho del propietario hasta ahora reconocido por las leyes y la Constitución.

La edición de este libro preparado por el sociólogo colombiano es un acierto no sólo por los documentos que expone, sino también por el criterio imparcial que procura mantener. En la primera parte, Latinoamérica: Postulados y Problemas de su Reforma Agraria, se presenta en siete capítulos el papel de los organismos internacionales respecto al problema, la estructura agraria y la distribución de los recursos, las razones a favor de la reforma, el poder político como instrumento de ésta, los obstáculos institu-

cionales para llevarla a cabo, la política antirreformista y la presión externa para lograr la Reforma. En la segunda parte, los cinco capítulos dan cuerpo a dos secciones: La Revolución y la Reforma Agraria y El Reformismo y la Colonización-Parcelación; la sección uno abarca tres capítulos relativos, respectivamente, a México, Bolivia y Cuba; el prologuista señala en estos tres países sus originales aciertos revolucionarios y sus errores o deficiencias dentro de las actuales políticas agrarias que desarrollan. La sección dos se compone de los capítulos once y doce que corresponden a Venezuela y Chile, países que intentan la redistribución de la tierra mediante la vía del reformismo. En la tercera parte, los capítulos que van del trece al dieciocho integran las siguientes tres secciones: Reforma Agraria y Contrarreforma, Reformas Legales sin Aplicación Real y Abstenciones y Problemas de Obstrucción; la sección uno se refiere concretamente a Guatemala "donde ha sido restaurada una estructura agraria latifundista"; la sección dos alude a países en los que "aprobadas algunas normas moderadas de legislación agraria", la influencia de los terratenientes ha hecho imposible la vigencia de tales normas; caben aquí Colombia, Perú y Ecuador; y la sección tres selecciona a Brasil y Uruguay, entre "doce naciones latinoamericanas no incluidas en los anteriores tipos", como sociedades en las cuales no hay una mínima posibilidad de intentar la reforma agraria.

BLAS DE OTERO, *Que trata de España*, Edit. Ruedo Ibérico, 200 págs., París, Francia, 1964.

Estamos frente al décimo título del poeta español cuya inconformidad y tono más nos recuerda a León Felipe; nacido en 1916, ha publicado a partir de 1950 una poesía que denota no sólo continua búsqueda dentro de una temática de soledad y desasosiego, sino también en la construcción formal del poema. De los diez títulos que enumera en una de las páginas del presente libro, tres de ellos son fundamentales en la producción del autor y en la poesía española del último cuarto de siglo; nos referimos a *Angel fieramente humano* (1950), *Pido la paz y la palabra* (1955) y *En castellano* (1960).

Estos dos últimos fueron reunidos en un volumen titulado *Con la inmensa mayoría* y que publicó en Argentina Editorial Losada; ahora bien, una nueva disposición notamos en este libro de 1964 que aquí nos ocupa; según deducimos Blas de Otero agrupa, bajo el título general QUE TRATA DE ESPAÑA, los siguientes títulos en dos partes: primera, Libro I, *Pido la paz y la palabra* y Libro II, *En Castellano*; segunda, Libro III, *Fragmento* y Libro IV, *Que trata de España*; o sea que al momento sólo desconocemos el Libro III.

Este nuevo volumen crece sobre la línea de la continua búsqueda que atrás apuntamos; Blas de Otero ha introducido variantes en la elaboración del verso y, por supuesto, no son pocos los temas incorporados; sin embargo, hay uno que le resulta inolvidable e insuperable, su antiguo tema, su tema base en el desgarramiento personal y en la inconformidad; si recordamos *Pido la paz y la palabra* lo recordaremos en aquella estrofa: "España, espina de mi alma. Uña/y carne de mi alma. Arráncame/tu cáliz de las manos./ Y amárralas a tu cintura, madre".

Que trata de España, en efecto trata de España, pero también de la biografía del poeta; los ciento y tantos poemas agrupados en cinco capítulos (El forzado, La palabra, Cantares, Geografía e historia y La verdad común) aluden a infinidad de temas, no obstante la nostalgia por la patria y el recuerdo de la niñez y la "revuelta adolescencia" predominan. Entre los demás temas sobresalen los viajes, París, los amigos, Cuba, Fidel Castro, Don Quijote, la inmensa mayoría, la paz y la palabra.

La tendencia del autor es escribir una poesía clara, sana, transparente y que sirva u oriente acerca de los temas que interesan a determinada colectividad; transcribimos uno de los poemas en que se habla de la muerte, pero no se olvida el *compromiso* ni el servicio; leamos "Campo de amor":

Si me muero, que sepan que he vivido
luchando por la vida y por la paz.
Apenas he podido con la pluma,
apláudanme el cantar.

Si me muero, será porque he nacido
para pasar el tiempo a los de atrás.
Confío que entre todos dejaremos
al hombre en su lugar.

Si me muero, ya sé que no veré
naranjas de la china, ni el trigal.
He levantado el rastro, esto me basta.
Otro ahecharán.

Si me muero, que no me muera antes
de abriros el balcón de par en par.
Un niño, acaso un niño, está mirándome
el pecho de cristal.

R. G. COLLINGWOOD, *Ensayo sobre el método filosófico*, Edit. Universidad Nacional Autónoma de México, 197 págs. México, D. F., 1965. Colec. Filosofía Contemporánea. (Centro de Estudios Filosóficos).

De Robin George Collingwood el Fondo de Cultura Económica publicó hace cinco años *Los principios del arte*, escrito para la primera edición in-

glesa en 1925 y reescrito para la segunda en 1938; el autor, filósofo inglés de indiscutibles méritos, orienta siempre su atención hacia el análisis crítico de la reflexión filosófica relacionada con la experiencia humana y sus modos o formas manifestadas; una de sus formas del pensamiento fue abordada en su primer libro (1916): *Religión y filosofía*.

Ensayo sobre el método filosófico, traducido del inglés por Emilio Uranga y revisado por José Luis González, fue publicado en Londres diez años antes de la muerte de Collingwood, quien nacido en 1889 murió a los cincuenta y cuatro años de edad.

Collingwood era un filósofo idealista a pesar de que no le agradaba la idea de ser considerado como tal; sus especulaciones, correctas desde su punto de vista, estaban garantizadas por la rigidez de la disciplina observada tanto para realizar la investigación como la exposición; sobre todo, el método filosófico se hizo sentir en sus escritos.

Clave en las especulaciones del pensador inglés, en su tendencia a descifrar lo experimentado por el hombre a través de las distintas formas en que se escinde su conocimiento; o sea, revisar la comprensión tradicional de la naturaleza humana proyectada mediante formas tales como son la historia, el arte, la filosofía, la ciencia y la religión.

La observación y análisis de la experiencia del pensamiento del hombre acerca del conocimiento son básicas en las reflexiones de Collingwood; toda su vida, en todos sus trabajos, el interés sobre estos puntos constructivos lo determinó a emplear un método personal, sin olvidarse de que la evolución idealista del filósofo sufría un estancamiento.

Ensayo sobre el método filosófico pretende aportar las posibilidades de superación útiles a dicho estancamiento, partiendo de esa interrogación conocida de "qué es la filosofía" y qué constituye, según el autor, un problema que los filósofos están en la obligación de reconsiderar estudiando la naturaleza de la filosofía misma.

Las vías propuestas en este ensayo para abordar tal problema son tres: la primera se sujetaría a la "relación entre un objeto y el pensamiento acerca de ese objeto"; la segunda dependería de "la relación entre los medios y el fin"; y la tercera se supone de la aceptación de que la filosofía es una actividad mental cambiante con el transcurso del tiempo, un proceso, un conjunto de "peculiaridades de procedimiento" que permite responder a la ya apuntada interrogación problemática. Collingwood explica:

Es posible responder a la pregunta... haciendo una descripción del método filosófico... El problema de qué es la filosofía no puede separarse del problema de qué debe ser la filosofía... De aquí que una descripción del método filosófico deba tratar de satisfacer dos condiciones. En primer lugar, para evitar una especie de utopismo filosófico, debe mantenerse en contacto con los hechos sin perder nunca de vista el problema de qué métodos han sido utilizados, en realidad, por los filósofos del pasado. En segundo lugar,

para evitar sustituir un problema filosófico por uno histórico, debe tratar todos estos precedentes como meros preliminares de la cuestión capital: a lo que debemos apelar en última instancia será a nuestra propia experiencia del trabajo filosófico y a nuestra conciencia de que cuando estamos entregados a él, son éstos los principios que tratamos de seguir.

Por la experiencia a que alude constantemente el filósofo inglés, expone que la aplicación del método preocupó a los filósofos de la antigüedad, pero que a partir de la Edad Media sólo dos son los "grandes movimientos constructivos en filosofía"; el cartesianismo y el kantismo; después de éstos, los filósofos se acercaron tanto al cientificismo y al historicismo que "no parecía quedar nada para la filosofía"; sin embargo, a finales del siglo XIX y principios del presente un grupo de estudiosos prometió un renacimiento que, si no omitía "una reconsideración paciente y cabal del problema del método", conduciría a "un nuevo movimiento constructivo". Collingwood selecciona, respecto a las contribuciones hechas a la teorización del método filosófico, a cuatro filósofos: Sócrates, Platón, Descartes y Kant. Este último es para el autor "una de esas cosas cuya magnitud más bien parece crecer cuanto más avanzamos en su comprensión", le parece que domina al mundo, que es insuperable hasta el momento, le denomina "coloso", "montaña" y lo admira porque su dominio de la metodología le llevó a delimitar con exactitud la distinción del método matemático y el filosófico. Collingwood reconoce que Kant tiene fallas como esa de que cuando se dispone a responder "qué es la filosofía, su propia distinción entre propedeútica crítica y metafísica sustantiva" invalidan sus argumentos; no obstante, el filósofo inglés sostiene su elogio y admiración para el alemán:

... fue incomparablemente más lejos que cualquiera de sus predecesores en la dirección de una verdadera teoría de la filosofía. Resolvió correctamente el problema que Platón había resuelto mal, el problema de la diferencia metodológica entre la filosofía y las matemáticas, colocando así las bases firmes de toda investigación futura acerca de la naturaleza del método filosófico.

En la parte final de su conclusión, Robin George Collingwood recuerda que si el científico ha aplicado sus métodos confiando en la suposición de que la naturaleza es racional, el historiador del pensamiento deberá aplicar el suyo suponiendo la existencia de cierta tradición filosófica coherente, localizable por medio de un acucioso estudio histórico; cree el autor que es la única suposición viable y legítima; reitera y confía:

Llamémosla por el momento una mera suposición; cuando menos, creo yo, sobre la base de esta suposición puede alegarse que la historia de la filosofía, estudiada y analizada con propiedad, confirma la esperanza que expresé en el primer capítulo que: reconsiderando el problema del método y adoptando algunos de los principios que se han esbozado en este ensayo, la filosofía encontrará una salida de su actual estado de perplejidad, poniendo nuevamente los pies en el camino del progreso.

PEDRO PABLO CAMARGO, *Re-lección presidencial y reelección parlamentaria en América y México*, Edit. Universidad Nacional Autónoma de México, 88 págs., México, D. F., 1965. Instituto de Derecho Comparado.

En Publicaciones del Instituto de Derecho Comparado (U.N.A.M.), Pedro Pablo Camargo —profesor de la Facultad de Derecho— ha visto aparecer, durante julio próximo pasado, su libro *Reelección presidencial y reelección parlamentaria en América y México*.

Por supuesto, las limitaciones a este título tan ambicioso del licenciado Camargo, es decir, al desarrollo de la materia jurídico-política que enuncia, quedan entendidas si observamos que las ocho partes, más anexos y bibliografía, caben en ochenta y ocho páginas.

Roberto Molina Pasquel, en la presentación, anticipa que la "Serie D" a que pertenece este volumen sólo procura esbozar rasgos generales acerca de un problema, "aportar algunas luces que puedan servir de base a los estudiosos que deseen profundizar el tema, sin tomar partido y sin prejuzgar"; sin embargo, si bien es cierto lo referente a la generalidad de la exposición jurídica, no lo es en cuanto a la imparcialidad; para el caso, bastaría no citar un ejemplo concreto de los varios a señalar, sino, más bien, remitir a la página y media de bibliografía.

Reelección presidencial y reelección parlamentaria en América y México originó su investigación en la "polémica tanto política como jurídica" ocasionada por el proyecto de decreto que, el 27 de diciembre de 1964, aprobó la H. Cámara de Diputados, proyecto tendiente a reformar el artículo 59 de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos.

Dicho artículo, ya reformado, debería ser entendido en su esencia como oponible a la reelección de los senadores "para un periodo inmediato" y a los diputados al Congreso de la Unión "para un tercer periodo consecutivo"; indudablemente, el autor ha deseado dotar de mayor consistencia a este problema político que es, estrictamente, local; recurriendo para ello al método comparativo utilizado bajo el peso de sus propias exigencias en la especulación (no redundancia) del Derecho Comparado.

Objeciones posibles a este libro de Camargo: falta de precisión en algunos casos para delimitar lo jurídico de lo político e inclusión, en el anexo Partidos Políticos de América, lo mismo de simples membertes que de auténticos partidos.

En las conclusiones, a las que el autor ha dividido en "generales" y "particulares o especiales", es alentador el reconocimiento de la inoperancia de la democracia representativa en muchos de nuestros países y, aunque un poco velado, el divorcio existente entre lo que se pregonaba en la teoría y lo que se acciona en la práctica.

Pedro Pablo Camargo expone:

Por manera que lo anterior significa, en consecuencia, que la teoría y la práctica de las naciones, en lo que concierne a los sistemas de elección de los miembros del poder legislativo, resultarán aconsejables para unas democracias y no recomendables para otras, según los dictados de la sabiduría política propia y según las condiciones que predominen (económicas, sociales, políticas, morales, históricas, cívicas, sociológicas, etcétera), en el medio en que se pretende implantarlos; todo ello dependerá, pues, de su grado de civilización y de su madurez cívica.

El autor, al desarrollar las ideas válidas para sus conclusiones, cae en la elaboración de párrafos bastante neutros cuyo retoricismo le aproxima a la vaciedad; sin embargo, justo es reconocer que en puntos esenciales manifiesta, por ejemplo, lo innegable que es para el pueblo, respetando el principio de autodeterminación y el sistema republicano, representativo y democrático, el ejercicio de su derecho a decidir las instituciones que deban regir dentro de su gobierno.

Lo negativo de un libro como éste es que su autor puede loar las maravillas de los teóricos postulados jurídicos o políticos, sin verse obligado a señalar el funcionamiento de la hipótesis en la cotidiana realidad; así, respecto a las elecciones presidenciales fuera de México y a lo largo del Continente, Pedro Pablo Camargo no sugiere la ilegalidad del cuartelazo ni lo antijurídico del fraude electoral, ni la posibilidad del régimen revolucionario en pueblos que ya no entienden las conquistas de los "Estados democráticos y representativos". Por esta mentalidad, el lector se sorprenderá que sin mayor explicación, una de las conclusiones generales ordene, en determinado momento, sobre un mismo hilo, a estos tres Estados: República Dominicana, Cuba y Haití; leamos:

Las Constituciones de las Repúblicas Americanas, con excepción de las de Haití ("presidente vitalicio"), la República Dominicana (reelección indefinida) y Cuba (el orden constitucional turbado), prohíben expresamente la reelección presidencial indefinida, por ser contraria a los principios y atributos del sistema democrático y representativo de las naciones de este Continente.

En lo referente al problema local (México) de la reelección, dos de las cuatro conclusiones particulares sintetizan los esfuerzos del autor, ellas son:

Tercero: En consecuencia, sostienen algunos constitucionalistas que, como las reformas constitucionales de 1933 fueron improcedentes e inconultas, debe retornarse al "texto primitivo de la *Carta de Querétaro*" y, por tanto, restablecer la reelección indefinida de senadores y diputados, en vez de reformar el artículo 59 constitucional en el sentido de que los diputados "no podrán ser electos para un tercer periodo".

Cuarto: Pero como el tenor de lo dispuesto en el artículo 39 constitucional "la soberanía nacional reside esencial y originalmente en el pueblo",

el cual "tiene en todo tiempo el inalienable derecho de alterar o modificar la forma de su gobierno", sería conveniente, en última instancia, someter a consulta popular si procede restablecer o no la reelección de los miembros del poder legislativo.

MANUEL DEL CABRAL, *La isla ofendida*, Edit. Solidaridad, 64 págs., Santiago, Chile, 1965.

Este es el libro de un hombre de ideología liberal y de un poeta herido por la indignación; para entender el motivo que tuvo Manuel del Cabral respecto a la creación de estos poemas, basta recordar la invasión de los Estados Unidos a República Dominicana. Del Cabral es un excelente poeta y, por supuesto, *La isla ofendida* no es su mejor libro; vale como testimonio de la honradez, del patriotismo denunciante, del hombre que libra su batalla valiéndose del arma que más pronto encuentra al alcance de su mano.

Estas páginas no son tampoco las primeras que escribe alrededor de un tema de combate, de ciudadano consciente ante un problema social o político; en la *Antología clave*, título del libro publicado en 1957 y donde reúne poemas escritos entre 1930 y 1956, hay muchos cantos de esa índole, algunos se refieren a "Panamá con una salada vena enorme que le atraviesa el pecho", al indio, al negro nuevayorquino, al hombre que habla inglés, etc. Sin embargo, tanto por aquel libro como por *La isla ofendida* es fácil interpretar que el poeta no descifraba, hasta antes de la reciente invasión norteamericana, el papel de los monopolios yanquis en República Dominicana. Decimos esto porque se nota en varios versos, en medio de la indignación y la denuncia, cierta inesperada desilusión. Menos mal que el autor pudo quitarse esa venda que le cubría los ojos y no importa que sucediera en 1965, a los cincuenta y ocho años de su edad. En seguida, transcribimos un fragmento de "El muchacho matado en la farmacia":

El idioma llegó, dio cuatro voces,
miró al muchacho con sus quince años;
y,
después de balbucear en castellano,
el muchacho entendió, le dio aspirina,
luego el soldado,
caprichoso,
dudoso,
negativo,
libertino y cobarde,
en inglés preguntó
¿y esto es veneno?
Y la sonrisa del muchacho fue
el papelito de su defunción,

ALFREDO F. GUTIÉRREZ, *Los estados financieros y su análisis*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 275 págs., México, D. F., 1965.

El autor informa que las páginas de su libro aprovechan los apuntes dictados por él, desde 1942, en su cátedra de análisis de estados financieros, la cual ha mantenido en la Universidad Nacional Autónoma de México hasta 1965. Para decidirse a editar este libro, Alfredo F. Gutiérrez no sólo aprovechó los apuntes atrás mencionados sino que, también, se valió de su larga experiencia "como analizador de estados financieros en diversos cargos desempeñados en los departamentos de crédito y de promoción industrial en varios bancos y sociedades financieras". O sea, el volumen es producto de veintitrés años de servicio en la cátedra y de treinticinco años de práctica intensa en los negocios, práctica ésta basada tanto en ejercicio de constantes auditorías internas como en gerencia de empresas industriales.

Gutiérrez expresa que su obra, dirigida a los estudiantes de las licenciaturas en Economía y en Administración de Empresas, podría ser en el futuro no sólo libro de texto útil en México sino en América Latina, lo cual manifiesta no con petulancia o autosuficiencia, sino, más bien como sana y justa aspiración.

El autor no desconoce que las páginas de su libro se apartan del temario recogido en otras obras de quienes, "competentes contadores públicos", sólo tomaron en cuenta a los alumnos de las escuelas para contadores. Sin embargo, le satisface compensar el posible reclamo advirtiendo que ha incluido parte de contabilidad general "para explicar lo que son los estados financieros", nociones de auditoría, investigaciones contables y "hasta un amplio diccionario de la palabra capital para completarle a los estudiantes de economía sus conocimientos contables".

Las doscientas setenta y cinco páginas de esta obra de texto contienen ocho capítulos divididos en tres partes: los estados financieros y su contenido, auditorías e investigaciones contables y análisis e interpretación de estados financieros; todas ellas complementadas por la exposición de treinta modelos.

Alfredo F. Gutiérrez piensa con justicia que su libro prestará un gran servicio a los estudiantes de la materia, pero no ignora que tanto en inglés como en portugués y español muchos son los autores que se han ocupado del análisis de los estados financieros, animándolo la idea de que aun cuando es difícil exponer nuevas teorías, lo importante reside en expresar, a la luz de la propia experiencia, un nuevo ángulo de los problemas abordados. El autor escribe:

Esto se debe a que la preparación teórica de cada analista fue precisamente, entre otras fuentes, en los libros escritos por nuestros predecesores y es a los que les debemos la mayor parte de nuestros conocimientos sobre la

materia. La práctica como analistas de estados financieros en nuestra vida profesional y en los cargos que hemos desempeñado, principalmente en instituciones de crédito, se ha encargado de enseñarnos el resto.

ILIA EHREMBURG, *Un escritor en la revolución*, Edit. Joaquín Mortiz, 215 págs., México, D. F., 1965.

Con una portada de José Giménez Botey y traducida del ruso por A. Fernández Zapico, se publica la segunda parte de las Memorias escritas por uno de los novelistas soviéticos más importante de nuestro momento; la primera parte, de la que en su tiempo nos ocupamos, se tituló *Gentes, años, vida*.

La denominación de este segundo libro no deja duda del tema que páginas adentro se expone; en ellas se rememora toda la experiencia de un intelectual nacida desde sus primeros contactos con un movimiento socio-político que cambiaría la orientación vital de la Humanidad, hasta las amistades y enemistades que la posición personal le hará contraer.

La significación de Ilia Ehreburg en la cultura soviética y su participación en las labores de la etapa staliniana, hace que los lectores comprometidos o no con una ideología esperaran la publicación de este segundo libro de Memorias. Contra lo que pudiera suponerse, *Un escritor en la revolución* es un volumen que conserva en sus descripciones y narraciones el humor y la ironía ante hechos reminiscentes que en otro autor provocarían rencor o amargura; sirva de ejemplo este fragmento relativo al caso Pasternak:

Quando hube leído el manuscrito de *El doctor Zhivago* me sentí entristecido... Lo que me impresionó de la novela fue la ausencia de veracidad artística. Estoy convencido de que Boris Leonídovich fue sincero al escribir el libro, que contiene páginas admirables sobre la naturaleza y sobre el amor; pero hay demasiadas páginas dedicadas a cosas que el autor no había visto ni oído... Antes, nunca había sido capaz de convencer a los extranjeros sensibles a la poesía de que Pasternak era un gran poeta... La gloria le llegó por otra puerta... Me encontraba en Estocolmo cuando se desencadenó la tormenta en torno al premio Nobel. Salí a la calle y vi los carteles de los diarios: no llevaban más que un nombre; yo procuraba comprender, conectaba la radio y sólo entendía: "Pasternak"... Todo aquello era franca política antisoviética, un episodio más de la "guerra fría"... (no) era ésta, desde luego, la gloria que Pasternak merecía...

ANTONIO G. PERICÁS, *Burgos, prisión central*, Edit. Libraire du Globe, 105 págs., París, Francia, 1965. Colec. Ebro, Núm. 1.

No es este el caso del poemario que se comenta y aplaude por estímulo o solidaridad con el preso político; antes que nada debe aclararse el punto

porque suele suceder que confundimos el reconocimiento estético con la emoción nacida al leer lo que nos narra el prisionero. Ninguna concesión hacemos, pues, al afirmar la buena calidad de *Burgos, prisión central*.

María Teresa León y Rafael Alberti escriben unas páginas de presentación; en ellas sostienen las verdades que luego pueden comprobarse; en efecto, no es un libro sobresaliente por el lamento ni pretende ser el rasgo biográfico de un solo hombre, si acaso es el "libro de un hombre encerrado con su cultura y sus jóvenes deseos de vida", pero de un hombre que traslada al papel los recuerdos de una España que ha cambiado el rostro durante el cuarto de siglo que él ha transcurrido prisionero, que traslada asimismo el recuerdo de "los hombres que en Burgos fueron prisioneros políticos . . . de los que murieron acribillados en el Patio de las Acacias . . . con la cordial presencia de los que desde un cuarto de siglo España les está prohibido"; en cierta forma, es un libro pleno de optimismo si se considera el lugar, el sitio exacto, donde ha sido escrito.

María Teresa y Alberti también dicen verdad cuando aseguran que en el libro de Antonio G. Pericás cambian de valor las palabras porque, sin duda, es distinta "dentro y fuera de las rejas la llegada del otoño, la crecida del río y lo que es dar la una, las dos, las tres, las cuatro . . ." Sin embargo, los sentimientos del poeta nos son comunicados intactos. "Los poemas de Antonio G. Pericás no están solos. Traen dibujos de Ibarrola. Estos dibujos están hechos en trocitos de papel, en esquinas de cartas, a escondidas, protegidos por amigos vigilantes, porque si los encuentran el castigo es general, ya que también en estos dibujos están presentes todas las penas, todos los hombres del penal de Burgos . . . más las sombras. Estos desastres de la paz, como los que don Francisco de Goya nos dejó de la guerra también, comunican el espanto y el remordimiento".

Burgos, prisión central recoge en sus páginas la problemática no de un hombre sino de una colectividad; el único rasgo directamente biográfico, estrictamente personal, se encuentra en el poema titulado "20 de abril de 1964", fecha en la que el autor manifiesta haber cumplido sus treinta y cuatro años; si no hemos interpretado mal, Antonio G. Pericás está prisionero desde los nueve años de edad.

Copiamos el poema denominado "La viscera de piedra":

Esto es un vientre inmenso
una viscera de piedra
aquí los hombres viven
prenatales
en sus cosas que son sus esperanzas
escriben cartas a ciudades y campos
a niños que ya son adolescentes
o están muertos.

Hablan de amor en este vientre
 suponen que hablan bien, sospechan
 de la materia desconocida de la mujer
 como idea innata,
 edifican su lejano pueblo piedra a piedra
 la vida futura de su pueblo
 siguiendo su vida paso a paso
 midiendo la cosecha.

En este vientre inmenso
 todo es piedra y es cielo
 no es tumba, es fértil vientre
 que nutre
 que en otro tiempo fue ulcerado
 a tiros, a bayonetazos por el hambre
 que operó el coraje y la paciencia
 que recosió el amor

Finalmente, tanto por la calidad de los poemas como por la fuerza testimonial de los hombres a los que Antonio G. Pericás representa, hagamos nuestras estas palabras: estos versos "hablan alto y fuerte. Hay por todos ellos como una vergüenza de tenerlos que escribir... asusta y aterra que, después de veinticinco años de concluida la guerra civil, aún pueda escribirse este libro en un penal".

UBERTO PAOLO QUINTAVALLE, *Todos comprometidos*, Edit. Seix Barral, 161 págs., Barcelona, España, 1964.

Salvador Clotas Cierco tradujo del italiano esta novela que el autor milanés publicó originalmente en 1961. Según advertencia de los editores, aquella edición produjo escándalo en algunos círculos italianos; sin embargo, páginas adentro, el lector no tropieza una narración de hechos escabrosos ni deduce una crítica social severa; simplemente se expone una historia *simple*, casi reiterada por no pocos relativistas.

La historia medular de *Todos comprometidos* corresponde al personaje Faffo, quien a los cuarenta y cinco años de edad se enamora apasionadamente de una joven de quince años, Giuggi, hija de dos amigos que comparten, en cierto modo, el bienestar de su vida burguesa; Faffo tropieza con el amor desconocido, distinto, quizá peligroso e indudablemente prohibido, porque es el amor del hombre casado, maduro, que debe reparar en una serie de compromisos y consecuencias.

Como dijimos, la historia es simple e igual es el relato, sin complicaciones de técnica; la temática es sencilla, no obstante parece que alude a una perspectiva moral un tanto falsa de la que depende la felicidad de Faffo que, sin ser viejo, sin ser joven, anhela trascender el nivel tranquilo sobre el que descansa su vida; ¿que él ama a Clara, su mujer?, es un sentimiento

que no analiza frente a la posibilidad del nuevo amor; cuando mucho, Clara puede ser una costumbre, una forma de conducta, una manera de conducirse ante los prejuicios que él mismo ha establecido junto con quienes integran su esfera social, junto con los demás *comprometidos*.

El apasionamiento de Faffo no le permite reparar siquiera en los treinta años de diferencia que podrían, con el transcurso del tiempo, destruir su vida y la ajena; da la impresión que sólo se interesa en el instante del deseo, que no calcula la existencia del futuro. Por su parte, la joven de quince años ve en el hombre maduro la objetivación de un atractivo juego; para ella, el "enamorado" en ningún instante representa el origen o el desarrollo del amor; los dos años que Faffo depende, sentimentalmente, de Giuggi, transcurren para ésta en medio de búsquedas y tanteos donde la pasión del otro no tiene cabida ni es considerada como algo significativo.

Clara parece ser un personaje menor mientras el novelista sólo permite que la conozcamos a través de su relación con Faffo; en cuanto nos es dado asomarnos a su vida individual descubrimos que es un personaje de psicología intensa, quizá mucho más definida que la del esposo, ya que éste deja entrever su debilidad ante el conflicto psíquico, de conciencia, que experimenta; su miedo a traspasar la frontera del amor ideal para someter a la adolescente, el por qué de sus falsas consideraciones a la relación amistosa con los padres de Giuggi, el por qué, finalmente, de que Clara, quien ya no representa el amor, simbolice un muro sólido de seguridad, cuya base emerge desde el pasado. La novela atreve una solución para la perenne búsqueda realizada por un hombre sobre la vía del amor convencional que lo sujetó al matrimonio, pero que siempre se mantuvo alerta ante la esperanza de aprehender el verdadero amor; a los cuarenta y cinco años de edad, Faffo desemboca hacia Giuggi y entiende que se estuvo preparando no para realizar aquella esperanza sino para sufrir su mayor frustración sentimental.

¿Por qué se frustra?, porque *todos comprometidos* significa *todos respetables*, decentes, incapaces de escandalizar a los demás con una acción que no autoriza la costumbre, aun cuando la omisión atente contra la honradez y la sinceridad; oigamos los juicios autorrecrematorios de Faffo cuando ya Giuggi se ha casado con otro:

No tengo derecho a difamar a las vírgenes por convencionalismo. En otro nivel, yo también soy igual. Hombre de bien por convencionalismo, honesto por convencionalismo... Entregado a una vida que por su misma esencia no puede hacerme feliz, sé de todas maneras que es cómoda, que es agradable y me da miedo separarme de ella... Porque todos estamos demasiado atados a nuestras comodidades... Hubiera debido, ¿qué sé yo?, escaparme a una isla salvaje. Quizá me hubiera encontrado bien allí, pero todos somos personas respetables y ni pensar en cosas semejantes. No me he atrevido a librar batalla por conquistar verdaderamente mi felicidad. La he visto tomar cuerpo a mi lado y luego alejarse, dejarme para siempre y no he movido un dedo.

REVISTAS Y OTRAS PUBLICACIONES

En el Congreso Mundial por la Paz, la Independencia Nacional y el Desarme General, celebrado en Helsinki, el representante de la República Dominicana al final de su Informe señala el peligro de que "la situación de Santo Domingo se repetirá a través de todo el Continente"; sin duda, al margen de las violaciones de lo jurídico y de lo político que implica la invasión norteamericana en ese país del Caribe, es este antecedente denunciado por dicho representante el que más preocupa a los pueblos latinoamericanos celosos del respeto a la soberanía de sus respectivos Estados.

Así, cualquier esfuerzo que se encamine a ampliar la difusión de la verdad respecto a la intervención norteamericana en Santo Domingo, no será en vano; razón por la que, luego de citar convenientes párrafos escritos hace cuatro años por Ramón Grullón para esta revista, reproducimos, casi sin comentarios, algunos fragmentos de publicaciones relativas al caso.

En *Cuadernos Americanos*, Núm. 1 (año XXI), 1962, el dominicano Ramón Grullón publicó un extenso ensayo titulado "Antecedentes y perspectivas del momento político dominicano", refiriéndose a la entonces efervescencia política y social estimulada por la desaparición de Trujillo y las acciones tibias del presidente Balaguer. De esta última parte del ensayo, subtitulada "perspectivas", copiamos, por ser de actual validez, los siguientes párrafos:

Las causas que han dado origen a la actual crisis del régimen trujillista no pueden ser superadas por éste; la crisis económica continuará agudizándose y la lucha popular obligará a la reacción a recurrir permanentemente a medidas represivas, las cuales generalizarán el descontento contribuyendo a elevar y hacer más eficaz la lucha nacional y democrática... se está haciendo evidente que no será el liberalismo burgués el que llevará al pueblo dominicano al triunfo sobre el trujillismo y la opresión norteamericana, sino un movimiento profundamente popular que ponga en práctica formas de organización y métodos de lucha verdaderamente revolucionarios... La reacción trujillista no abandonará sus privilegios ni el poder pacíficamente; por el contrario, están poniendo en práctica sus métodos característicos de terror, en un esfuerzo desesperado para defender sus privilegios; el imperialismo norteamericano, por su parte, continuará apoyándose en los trujillistas y tomará las medidas que juzgue convenientes —incluyendo la agresión armada directa o encubierta— intentando aplastar la lucha del pueblo dominicano.

SETECIENTOSMONOS, Revista literaria, Directores Juan Carlos Martini, Nicolás Rosa y Carlos Schork, Año I, Núm. 5, mayo, Rosario, Argentina, 1965.

Setecientosmonos publica, a fin de "tomar partido y de señalar la hipocresía habitual de los medios de difusión", una serie de protestas polí-

ticas como parte del suplemento: *Testimonios*; en algunas de sus indignadas líneas se lee:

...queremos en última instancia, hacer saber que aquí, hay un grupo de personas que entiende el mundo y los acontecimientos, en forma totalmente distinta al periodismo oficial... Hoy, sucede que los Estados Unidos, contrariando los principios elementales del ordenamiento jurídico de las entidades soberanas y de la relación entre los pueblos, invadieron la República Dominicana. Los ya tristemente célebres "mariners", desembarcados de navíos relucientes, establecieron la más descarada ocupación de un país. Primero, se dijo que la invasión se hacía en "defensa de la vida de los residentes norteamericanos", en seguida, se habló de "preservar la democracia contra las amenazas del comunismo". Estos argumentos nos suenan repetidos: el comunismo lo justifica todo. En nombre de su abolición se restringen libertades, se impide el derecho de autodeterminación, se suprimen —en la práctica— todas las instituciones. Indicar esto, es sólo la exigencia de una introducción a un tema conocido.

Estados Unidos, el país que hizo de Cuba un garito y un prostíbulo, de Venezuela un terreno de perforaciones petroleras, de Panamá un Estado títere; el país que se opuso a toda verdadera transformación y que cuando la evolución de los pueblos fue sensiblemente incontenible, *intentó paliativos nocturnos al estilo de la Alianza para el Progreso*, de la que puede afirmarse su total ineficacia; el país que mandó sus tropas en defensa de sus compañías, cada vez que se luchó por hacer posible la justicia, pretende asumir la defensa de una civilización ahora asentada en la mentira y en la injusticia. Pero esa mentira es, cada vez, más evidente: mucha gente, muchos pueblos, están empezando a encontrar su verdad.

BOLETÍN DEL CONSEJO MUNDIAL DE LA PAZ, Año XII, Núm. 7, mayo, Viena, Austria, 1965.

Por su parte, este órgano de difusión al servicio de la Paz enmarca y destaca una *Protesta Mundial por la Intervención de Estados Unidos en Santo Domingo*; párrafos interesantes son estos:

Las informaciones, particularmente de América Latina, llegadas después del desembarco de los "marines" estadounidenses en República Dominicana, expresan una severa condena, que se ha manifestado de diferentes maneras y ha ejercido una cierta influencia sobre las decisiones de Washington, aunque no sea más que inclinando a la Casa Blanca a modificar un poco las formas de su intervención... Ya sea en Cuba o en Francia, en Argentina o en Bélgica, en Chile o en el Japón o en China, así como en el Perú, Venezuela, México, Uruguay, Ecuador, Paraguay, Colombia, Bolivia y otros numerosos países, en todos los continentes, los Movimientos de la Paz estigmatizan la intervención norteamericana que viola la Carta de la O.N.U. y de la O.E.A., el Derecho Internacional, la soberanía de los pueblos y atenta a la coexistencia pacífica.

Las organizaciones sindicales, políticas y otras, se expresan idénticamente. En Argentina, por ejemplo, la Confederación General de Trabajadores, los sindicatos de ferroviarios y de obreros del petróleo, los partidos peronistas

y comunistas, organizan manifestaciones. Las protestas, los llamamientos a la acción se han concretizado en numerosas manifestaciones en todas las grandes ciudades del Continente Latinoamericano y fuera de él. En el Brasil, a pesar de la represión se han efectuado manifestaciones en la capital y en otras ciudades.

En los mismos Estados Unidos, las fuerzas pacíficas han reaccionado también. Entre las diversas formas utilizadas para expresar su protesta, citemos el mitin que tuvo lugar en Nueva York, en el que tomó la palabra uno de los partidarios de la paz procesados por el gobierno norteamericano, el señor Russ Nixon.

LA BATALLA, Órgano del Partido Obrero de Unificación Marxista de España (P.O.U.M.), Director: Wilebaldo Solano, Año XXI, Núm. 150, mayo, París, Francia, 1965.

En su sección de Crónica Internacional, titulada "Del Vietnam a Santo Domingo", el redactor "liga" la agresividad del imperialismo en Vietnam, Congo y República Dominicana, concediendo a la "agresión armada" norteamericana "la virtud de aclarar luminosamente las cosas". Conozcamos parte de estos puntos de vista:

La "lucha contra el comunismo" es tan consecuente y tan inteligente que se lleva a cabo incluso contra hombres como Juan Bosch, es decir, contra los últimos aliados liberales de los Estados Unidos en América Latina. Ahora bien, este hecho, grotesco en sí, tiene una profunda significación. El imperialismo norteamericano es hoy, el gendarme internacional de todas las fuerzas reaccionarias del mundo... Tras la sangrienta y larga dictadura de Trujillo, Juan Bosch quiso realizar una tímida revolución democrática en su país. En un libro publicado recientemente en México, "Crisis de la democracia de América en la República Dominicana", Bosch explica detalladamente el fracaso de su breve experiencia. El 25 de septiembre de 1963, después de una feroz campaña de la Iglesia Católica (sus dirigentes son un obispo español y un obispo norteamericano), Bosch fue derribado por un grupo de generales, los cuales justificaron su golpe diciendo que el presidente elegido por el 60% de los electores en 1962 estaba "al servicio del comunismo".

Desde septiembre de 1963, Santo Domingo ha sido una de las principales bases de agresión contra la Revolución Cubana. Allí, contando con una impunidad total, la CIA ha organizado la mayor parte de los ataques y bombardeos contra Cuba. Esto es de notoriedad pública en América Latina. De ahí que nadie se haya atrevido a acusar a Castro de sostener la Revolución Dominicana. Se ha preferido acusar al propio Bosch de "comunista", o decir que el movimiento revolucionario está animado o controlado por "elementos comunistas"... En el momento que escribimos este comentario, Washington manobra desesperadamente para alcanzar sus objetivos y restaurar su comprometido prestigio. Pero la operación no resulta fácil. Los revolucionarios dominicanos, armados desde el primer momento, resisten y reclaman por la evacuación de las tropas norteamericanas. Los jefes de éstas no se atreven a pasar a la ofensiva abierta. Y Washington busca una salida "política".

PANORAMAS, Revista bimestral publicada por el Centro de Estudios y Documentación Sociales, Director: Víctor Alba, Núm. 16, julio-agosto, México, D. F., 1965.

Esta revista-libro, que no desaprovecha renglón para mostrarnos su "democrático" anticomunismo y que, *por supuesto*, "no se ocupa de problemas políticos", reproduce, como "documento de un alto valor educativo", la declaración del dirigente socialista norteamericano Norman Thomas, quien, a la par de sus afirmaciones contra el comunismo incluye otras dignas de considerarse; por ejemplo:

Durante el levantamiento popular, el gobierno del presidente Johnson, si no él mismo, hizo cuanto pudo para que se cumpliera su profecía de que el levantamiento acabaría siendo dominado por los comunistas.

Cuando yo era joven, fui uno de los que protestaron contra cinco intervenciones militares de los cañoneros y la infantería de marina de los Estados Unidos en la zona del Caribe, con lo cual no se consiguió más que proteger temporalmente unos intereses económicos norteamericanos y retrasar la revolución social. Una de aquellas intervenciones impuso a Trujillo... En mi ancianidad, esta nueva intervención, a menos que sea prontamente corregida, causará daños mayores y menos fáciles de reparar. Combinada con nuestra intervención en la guerra civil en Vietnam, en el otro lado del mundo, servirá para advertir a la Humanidad que cuando decimos, como nuestro presidente dijo el día 2, que "esperamos ver que se constituya un gobierno elegido libremente según la voluntad del pueblo", queremos decir que apoyaremos a cualquier gobierno, ya sea el elegido, ya sea el proclamado por un golpe de Estado, que no creamos que sea, o que pueda llegar a ser comunista. No es así como puede contenerse el comunismo ni como puede apoyarse a la democracia. Es así como nos atraemos el odio de un número creciente de nuestros semejantes en el mundo entero.

Hay una esperanza, una pequeña esperanza, que la opinión pública mundial bien informada puede convertir en realidad. La de que el presidente permita, o estimule a la OEA a que procure, en la República Dominicana, en un futuro próximo, unas elecciones libres en las cuales Juan Bosch pueda presentar su candidatura para ser repuesto en el cargo para el cual fue designado en unas elecciones que son una luz brillante en la oscuridad reaccionaria.

MARCHA, Periódico semanal, Responsable: Julio Castro, Año XXVI, Núm. 1255, mayo, Montevideo, Uruguay, 1965.

Pocos periódicos del Continente han dedicado la atención que merece el problema dominicano como este semanario; no sólo ha reproducido en sus páginas entrevistas telefónicas con los principales dirigentes de la Revolución Constitucionalista, sino que ha recabado datos históricos a fin de explicar mejor la crítica situación del gobierno yanqui frente a la heroica resistencia de los patriotas dominicanos; del gran número de cuartillas que en esta entrega dedica a la importante cuestión, fragmentamos y extraemos el subtítulo "El fantasma comunista":

El 2 de mayo el presidente Johnson pronunció su discurso-doctrina: "Lo que comenzó como una revolución popular democrática que se suscribía a la democracia y a la justicia social pasó a manos de una banda de conspiradores comunistas". Como el objetivo de las fuerzas rebeldes era "el establecimiento de una dictadura comunista", ordenó el desembarco y la ocupación de parte de la ciudad... A fin de alertar a los demás gobiernos de América, envió al Sr. Harriman a estas latitudes. El jueves 6 de mayo en reunión de prensa en Montevideo el enviado especial afirmó: "Los informes de la situación, que manejó el presidente Johnson, provenían del embajador estadounidense en ese país, de sus asesores y un embajador especial que estaba en el lugar".

"No hay duda alguna de que si no se hubieran tomado medidas para intervenir, se habría establecido una dictadura sobre las bases de la de Castro. Habían llegado al extremo de imponer el paredón. Policías y otras personas fueron alineados y fusilados a sangre fría".

Pero el día 15 ya de vuelta a Washington ofreció una entrevista televisada. La crónica de A.F.P. consigna: "Harriman admitió que los elementos comunistas que habían intentado hacerse dueños de la situación entre el 24 y el 28 de abril en Santo Domingo habían pasado a segundo plano. El gobierno del coronel Caamaño no es ni comunista ni está bajo control de los comunistas, reanunció el enviado especial del presidente Johnson.

Los agitadores comunistas, explicó Harriman, se han retirado de Santo Domingo para tratar de crear disturbios en otros lugares".

La opinión había cambiado. Pero "los marines" continuaron en la ocupación.

ATENEÓ, Director: Juan Carlos Talbot, Núm. 40, enero, Lanús, Argentina, 1965.

En este número hay trabajos de: Máximo Fresero, Atols Tapia, Alvaro Yunque, Luis Oscar Natiello, Lubrano Zas, Eduardo Pérsico, Antonio Stoll, Luis Ordaz, Jorge Sotrel y Mario Cecconi.

ECO CONTEMPORÁNEO, Revista interamericana, Editor responsable: Miguel Grinberg. Núms. 6 y 7, Buenos Aires, Argentina, 1963.

En este número hay trabajos de: Antonio Dal Masetto, Herman Hesse, León Sonnino, David Grinberg, Graciela Martínez, Ernesto Cardenal, Clarice Lispector, Cyro Del Nero, Aníbal Sagnabatta, Gregorio Kohon, Miguel Grinberg, Alberto Cousté, Leopoldo José Bartolomé, Héctor Tilbe, Shakti Chattopadhyay, Malay Roy Choudhury, Julio Cortázar, Thomas Merton, Kenneth Patchen, Jorge R. Vilela, Lawrence Ferlinghetti, Raquel Silva, Heitor Saldanha, Robert Fink, Rafael Squirru, Sergio Bernardes, K. A. Jelenski, Rolando Paiva, Astor Piazzola, Guillermo Betelú y Ektor Nho.

UNIVERSIDAD, Publicación de la Universidad Nacional del Litoral, Director: Domingo Buonocore, Núm. 62, octubre-diciembre, Santa Fe, Argentina, 1964.

En este número hay trabajos de: Jaime Bernstein, Sergio Bagú, Alberto J. Plá, Tulio Halperin Donhi, Nicolás Sánchez Albornoz, Pedro Krapovickas, D. R. Wagner, Angel J. Cappelletti, Bruno Balbis, N. Yvis Rossi Etchelouz, Silcora Bearzotti, Nidia Areces, Elida Sonzogni, Emma Vaccaro, Rosa Boldori, Norma B. Desinano, Juan Martínez Ruiz, Marta Elena Samatán, Julieta Quebleen, Celia Ortiz de Montoya, Edgardo Pesante, Iris Estela Longo y Manuel de Rivacoba y Rivacoba.

AMÉRICA LATINA, Revista trimestral, Organo del Centro Latinoamericano de Investigaciones en Ciencias Sociales, Director: Manuel Diéguez Júnior, Núm. 2, Año 8, abril-junio, Río de Janeiro, Brasil, 1965.

En este número hay trabajos de: Frank Bonilla, Julio Cotler, J. A. Silva Michelena, Benno Galjart, Roque de Barros Laraia, Francis Korn, José Albertino Rodrigues, Fernando M. F. Diéguez, Jean Casimir, Guillermo Bonfil Batalla, José Pastore, Amaury de Souza y Manuel Diéguez Júnior.

ECO, Revista de la Cultura de Occidente, Dirección: Karl Buchholz, Rafael Carrillo, Danilo Cruz Vélez y otros, Tomo X, Núm. 60, abril, Bogotá, Colombia, 1965.

En este número hay trabajos de: Hernando Valencia Goelkel, Thomas Mann, Jaime Ferrán, Vladimir Nabokov, Arnold Gehlen, Marta Traba, Italo Calvino, Harald Weinrich, Carlos Bernardo Gutiérrez y Nicolás Suescún.

ESPIRAL, Revista de Letras y Arte, Director: Clemente Airo, Núm. 95, junio, Bogotá, Colombia, 1965.

En este número hay trabajos de: Jaime Quijano Caballero, Saúl Sibiryky, Eduardo Anguita, Manuel de Castro, Rodolfo Alonso, Simón Kargiemann, Roberto Manzanos, César Tiempo, Mario Angel Marrodan, Angel González, Carlos Pinto Grote, Joe Van de Loo, Tito Lamagni, Héctor Fabio Varela, Olga Elena Mattei, Manuel Pacheco, Héctor Raúl Almanza y Julián Garavito.

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA, Directores: Ignacio Vélez Escobar y Jorge Montoya Toro, Tomo XLI, Núm. 159, octubre-diciembre, Medellín, Colombia, 1964.

En este número hay trabajos de: Jaime Sanín Echeverri, Ernesto Cardenal, Jesús M. Jiménez S., Antonio Mesa Jaramillo, Virginia Gutiérrez de Pineda, Oscar Echeverri Mejía, Jean Camp., Mario Gómez Vignes, Humberto Jiménez, Enrique Sánchez, Eugenio Lakatos, Alberto Gil Sánchez, Baltazar Uribe Isaza, Edgar Poe Restrepo, Hernando Rivera J., Jorge Montoya Toro, Eduardo Correa, Carlos Castro Saavedra, Mario Montoya Toro, Darío Restrepo Jaramillo, Aure'io Calle, Guillermo Tejada, Dolly Mejía, Rogelio Echavarría, Jesús Rodríguez Jaramillo, Enrique Zuluaga, Omer Miranda, Oscar Hernández, Jorge Robledo Ortiz, Mario Rivero, Eduardo Escobar, Lucía Javierre, Olga Elena Mattei de A., Alvaro Restrepo Vélez, David Mejía Vélilla, Oscar Uribe Restrepo, Edgar Piedrahita Yepes, Irene Zapara Arias, Elkin Restrepo G., Jorge Humberto Botero, Carlos Palacio Laverde y Amparo Cardeño de Mesa.

CASA DE LAS AMÉRICAS, Consejo de Redacción: Haydée Santamaría, Manuel Galich, Ju'io Cortázar y otros, Año V, Núms. 28-29, enero-abril, La Habana, Cuba, 1965.

En este número hay trabajos de: Emmanuel Carballo, Luisa Josefina Hernández, José Emilio Pacheco, José de la Colina, Emilio Carballido, Arturo Martínez Cáceres, Juan García Ponce, Alfredo Leal Cortés, Juan Tovar, Armando Ayala Anguiano, Tomás Mojarro, Laurette Séjourné, Carlos Solórzano, Héctor Azar, Jaime Sabines, Salvador Novo, Rosario Castellanos, Rubén Bonifaz Nuño, Marco Antonio Montes de Oca, Homero Aridjis, Isable Fraire, José Antonio Montero, Jaime Sarusky, Mauricio de la Selva, José Triana, Isidoro Núñez, Ambrosio Fornet, Ezequiel Vieta, Fernando G. Campoamor, Leonora Carrington, José Luis Cuevas, Gironella, Pedro Coronel, Rafael Coronel, Manuel Félguerez, Leticia Tarragó, Juan Soriano, Vicente Rojo, Roger Von Gunter, Lilia Carrillo, Francisco Zúñiga, Rodrigo Arenas Betancourt y Giménez Botey.

CUBA SOCIALISTA, Revista mensual, Consejo de Dirección: Fidel Castro, Osvaldo Dorticós, Blas Roca, Carlos Rafael Rodríguez, Fabio Grobart, Tomo XI, Año V, Núms. 45 y 46, mayo-junio, La Habana, Cuba, 1965.

En este número hay trabajos de: Fidel Castro, Alexei Epishev, Israel Talavera, Juan R. Herrera, Ladislav Novotny, Sándor Burján, A. Berg, I. Novok, Osvaldo Dorticós Torrado y Mirta Aguirre.

LA UNIVERSIDAD, Revista bimestral de la Universidad de El Salvador, Director: Italo López Vallecillos, Año XC, Núm. 2, marzo-abril, San Salvador, El Salvador, 1965.

En este número hay trabajos de: Ivo Hollhuber, Adolfo Sánchez Vázquez, Betty Rita Gómez Lance y José Roberto Cea.

INDICE, Director: J. Fernández Figueroa, Año XVIII, Núm. 198, julio, Madrid, España, 1965.

En este número hay trabajos de: José Antonio Balbontin, Víctor Morales Lezcano, S. L. Shneiderman, Jas Gawronski, R. Barce, Carlos Gurméndez, Vicente Girbau, Esteban Salazar Chapela, Celestino F. de la Vega, Andrés Torres Queiruga, Carlos Edmundo de Ory, Romano García, Julián Izquierdo, Iván Tubau, Miguel Díaz de Cerio, Azancot Franco, Fernando Malo, Leopoldo Azancot y Francisco Pérez Navarro.

CUADERNOS, Publicación mensual, Director: Germán Arciniegas, Núm. 98, julio, París, Francia, 1965.

En este número hay trabajos de: K. B. Lall, Josué de Castro, Salvador Reyes, Jorge Carrera Andrade, Augusto Arias, Mathilde Pomés, Marie Joseph Faurie, A. Costa du Rels, Alberto Baeza Flores, Gustavo Luis Carrera, Damián Carlos Bayón, Francisco Pérez-Maricevich, Miguel Ángel Fernández, José Luis Appleyard, Mauricio Schwartzman, Esteban Cabañas, Roque Vallejos, Louis Rougier, Saúl Sibirsky, Francis Bebey, Paul Verdevoye, Ivonne A. Bordelois, Raúl Andrade, Dora Isella Russell, Romualdo Brughetti, Hugo Patiño y Marie Pascal.

CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES, Revista de la Escuela Nacional de Ciencias políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, Director: Pablo González Casanova, Año X, Núm. 37, julio-septiembre, México, D. F., 1964.

En este número hay trabajos de: Jorge Graciarena, Manuel Diéguez Jr., Irving Louis Horowitz, Joseph A. Kahl, Zygmunt Gostkowski, Manning Nash, Manuel M. Moreno, H. Myint, Isidro Fabela, Herbert R. Southworth, D. W. Bowett, Charles Maigial y Claude Albert Colliard.

REVISTA POLACA, Director: Pawel Kwiecinski, Núm. 28, julio, Varsovia, Po'onia, 1965.

En este número hay trabajos de: Zygmunt Szeliga, Jerzy Hryniewiecki, Kazimierz Wyka, Jan Stepień, Michał Hofman, Jan Kordaszewski, Tadeusz Podwysocki, Arnold Mostowicz y Alberto Aragón.

SE TERMINO DE IMPRIMIR
ESTA REVISTA EL DIA 30 DE
OCTUBRE DE 1965 EN LOS
TALLERES DE EDITORIAL
CULTVRA, T. G., S. A., DE
AV. REP. DE GUATEMALA
NUM. 96, DE LA CIUDAD DE
MEXICO, D. F., SIENDO SU
TIRO DE 1,700 EJEMPLARES.

CASA DE LAS AMERICAS

revista bimestral

Colaboraciones de los mejores escritores latinoamericanos,
y estudios de nuestras realidades.

Director: ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

Suscripción anual, en el extranjero:
Correo ordinario, tres dólares canadienses
Por vía aérea, ocho dólares canadienses

* * *

Casa de las Américas, Tercera y G, El Vedado,
La Habana, Cuba

ASOMANTE

(Núm. 3, 1965 — Julio-Septiembre)

- **MARIA TERESA BABIN:** *Asomante* en la cultura puertorriqueña.
- **TOMAS BLANCO:** San Miguel se inventa un *habeas corpus*.
- **FRANCIS FERGIUSON:** Edipo según Freud, Sófocles y Cocteau.
- **JUAN MARTÍNEZ CAPO:** Inventario. • **BERNARDO GICOVATE:** El yo poético y su significado. • **ALBERTO ADELL:** Carta a don Diego. • **OTTO OLIVERA:** Una etapa olvidada de la literatura puertorriqueña. • **JOSE LUIS CANO:** Carta de España. • **DAMIAN CARLOS BAYON:** Carta de París. • **GIUSEPPE BELLINI:** Carta de Italia. • **LOS LIBROS:** JOSE EMILIO GONZALEZ, MARIA TERESA BABIN, EMILIA DE ZULETA, ANTONIO OTIRO SECÚ, SALVADOR BUENO, ANTONIO FERNÁNDEZ MOLINA, JOSE EMILIO GONZALEZ. • **GUÍA DEL LECTOR.**

A S O M A N T E

Revista Trimestral editada por la
ASOCIACION DE GRADUADAS DE LA UNIVERSIDAD
DE PUERTO RICO
Apartado 1142, San Juan

Directora:	Administradora:
NILITA VIENTOS GASTON	GRITIA OLIVERAS CARRERAS
Subdirectora:	Subadministradora:
MONELISA L. PEREZ	MARIA TERESA C. DIAZ GARCIA
MARCHAND	

SUSCRIPCIONES:

Puerto Rico, Cuba y Estados Unidos	\$4.00
Otros Países	4.50
Ejemplar suelto	1.25

EVISTA IBEROAMERICANA

ORGANO DEL INSTITUTO INTERNACIONAL DE
LITERATURA IBEROAMERICANA

Director-Editor: ALFREDO A. ROGGIANO

Secretario-Tesorero: SAÚL SIBIRSKY

Dirección: 1617 C. L., University of Pittsburgh, Pittsburgh 13,
Pennsylvania, U. S. A.

Suscripción anual:

U. S. A. y Europa, 6 dólares; América Latina, 2 dólares.

•

Han aparecido 60 números

(Véase *Índice*, publicado por la Unión Panamericana)

Solicite colección completa o números atrasados

*Una revista especializada en las letras de
Iberoamérica, que responde al lema:*

¡A LA FRATERNIDAD POR LA CULTURA!

REVISTA SUR

Fundada en 1931

y dirigida por VICTORIA OCAMPO

Nº 293

Marzo-abril 1965

DEDICADO A LATINOAMERICA

Wilson Figueiredo: BRASIL: LA REVOLUCION, LA IZQUIERDA Y
LA CLASE MEDIA

Laurette Séjourné: VIGENCIA DEL PASADO EN MEXICO

Mon. Germán Guzmán Campos: LA VIOLENCIA: ¿UN FENOMENO

COLOMBIANO?

Aldo Frier: DESPUES DE MARTINEZ ESTRADA

Sebastián Salazar Bondy: LA EVOLUCION DEL LLAMADO INDI-
GENISMO

Francisco Pérez: LA RECIENTE ELECCION PRESIDENCIAL EN
CHILE

Alejo Carpentier: LA ACTUALIDAD CULTURAL EN CUBA

Humberto Piñero: CULTURA Y REVOLUCION EN CUBA

Juan Liseno: CINCO POETAS JOVENES VENEZOLANOS: Guillermo
Sucre, Luis García Morales, Efraín Subero, Roberto Guevara,
Ramón Palomares

Angel Rama: LA CULTURA URUGUAYA EN "MARCHA"

Augusto Ron Bastos: CRONICA PARAGUAYA

María Teresa Bahin y Nilita Vientós Gastón: LA SITUACION EN
PUERTO RICO

Suscripción anual u.s. \$6.00

Número Suelto u.s. \$1.00

Viamonte 494, 8º

Buenos Aires

REVISTA HISPANICA MODERNA

Se publica trimestralmente con el objeto de estudiar y difundir la cultura hispánica. Contiene artículos, reseñas de libros y noticias literarias; textos y documentos para la historia literaria moderna; estudios y materiales de folklore hispánico; una bibliografía hispanoamericana clasificada y noticiosa acerca del hispanismo en América.

•
Fundador: Federico de Onís

Director: Angel del Rio

Subdirectores: Eugenio Florit y Andrés Iduarte

•
6 dólares norteamericanos al año; números sueltos: 1.50

Hispanic Institute in the United States
Columbia University

435 West 117th Street.

New York.

EL DRAMA DE LA AMERICA LATINA EL CASO DE MEXICO

por

FERNANDO CARMONA

UN LIBRO SENSACIONAL

De venta en las principales librerías

Precios:

México	\$25.00
Extranjero	2.30 Dls.

Distribuye

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado 975
México 1, D. F.

Tel.: 23-34-68

BASES PREMIO CASA DE LAS AMERICAS 1966

- 1 Se considerarán cinco géneros literarios:
 - NOVELA
 - TEATRO (Obra de teatro)
 - ENSAYO
 - POESIA (Libro de poemas)
 - CUENTO (Libro de cuentos)
 - 2 En lo que respecta a Poesía, Novela, Cuento y Teatro, no se exige que el tema se ajuste a características determinadas. El Ensayo será un estudio de carácter literario, sociológico, histórico o filosófico sobre temas latinoamericanos.
 - 3 Los originales presentados deben ser inéditos y en lengua española. Dichos originales se considerarán inéditos aunque hayan sido impresos parcialmente en publicaciones periódicas.
 - 4 Las obras deberán presentarse anónimamente, en original y copia, escritas a máquinas en papel de 8½ por 11 pulgadas (carta), acompañadas de un sobre cerrado en cuyo exterior deberá indicarse el género literario en que concursan y su lema, y en el interior el nombre, dirección postal y ficha bio-bibliográfica del autor. Para facilitar el trabajo del Jurado, se ruega el envío de original y cuatro copias.
 - 5 Los Jurados otorgarán un premio único e indivisible por cada género, que consistirá en:
 - * \$1,000 (mil dólares).
 - * Publicación por Editorial CASA DE LAS AMERICAS.
 - 6 Los Jurados podrán mencionar, para su publicación total o parcial en las colecciones, cuadernos o revistas de la Casa de las Américas, las obras o parte de ellas que consideren de mérito suficiente.
 - 7 La Casa de las Américas se reservará los derechos de publicación de la primera edición en español de las obras premiadas y opción preferente de futuras ediciones. Referente a derechos de autor de las Menciones publicadas, conforme a la Base 6, se observará lo dispuesto por la legislación cubana al respecto.
 - 8 El plazo de admisión de las obras se cerrará el 31 de diciembre de 1965.
 - 9 Los Jurados correspondientes a cada uno de los cinco géneros se constituirán en La Habana en enero de 1966.
 - 10 Las obras deberán ser remitidas a la siguiente dirección: Case Portal 2, Berne 16, Suiza, o a Casa de las Américas, G y 3ra., Vedado, La Habana, Cuba.
 - 11 Las obras presentadas estarán a disposición de sus autores hasta el 31 de diciembre de 1966. La Casa de las Américas no se responsabiliza con su devolución.
- LA CASA DE LAS AMERICAS PROMOVERA LA TRADUCCION DE
LOS PREMIOS Y MENCIONES.
LA OBRA PREMIADA EN TEATRO SERA REPRESENTADA EN EL
FESTIVAL DE TEATRO LATINOAMERICANO DE LA CASA DE LAS
AMERICAS.
LOS PREMIOS DE NOVELA O CUENTO SERAN CANDIDATOS AL
PRIX FORMENTOR.

Cuadernos Americanos

ha publicado los siguientes libros:

	PRECIOS	
	Pases	Día
RENDICION DE ESPIRITU (I), por Juan Larrea	10.00	1.00
RENDICION DE ESPIRITU (II), por Juan Larrea	10.00	1.00
JARDIN CERRADO, por Emilio Prados	8.00	0.80
EUROPA-AMERICA, por Mariano Piedad Salas	18.00	1.60
LA APACIBLE LOCURA, por Enrique González Martínez ..	10.00	1.00
ESTUDIOS SOBRE LITERATURAS HISPANOAMERICANAS: GLOSAS Y SEMBLANZAS, por Manuel Pedro González (em- pastado)	10.00	1.00
SIGNO, por Honorato Ignacio Magaloni	10.00	1.00
LLUVIA Y FUEGO, LEYENDA DE NUESTRO TIEMPO, por Tomás Bledsoe	12.00	1.20
LUCERO SIN ORILLAS, por Germán Pardo García	10.00	1.00
LOS JARDINES AMANTES, por Alfredo Cardona Peña ..	10.00	1.00
NAVE DE ROSAS ANTIGUAS, POEMAS, por Miguel Alve- res Acosta	12.00	1.20
MURO BLANCO EN ROCA NEGRA, por Miguel Alve- res Acosta	15.00	1.50
EL OTRO OLVIDO, por Dora Isella Russell	5.00	0.50
DIMENSION IMAGINARIA, por Enrique González Rojas ..	10.00	1.00
DIMENSION DEL SILENCIO, por Margarita Pan Fardes ..	10.00	1.00
ACTO POETICO de Germán Pardo García	10.00	1.00
NO ES CORDERO... QUE ES CORDERA. Cuento milenio Versión castellana de León Felipe	10.00	1.00
SANGRE DE LEJANIA, por José Tiquet	10.00	1.00
CHINA A LA VISTA, por Fernando Sandoz	12.00	1.20
U. Z. LLAMA AL ESPACIO, por Germán Pardo García ..	10.00	1.00
ARETINO, AZOTE DE PRINCIPIES, por Felipe Cosío del Pomar	18.00	1.60
OTRO MUNDO, por Luis Sudres	18.00	1.60
EL HECHICERO, por Carlos Saldano	5.00	0.50
POESIA RESISTE, por Lucía Prádieque	12.00	1.20
AZULEJOS Y CAMPANAS, por Luis Sánchez Pontón ..	18.00	1.60
RAZON DE SER, por Juan Larrea	18.00	1.60
CEMENTERIO DE PAJAROS, por Graciela Alveares	9.00	0.90
EL POETA QUE SE VOLVIO GUSANO, por Fernando Alegria ..	7.00	0.70
LA ESPADA DE LA PALOMA, por Juan Larrea	35.00	3.50
ETERNIDAD DEL RUISEÑOR, por Germán Pardo García ..	15.00	1.50
ASCENCION A LA TIERRA, por Vicente Magdalena	9.00	0.90
INCITACIONES Y VALORACIONES, por Manuel Maples Arce ..	15.00	1.50
VIDA Y SENTIDO, por Luis Abad Carretero	15.00	1.50
PACTO CON LOS ASTROS, Galaxia y otros poemas, por Luis Sánchez Pontón	15.00	1.50
LA EXPOSICION, Disertamiento en tres actos, por Rodolfo Usigli	15.00	1.50
LA FILOSOFIA CONTEMPORANEA EN LOS ESTADOS UNIDOS DEL NORTE, 1900-1950, por Frederic Harold Young ..	15.00	1.50
HISPANOAMERICA EN LUCHA POR SU INDEPENDENCIA TRAYECTORIA IDEOLOGICA DE LA REVOLUCION MEXI- CANÁ, por Jesús Silva Herzog	20.00	1.80
LA REFORMA AGRARIA EN MEXICO, por Emilio Romero Espinoza	10.00	0.90
EL PUEBLO Y SU TIERRA, MITO Y REALIDAD DE LA REFORMA AGRARIA EN MEXICO, por Moisés T. de la Peña ..	10.00	1.00
EL DRAMA DE LA AMERICA LATINA. El caso de Méxi- co, por Fernando Carrasco	60.00	3.50
DIÁLOGOS CON AMERICA, por Mauricio de la Selva	25.00	2.30
GUATEMALA, PROLOGO Y EPILOGO DE UNA REVOLU- CION, por Pedro Guillén	15.00	1.50
LA ECONOMIA HAITIANA Y SU VIA DE DESARROLLO, por Gerard Pierre-Charles	8.00	0.80
INQUIETUD SIN TREGUA. Ensayos y artículos escogidos 1937-1965, por Jesús Silva Herzog	25.00	2.50
40.00	4.00	
O T R A S P U B L I C A C I O N E S		
PASTORAL, por Sara de Ildées	5.00	0.50
UN METODO PARA RESOLVER LOS PROBLEMAS DE NUESTRO TIEMPO, por José Casas	5.00	0.50
OROZCO Y LA IRONIA PLASTICA, por José C. Zuno	4.00	0.60
INDICES "CUADERNOS AMERICANOS" Números 1 al 100, por Angel Flores	30.00	3.00
UNA REVOLUCION AUTENTICA EN NUESTRA AMERICA, por Alfredo L. Palacios	5.00	0.50

REVISTA: SUSCRIPCION ANUAL (6 números)

MEXICO	100.00
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA ..	9.00
EUROPA Y OTROS CONTINENTES	11.00

PRECIO DEL EJEMPLAR

MEXICO	20.00
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA ..	1.50
EUROPA Y OTROS CONTINENTES	2.10

Ejemplares atrasados, precio convencional

N U E S T R O T I E M P O

Robert S. Hartman
Juan Castellá Gassol
Isaac Ganón
Juan Rocamora

La esencia de Rusia.
Fascismo y falangismo.
El movimiento estudiantil en Uruguay.
Homenaje catalán a Alfredo L. Palacios.

Nota, por J. S. H

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

Francisco Fernández-Santos
Robert G. Mead

Marxismo como filosofía.
La literatura iberoamericana en los Estados Unidos: tergiversación de una polémica.

PRESENCIA DEL PASADO

Alfonso Caso
S. Piggott
Jesús Silva Herzog
José Ortega y Gasset

Semejanzas de diseño que no indican contactos culturales.
La época de las tribulaciones y el fin de las ciudades.
Una semblanza de Benito Juárez.
Los problemas nacionales y la juventud.

DIMENSIÓN IMAGINARIA

Norman Litz
Fedro Guillén
Loló de la Torre
Bernardo Verbitsky

Las relaciones personales y la crítica mutua entre Darío y Unamuno.
Thomas Mann y otros recuerdos.
Algunas apreciaciones sobre arte en Cuba.
Clamor hacia el otro lado del muro invisible.

Nota, por ROBERTO VENEGAS

L I B R O S

Mauricio de la Selva

Libros y revistas.